



FÁBULAS
de
SANGRE

UNA NOVELA DE

ARNAUD DELALANDE

AUTOR DE *EL NOVENO CÍRCULO*

Lectulandia

Tras casi veinte años de anonimato, reaparece el genial e intrépido Pietro Viravolta, alias Orquídea Negra (*El noveno círculo*). Ahora, el agente secreto veneciano está al servicio del rey Luis XV: forma parte de La secreta, una élite de investigadores de capa y espada. A pesar de ello, cuando aparece el cadáver de una muchacha asesinada junto con una carta dirigida a Pietro donde aparecen escritos diez títulos de fábulas de La Fontaine, el duque de Aiguillon, su eterno rival, ordena que lo encarcelen. Desde ese instante los acontecimientos se sucederán en cascada: todo Versalles está aterrorizado ante los crímenes del Fabulista. Desbordado por la ola de crímenes, y muy a su pesar, Aiguillon se verá forzado a liberar a Orquídea Negra y encargarle que resuelva el misterio.

Lectulandia

Arnaud Delalande

Fábulas de sangre

Orquídea negra - 2

ePub r1.0

Ablewhite 09.01.2018

Título original: *Les fables de sang*
Arnaud Delalande, 2009
Traducción: Rosa Alapont Calderaro

Editor digital: Ablewhite
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

ACTO I

EMPIEZA LA PARTIDA

*A veces pinto en un relato
la necia vanidad a la envidia unida,
dos ejes sobre los que hoy gira nuestra vida.
Como ese esmirriado animal
que en corpulencia al buey quiso igualar.
Con una doble imagen, la virtud al vicio
opongo en ocasiones, y la necedad al juicio,
el inocente cordero al lobo raptor,
la mosca a la hormiga, convirtiendo mi labor
en una amplia comedia en cien actos diversos,
y cuyo escenario es el universo.*

JEAN DE LA FONTAINE

El leñador y Mercurio, Libro V – Fábula I

Donde el lobo devora al cordero

-mayo de 1774-

Bosque de Fontainebleau

Galería de los Espejos, Versalles

«Tenéis muy lindos pies, Rosette».

Rosette estaba descalza en plena noche. Maniatada y con una venda sobre los ojos, tiritaba. La habían raptado pocas horas antes.

La sombra encapuchada se había ocultado en el soportal de una puerta cochera, a dos pasos de la tienda del perfumista Fargeon, donde ella trabajaba. Su secuestrador no había tenido ninguna dificultad en llevársela aprovechando la sorpresa, antes de amarrarla y bajar las cortinillas del coche para ocultarla a la vista. No le había quitado el vestido. La joven no llevaba ni pendientes, ni collar alrededor de la blanca garganta; ningún anillo en los dedos. No poseía joya alguna. No podía ser ese el móvil de su rapto. Por el momento el hombre se había contentado con llevarla a un lugar en medio de ninguna parte. Rosette sabía que se habían aventurado más allá del lindero del bosque. ¿Adónde exactamente? A escasas leguas de Fontainebleau, tal vez. Apenas llegados a su destino le había vendado los ojos, antes de quitarle los zapatos y acariciarle lentamente los pies.

«Tenéis muy lindos pies, Rosette», le repetía.

En otras circunstancias, semejante tratamiento habría podido excitar a la muchacha. Bastante vivaracha y bien proporcionada, Rosette era sensible a los cumplidos de los hombres. Sin embargo, al sufrir la mordedura del viento nocturno, con el vestido manchado de tierra, solo experimentaba estremecimientos. La mano de su raptor estaba helada. Y su voz... Era una voz tétrica, cavernosa; tenía algo de monstruoso. Al principio, mientras la carroza circulaba a tumba abierta en medio de la noche y el cochero espoleaba a los caballos, había intentado gritar. Imposible. Se esforzó por recuperar el dominio de sí misma. ¿Qué quería exactamente de ella aquel hombre? ¿Su honra..., ya muy maltrecha? Rosette lo dudaba. Tal vez lograra engatusarlo, si seguía siendo dueña de sí misma. Si daba con las palabras justas. Quizá constituyera su única oportunidad de sobrevivir. Mientras el viento soplaba en su cabellera suelta, la muchacha temblaba de pies a cabeza.

Rosette podía adivinar la niebla que se extendía en lenguas grisáceas por el calvero. Cuando el hombre empezó a hablar, levantó la cara, tratando de localizar la procedencia exacta de su voz. No se movía, seguía plantada ante la cortina de árboles misteriosos que rodeaban el lugar adonde la había llevado. La voz sonaba bastante lejana, como si su agresor se hubiera dirigido al otro lado del claro. Rosette acechaba el ruido de sus botas sobre la hierba seca. Se quedó petrificada.

«Tenéis muy lindos pies, Rosette».

—Bien... Nuestro juego, mi dulce niña, consiste en que os reunáis conmigo donde me encuentro. ¿Lo habéis entendido?

La muchacha articuló algo en tono estrangulado, reteniendo las lágrimas.

—Perdón, Rosette, no os he oído bien...

—S... sí —repuso ella, claramente esta vez.

—No hace mucho ejecutasteis para vuestro sobrinito, que creo que está muy enfermo, una pequeña representación; una representación... íntima. Lo sé porque una de vuestras amigas me hizo la confidencia. Vos y dos de vuestras parientes escenificasteis para él, disfrazadas, varios encantadores sainetes... inspirados en las fábulas de La Fontaine. ¿Es exacto?

—Sí —repitió Rosette.

Frunció el ceño. ¿Qué demonios tenía que ver su pobre Louis con aquel asunto?

—De ese modo me disteis la idea para mi propio juego, Rosette. Escuchadme bien: si queréis salir sin tropiezos de este calvero, os basta con recordar vuestro poema favorito... y responder adecuadamente a mis preguntas. ¿Lo habéis captado?

—Sí —dijo una vez más la joven, aunque el sentido de la situación se le escapaba por completo.

—Si recitáis convenientemente, os indicaré el camino que debéis seguir. En caso contrario... seréis librada a la mera gracia de Dios. Empecemos. Recitad para mí «El lobo y el cordero», que a mi parecer es la fábula más apropiada.

—Pero...

—Recitad. Recitad el poema. Vamos. Os recuerdo las primeras palabras.

*La razón del más fuerte siempre prevalece:
lo demostraremos como se merece.*

—Pero, señor, yo... No entiendo...

—Recitad —se limitó a responder el hombre con una voz que la hizo sobresaltar. Rosette, desesperada, intentó reunir sus recuerdos. Cada vez tenía más frío.

*La razón del más fuerte siempre prevalece:
lo demostraremos como se merece.*

*Un cordero su sed saciaba...,
en una corriente de aguas puras.*

—¡Bien, Rosette, bien! Para reuniros conmigo no tenéis más que salvar una corta distancia. Avanzad tres pasos, por favor. Recto al frente.

Obedeció. La venda le impedía ver dónde se aventuraba; adivinó el peligro y reprimió un escalofrío.

Sin duda más valía ignorar la naturaleza exacta de la amenaza.

Al azar del claro se encontraban dispuestos una decena de cepos para lobos.

Mandíbulas de metal, abiertas y aceradas. Parecían aguardarla a ras de la hierba.

«Oh no, no, no...».

—La continuación, Rosette.

Los hombros de la pequeña perfumista se estremecieron. Su pecho jadeante levantaba el cuerpo del vestido.

*Llegó un lobo ayuno en busca de aventuras
a quien el hambre a aquel lugar llevaba.*

—Fuisteis la amante de un tal Baptiste Lansquenet —prosiguió el hombre—. Empleado a su vez, durante una temporada nada más, en la tienda del maestro guantero y perfumista Fargeon, establecimiento sito en la rué du Roule, en París. ¿No es cierto?

—Sí, pero... ¿cómo sabéis todo eso? ¿Quién sois? ¿Qué queréis de mí? —sollozó Rosette.

—La continuación. Estábamos en: «... a quien el hambre a aquel lugar llevaba».

Los pensamientos se arremolinaban en la mente de la muchacha. Una oleada de pánico la dejó clavada en el sitio. Le temblaban los labios...

*¡Para turbar mi bebida muy osado has de ser!,
dice el fiero animal sin poderse contener.
Serás castigado por tu temeridad.*

—¡Bien, bien, Rosette! Ahora dad dos pasos a la izquierda. Así... Y ahora dos al frente. Os las arregláis de manera admirable. El tal *monsieur* de Lansquenet, que de vez en cuando hacía de dependiente y llevaba polvos y perfumes de Fargeon a *madame* Du Barry, amante del rey, os confió que asimismo tenía otro empleo... con el conde de Broglie, ¿no es cierto? Un empleo a la vez más temporal y, digámoslo así, más permanente... Trabajaba también... como confidente para el Secreto del Rey, ¿no es verdad?

—¿El... el Secreto de quién? ¡No os entiendo! ¡Yo no sé nada! ¡Cesad en vuestro empeño, os lo ruego! ¡Disponed de mí como os plazca, pero no me dejéis así!

—Veamos, Rosette... Vuestra invitación resulta tentadora, pero tengo demasiadas cosas que hacer. ¿La continuación?

Rosette inspiró hondo y, reuniendo sus pensamientos, se esforzó por conservar las fuerzas. Recitó de corrido:

*Sir, responde el cordero,
que a vuestra majestad*

*la cólera no altere;
antes bien considere...,
que si la sed saciando voy
en esta corriente de agua,
más de veinte pasos rio abajo estoy.
Es obvio que de ningún modo...*

—«... puedo enturbiar su bebida con lodo». ¡Excelente, Rosette! Cuatro pasos al frente, tres a la derecha.

Lentamente, la joven avanzó. Su pie rozó uno de los cepos. Por un breve instante notó, no lejos del dedo pequeño, un contacto frío y metálico. Un tintineo. Un chasquido seco. Las mandíbulas de metal acababan de cerrarse a su lado.

Su mente no se atrevió a formular lo que acababa de evocarle aquel ruido, ni lo que debía de significar, pero el corazón le dio un vuelco en el pecho.

—¿Qué hay ahí? ¿Ahí, en el suelo?

Por toda respuesta, solo oyó una risa. Una risa breve, entre dientes, que se prolongó.

—Rosette, vuestro amante os confió la identidad de tres agentes que, al igual que él, trabajaban al servicio del conde de Broglie. Vuestro Baptiste jamás debería haber tenido acceso a esa información. Solo resultaba útil al conde como informador bajo mano, ¡la de confidencias que se oyen en las tiendas, con tantos oficios de poca monta como hay en París! Perfumistas, modistas, guanteros, taberneros, mujeres de vida alegre... ¡Qué charlatanes sois! Quiero saber los nombres de esos individuos.

—Pero... ¡yo solo soy una empleada, una dependienta! ¡Estoy en la perfumería!

—Los nombres.

—Me habló... de un caballero, del que no se sabe si es hombre o mujer...

—¿Ah? Muy bien —dijo el hombre en tono interesado.

—Y de..., de *monsieur* de Beaumarchais.

—Ya veo...

—Y de un gentilhombre de Venecia.

El hombre hizo chasquear la lengua.

—Viravolta. Por supuesto.

Se dio una palmada en el muslo y dijo con voz satisfecha:

—Pues bien, como veis, Rosette, no era tan complicado. Ahora solo tenéis que decirme los últimos versos y habremos acabado. En cuanto a Baptiste, sabed que tuve que hacerle preguntas similares pero él no demostró vuestro talento. Estoy muy afligido.

—¿C... cómo? ¿Qué queréis decir?

—¡Vamos, Rosette! ¡Pensad en lo poco que os separa de la libertad! Le toca hablar al lobo, me parece. Os ayudaré. «*La turbas, replicó la bestia cruel, y el año pasado de mí dijiste algo inmundo*».

Rosette continuó:

*¿Cómo habría podido, si no había venido al mundo?,
repuso el cordero, aún de mi madre mamo.*

—Un paso a la izquierda y dos al frente, ¡estáis avanzando! «*Si no eres tú, ha de ser tu hermano*».

La joven prosiguió. Número de dueto. Concertó a dos voces.

No tengo ninguno.

Pues de alguno de los tuyos es el yerro:

todos vosotros me acosáis...

También vuestros pastores con su perro.

—¿La continuación, Rosette?

La joven estaba deshecha en lágrimas. Hizo acopio de todas sus fuerzas para dominarse. La sangre le latía en las sienes. Las piernas le flaqueaban. Tenía las manos húmedas. Las cuerdas alrededor de sus muñecas la atenazaban. Estuvo a punto de desvanecerse..., no, lo deseó con todas sus fuerzas. Sin embargo, la pesadilla continuaba. Intentaba desesperadamente acordarse.

El final... El final de la fábula...

¡Oh, Señor!

—«También vuestros pastores con su perro», Rosette. No estáis nada mal como actriz.

—No sé más, no sé más...

—Rosette...

—¡Os digo que no lo recuerdo!

—Entonces dad tres pasos, en la dirección que queráis. Tres pasos, Rosette...

Oyó el siseo de una espada al ser desenvainada y su secuestrador se acercó.

—... U os mato con mis propias manos.

La muchacha vaciló. Temblando, hizo amago de dirigirse a la izquierda, las puntas de sus dedos temían tantear el suelo. Lo pensó mejor. Osciló, hacia la derecha esta vez. Le dolía la cabeza, tenía la garganta seca... Por un momento exhibió, muy a su pesar, la gracia de una bailarina de *ballet*. Finalmente optó por la izquierda. Contuvo la respiración. Silencio. Su pie encontró la alfombra de hierba.

Al primer paso, el hombre prosiguió:

Me han avisado: debo tomar venganza.

Segundo paso.

De repente, Rosette percibió un olor, un simple olor, pero tenaz, que acarrea el viento; una fulgurante asociación de ideas se estableció en su mente y, como en un relámpago, comprendió.

—Pero... ¡Sé quién sois!

El viento nocturno volvió a silbar en sus oídos. Tenía las mejillas encendidas.

—Oh —exclamó el hombre—. Qué pena...

Hubo de nuevo el ruido de tintineo, y el del metal, que emitió un chasquido cuando las mandíbulas cercenaron el tobillo de la joven. Rosette aulló a la muerte, y su alarido pareció rasgar los bosques, mientras el hombre concluía:

*Y, sin pararse en barras, dicho y hecho,
hacia la espesura se lo lleva un trecho
y lo convierte en su pitanza.*

Avanzó. Y su voz, curiosamente más tierna, había cambiado.

—Soy una sombra, soy el Fabulista, el momento ha llegado.

Una hora después la silueta encapuchada abandonaba los bosques y, con la sonrisa en los labios, murmuró para sí este verso truncado de Ronsard, que en su boca parecía un epitafio:

Y Rosette vivió lo que viven las rosas, el espacio de una mañana.

La dejó allí dos días. Luego volvió a buscarla.

No le resultó difícil dirigirse a la Galería de los Espejos en medio de la noche, pocas horas antes de la aurora. Conocía hasta el último rincón del palacio de Versalles. Los planos, la topografía, los jardines, las fuentes, los laberintos de intrigas y cuchicheos de los cortesanos, las tareas serviles y los secretos de alcoba. Los suizos de guardia ni siquiera le prestaron atención. Por lo demás, la mayoría dormía durante el servicio. En la Galería estaban curados de espanto; habían visto hasta cabras, que llevaban a los apartamentos de los príncipes de sangre para ordeñarlas. Por eso, al Fabulista le pareció en extremo divertido deslizarse entre la magistral hilera con su carretilla. Esperó a llegar al centro del corredor y allí, con un giro de muñeca, volcó el pesado saco de tela.

Se produjo un ruido sordo.

El cuerpo desarticulado de Rosette apareció.

El Fabulista se santiguó con ironía y, como a regañadientes, depositó sobre el pecho de la muerta sus preciosas Fábulas. Como dedicatoria, un nombre: A Pietro Viravolta de Lansalt. Acto seguido dejó a Rosette con los brazos en cruz en mitad del entarimado, no sin antes haber depositado a su alrededor varios huesecillos de cordero, que representaban una sepultura grotesca. La encontrarían allí, en pleno corazón del palacio. ¡Se iban a enterar! El gusano estaba en el fruto. Ya verían. Los maleficios caían sobre Versalles.

Pronto, el reino contemplaría el espejo de su propia putrefacción.

«Que empiece la partida», murmuró.

El sol de los duelistas

-mayo de 1774-

Bosque de Saint-Germain-en-Laye

—Cosimo... ¡En guardia!

La espada de Viravolta silbó mientras este retrocedía para volver a su posición y golpeaba el suelo con el tacón. Frente a él se hallaba Cosimo, su hijo de diecisiete años. Viravolta tenía cuarenta y nueve; no obstante, la finura de sus manos, su destreza con la espada, su elegancia y su prestancia a caballo, así como su fisonomía, lo hacían parecer diez años más joven. Cosimo había heredado parte de sus cualidades, aunque Pietro lo encontraba un tanto delgado todavía. Su hijo tenía la tez pálida y unos ojos de viva mirada; el pliegue en la comisura de sus labios podía pasar por una mueca desdeñosa. Casaca roja y pantalón azul, el joven había abandonado el tricornio para su sesión de esgrima. Pietro llevaba una chupa al bies, abierta sobre un chaleco con estampado de flores. Los puños se abrochaban con botones dorados, y se había puesto botas sobre las medias de seda. Llevaba el cabello recogido hacia atrás, a imitación del peinado militar prusiano.

—¡Prosigamos! —dijo al tiempo que consolidaba su punto de apoyo.

Cosimo lo imitó y dirigió hacia su padre la punta de la espada. Con una sombrilla en la mano. Arma estaba sentada no lejos de allí sobre un lienzo extendido. El sol resplandecía en aquel día de mayo de 1774. Se encontraban en un claro en el lindero de Saint-Germain-en-Laye. Detrás de Anna y de la cortina de árboles del bosque, un cochero y un criado intercambiaban sus puntos de vista sobre el devenir del mundo, cerca de una carroza tirada por cuatro caballos.

Anna Santamaría estaba radiante. De su juventud veneciana conservaba el pelo rubio, que veteaba su cabellera con reflejos dorados, una cabellera que dejaba al natural lo más a menudo posible, cuando no se veía obligada a blanquearla con polvos. Olvidaba los afeites de Versalles tan pronto como podía alejarse del palacio. Entre risas y exclamaciones, agitaba con gracia el abanico. Se sentía algo incómoda con su vestido a la francesa, compuesto de cinco aros y estampado a rayas azules y lila. Ceñía su busto un corpiño que revelaba justo lo necesario de su pecho, tan espléndido como siempre. Con un discreto lunar postizo sobre el labio superior, no había perdido un ápice de su espléndida belleza y, pese a los años transcurridos, aún podía dar lecciones a las cortesanas versallescás. Su madurez revelaba una sensualidad más seductora que antaño.

Pietro y su hijo dieron unos pasos al frente. Entrechocaron las espadas.

—¡Adelante! Volveré a empezar. Sales en cuarta, con el brazo estirado y los gavilanes de la espada horizontales. Cambio de guardia al acercarte; acortas la distancia, con la espada a la ofensiva. Luego la frase de armas: finta, doble finta,

fondo, estocada. ¡Y haz el favor de flexionar las rodillas!

—Sí, sí —replicó Cosimo, perplejo—, cuarta, finta, estocada y flexionar las rodillas. Perdonadme, pero el oficio de las armas es un tanto limitado.

—¡Hasta que no hayas reinventado la filosofía europea, conténtate con aprender lo que te digo! Tienes mayores probabilidades de conseguirlo.

—Sí...

—Escucha a tu padre, Cosimo —intervino Anna—, sabe de lo que habla. Algún día eso te resultará útil.

—Madre, por piedad. ¡Si vais a sacar de nuevo a colación vuestra vida veneciana y cómo salvasteis al dux, me marchó!

—Concéntrate en vez de insultar a tus padres —replicó Viravolta—. Aún no estamos seniles. Anda, defiéndete, todavía me quedan estocadas suficientes para mantener ocupados un rato a engreídos como tú. Y si te portas bien, te enseñaré la frase de armas que aprendí de mi maestro de Mestre, en Tierrafirme. Resulta imparable.

—Vale, vale. ¡En guardia, padre!

—Prefiero ese lenguaje.

Anna se echó a reír, agitando el abanico mientras Cosimo suspiraba.

Las espadas silbaron.

Un rayo de sol cayó sobre los duelistas.

Pietro Viravolta de Lansalt había dejado Venecia para establecerse en Francia casi veinte años atrás, a raíz del asunto «Dante», ocurrido durante las fiestas de la Ascensión de 1756. A la sazón Pietro actuaba al servicio de la policía secreta veneciana, el tenebroso Consejo de los Diez, bajo el seudónimo de la Orquídea Negra. Acababa de salvar al dux de una muerte segura, y a la República, de una conspiración que amenazaba sus instituciones. Cansado de las intrigas de la Serenísima, y curioso de otras aventuras, se había decidido a volar hacia nuevos horizontes. Desde entonces su trayectoria no había desmentido su reputación.

Llegado a Versalles durante el invierno de 1756, con su futura esposa, Anna Santamaría, y su sirviente, Landretto, no se presentaba en la corte más hermosa de Europa con las manos vacías. Un salvoconducto y cartas de recomendación del propio dux, así como de la mitad del Senado veneciano, facilitaron su introducción ante los personajes más influyentes de palacio. El secretario de Estado para Asuntos Exteriores, Rouillé, y más tarde sus dos sucesores, el cardenal de Bernis y Choiseul, fueron informados de inmediato de lo que se había jugado en Venecia, cuando los cañones retumbaron en la laguna. Los informes les llegaron con bastante celeridad, de la Serenísima pero también de los agentes del rey diseminados por las capitales vecinas. Acoger en Francia a la Orquídea Negra, salvador de las instituciones venecianas y en lo sucesivo figura legendaria entre las policías de Estado y los servicios secretos europeos, no podía ser sino una buena noticia. Tanto más cuanto que el interesado hizo saber muy pronto que estaba dispuesto a poner su espada al

servicio de su majestad, el rey Luis XV, si eso podía favorecer a su causa.

La llegada de la Orquídea Negra a Versalles distó, pues, de pasar inadvertida, al menos en los medios autorizados. La noticia se extendió entre los agentes de su majestad. La susurraban a media voz por los pasillos y galerías de palacio, confidentes y policías la repetían en fonduchos y arrabales; los espías, los funcionarios y los embajadores, los jugadores y los amantes, los nobles introducidos en los secretos de los asuntos de Estado y las damas soñadoras, que fantaseaban con Venecia durante la misa, divulgaron el rumor. Corrió unas veces a saltos de pulga y otras como reguero de pólvora. Quienes tenían amigos en Italia les hacían llegar noticias e informaciones; y a la sombra de las tabernas, en el seno decadente de las guaridas equívocas y de los albergues de mala nota, o entre las paredes revestidas de madera de los palacios de provincias, cuchicheaban: «¡Llega la Orquídea!». «¿Quién decís?». «¡Pues la Orquídea Negra! ¡Viravolta, el hombre que salvó a Venecia!». Si bien su reputación lo precedía, añadían asimismo a su historia numerosas fantasías, a tal punto que su llegada se vio aureolada por una gracia insólita. Informado de la inminencia de dicha llegada y de los detalles del acontecimiento, el rey, en el Parc-aux-Cerfs, rio a carcajadas antes de reunirse con su amante. Bajo las sonrisas se propagaba una especie de fiebre inusitada, como la que de vez en cuando hacía mella en la corte y la llevaba a chismorrear sin descanso. No obstante, todas aquellas sonrisas eran cálidas y cómplices; resonaban como una promesa de cambio de aires y evasión, de acción y peripecias: ¡la Orquídea llegaba a Versalles!

La cuestión de decidir qué cargo podría ocupar Viravolta en palacio no fue objeto de debate durante mucho tiempo. Puesto bajo la tutela del cardenal de Bernis, y después de Choiseul, no tardaron en encomendarle varias misiones de confianza. Estas implicaban tanto la seguridad interior del reino como la del palacio y sus principales dignatarios: el rey, por supuesto, y a continuación *madame* de Pompadour, Marie Leszczyńska, *madame* Du Barry, el difunto delfín Luis Fernando y luego Luis Augusto; por último, María Antonieta, a su llegada de Austria. Su talento no le había pasado por alto a otra clase de instancia. Esta, de naturaleza perfectamente oficiosa, resultaba muy indicada para él, pero también mucho más exigente y peligrosa. Pietro no tardó en encontrarse en una posición complicada, una de esas situaciones dobles que otrora constituían su vida cotidiana, cuando trabajaba en la Serenísima por cuenta del Consejo de los Diez.

En 1758 había entrado en el Secreto del Rey.

Dirigido por el príncipe de Conti y más tarde por Jean-Pierre Tercier, el Secreto del Rey, o Gabinete Negro, había sido instituido por Luis XV. Fue el conde de Broglie quien, tras una conversación con el soberano, propuso al veneciano que se incorporase a las filas de su pequeño ejército secreto, el de los espías del rey. Pietro no tardó en formar parte de los treinta y dos agentes del gobierno encargados de la

diplomacia paralela y la vigilancia de los ministros de Estado.

A las órdenes directas del conde y de Luis XV, el Secreto actuaba a espaldas de la corte. Constaba de un servicio de correspondencia con el extranjero y una red de información que se basaba en la interceptación de correos, la vigilancia de personalidades y el sabotaje en caso necesario. Creado en su origen para permitir al príncipe de Conti conquistar el trono de Polonia, poco después de la guerra de los Siete Años el Secreto se había lanzado a nuevas empresas, como la preparación de un eventual desembarco francés en Inglaterra. Tenía la vocación de proteger los intereses de Francia e influir en la política exterior de los estados europeos, y se esforzaba muy especialmente por preservar los lazos con Austria y Rusia. Si bien Pietro constituía un intermediario de calidad con la Serenísima, había llevado a cabo asimismo misiones en Silesia, Londres, el sacro Imperio romano-germánico, la República de Holanda y los Países Bajos austríacos. Los agentes con los que se codeaba no eran de los menos destacados: Vergennes, Beaumarchais, Breteuil o el caballero D'Eon, ambiguas personalidades todos ellos, excéntricos y siempre temibles. Cosimo, su hijo, lo ignoraba todo acerca de sus actividades; no era el caso de Anna Santamaría, la antigua Viuda Negra de Venecia, que conocía desde mucho tiempo atrás las aptitudes ocultas de su marido.

Queriendo escapar de los asuntos de la República Serenísima, Pietro fue a parar de lleno a los de Francia. Hijo de una actriz y de un zapatero, fascinado por la nobleza y la gloria, siempre había trazado su camino de manera insólita; su vida misma tenía algo de cuento. Fino esgrimidor tanto en sentido literal como figurado, habituado a las dobles identidades, comediante a su manera, insolente y jugador, Pietro, que antaño era incapaz de controlar sus pasiones, había ganado en sabiduría y profundidad de alma lo que había perdido en ligereza. Sin embargo, su energía y su gusto por el descubrimiento permanecían intactos. Tras haber contraído matrimonio con Anna e iniciado la educación de Cosimo, había logrado dominar las antiguas paradojas de su propia naturaleza y el vértigo íntimo, asociado a su intenso miedo a la nada, que otrora lo habitaban. Nunca había renunciado a la libertad de pensamiento; no obstante, al presente aceptaba asumir las obligaciones inherentes al camino que había elegido.

En la actualidad era rico, aunque no lo demostrara: Venecia le aseguraba una renta vitalicia por servicios prestados, y obtenía de su doble cargo —el oficioso en el Secreto del Rey, el oficial en el Ministerio de Asuntos Exteriores, del que dependía— ingresos sustanciales. Para cubrir las apariencias le habían concedido un marquesado: la familia residía en un palacete situado en la rué des Cerceaux, limítrofe a Versalles, en el camino de Marly. El rey los había alojado bien; también era cierto que la vida de corte tenía un precio, y un precio de lo más elevado. Por añadidura, las necesidades propias de su función habían decidido a Luis XV a conceder al

veneciano uno de los quinientos dormitorios situados bajo el tejado del palacio. Versalles estaba lleno de esos pequeños apartamentos donde se amontonaban los cortesanos sin la menor seguridad. Pietro utilizaba esa habitación como despacho y muy rara vez dormía en ella; no obstante, lo cierto es que tener a su disposición un cuarto, aunque fuera una ratonera, en el corazón del palacio constituía un favor insigne.

Ahora bien, en aquel mes de mayo de 1774 la situación en Versalles era tensa. Luis XV se moría y Pietro se hallaba en una posición de lo más delicada. La rivalidad entre sus dos mentores, el duque D'Aiguillon, su ministro de tutela oficial, y el misterioso conde de Broglie, jefe del Secreto del Rey, existía desde mucho tiempo atrás; no obstante, sus relaciones acababan de alcanzar el punto de no retorno. Había llegado el momento presentado en Asuntos Exteriores: el conde de Broglie había sido excluido por D'Aiguillon. Este último disponía de un apoyo de talla en la persona de *madame* Du Barry, amante del rey. Al acceder al cargo, D'Aiguillon había descubierto la verdad sobre el Secreto. ¿Existía realmente, desde hacía tantos años, un Gabinete Negro que trabajaba directamente a las órdenes del monarca, a espaldas de los ministros oficiales? El asunto no tardó en devenir embarazoso. Siguiendo la pista del Secreto, D'Aiguillon había sacado a la luz la existencia de misiones ocultas activadas en las cortes del norte y había interceptado correos muy ilustrativos. Estos versaban sobre las inversiones de alianzas, ¡incluso se hablaba de librarse de él! Había acusado a Broglie de conspiración. El rey no podía proteger al jefe del Secreto sin confesar la existencia del servicio fantasma. Jaque mate. En consecuencia, el conde de Broglie fue encarcelado y más tarde exiliado a sus tierras de Ruffec, en nombre de la razón de Estado.

A la hora en que el rey agonizaba, Broglie seguía en desgracia, y sus agentes, entre ellos Viravolta, permanecían a la expectativa. Pietro se olía que, pese a su exilio, Broglie conservaba bajo mano la dirección del Secreto, y que el rey no lo había abandonado por completo. Ahora bien, si Luis XV fallecía, el conde corría el gran riesgo de no volver jamás a la corte. Y Pietro, por su parte, estaba ahora en la lista negra de D'Aiguillon por haber servido a dos amos a la vez durante todo ese tiempo. De manera que solo se sorprendió a medias cuando por la carretera de Versalles llegaron tres emisarios a caballo armados y empenachados.

Lo saludaron y se presentaron a él, antes de tenderle una carta sellada.

—¿*Monsieur* de Lansalt? Mensaje del duque D'Aiguillon, que os requiere en la corte.

Pietro abrió la carta.

Lo que leyó acentuó su inquietud:

Señor marqués de Lansalt:

Es de la mayor importancia que os vea mañana por la mañana en mi gabinete. Me debéis algunas explicaciones en relación con las actividades que ya sabéis; hemos diferido demasiado este momento. Con todo, la entrevista está motivada por consideraciones más alarmantes todavía. El rey está muy mal. La corte y Francia rezan por su salvación. Y hay otra cosa. Dos palabras bastarán, creo. El Fabulista. Estáis

implicado en un asunto criminal. Os espero antes del amanecer. Tengo todas las razones para pensar que estáis mezclado de cerca en el drama que nos acontece.

«¿Cómo?».

Pietro se mordió el labio. El duque quería conversar con él sobre sus actividades junto al conde de Broglie... ¿El Fabulista?... ¡Pero si lo había matado con sus propias manos cuatro años atrás! ¿De qué podía tratarse? ¿A qué drama aludía el duque? ¿Él, Pietro Viravolta, implicado en un asunto criminal? ¿Se trataba —ya— de una maniobra del duque para desembarazarse de él? Tales pensamientos se atropellaban en su cabeza. El veneciano pareció perplejo; entonces se dio cuenta de que habían deslizado otro billete en el mismo correo.

Lo conmocionó su textura.

Pasó lentamente los dedos por el grano de aquel extraño mensaje.

¿Pergamino... o piel?

Por un momento creyó en una monstruosidad.

¿Piel... humana?

Se le encogió el corazón.

No, piel de buey, más bien.

En cambio, las letras que componían el mensaje tenían todo el aspecto de la sangre.

Letras de sangre... Y esta vez... no era sangre de buey.

«Pero ¿por qué me envían esto a mí?».

La zorra y la cigüeña

El lobo y el cordero

La rana que quiso ser como el buey

El cuervo y la zorra

El león y el ratón

El perro que soltó su presa para coger una sombra

El mono rey

La cigarra y la hormiga

La liebre y la tortuga

El león en su vejez

Aquí estamos, Viravolta;

diez fábulas elegidas para nuestro goce nada vulgar,

¿queréis jugar conmigo?

El fabulista

Pietro alzó el rostro.

—Padre, ¿qué ocurre? —preguntó Cosimo, espada en mano.

—¿Pietro? —agregó Anna.

Los soldados enviados por D'Aiguillon lo flanquearon. Su capitán lo conminó a seguirlos.

—*Monsieur* de Lansalt... Esto... no es exactamente un correo.

—Ah, ¿no?

—Es una orden. *Monsieur* de Lansalt...

El capitán le hizo una seña para que lo siguiera.

—Estáis arrestado.

Y mientras se lo llevaban, Pietro recordó lo que había sucedido cuatro años atrás, la misma noche de las nupcias de María Antonieta.

A por la austríaca

-cuatro años atrás, mayo de 1770-

*Ópera de Gabriel,
jardines y tejados de Versailles*

Cuando Pietro Viravolta franqueó las puertas de la Opera, transformada en salón de baile, oyó el murmullo de admiración que crepitaba alrededor de la delfina. «El enemigo está aquí, pero ¿dónde?».

Pietro se situó frente a la corte. Los primeros compases de la orquesta resonaban bajo los techos y las arañas. La Opera recientemente construida acababa de ser revelada a la corte, en el palacio más hermoso del mundo, y aprovechando una ocasión incomparable: las nupcias de la futura reina de Francia. La multitud se apretujaba en la sala oval, de proporciones perfectas. Colgaduras de seda azul pendían de los palcos; pórticos de cristal reflejaban hasta el infinito las esculturas de oro mate. El entarimado de la sala, elevado al nivel del escenario, que ocultaba el foso de la orquesta, le confería el aspecto de un inmenso salón. Y allí, María Antonieta bailaba. Bailaba con donaire, envuelta en un vestido deslumbrante. Sin embargo, ya había provocado un escándalo inesperado. La nueva delfina era hija de un príncipe lorenés, y los representantes de la Casa de Lorena habían solicitado de Luis XV el honor de bailar inmediatamente después de los príncipes y princesas de sangre, por lo tanto, antes que los duques y duquesas. El monarca había acabado por consentir e, indignadas por aquella alteración del protocolo, las duquesas habían convencido a parte de la corte de que no acudieran al baile.

Completamente ajena a esta querrela de primacía, la delfina, como princesa de Francia recién llegada, bailaba, bailaba... ¡y poco le importaba el resto del mundo!

Los cortesanos evolucionaban al compás con ella. La música ascendía en eco de un extremo a otro de la sala; los concertistas pulsaban ardientemente las cuerdas con el arco. María Antonieta estaba radiante. Una alegría indecible se leía en su rostro. Se deslizaba por el entarimado, conducida por el propio rey, mientras Luis Augusto, nieto del monarca, trataba de disimular su incomodidad y Viravolta, al acecho, barría a la multitud con la mirada.

Uno de los guardias suizos fue quien lo puso sobre aviso. El enojoso epigrama había empezado a circular.

*A por la austríaca,
que chupa con ansia dionisíaca.*

Lo firmaba «el Fabulista», pero Viravolta dudaba mucho que su difusión clandestina hubiera sido maquinada de prisa y corriendo por algún duque o personaje

de alto rango preocupado por la etiqueta; el contenido era demasiado salaz para que una figura bien nacida se rebajase a ello sin vergüenza, aunque sus recuerdos de Venecia habían acostumbrado a Viravolta a descubrir la podredumbre más absoluta debajo del encaje. Una cosa era segura: la delfina apenas acababa de llegar cuando ya acechaban el menor paso en falso por su parte. Durante la velada le había llegado un segundo mensaje, esta vez del capitán de la guardia: «El Fabulista nos hace saber que estará aquí esta noche. Con los cortesanos».

Con la frente perlada de sudor, Viravolta observó de nuevo la sala centelleante.

«La delfina está en peligro».

Tres mil velas iluminaban el escenario. La multitud danzaba. Pietro miraba a derecha e izquierda; pese a todas las precauciones tomadas, ¿había encontrado realmente el Fabulista un medio para introducirse allí, en lo más álgido de la celebración? En aquella noche festiva, la atención se relajaba. Se olvidaba la política, los asuntos de Francia y de Europa, los secretos de Estado. ¡Qué demonios, se trataba de una boda!

Ciertamente, se requería algo más que unas alusiones licenciosas para alterar al Secreto del Rey. No obstante, desde hacía tiempo había llegado a oídos del conde de Broglie el rumor de posibles amenazas contra la persona de María Antonieta a su llegada a Francia. Sus últimas informaciones habían acabado de ponerlo en estado de alerta. Había relegado los asuntos del Gabinete Negro para dar prioridad a esta investigación. Y, lejos de constituir un hecho aislado, el mensaje de aquella noche parecía dar la señal para actuar. El Fabulista se había manifestado en múltiples ocasiones, firmando los epigramas con ese nombre inventado, pues se complacía en sembrar en sus propios poemas alusiones a las fábulas de Esopo y de La Fontaine, de las que se desprendían mordaces moralejas. Sin embargo, no se había contentado con anunciar un atentado y proferir amenazas. Durante sus investigaciones, Broglie había encontrado en su camino los cadáveres de un cochero y un sirviente a quienes el Fabulista había asesinado en las condiciones más atroces. Los agentes del Secreto también habían tenido acceso a documentos y planos garabateados del palacio de Versalles que atestiguaban la inminencia de una operación. ¿Hecho aislado o conspiración? Todos lo ignoraban. Pero en otro tiempo un simple navajazo, asestado en el costado del rey por un individuo anónimo que respondía al nombre de Damiens, casi había bastado para hacer que la monarquía se tambaleara. Actuando en solitario o agente extranjero, el Fabulista era a todas luces un agitador furibundo, como testimoniaban sus ocurrencias panfletarias y sus sarcasmos políticos. Un extremista que veía en el enemigo hereditario austríaco todas las desgracias de la tierra y no soportaba que una alianza «contra natura» pudiera sentar a María Antonieta, hija de la emperatriz impía, en el trono de Francia.

La mirada de Viravolta se deslizaba desde los palcos hasta los frescos de la bóveda. Las figuras desfilaban ante sus ojos. Se esforzaba por mantener la lucidez. Afortunadamente, nadie llevaba antifaz. El Fabulista habría podido preferir, para

actuar, una noche de baile de máscaras, que en Versalles hacían furor. ¿Formaría parte de la corte? Al optar por acudir a cara descubierta, sin duda quería dar a entender que podía estar en todas partes y en ninguna a la vez, y que no retrocedería ante nada. Eso lo hacía aún más temible para los soldados y la guardia encargada de la seguridad de todos aquellos encumbrados personajes, empezando por la de la delfina. No lejos de él, Pietro divisó a Anna Santamaría, a la que un cortesano, multiplicando los pasos *chassés* y las reverencias, invitaba al minué.

Se enfurruñó; sin embargo, no debía olvidar por qué estaba allí.

De pronto, cuando levantaba la vista en dirección a los bastidores, creyó ver una silueta que con presteza se atrincheró en la penumbra.

¿Sería él?

Pietro saltó hacia delante.

El primer tramoyista del rey, Blaise-Henri Arnoult, había construido una mecánica genial, que en lo sucesivo permitiría transformar la sala en función de las ceremonias y garantizar los cambios de decorado en las puestas en escena triunfales, como la de *Perseo*, a la que la corte había asistido la víspera. Entre bastidores se cruzaban cuerdas y poleas, ruedas metálicas que facilitaban subir o bajar el escenario, cestos y rollos de soga rodeados de piezas de decorado y de cajas colmadas de trajes increíbles, de títeres de madera, junto con carteles de colores y otras bagatelas. Aquella guarida de *deus ex machina*, aquel antro cuyas ramificaciones corrían a la vez por detrás del escenario, por debajo de la orquesta y en las alturas repletas de tapices, podía asimismo servir de maravilloso escondite.

Pietro hizo una seña a los otros guardias, mosqueteros y soldados de la caballería ligera diseminados por la Opera. No fue asunto baladí deslizarse en medio del baile sin inquietar a los invitados, que siguieron remolineando. Viravolta estuvo a punto de empujar a Anna, que había aceptado el minué y se inclinaba al compás. Al incorporarse, sus miradas se cruzaron. Pasado el primer momento de sorpresa, examinó a su marido, que, peluca empolvada, espada al cinto y casaca a la francesa, acababa de chocar con ella y parecía presa de la mayor agitación.

—¡Pietro! Por todos los dioses, amor mío, ¿qué estás haciendo?

—Atiendo los asuntos de Francia mientras otros se divierten —se mofó él.

La delfina se encontraba a apenas unos metros del veneciano cuando este rodeó la orquesta; un violinista lo miró con expresión distraída. Pietro se deslizó detrás del decorado y corrió en la penumbra del pasillo. El entarimado crujía bajo sus pies. Colgaban cuerdas del techo. Bordeó los bastidores de casi diez metros de altura, concebidos para desaparecer en vertical en las entrañas de la Opera. Evitó algunos objetos que yacían en el suelo y se lastimó el codo contra los ornamentos de madera. Al divisar una de las trampas que permitían introducirse bajo el foso, se disponía a adentrarse por ella cuando una cuerda que se mecía no lejos de él lo disuadió. Levantó la vista.

De nuevo percibió la sombra, oculta entre los tornos elevadores y las poleas. A

dos pasos de allí, la caracola de estuco que había servido para *Perseo* colgaba en el vacío. Pietro la asió, la estabilizó y empezó a trepar a lo largo de las cuerdas anudadas que la sostenían por ambos lados. Llegó sin resuello a cinco o seis metros entre las ruedas de la tramoya. Planchas en equilibrio corrían a lo largo de la pared, entre la cortina de cuerdas y los ganchos. ¡Y allá abajo los cortesanos bailaban! Avanzó entre los telares. Delante de él, la sombra localizada se escabullía. En el extremo que coronaba el escenario de la Ópera, llegó a una plataforma reservada a los tramoyistas, oculta a su vez a las miradas de los invitados. Vio dos cajas allí almacenadas. Pietro se acercó jadeante. Sus ojos se demoraron en la primera...

Su grito fue ahogado por la música y la efervescencia del baile.

¡El Fabulista!

La caja acababa de abrirse: el fugitivo, disfrazado, llevaba la máscara del Kraken, criatura abisal y monstruosa que la víspera había intentado raptar a Andrómeda en *Perseo*. Pintura verde, ojos de reptil, párpados rodeados de escamas, aletas en las sienes a guisa de oídos, maraña de tentáculos alrededor de una boca desmesuradamente abierta, vestía una toga ceñida a la cintura y llevaba una espada al cinto. Sorprendido, el veneciano estuvo a punto de caer del observatorio donde se encontraba. Consiguió agarrar una de las cuerdas, que le permitió permanecer en equilibrio sobre la plataforma. Al mismo tiempo, el triste personaje de comedia se quitaba la máscara; y mientras Viravolta luchaba por no caer, tuvo tiempo de descubrir otro rostro, tan maquillado que aún parecía más grotesco. Los abundantes afeites se habían corrido en churretes a lo largo de sus mejillas, los ojos estaban rodeados de negro; los labios, ribeteados de un azul siniestro.

Con un solo gesto, el Fabulista arrojó la máscara y se lanzó a los cordajes. Pietro comprendió demasiado tarde. Con los pies en equilibrio al borde de la plataforma, se sintió arrastrado hacia los cielos. Su cabeza empolvada chocó con las volutas de una nube, justo bajo la bóveda de la Opera. Aturdido, divisó la enorme polea que tenía enfrente y cayó en la cuenta. Había subido con uno de los bastidores de *Perseo*. Con las manos aferradas a la cuerda, se guardó mucho de soltarla para no romperse el cuello. Durante ese tiempo, el Fabulista se deslizaba hasta el suelo sin dificultad, utilizando el otro extremo de la cuerda. Cuando hizo irrupción en el escenario, abriendo una brecha en el minué, algunos cortesanos retrocedieron un paso. El bastidor había vuelto a subir bruscamente. Causó una primera conmoción y reveló un segundo bastidor detrás del primero, donde se encontraba representado un paisaje de isla griega sembrado de rocas blancas, frente al mar, con una Citera abandonada a lo lejos y un promontorio rodeado de cadenas donde habían atado a Andrómeda. Las damas se llevaron una mano a la boca antes de prorrumpir en carcajadas, convencidas de que se trataba de alguna farsa preparada por el rey y su tramoyista. La propia María Antonieta dirigió a aquel payaso una mirada deslumbrada y rio a su vez. En

ese momento bailaba con su esposo, y la multitud, con el fin de observar a la pareja principesca, no vacilaba en subirse a las banquetas. Se produjeron una o dos notas falsas en la orquesta y luego el minué se reanudó en todo su apogeo.

La sombra salió precipitadamente hacia la salida.

El fugitivo huía hacia los jardines rodeando el extremo del ala norte; y cuando Viravolta, que había bajado de los cielos mecánicos, se deslizó a su vez en el escenario del baile, los presentes ya solo se preocupaban de la danza.

El veneciano cruzó sin resuello las puertas de la Ópera, arrastrando en su estela a varios soldados.

«¡Ahí está!».

Pietro lo veía correr por los jardines; el Fabulista estaba des prendiéndose de la toga para dar paso a unas ropas oscuras, y arrojó el estoque de teatro para asir una auténtica espada.

Ciento sesenta mil farolillos decoraban Versalles y sus parterres. Aquellas luciérnagas estaban distribuidas por los bosquecillos, alrededor de los matorrales, en las arcadas, los cuadros y los rombos de los jardines, en el frontón de los arcos de triunfo levantados sobre el Gran Canal, el Gran Canal que, en los momentos de calma, recordaba a Pietro el de Venecia. Esta incandescencia parecía convertir el parque entero en un bosque de hadas; y a guisa de epifanía, el canal estaba surcado de góndolas con baldaquino, entre ellas las que en el pasado había obsequiado la Serenísima. Por doquier los artificieros preparaban los diluvios pirotécnicos que pronto lanzarían hacia nuevas constelaciones. Las fuentes ofrecían el maravilloso espectáculo de los surtidores. Orquestas diseminadas por los bosquecillos invitaban a la danza a los miles de personas arribadas de París y de provincias.

Había llegado el momento que todos esperaban, el más hermoso y feliz de los festejos: ¡el espectáculo pirotécnico!

«¡Ah, no! No te me escaparás... ¡Ahora no!».

Por un momento Pietro perdió de vista al fugitivo; entrecerró los ojos y lo entrevió de nuevo; de pronto pareció destacar en la noche para entrar oblicuamente en el Laberinto. El veneciano se lanzó en su persecución. Los animales de plomo polícromo que lo poblaban conferían a las avenidas un aspecto fantástico, irreal. También el pueblo se había adentrado en él, riendo al azar del paseo y de sus callejones sin salida. ¿Derecha? ¿Izquierda? Viravolta no tardó en perderse. Echó pestes al chocar con una pared de boj, sorprendiendo al pasar a un galán que intentaba meter la mano bajo las enaguas de su amante. Volvió sobre sus pasos. Más allá, unas beldades se desternillaban de risa jugando a darse sustos. ¿Cómo había logrado el Fabulista encontrar la salida entre aquellas avenidas? El veneciano acabó saliendo a su vez. Había corrido en círculo. Redujo el paso y, enjugándose el sudor de la frente, examinó con amargura las hebillas de sus zapatos polvorientos. Volvió hacia el palacio, jadeante.

A la entrada del edificio, un guardia suizo le comunicó:

—¡Lo hemos sorprendido a la salida del bosquecillo! Lo hemos obligado a echarse al suelo, pero ha aprovechado la confusión para entrar de nuevo.

Pietro cobró ánimo. Si el Fabulista había vuelto al palacio contra su voluntad, podía tener las horas contadas. Acababa de meterse en la boca del lobo. De nuevo echó a correr, mientras un grupo de soldados de la caballería ligera convergían con él hacia la escalera.

Se precipitó en dirección a la escalera interior del palacio. «La puerta secreta... ¡Quiere acceder a los tejados!».

Primer piso. Segundo piso. La cuarta parte de la guardia de palacio pisaba los talones al intruso. ¿Por qué otro laberinto el Fabulista, penetrando de improviso en el secreto de los apartamentos reales, consiguió llegar a los escalones secretos que lo condujeron hasta el espacio situado debajo del tejado? Pietro no daba crédito a sus ojos, pero al presente estaba convencido de que el fugitivo ya no podía escapársele. Llegado a su vez a un pasillo estrecho y oscuro, no lejos de los apartamentos de la Du Barry, Viravolta avistó una trampilla que llevaba a los tejados. Alejó a los soldados.

—Ya no hay salida. No preocupemos a la multitud entregándonos aquí a un espectáculo furibundo.

Con presto movimiento, abrió la trampilla.

—Yo me ocuparé.

En un instante estuvo encima del palacio.

Los jardines se extendían hasta perderse de vista, hasta las remotas profundidades de la noche. A lo lejos, en el ángulo nordeste de los tejados, vio la sombra vacilante del Fabulista.

Este buscaba en vano una salida. Se volvió, resignado...

Desenvainó la espada para enfrentarse al veneciano.

Abajo, el baile se había interrumpido.

Pietro corrió hacia el fugitivo.

—Hasta aquí hemos llegado —dijo, y se detuvo a escasos metros de él.

—Tal es mi impresión —admitió el otro.

Viravolta desenvainó a su vez. Sin embargo, al ver la postura del Fabulista, pestañeó. ¿Tenía miedo o jugaba a hacerse el torpe?

Los dos adversarios se midieron un instante, mientras Pietro afirmaba su apoyo.

Los chasquidos del metal anunciaron que el duelo había empezado.

Como para saludarlo, un nuevo trueno desgarró el cielo. Por un momento los dos combatientes se quedaron desorientados. Miraron con asombro al firmamento, que se inflamaba. Abajo, los artificieros comenzaban su obra al son de las trompetas. Alrededor de las fuentes y los bosquecillos, a lo largo del Gran Canal, encendían los cohetes. Las constelaciones multicolores explotaban por doquier, a tal punto que el universo pareció abrirse en dos, arrojando desde la tinta de las nubes sus siembras de estrellas. Al mismo tiempo, las fuentes se iluminaron y los surtidores brotaron hacia el cielo con trazos centelleantes. Los rosetones crepitaban mientras Viravolta y el

Fabulista reanudaban su escaramuza y, por todas partes en los jardines, la gente daba golpes con los pies, contemplando maravillada el espectáculo pirotécnico.

Fue precisamente el momento que eligió la delfina para presentarse en el balcón. A partir de ese instante, los miles de personas congregadas al pie solo la vieron a ella; María Antonieta, que ahora se reunía con el rey y el delfín Luis Augusto. Apenas unos pocos, más perspicaces que los demás, distinguieron las siluetas oscuras que se enfrentaban en los tejados. Una aclamación estalló en el cielo de Versalles; aplausos y gritos de alegría hicieron temblar los jardines en su totalidad. Y en el colmo del entusiasmo, la delfina, princesa entre las princesas, batía palmas, quería bajar al parque, mezclarse con el pueblo de Francia, que la recibía como a su futura reina. A sus pies se agolpaba la multitud, esparcida entre los farolillos, los surtidores iluminados y los bosquecillos, hasta allá abajo, allá, muy lejos, detrás de los parterres, los estanques y el bosque.

El Fabulista solo emitió un breve grito cuando la punta de la espada de Viravolta lo alcanzó en pleno corazón. Pietro no había tenido dificultad alguna en desarmar a su adversario. Una estrella oscura maculó el traje del payaso. Sorprendido, puso los ojos en blanco. Permaneció así unos segundos, pareciendo vacilar entre la vida y la muerte. Luego su mirada se volvió vidriosa, y se derrumbó. El veneciano lo agarró con dificultad.

Percibió el olor metálico de la sangre en su aliento.

—¿Por qué? —le preguntó—. ¿Por qué todo esto? No sabéis pelear, ¿verdad?

De repente, pese a su maquillaje excesivo, la expresión del Fabulista le pareció sincera; Pietro se quedó estupefacto. Haciendo acopio de sus postreras fuerzas, el otro le agarró el brazo.

—¡Este reino... apesta a gangrena, Viravolta! Debéis... saber... Para mí es demasiado tarde, pero...

Aún tuvo tiempo de oírlo susurrar:

—El Fabulista... no ha muerto, Viravolta. Y volverá.

Sus miembros parecieron adquirir mil veces su peso.

—Volverá.

Pietro se incorporó en la penumbra, sobre los tejados de Versalles. Por doquier a su alrededor, los fuegos seguían estallando; la multitud rugía entre los bosquecillos y los surtidores, y su mano, que aún sujetaba al Fabulista por el cuello del traje, cayó al costado mientras rememoraba las últimas palabras de aquel espectro nocturno.

«El Fabulista no ha muerto, Viravolta... y volverá».

Secretos de Estado

Antepatio y Patio de Mármol

Cámara del rey

Despacho del duque d'Aiguillon, Versalles

Y hete aquí que el Fabulista parecía renacer de sus cenizas.

«¡Vamos, más deprisa!».

La aurora aún no había despuntado cuando el coche tirado por cuatro caballos que llevaba a Viravolta circulaba raudo en dirección a la corte. Los soldados habían escoltado a Anna y Cosimo hasta Marly, y después habían partido con él en plena noche tras dos horas de sueño, teniéndolo bien custodiado en todo momento. El veneciano no había opuesto resistencia. Sin duda existía una explicación para todo aquello. Conocía lo bastante a D'Aiguillon para saber que debía de tener alguna idea en mente y que aquella autoritaria convocatoria ocultaba algo. Un asunto criminal... Pero ¿cuál?, no dejaba de repetirse. Y aquella nota incomprensible: «Viravolta, ¿queréis jugar conmigo?». ¡Por todos los dioses, vaya una familiaridad! ¿Cómo podía estar de regreso el Fabulista?

Pietro miraba al exterior con semblante sombrío.

No todo el mundo llegaba a Versalles como lo había hecho María Antonieta. Al acercarse al palacio, el viajero podía imaginar verlo surgir del suelo al doblar el recodo de una noble avenida, enmarcado por palacetes y edificios de elegancia incomparable. En el surco de las carrozas y las sillas de mano, deslizándose como las góndolas en un Patio de Mármol centelleante, podía figurarse mil y un espectáculos de sutiles galanterías y exquisitas cortesías. No obstante, la realidad era diferente por completo. Cabe decirlo: los días de boda eran poco numerosos, ¡y raras las ocasiones de encender ciento sesenta mil farolillos! Si por el lado del jardín resplandecía la gloria nacional, por el lado del patio Versalles era una cloaca.

En ese contraste sobrecogedor pensaba Pietro en su carroza mientras veía desfilar la ciudad sumida en la penumbra. Miraba de reojo los bulevares de la Reina y del Rey al ritmo de los tumbos del vehículo. Allí, baches y charcos de barro servían de vertedero. Los gritos del cochero y el paso de los caballos dispersaban a las alarmadas aves de corral que retozaban en medio de la basura. A los descampados sucedían barracas que constituían otras tantas ofensas para la vista. La carroza se cruzaba con tenderetes, posadas, cafetines y tabernas sospechosos; tiendas estafalarias por las que se arrastraban perros famélicos; viviendas de alquiler que acogían una fauna que un bestiario no habría bastado para describir; cuadras malolientes y estercoleros que no lo eran menos. Durante el día, las hordas de oficios humildes —albañiles, carpinteros, carpinteros de armar, feriantes, ropavejeros, mozos de cuerda, afiladores, vendedores de canciones, empedradores, terraplenadores y mujeres de vida alegre— poblaban aquel teatro desbordante de vida y promiscuidad.

Aventureros de todas las provincias, atraídos por la gloria, se aglutinaban allí como luciérnagas. Por la noche era peor. Bandidos y merodeadores atracaban al viandante extraviado entre las posadas. Hasta en la plaza de Armas había cuchitriles que albergaban a vagabundos sin un céntimo. La plaza en sí era un gigantesco maremágnum que seguía sirviendo de receptáculo a las deyecciones de los transeúntes. Gatos muertos sembraban la avenida de Saint-Cloud. De vez en cuando surcaban aquel paisaje altos personajes, hombres de Iglesia, embajadores, oficiales y recaudadores de impuestos, en lo que parecía más una vasta hospedería que las cautivadoras proximidades del palacio de los ángeles; y solo aquel atisbo de aristocracia recordaba entonces que se estaba a dos pasos del recinto sagrado.

Tales eran las inmediaciones de Versalles. Incluso la llegada al palacio producía mareo, pues a toda hora se respiraba la orina y las materias fecales. Todas las mañanas, al pie del ala de los Ministros, adonde Pietro se dirigía en aquel momento, un charcutero descuartizaba y asaba sus cerdos. Atravesaban el palacio en sí unas diez mil personas, tres mil o cuatro mil de las cuales eran cortesanos. Toda aquella gente apestaba y se rociaba con perfume debajo de los blancos brazos, a tal punto que olores acres y dulzones recorrían sin cesar los pasillos.

La carroza se detuvo en la explanada del palacio y Viravolta sonrió y dio las gracias al cochero, antes de bajar el estribo.

¡Ah! ¡Versalles!... —se dijo con una sonrisa en los labios, olisqueando el aire a pleno pulmón.

Su distracción no duró mucho.

—Seguidnos. El duque os espera.

Fue flanqueado de nuevo por soldados armados con espadas y mosquetes.

—Sí, sí. Ya voy.

Se adentraron en el antepatio. También este distaba de ser una explanada inmaculada. Pietro miró de reojo la gran cantidad de pequeñas barracas que allí había y que Luis XV toleraba. A aquella hora estaban cerradas, pero en el momento álgido de la actividad cotidiana vendían recuerdos y chucherías. Las damas de alto copete alquilaban sillas de mano, a tres sueldos el día, para evitar los adoquines embarrados o cubiertos de paja. Curiosos, impetradores y solicitantes acostumbraban concentrarse en las escalinatas de las alas de los Ministros.

Los soldados que franqueaban a Viravolta saludaron al guardia del prebostazgo, que se mantenía en posición de firmes ante el Patio de Mármol. Este se hallaba desierto. Ninguna bandada de cortesanos cuchicheando y disertando con grave semblante sobre los acontecimientos de aquel fúnebre amanecer.

Había, no obstante, una excepción a la soledad matutina.

Pietro sonrió.

Su viejo y querido Landretto trotaba hacia él, con el cabello alborotado y expresión consternada.

—He venido en cuanto me he enterado, por uno de los guardias del duque. ¿Qué

ocurre?

—¡Eh! —le dijo un soldado—. ¡Retrocede!

Landretto, ignorando aquel tono amenazador, caminó junto a ellos.

—Vaya, pareces en plena forma —comentó con ironía el veneciano a su antiguo sirviente.

En efecto, pese a su vestimenta de terciopelo carmesí bordadas en oro, la cara descompuesta de Landretto no llamaba a engaño.

—Al menos puedes acompañarme sin hacer eses, que ya es mucho.

—He pasado parte de la noche en un fonducho antes de volver aquí. Por los pasillos la gente murmura; ¡dicen que es el final!

—Veo que te has pimplado uno o dos cubiletes para olvidar...

Landretto meneó la cabeza. El veneciano reprimió una sonrisa. Originario de Parma y huérfano a temprana edad, al igual que Viravolta, Landretto había recorrido durante mucho tiempo los caminos de Italia como ladronzuelo y medio mendigo. Con catorce años entró como criado al servicio de unos burgueses de Pisa, y más tarde de unos de Génova. Pietro se había cruzado en su camino una noche en Venecia. El criado se encontraba cortejando a las estrellas desde el arroyo donde, despedido por sus amos, dormía el exceso de un chianti color sangre. Pietro lo puso bien erguido sobre ambas piernas y algún tiempo más tarde el joven entraba a su servicio. El sirviente le había sido de preciosa ayuda en la época en que trabajaba por cuenta de la Serenísima con el seudónimo de la Orquídea Negra y llevaba a cabo investigaciones secretas en nombre del dux. «La Orquídea Negra... Hace mucho que no oigo ese nombre». Cuando actuaba bajo el sello del Secreto, con frecuencia Viravolta utilizaba como firma únicamente su simple inicial, «V»; por eso no podía evocar sin nostalgia el recuerdo de aquel que había contribuido a su celebridad.

Si bien Pietro había sabido conservar su prestancia pese al tiempo transcurrido, Landretto presentaba algunas arrugas, exceso de peso y doble papada. Poco después de su llegada a Francia, el veneciano tuvo que ceder a su criado al servicio del rey. Pese a ser cuarentón, Landretto se había convertido en escudero; le habían encomendado una misión muy especial. Tenía a su cargo garantizar parte de la formación de los pajes y desde entonces se alojaba con ellos, en su mayoría adolescentes turbulentos, reacios a toda forma de enseñanza. Gozaba en palacio de un honor al que su nacimiento no lo predisponía. También en su caso las cartas de recomendación del dux y de los senadores de Venecia habían facilitado la tarea. La intercesión del canciller y luego la de Saint-Florentin, secretario de Estado en la Casa del Rey, habían acabado de propulsar al buen sirviente hacia aquel firmamento de gloria. Al presente Landretto era el heredero putativo de una de las familias más eminentes de Parma, al menos sobre el papel; de ese modo había podido acceder a su oficio en el seno de las caballerizas reales con todas las bendiciones del mundo. Un empleo ficticio, en cierto modo. Resultaba casi insultante para el propio Viravolta. Ahora bien, a sus ojos Landretto seguía siendo el pilluelo callejero al que había

recogido del fango.

—Por Dios, ¿de qué os acusan? —preguntó Landretto—. ¿Han perdido el juicio?

—El duque pretende que estoy mezclado en no sé qué asunto. Sabré algo más dentro de un momento.

—Decidme si hay algo que yo pueda hacer. Os aguardaré.

—Entendido.

Landretto recuperaba sus antiguos reflejos.

Justo antes de entrar en el edificio donde lo esperaba D'Aiguillon, Pietro echó una ojeada en dirección al ala del palacio que albergaba los apartamentos del soberano.

Sus pensamientos se dirigieron hacia aquellas cortinas, que tenían todo el aspecto de un velo fúnebre.

«Sin duda vive sus últimos instantes».

En ese mismo momento, un rey se moría.

Tendido en su lecho, Luis XV, exangüe, miraba fijamente las cortinas de la ventana.

Cuando, el martes 26 de abril, mientras cenaba en el Trianón, no había podido ingerir un solo bocado, atribuyó su malestar a una fatiga pasajera. Al día siguiente se declaró la fiebre; al otro lo trasladaron por fuerza a Versalles. Al principio no pensó en la viruela. Creía haberla pasado ya a los dieciocho años y estar inmunizado. La corte había sabido la verdad antes que él. De inmediato se desataron las cábalas y las intrigas: el clan de *madame* Du Barry temblaba, y los partidarios de Choiseul se preparaban para cualquier eventualidad. En medio de tales infortunios, las hijas del rey, con Adelaida a la cabeza, dieron muestras de gran valor. Se encerraron con él para sostenerlo en la adversidad, en un momento en que el monarca ignoraba todavía el diagnóstico de la facultad. Ocultarle la verdad ciertamente podía ser bueno para su moral, pero al jugar a ese juego Francia corría el riesgo de verlo morir sin confesión. Afortunadamente, Luis no había necesitado a nadie para sacar sus propias conclusiones sobre su estado. La viruela.

Miraba las cortinas intentando concentrarse.

El 3 de mayo, por la noche, mandó llamar a *madame* Du Barry, de todas la más querida. «Hemos de evitar que se repita el escándalo de Metz. Me debo a Dios y a mi pueblo. Tendréis que retiraros mañana». La favorita solo podía inclinarse. Ese mismo día, tras la misa celebrada en su cámara, Luis había recibido los últimos sacramentos de la mano de monseñor de Beaumont y del gran capellán, el cardenal de La Roche-Aymon. No obstante, en aquel momento confiaba en curarse. Incluso cuando se dirigió a la ventana para ver a *madame* Du Barry subir a la carroza que la conduciría a su retiro de Rueil. Ahora que le volvían aquellas imágenes —el movimiento

discreto del vestido, el pie delicado, la mano blanca apoyada en la jamba de madera, la postrera mirada dirigida hacia la ventana real—, ya no podía ignorarlo: aquella visión fugaz de la mujer a la que amaba sería la última. ¡Qué se cumpla la voluntad de Dios! ¡Y a ti, Jeanne Du Barry, hasta el más allá, tal vez! Para muchos aquella amante había sido la vergüenza de Francia. Para él, una de las razones de vivir. Así eran las cosas.

Las cortinas temblaban, y la imagen de la condesa se desdibujaba a su vez.

Dos días atrás había reclamado a su confesor, pasando de la esperanza a la resignación, y extrayendo de la gravedad de aquellos momentos una serenidad inesperada. Pero él era rey... y cristiano, pese a las flaquezas de su temperamento. Había confiado su contrición al abate Maudoux. Por supuesto, podían ver en él a un arrepentido fácil, en el artículo de la muerte, tras haberse pasado la vida, si no burlándose de los preceptos de la Iglesia, al menos saltándose algunos. Sin embargo, era sincero. Pedía perdón a Dios por el rechazo que su escandalosa conducta había provocado en su pueblo. Jamás, después de tales palabras, habría podido hacer que la condesa volviera a su lado; pero se sintió apaciguado. Aún encontró fuerzas para murmurar a su hija Adelaida:

—Nunca me he sentido mejor, ni más tranquilo.

Luis intentaba mantener los ojos abiertos. La cabeza lo torturaba. La sangre le latía en las sienas. Su cuerpo estaba atravesado por el dolor. Sus ojos se abismaban en una oscuridad que ya no era la del exterior. Se aferraba con todas sus fuerzas a la imagen danzante de aquellas cortinas. Detrás de ellas, el mundo seguiría girando. Curaría y *madame* Du Barry tenía aún por delante toda su juventud. Pero... no estaba solo. ¿Quién lo rodeaba ahora, pues, mientras moría en escena? El abate, sin duda. El cardenal, y los médicos de la facultad... ¡Oh, había visto a demasiados de esos médicos con toga negra! Ya no quería ver a nadie, únicamente aferrarse a aquellas cortinas, olvidar la corona que durante tanto tiempo le había pesado en la frente. Y su mirada se extraviaba..., demasiada fiebre, demasiada, demasiada...

¿Lo amaba el pueblo?, se preguntó el monarca. ¿Qué recuerdos guardarían de él? Le habían reprochado sus escapadas, su escasa afición a la vida pública. Pero ¿acaso sabían cómo era la jornada de un rey? Toda una vida de protocolo y de representación pública. Había reinado cincuenta y nueve años, treinta y uno de ellos de verdadero gobierno. En tiempos del Rey Sol todos se regían por el reloj del Patio de Mármol, a tal punto que, según las palabras de Saint-Simón, con un almanaque y un reloj, cualquiera podía decir con precisión, a trescientas leguas, lo que el soberano estaba haciendo. ¡Vaya que sí! Si bien Luis XV siempre había sentido un profundo respeto por la obra de su glorioso predecesor, e innovado poco, aparte de la Ópera de Gabriel, había tratado asimismo de liberarse de algunos rigores de la etiqueta, cediendo con frecuencia a los encantos de una vida más espontánea. Gustaba de atrincherarse en sus apartamentos con sus allegados. Hacia mediados de año se escapaba al Parc-aux-Cerfs, a Choisy o a la Muette. Desde luego, la nobleza no abandonaba el palacio, que

seguía siendo el centro del gobierno; sin embargo, ella se había alejado. A la delfina solo le interesaba París. La corte la seguía. Y la multitud también, eclipsándose de palacio, excepto con ocasión de las fiestas solemnes.

Sin duda se había mostrado demasiado indolente. Había perdido Quebec, sin lograr impedir el debilitamiento de Canadá y de la Luisiana. Los ingleses seguían dominando el Atlántico, y no había podido socorrer a la Nueva Francia. Tampoco había conseguido dominar las disputas religiosas en el interior del reino. Su Francia estaba desgarrada. ¡Pero bueno! No todo era tan negro. Gracias a él, Europa seguía siendo francesa; pequeños Versalles florecían por doquier. Había ganado la Lorena y Córcega, protegido a las sociedades sabias, multiplicado la creación de grandes escuelas y reales academias. La instrucción no dejaba de desarrollarse. Su administración se contaba entre las mejores del mundo, intendentes de Finanzas, funcionarios de Puentes, tenientes de policía, ¡ingenieros de primer orden! Junto con el canciller Maupeou, se había lanzado, cierto que tardíamente, a las reformas audaces. Sus errores habían sido fruto de omisiones, más que de falta de juicio. A menudo había improvisado entre dos bailes ministeriales, reiterando el brazo de hierro con los parlamentos. No obstante, lo más grave era sin duda su negligencia respecto de sus cargos simbólicos. Ya no comulgaba, ya no tocaba a los escrofulosos. Se comportaba, pues, como simple deísta, y como déspota indiferente a la opinión de sus súbditos. Tampoco había hecho mucho caso a los filósofos que lo atacaban sin cesar, a él o al régimen, que venía a ser lo mismo.

«Me duele, Dios mío, me duele tanto...».

Las cortinas se mecían suavemente.

Pese a todo, se había esforzado por mostrarse recto y justo. Ciertamente, había preferido la frivolidad de sus amantes del Parc-aux-Cerfs a la austeridad de sus ministros. Pero ahora que se preparaba para partir, consideraba que, para Francia y su monarquía, seguiría siendo el Bien Amado.

A su alrededor, las personas a su cabecera, aquellas personas a las que ya no podía distinguir, vieron entonces que sus labios temblaban, como si hablara consigo mismo, y que esbozaba una débil sonrisa.

«El Bien Amado...».

—¡El señor marqués Pietro Viravolta de Lansalt!

Las puertas de doble hoja se abrieron ante Pietro.

Por lo general, el duque D'Aiguillon ocupaba otros despachos en vez de los improvisados hoy cerca del rey, en el ala de los Ministros, y que daban al Patio de Mármol. Pero en aquellos momentos de agonía, las circunstancias excepcionales trastornaban las costumbres. En el gabinete del secretario de Estado flotaba un aroma de excitación nerviosa. En su escritorio tachonado de oro se apilaban voluminosos expedientes; otros atestaban los estantes de una biblioteca, junto a libros de geografía, historia, derecho y estrategia militar. Había un mapa de Europa desenrollado sobre una chimenea desde cuya repisa una Diana de bronce lanzaba una fría mirada. Un

globo terráqueo sembrado de continentes solo esperaba a ser rozado por una mano viajera, o a retener la atención de un poderoso del reino.

Apostado ante las cortinas apenas recorridas estaba el duque D'Aiguillon.

—¡Ah, Viravolta, aquí estáis!

Glacial, lo invitó a tomar asiento.

Pietro examinó la fisonomía de aquel hombre de destino singular. Sobrino bisnieto de Richelieu, se había comprometido muy pronto en la carrera militar. Feroz adversario de Choiseul, el más grande ministro de Luis XV entre 1758 y 1770, tenía la reputación de ser hostil a las ideas nuevas. Ciertamente podía encontrarse en su mirada una especie de falso candor, el cual dejaba adivinar que el personaje, sensato en política, sabía maniobrar en aguas turbulentas. No obstante, su viva inteligencia y su capacidad de trabajo atemperaban la inclinación al autoritarismo y a la duplicidad que muchos le reprochaban. A la cabeza de la corte de Bretaña, había sido el instrumento del monarca en su lucha contra la pretensión de los parlamentarios del reino de usurpar sus prerrogativas y contra la idea según la cual los parlamentos no formaban sino un único y mismo «cuerpo imaginario». El enfrentamiento había durado hasta que el Parlamento parisino decidió el cese de servicio. ¡Rozaban el crimen de lesa majestad! Tras años de dejadez, aquel episodio había decidido a Luis XV a retomar enérgicamente el control de los asuntos del reino.

El rey había desfavorecido a Choiseul y nombrado canciller a Maupeou hijo, antes de nombrar al abate Terray controlador general de las finanzas. Así había nacido el famoso triunvirato Maupeou, D'Aiguillon, Terray. Criticado por su rigor, se trataba, no obstante, de un gobierno inteligente y honesto. Sus ofensivas eran impopulares, pero la atmósfera cambió: habían criticado a Luis XV por su descaro; ahora lo acusaban de excesiva actividad, incluso de tiranía. A la hora de las revueltas apenas larvadas, reafirmaba la autoridad real. Por su parte, el austero abate Terray, a quien Viravolta conocía bien por haberse cruzado a menudo con él en Versalles, se había revelado como uno de los mejores ministros de Finanzas que hubiera conocido el reino.

Mas en aquel momento, la situación del duque D'Aiguillon, secretario de Estado para la Guerra y los Asuntos Exteriores, resultaba apenas menos delicada que la de Viravolta. Si bien el rey lo había apoyado largo tiempo, sus relaciones no siempre habían sido cordiales, lejos de ello. En 1742, Luis XV le había birlado su amante a D'Aiguillon. Algunas malas lenguas decían que el duque se había vengado después, aprovechando secretamente los favores de *madame* Du Barry. Pietro ignoraba si el dato era exacto. En definitiva, era desde luego siguiendo los consejos de la Du Barry por lo que D'Aiguillon se había encontrado en Asuntos Exteriores. Si Luis XV moría en las próximas horas, D'Aiguillon sabía que se hallaría en la cuerda floja. María Antonieta se convertiría en reina de Francia, la Du Barry era su enemiga... y la partida acababa ahí.

¡Ah, la política... y el amor!

El veneciano se preparaba ahora para lo peor.

Peluca empolvada y chupa sembrada de condecoraciones, D'Aiguillon se hallaba de pie delante de la ventana. Se acercó a Pietro. Con una mano en el mentón y la otra tamborileando en el escritorio, dejó que el silencio se prolongara. Luego atacó:

—También vos me habéis traicionado, Viravolta... El tono era predeterminado.

—Jamás he conspirado contra vos, lo sabéis muy bien.

—Mmm, sí —dijo D'Aiguillon, dubitativo.

Clavó la mirada en la del veneciano.

—Pietro Viravolta de Lansalt... El hombre que confundió al duque Von Maarken, confundió a *il Diavolo* y salvó al dux... Fue hace algunos años, ¿no es cierto?

—El tiempo pasa, excelencia —replicó Pietro.

—La situación es compleja, como sin duda sospecháis... He diferido largo tiempo mantener con vos esta conversación, Viravolta, ¿o debería decir... «V»?

El duque tomó asiento.

—El día en que comprendí... Ah, Señor... Un Gabinete Negro... Una diplomacia secreta, iniciada por el propio rey, ¡desde hace casi treinta años! Resulta muy desagradable, ¿sabéis?, tener la sensación de que a uno lo toman por imbécil.

—Excelencia, salta a la vista que no lo erais tanto como para ignorar el Secreto por más tiempo, allí donde vuestros predecesores, y no de los menos notables, no se dieron cuenta de nada.

D'Aiguillon esbozó una breve sonrisa.

—Siempre habéis estado dotado para los cumplidos, Viravolta. Una exigencia en vuestra profesión, ¿no es así?... Y una segunda naturaleza en todos los cortesanos. En Venecia tuvisteis una buena escuela. Confesad que en Francia tampoco está mal...

D'Aiguillon inspiró hondo.

—Yo, ya veis, soy un militar. La diplomacia me llegó tarde... ¡Ah, Viravolta! No es sorprendente que el Gabinete Negro solicitara vuestra ayuda apenas llegasteis. Sin embargo, habéis servido a demasiados amos a la vez.

—¿Es porque no he servido lo bastante a este país por lo que han venido a detenerme?

El toque de ironía —y de insolencia— no pasó por alto al duque. Pietro lo lamentó enseguida. D'Aiguillon prosiguió:

—Hace un par de noches se encontró el cadáver de una joven en la Galería de los Espejos. En pleno corazón de Versalles. Dios sabe cómo llegó allí. Los guardias suizos recuerdan haber visto entrar una silueta por el Salón de la Guerra. A todas luces el asesino era un habitual del lugar, que esperó el momento propicio. Por fortuna, el cuerpo fue descubierto pocos momentos después. ¿Imagináis la conmoción si por la mañana hubieran sido los cortesanos quienes lo hubieran descubierto, en lugar de la guardia? Hemos conseguido cortar en seco todos los rumores. La terrible enfermedad del rey ha hecho que el acontecimiento pasara a segundo plano, y también eso resulta afortunado, si me está permitido decirlo. La

muchacha respondía al nombre de Rosette. Trabajaba en el establecimiento del perfumista Fargeon. Tal vez sepáis que *monsieur* Fargeon es uno de los principales proveedores de la corte.

—¿Qué relación tiene eso conmigo?

El duque hizo deslizar un libro por la superficie del escritorio.

Pietro levantó hacia él una mirada interrogativa.

—Ahora lo entenderéis.

El veneciano asió el volumen.

Se trataba de una gruesa recopilación polvorienta. El título rezaba *Fábulas de La Fontaine* en una bella caligrafía anticuada. Estaba encuadernado en piel marrón. Por el perímetro de la cubierta corrían arabescos. Viravolta lo abrió. Algunas páginas estaban sucias, deterioradas o pegadas. Contenía la totalidad de las fábulas. Hojeando el libro, Pietro se dio cuenta de que varias de ellas estaban circundadas en rojo. Precediendo a cada una, en las páginas de la izquierda, se podían ver grabados y caricaturas grotescas, a menudo divertidas e infantiles, pero siempre admirablemente trazadas. El lobo se disponía a devorar al cordero inclinándose sobre las aguas cristalinas; el labrador se deslomaba bajo el sol y ante la mirada de sus hijos; Perrette bajaba por un sendero, con la lechera sobre la cabeza. En la guarda, una mención señalaba la fecha de impresión: 1695.

De repente, el veneciano se detuvo.

Aquella letra negra, seca y discontinua... Una dedicatoria.

«A Pietro Viravolta de Lansalt».

Levantó la vista.

—Pero... No entiendo.

—Permitid que os explique algo... —dijo el duque y se puso en pie—. Esta vieja recopilación de fábulas yacía sobre la fallecida. Al igual que el billete que os hice llegar y algunos huesecillos que hemos identificado como de cordero. Poneos en mi lugar, Viravolta. Tengo un libro ensangrentado, un rey que agoniza, un agente del Secreto mezclado en un asesinato cometido en pleno corazón del palacio... Y, para colmo, un criminal que renace de sus cenizas. Comprenderéis que me haga preguntas...

—Pero, bueno, el Fabulista... está muerto, ¡lo maté aquí mismo! —replicó Pietro. D'Aiguillon hizo girar el globo terráqueo.

—Pues bien, o ha resucitado... o alguien ha asumido de nuevo su identidad.

La frente de Viravolta se ensombreció. Si bien en el pasado la identidad del Fabulista no había constituido ningún misterio, su retrato había revelado numerosas contradicciones. Se trataba de cierto abate, Jacques de Marsille. Se decía que era jansenista, atormentado hasta el punto de haber participado en reconstrucciones de crucifixión como las que los místicos más entregados organizaban otrora en los sótanos de San Medardo. Algunos lo acusaban de ser un sacerdote secularizado que, so pretexto de rigorismo y caridad, extorsionaba a las prostitutas. Las versiones más

negras afirmaban que participaba en aquelarres y otras ceremonias ocultas. Otros testimonios lo describían como un hombre piadoso y justo, fino ilustrado, gran lector de Pascal, de una austeridad y una profundidad de alma auténticas. ¿Acaso no ayudaba a los pobres, llegando incluso a alojar en su casa a los más desheredados? El abate era en efecto miembro de una o dos sociedades sabias, pero estas no tenían nada de secretas, y su compromiso justificaba más bien al hombre iluminado. Políticamente, el abate de Marsille era conocido por haber pronunciado unas palabras desafortunadas en relación con María Teresa de Austria. Pietro recordaba que antes de morir había estigmatizado la «gangrena de Francia». Que el abate fuera un ser atormentado, incluso desequilibrado, no resultaba sospechoso; y ciertamente, el día del espectáculo pirotécnico habría podido cambiar el mundo. Pero ¿habían identificado su auténtico móvil? Consiguieron averiguar que el antiguo abate de la parroquia de San Medardo había actuado por su cuenta y riesgo tras solicitar en varias ocasiones una audiencia ante el rey, que jamás obtuvo. Sin embargo, habían establecido que no representaba a ningún partido, a ninguna facción... ¡Y su muerte no ofrecía duda alguna! ¿Entonces?

—Os aseguro que no tengo la menor idea —repuso Pietro.

El duque respondió con expresión falsamente distraída:

—Haced el favor de coger el documento azul que hay sobre mi escritorio.

Pietro asió la carpeta en cuestión, provista de cierres metálicos.

—Esto es un informe de policía —dijo D'Aiguillon—. En la primera página podréis leer la clase de epigramas que han empezado a circular por la corte, mientras el rey agoniza. No se habla mucho de ellos en las actuales circunstancias. También en este asunto he conseguido restañar la sangría, y me he apresurado a recuperar los billetes comprometedores. Hemos encontrado muchos, unas veces en los Salones de Diana o de Hércules y otras en los jardines o en la Orangerie. Esto debería recordaros los mensajes que hallasteis en el pasado, con ocasión de la llegada a Francia de la delfina. Hemos descubierto este cerca de una fuente del Laberinto.

Pietro abrió la carpeta y, en efecto, leyó:

Colmadas sus conductas disolutas,

Luis concluye su carrera.

Lloran los picaros, lloran las putas,

van a perder a quien su padre era.

Y muy pronto en el trono

se sentará la hija de Viena,

María Antonieta de Lorena-Habsburgo.

Cabalga al amante, así se las ingenia,

que la llenen espera sin expurgo.

Su insulso esposo no es quién,

*mas entre dos tiene diversión profusa,
con la princesa de Lamballe o bien
con quien de la carne es la Musa.*

El duque detuvo el globo terráqueo y levantó la vista.

—Hemos estudiado la tinta y la letra. No ha revelado nada, como tampoco el análisis del libro de fábulas, de los huesos o de los demás epigramas diseminados a los cuatro vientos. Inútil recordaros en qué momento nos llegan esta clase de billetes. Ciertamente, no es la primera vez que la delfina se encuentra en el punto de mira...

En Versalles los epigramas eran moneda corriente. El pueblo debía desfogarse. Las alusiones a las relaciones culpables entre María Antonieta y su amiga la princesa de Lamballe eran un clásico. En ocasiones emanaban de los círculos del poder. La mayor parte del tiempo tales calumnias no se prestaban a excesivas consecuencias. Esta vez, el tono del billete era de lo más virulento. Y el ataque contra la incapacidad de Luis Augusto y de la futura reina para concebir un heredero al trono daba en el blanco.

—Algunos incluso imaginarán que soy yo quien ha hecho circular este tipo de poemas breves... —prosiguió el duque—, ¡o *madame* Du Barry! Excepto por el hecho de que el billete, como todos los demás, está firmado por el Fabulista.

Pietro apartó el epigrama y leyó el informe que lo acompañaba.

—Tenemos razones para creer que la muerte de la joven encontrada en la Galería de los Espejos fue especialmente atroz. Tenía el tobillo seccionado, Viravolta. Por un cepo para lobos. Restos de cuerda dejaban adivinar que después fue colgada de un árbol. Solo Dios sabe dónde... y lo que pudo pasar. El Fabulista debió de abreviar los sufrimientos de la pobre niña antes de atarla. Al menos eso espero, pues el cadáver, tal como lo descubrimos, estaba medio devorado por los lobos. Más tarde nuestro asesino la condujo tranquilamente hasta palacio, antes de descargarla, con la ayuda de una carretilla, en la Galería de los Espejos. Aún quedan huellas en el entarimado.

Viravolta se limitó a menear la cabeza.

El duque lo animó a compulsar el documento siguiente.

—La pequeña Rosette llevaba en lo que le quedaba de rostro un lunar postizo, uno de esos que se recortan con sacabocados de hierro en tafetán engomado negro. No creo que necesite explicaros lo que esos lunares significan...

—Cerca del ojo son signo de un humor asesino —murmuró Pietro—. En la comisura de la boca constituyen una llamada al beso... Picaros en los labios, galantes en la mejilla, desvergonzados en la nariz, majestuosos en la frente o discretos en el labio inferior...

—El de Rosette iba adornado con una inicial, una «F» como la del Fabulista, y ocultaba un grano de acné.

—Encubridor, en suma... —dijo Pietro, sombrío.

Guardó silencio un momento. Después se sacó del bolsillo el billete de piel de buey que el duque le había hecho llegar en el momento de su interpelación.

—¿Y esto? ¿Esta piel? Por un instante creí...

—No, es piel de buey. En cambio las letras... Se trata de sangre humana. La de la pobre Rosette. Encontramos este pergamino en su cuerpo, junto con la recopilación de fábulas. La Fontaine, por supuesto. «El lobo y el cordero». De ahí los huesecillos y lo demás. ¡Alguien quiere darnos una lección! La razón del más fuerte siempre prevalece... Y como habréis constatado, el Fabulista os invita personalmente a no sé qué juego del gato y el ratón.

—¿Por qué a mí?

—Sois un agente del Secreto, ¿no? También el joven espía Baptiste Lansquenet tuvo su fábula. Ese muchacho era... el amante de Rosette.

D'Aiguillon cogió un retrato en miniatura del muchacho.

—Vaya... Me parece conocerlo —dijo Pietro.

—No me sorprende en absoluto. Servía de confidente al conde de Broglie. También él trabajaba en Fargeon. Fue envenenado... con perfume.

Viravolta abrió unos ojos atónitos.

—¿Con perfume? Pero ¿cómo...?

—Encontraréis los detalles más adelante. Os decía que Lansquenet tuvo asimismo su fábula. Como todos los agentes asesinados. Es probable que haya preparado una para vos...

—Tiene diez, visiblemente. Diez que me anuncia a título personal... ¿y que me invita a impedir? ¿Diez asesinatos? ¿Diez trampas por desbaratar? Tengo la sensación de ser invitado a un curioso divertimento morboso... No obstante, nada dice que representará sus fábulas en ese orden. Como tampoco que hayan sido entregadas a mi única atención. Tal vez muestre esas cartas para despistarnos mejor. ¿Decíais todos los agentes asesinados?

—En efecto. No sois el primero en recibir fábulas. Encontraréis los detalles relativos a cada uno de los demás en el informe. ¡Dejaré que los descubráis! Porque a esto es a lo que quería llegar. Examinad los documentos siguientes: 21 de marzo de 1774, muerte de Beccario, llamado el Barón, en Sceaux, mientras cenaba en una posada; 1 de abril, muerte de Fanfreluche, llamado el Rey de Diamantes, en misión en Tréveris; 4 de abril, muerte de *madame* de Boisémy, llamada la Mujer Serpiente, al salir de una cita galante..., como comprenderéis, otra misión, en Épinay; 12 de abril, fallecimiento accidental de Manergues, llamado Meteoro, en Londres.

Pietro empezaba a comprender. Si bien no conocía a ninguna de aquellas personas, los seudónimos no le resultaban ignotos.

—Agentes, en efecto —se limitó a decir—. Pero exclusivamente agentes del Secreto del Rey. Alguien pretende eliminarnos. ¡A todos los agentes del Secreto, uno a uno! Alguien que se hace llamar el Fabulista. Sin embargo, no lo entiendo, si el

Secreto ha sido disuelto...

—¿Lo ha sido, Viravolta? —preguntó D'Aiguillon traspasándolo con la mirada. Pietro no soslayó la cuestión.

—Creed en mi sinceridad, excelencia. Yo mismo lo ignoro.

No tengo ninguna noticia del conde de Broglie desde su caída en desgracia.

—Vamos. ¿Ni un mensaje en clave? ¿Ni una breve nota convocando a una reunión?

—Os aseguro que no —insistió Pietro.

—Viravolta... Ved la paradoja... Heme aquí forzado una vez más a proteger los intereses de la delfina, que sin embargo me odia; y tal vez la seguridad de agentes que no han dejado de conspirar a mis espaldas. Mañana María Antonieta será reina, y lo que ocurre hoy no me augura nada bueno. No sé por qué, pero el Fabulista ataca al círculo cercano a los agentes del rey. La pareja real pronto estará en primera línea. Y el Fabulista acaso sea...

—... Uno de nosotros.

—Quizá el propio Broglie, nunca se sabe. Dicho de otro modo, vuestro «superior» en el Secreto, si puedo decirlo así. ¡Vuestro emperador en la sombra! Alguien, en cualquier caso, que rechazaría la disolución del Servicio. ¿O que querría vengarse? A menos que se trate de un agente extranjero que intenta aprovechar la situación para desestabilizarnos..., ¿alguien de la corte? Todo esto se me escapa. Luis XV está a punto de morir y su nieto ocupará su lugar. No sabe nada de los asuntos de Estado. Hoy en día la monarquía está fragilizada. Me consta que profesáis simpatía a los filósofos y los Enciclopedistas. Se diga lo que se diga, el rey los ha tratado bien, y Voltaire nos ha apoyado. No obstante, sabéis asimismo que los enemigos del rey son numerosos, entre los magistrados, las logias y los funcionarios de los parlamentos...

—Pero no se trata de eso, ¿no es cierto?

D'Aiguillon lo miró, interesado.

—¡Proseguid!

El veneciano entrecerró los ojos.

—Si alguien ha usurpado la identidad del Fabulista... ese alguien conocía necesariamente su existencia.

—Lo que significa...

—Que es... de la casa. ¡Y que lo sabe todo de Versalles! Si pudo introducirse en la galería en plena noche... ¡Tal vez esté aquí mismo, en el corazón del palacio, todos los días!

—¡Lo que nos da diez mil sospechosos potenciales! Viravolta, ¿sabéis el número de oficios que recorren el palacio, sirvientes, gentes de armas, pajes, escuderos, cocineros, jardineros, arquitectos, por no hablar de la corte y de las personas de paso?

El duque se inclinó hacia él.

—Me proponía empezar por vos.

Pietro le sostuvo la mirada.

—No creeréis en serio que pueda ser sospechoso de tamaña aberración...

—Evidentemente que no... Pero, decidme, ¿por qué señalaros? ¿Cuál es el móvil? ¿Una venganza personal? ¿Política?

A Viravolta no le cupo ya ninguna duda sobre lo que tenía que hacer.

—Confiadme la investigación.

—¿Perdón?

El veneciano se inclinó a su vez.

—Es eso lo que queréis, ¿no? ¿Por qué tantos rodeos? Este arresto... No pensaréis ni por un momento que estoy mezclado con no sé qué conspiración, dirigida contra vos, la corte o el rey, ¿verdad? Entonces, llegad hasta el fondo de vuestro pensamiento. ¿El Fabulista me invita a jugar con él? Pues bien, confiadme la investigación... secretamente.

D'Aiguillon esbozó una sonrisa voraz.

—Veo que empezamos a entendernos. Encontrad al Fabulista, resolved este asunto y saldréis del embrollo con la cabeza bien alta. Decepcionádmme, o jugad con dos barajas, y os crucificaré, Viravolta. El nuevo poder acabará por tener conocimiento de estos epigramas y no los tolerará por mucho tiempo. Se necesitará un chivo expiatorio. Vos resultaréis ideal para el puesto, así como Charles de Broglie. En cuanto a mí, ya estoy acabado, a menos que se produzca un golpe de efecto. No obstante, nuestro futuro Luis XVI aún lo ignora todo sobre el Secreto y sobre vuestras actividades. Eso puede bastarme para inclinar la balanza. Tengo un cadáver en los brazos, vuestro nombre es mencionado, no necesito nada más. De manera que seamos claros. Si caigo, caeréis conmigo. Lo he conseguido con Broglie, no lo olvidéis. Estoy en la cuerda floja, pero sigo siendo ministro.

Sonrió ampliamente, pero había amargura en aquella sonrisa.

—Ni una palabra a María Antonieta, por supuesto.

Por un instante el corazón de Pietro latió más fuerte. ¿Podía creer realmente en la amenaza de D'Aiguillon? El espectro de los Plomos, las prisiones de Venecia donde otrora estuviese encerrado, pasó por delante de sus ojos. Había vivido la experiencia del encarcelamiento. ¿Tendría que probar esta vez la Bastilla? La idea no lo seducía demasiado. Era muy probable que el futuro rey descubriera con horror la existencia del Gabinete Negro... ¿Decidiría ponerle fin y hacer que la culpa recayera sobre Broglie y sus agentes? No debía llamarse a engaño: ya había sido víctima de la razón de Estado en otro tiempo... y no tenía el menor deseo de volver a empezar.

La mirada del secretario de Estado era explícita.

«Es inútil que niegue la evidencia. Tengo el cuchillo en la garganta, y la hoja es afilada».

Apretó los dientes.

D'Aiguillon miró una vez más a Viravolta y dijo:

—Id a ver a *monsieur* Marianne, de la Casa del Rey. Entre sus atribuciones está la

de velar por los inventos que nos llegan de todo el reino. Apuesto a que sus cuidados podrán resultaros útiles, aunque creo que ya lo conocéis... Después haced una pequeña visita a ese perfumista, Jean-Louis Fargeon. Además de suministrar a la corte y a *madame* Du Barry, era el jefe de Rosette y de Baptiste Lansquenet.

El duque abrió un cajón y sacó un pequeño frasco, lleno de un líquido púrpura.

—Este es el perfume que el joven Baptiste estaba olfateando. Fargeon podrá sin duda enseñaros más sobre su composición, pero no olvidéis que el propio perfumista figura en la lista de sospechosos.

Pietro tomó el frasco. Miró bailar el líquido ante sus ojos.

No se atrevió a abrirlo para aspirar aquella fragancia mortal. Sin embargo, seguía dudando que se pudiera matar simplemente haciendo inhalar semejante sustancia. En efecto, había motivos para buscar las cosquillas al tal Fargeon.

—En cuanto a Broglie... —continuó D'Aiguillon—, intentad hablar con él y averiguar si tiene algo que ver con este asunto, sea lo que sea. La desaparición de sus agentes no ha podido pasarle inadvertida, exiliado o no. No tengo ninguna noticia del caballero D'Eon, de Breteuil o de Vergennes. Por no hablar de que muchos de sus agentes me son desconocidos. Encontradlos, prevenid a quien os plazca, pero no os fieis. Y descubrid quién es el Fabulista.

Guardaron silencio, y finalmente el veneciano añadió:

—Una última cosa. ¿Cómo habéis averiguado tanto sobre el Secreto... y sobre mí?

D'Aiguillon le tendió un informe que hasta el momento había permanecido sobre su escritorio.

Catorce horas. V abandona Versalles para dirigirse a Saint-Germain-en-Laye en compañía de *madame* A. S*** y de C. en carroza tirada por cuatro caballos. Quince horas quince. La carroza llega al lindero del bosque.

Pietro esbozó una sonrisa forzada, pero de buen perdedor.

—Desde hace solo unos meses —dijo el duque—, pero ha sido suficiente.

—Debéis decirme quién ha estado a cargo de mi vigilancia.

—Secreto diplomático.

En definitiva, todo el mundo espiaba a todo el mundo.

D'Aiguillon amagó una reverencia.

—Os corresponde jugar a vos, Viravolta. Pero entre nosotros no utilizaremos vuestro seudónimo habitual. La «V» de Viravolta estaba bien para el Gabinete Negro. Encontrad otra cosa... Alguna ligera idea tendréis...

El veneciano lo miró pensativo.

—Es posible.

El duque se puso en pie. Pietro, más lentamente, hizo otro tanto.

Se disponía a franquear las puertas cuando de pronto se dio la vuelta.

D'Aiguillon lo miró directamente a los ojos.

—Sedme fiel, Viravolta. —Hizo una pausa y añadió—: Una última cosa... En todas las ocasiones el Fabulista dejó otro regalito, además de sus poemas.

—¿El qué?

—Una rosa, amigo mío. Una rosa roja.

El veneciano enarcó una ceja. D'Aiguillon sonrió.

—Viravolta, yo que vos... —Le palmeó la espalda—. Me lo tomaría como algo personal.

Los guardias suizos cruzaron sus alabardas detrás de Viravolta. Landretto aguardaba en el salón contiguo. El antiguo sirviente se apresuró al instante en dirección a él.

—¿Y bien? ¿Qué es lo que ocurre?

—Al menos estoy libre —repuso Pietro—. Por el momento.

—¿Por qué os ha hecho arrestar?

—Encontró mi nombre encima de un cadáver. Hum...

—¿Y...?

—Me las he arreglado para que me encargue la investigación que se supone que me incrimina.

—Muy propio de vos. ¿Hay algo que yo pueda hacer?

—Nada por el momento. No quiero involucrarte en este asunto. —Frunció el ceño—. Pero estate preparado, nunca se sabe.

En su despacho, el duque D'Aiguillon permaneció largo rato mirando al vacío.

Pálido y cansado, examinó los expedientes que sobrecargaban su labor cotidiana.

Hizo girar el globo terráqueo con un gesto seco.

Los tesoros de *monsieur* Marienne

Galería de los Espejos

Sótano de las alas de los Ministros, Versalles

Pietro se dirigió sin demora a la Galería de los Espejos. Landretto, por su parte, dio media vuelta para recabar instrucciones del escudero mayor.

El palacio se mantenía a la expectativa; nadie sabía lo que haría la familia real si la muerte de Luis XV sobrevení­a esa mañana. El ambiente en los pasillos se había vuelto opresivo por la inminencia del luto. La misma galería era el centro de una efervescencia contenida. El veneciano se demoró en ella unos minutos. Lentamente, se arrodilló junto al lugar donde habían encontrado a Rosette. Lo habían limpiado todo. Quedaban, no obstante, algunos vestigios sobre el entarimado, similares a huellas de garras, así como partículas de cera fría y vagos cercos oscuros, que podían deberse a la sangre. Pietro encontró también, con horror, lo que le pareció ser la punta de una uña, a menos que se tratara de uno de los minúsculos huesecillos de cordero de que le había hablado D'Aiguillon. Levantó la vista. Aquí y allá los criados empezaban a colgar cortinas negras. Viravolta, con una mano en la rodilla, acarició el suelo sin apartar la mirada de los cortesanos que cuchicheaban.

Oía sus susurros, veía sus sombras alargarse por el entarimado.

La atmósfera era recogida y fúnebre.

Así pues, se decía, el Fabulista ha vuelto. De entre los muertos, tal vez... Solo Dios sabía mediante qué sortilegio. Aquel sería el teatro donde se representaría la obra de una lucha extraña e inédita. En pleno corazón de la corte de Francia.

Acostumbrado a las conspiraciones y las languideces de la Serenísima, Pietro había sabido introducirse sin dificultad en el juego a un tiempo edificante y melancólico, vanidoso y violento, que era la vida cortesana. Se había deslizado con la destreza de un gato. El mundo entero acudía presuroso a Versalles todos los días con la esperanza de ser presentado al rey: era la ocasión para obtener el favor de una palabra, un gesto o la simple sonrisa que por siempre jamás cambiaría el destino. No obstante, también era posible perder el honor y la vida. Hacer la corte era un oficio. Había que saberlo todo sobre los códigos y solemnidades de rigor. El arte de saludar distraídamente, con una breve seña del mentón, de interrogar sin mirar al que se tiene enfrente, de hablar alto y claro, o de deslizarse por el entarimado con ligereza, todo ello requería mucha gracia y práctica. A veces era necesario aventurar un golpe antes de batirse en retirada; fingir un capricho para dar testimonio de fuerza; halagar con maestría al soberano o a alguna persona de su areópago que facilitaría la introducción de uno; y tras todos estos cálculos y medidas, como decía La Bruyère en el siglo pasado, de aquel juego agotador se salía en ocasiones en jaque, a menudo con mate. El oro y la sangre manaban alternativamente.

Las criaturas que Pietro tenía ante los ojos en aquel momento, con sus trajes y sus

drapeados de seda, lo sabían todo de aquellas parodias. Si bien el veneciano no era novato en aquellos artificios, debía reconocer que los franceses llevaban el juego a un grado supremo de refinamiento. En la igual distribución de vanidades y arrogancia, eran incluso más retorcidos que los italianos, que se dice pronto. El terror cotidiano a un vuelco de favor podía empujar al delirio a individuos *a priori* sanos de mente. El funcionamiento de la corte era a imagen y semejanza de la vieja y querida rueda de la fortuna. Los espejos de la galería reproducían hasta el infinito las luchas de pequeños poderes y grandes dolores. Pietro esbozó una sonrisa cínica. La alusión primera del Fabulista estaba clara.

Un teatro, sí. El teatro de los animales.

Y cuántas fábulas, en efecto, se urdían en aquellas alcobas.

Aquí estamos, Viravolta;
diez fábulas elegidas para nuestro goce nada vulgar,
¿queréis jugar conmigo?

El veneciano se puso en pie.

Se alisó la coleta y acarició con desenvoltura uno de los anillos que brillaban en sus dedos.

«Todo se jugará entre estas paredes. Está aquí, entre nosotros... Pero ¿dónde?».

No había tiempo que perder.

«Vamos en busca de Augustin Marienne».

Mientras atravesaba la galería, desenrollaron las últimas colgaduras negras, que cayeron por delante de las ventanas que daban al parque.

El despacho del responsable de los Inventos de la Casa del Rey se hallaba situado en los sótanos de las alas de los Ministros. Viravolta franqueó una puerta antes de bajar por una escalera que llevaba a los antiguos cimientos del palacio. Fue a parar a otra puerta, de madera, trabajada con hierro forjado y provista de una gran cerradura labrada. Dio tres golpes y entró. Dos nuevos peldaños daban a la sala donde lo esperaba Augustin Marienne.

—¡Vaya, Viravolta! ¡Cuánto tiempo!

Al fondo se encontraba un hombre de unos sesenta años, de pie detrás de su escritorio con las manos juntas, en una postura que evocaba la de una esfinge. Digno y esbelto con su traje negro, contrastaba con el espectáculo ciclónico que lo rodeaba. Lucía unos quevedos sobre el puente de la nariz y recibió a Viravolta con un amplio ademán: daba la impresión de que lo invitaba al palacio de las mil y una noches. Pietro miró a su alrededor. Aquel revoltijo siempre despertaba en él la misma sorpresa. La sala era exigua, de techo muy bajo. Esbozos, dibujos y bocetos de planos más insensatos unos que otros estaban fijados con alfileres a la pared. El veneciano enarcó una ceja al descubrir una extraña máquina guarnecida de ruedas, cuerdas y válvulas, las cuales rodeaban el chasis de una carroza adornada con flores de lis

doradas; de la parte superior surgía una chimenea de metal rodeada de plumas.

—Veo que habéis recibido nuevas propuestas... —comentó con ironía.

A guisa de comentario del bosquejo, una mano había escrito, con la mayor seriedad del mundo y con una caligrafía redonda y sofisticada, «Proyecto de carroza sin caballos para los desplazamientos de Su Majestad el Rey. Impulsada únicamente por automoción mecánica». Más abajo, trazos a lápiz inspirados en los trabajos de Leonardo da Vinci representaban media docena de aparatos que, de creer en las leyendas asociadas, permitían «Volar por los aires a la manera de las aves». Mientras Pietro sonreía ante aquella profusión de ideas, Augustin metía mano a pilas de carpetas polvorientas.

—Creedme, mi tarea resulta cada vez más agobiante. Estos estudios, estos croquis, estos cálculos nos llegan a centenares, y de todo el reino. Algunos de estos inventos proceden de sociedades sabias y llevan la marca de uno o varios de sus miembros; todos se envidian, envían propuestas y contrapropuestas. Otros vienen de simples particulares, ni uno solo de los cuales, naturalmente, se imagina de otro modo que con los atributos del genio.

Adoptó una expresión grave, mirando a Pietro.

—Pero el genio, mi querido amigo, es algo que escasea. Huelga decir que todos desean poner su talento y el fruto de sus elucubraciones al servicio de Francia. Algo muy noble, lo admito. Todos confían asimismo en obtener la recompensa que merecen sus ecuaciones y circunloquios sublimes, algunos de los cuales, creedme, lo son hasta tal punto que a veces se les escapan a nuestros más estimados gramáticos, así como a nuestros ingenieros más sagaces.

Dicho esto, se quitó los quevedos para limpiarlos con la ayuda de un trapito.

—Al mismo tiempo, siento cierta admiración por esos fantasiosos. Qué vitalidad, ¿no os parece? ¡Menuda imaginación!

Pietro seguía caminando entre aquel gigantesco trastero. Aquí, una silla equipada con ruedas solo esperaba a ser accionada por un hombre oculto en un baúl; su tarea consistiría en pedalear sobre unos discos con muelles para transportar a dos paseantes sentados en una banqueta... Allá, una complicada maraña de tubos permitía, de creer en la reseña que la acompañaba, transmitir señales secretas por medio de la propagación del sonido. La máquina tenía la vocación de servir a los «agentes del Rey y los soldados de Su Majestad en tiempo de guerra» o, añadía el inventor no sin malicia, «a los cortesanos de amores contrariados». Un cura astrónomo del sudoeste proponía un antejo de aumento que permitía ver los astros como si uno mismo se encontrase allí. En un registro diferente, un tal Jean Viot de Fontenay anunciaba la invención de «bombas antimefíticas» para purgar todas las fosas sépticas de Versalles. Estas se habían multiplicado y su vaciado no cesaba de plantear dificultades. El pisoteo de las multitudes no arreglaba las cosas. Por supuesto, existían viejas letrinas, en especial al extremo de las alas del Norte y del Mediodía. Ahora bien, por haberlas probado, a Viravolta le constaba que, en la entrada del

antepatio, las de la Guardia Suiza, por ejemplo, quedaban regularmente sepultadas bajo esculturas escatológicas. Las letrinas seguían descuidadas, pese a los estudios, planes y consultas ya esbozados por los mejores ingenieros reales para dar con una solución al problema. En ese contexto, *monsieur* de Fontenay y su memoria operaban como salubridad pública.

Viravolta deambulaba meneando la cabeza y con dos dedos sobre la boca; vacilaba entre la risa y una admiración sincera. Augustin, que veía desfilar aquellos milagros ante sus ojos a lo largo de todo el día, estaba más desengañado. Su trabajo consistía sobre todo en hacer de secretario, redactando correos cuyo contenido permanecía invariable.

—Mirad esto, por ejemplo.

Augustin se volvió hacia un banco sobre el que yacía un artefacto de lo más curioso. Constaba de cuatro ramificaciones dispuestas alrededor de un manguito de madera cuya contera estaba equipada con un trinquete. En la parte superior del manguito, unas bolas de plomo se encaminaban hacia cuatro canales, dos a cada lado, que, partiendo de la contera, dibujaban como unas patas de araña. Tomando primero un canal y luego el otro, el peso de las bolas las hacía bascular alternativamente hacia la izquierda y hacia la derecha. Augustin, soltando las bolas a intervalos determinados, hizo la demostración a Viravolta. De inmediato, la pequeña araña pareció animarse al compás; las ramificaciones giraban a medida que caían las bolas, por medio de una rueda dentada que parecía gobernar el conjunto. Llegadas a la base de uno de los canales, las bolas lo hacían bascular en sentido contrario y al instante siguiente se encontraban otra vez en la cima que acababan de abandonar, preparadas para un nuevo descenso. Al menos esa era la forma menos confusa de interpretar aquella curiosa máquina, cuya vocación exacta a Pietro se le escapaba.

—Esto, amigo mío, es el fruto de una de las obsesiones del momento. Un movimiento perpetuo. Menuda cosa. Se trata de producir un movimiento similar al divino o al primer motor de Aristóteles, sin el concurso de hombre alguno, sin viento ni corriente fluvial, sin fuego ni contribución animal. Desde que a esos malditos filósofos les dio por inventar su Enciclopedia, todos imaginan que van a hacer avanzar las ciencias, desde el posadero hasta el señor que se muere de aburrimiento en su provincia, y cualquier lego se atreve con la mecánica...

Volvió a su pupitre y abrió una de las carpetas.

—Por supuesto, la cosa no funciona. El rozamiento y la resistencia del aire siempre acaban por dar al traste con la pretendida eternidad. Aquí tengo doscientos cincuenta proyectos de esa índole. Todas estas Memorias acaban en el cesto de los papeles. Lo más frecuente es que nos limitemos a garrapatear en el margen de su misiva una fórmula cortés, y a cambio un agradecimiento en nombre del rey, que bastará para compensarlos por las molestias. Pero tampoco queremos desanimarlos, desde luego... Después de todo, ¿quién sabe? ¡Tal vez haya un DaVinci entre diez mil fanfarrones! Si al menos pudiéramos encontrarlo a la primera, sin tener que

responder a todos los demás...

El movimiento perpetuo... Pietro sonrió.

Augustin levantó la vista.

—Vamos a lo nuestro. ¿Es el duque quien os envía?

—En efecto.

—¡Ah, ese! Al paso que van las cosas, es muy probable que abandone Versalles antes que vos. Pero veamos lo que tengo aquí... Figuraos, en medio de este caos, dispongo, no obstante, de algunas novedades que podrían ayudaros.

Pasó por delante de Viravolta y se dirigió a un armario. Pareció buscar algo en su interior y luego, lentamente, sacó lo que parecía un pequeño baúl de viaje. Presentó el contenido al veneciano. Esta vez Pietro identificó el objeto enseguida.

El arma que tenía ante sus ojos era una pistola, pero de factura y aspecto inesperados. Recordaba las pistolas Dog-Lock utilizadas un siglo atrás por los ingleses; pero también las Twigg de Londres, más contemporáneas, y en un estilo diferente las pistolas de hierro Scottish AH Steel Flindock, características de las Tierras Altas de Escocia. Sobre todo, aquel artilugio estaba provisto de cañones múltiples, seis para ser exactos. Pietro nunca había visto nada similar. Debía de medir treinta y cinco centímetros. La caja estaba guarnecida de latón. Los cañones, desmontables y damasquinados, evocaban asimismo los modelos no recortados de los regimientos de caballería. Llevaba la marca de la manufactura de Saint-Étienne y un contraste *h/b*. La culata era de nogal cuadriculado. Digna heredera de sus antepasadas, la empuñadura, adornada con un casquete de metal, parecía lista para partir el cráneo del adversario.

—Permitid que os presente lo que podríamos llamar el sistema Marianne —dijo Augustin inclinándose.

Dejó correr los dedos por los cañones. Su expresión se volvió maliciosa.

—Esta arma, Viravolta, habría hecho las delicias de los maestros y los armeros de Lieja. Supone una revolución; todavía la mantenemos en secreto, pues plantea numerosas dificultades. Solo se trata de un primer modelo. Está provista de seis cañones numerados. Cada uno posee en la boca cuatro ranuras que permiten el desmontaje, con la ayuda de una llave cuadrada que encontraréis en ese pequeño baúl. Como os decía, es revolucionaria. ¿En qué? ¿Cómo funciona? Hum... El sistema se basa en la invención de una cápsula específica y separada que seguramente algún día sustituirá al sílex. Sus dedos acariciaban el artefacto.

—La cebadura de la pólvora se efectúa aquí, por el choque del gatillo sobre la cápsula de latón. Esta se desliza por una chimenea que desemboca en la cámara de combustión. El procedimiento ofrece ventajas sorprendentes, en especial, ¡el desarrollo de armas de varios disparos! Este largo cilindro perforado de cañones que veis aquí..., apoyando en la cola del disparador podéis alinearlos sucesivamente, cada uno va provisto de su cápsula respectiva. Un escudo viene a cubrir el gatillo durante la percusión con el fin de evitar que el tirador se quemé los dedos. El conjunto no

resulta muy práctico todavía, pues los cañones deben cargarse por la boca antes de su uso; y además, el arma es voluminosa. Pero estamos trabajando en diversas hipótesis de carga por la culata...

Augustin carraspeó.

—En resumen, es para vos. Gracias a los cañones giratorios, podéis disparar seis tiros sin recargar. Le he aportado muchas pequeñas innovaciones; me gustaría hacer grabar la mención «patente de Marienne» en la brida inferior. No obstante, la modestia, y la necesidad del secreto, me obligan a mostrarme humilde. Tal es el triste destino de un funcionario del rey.

Rio como para sus adentros.

—Añadiré que esta arma puede servir también en el cuerpo a cuerpo. Ved este seguro, aquí, que se puede desbloquear sin dificultad con el índice.

Lo accionó. Con un chasquido, una hoja centelleante hizo su aparición.

—Muy bien. Y... ¿y esto? —preguntó Pietro, atónito.

Señalaba otro cilindro, en la parte superior del arma, que parecía equipado con un pistón de resorte.

—Ah, esto...

Augustin se volvió hacia el armario y sacó de él un pequeño rezón con las uñas replegadas, envuelto en una cuerda arrollada.

—Ahí podéis fijar este rezón. Encontraréis sin dificultad la manera de desatarlo. Alojado en el sistema de propulsión, permitiría acceder en pocos segundos a los tejados del palacio. El cable es lo bastante sólido para soportar el peso de un hombre. Sé que en Venecia ya visteis arcabuces espada, alabardas con cañón y otras fantasías. Reconoced que esta merece la pena. A decir verdad, fue imaginada por un antiguo oficial de marina.

Pero Pietro ya no lo escuchaba. Se había apoderado del arma. Afirmó la presa de su palma, apoyando el índice en el seguro que liberaba el puñal. Cogió el rezón.

La voz de Augustin le llegó de nuevo.

—Eso no es todo.

Con gesto teatral, asió la pluma que estaba sumergida en el tintero.

—Esto, amigo mío, es una pluma completamente normal. Sin embargo, esta...

Abrió un cajón oculto bajo el pupitre y sacó otra, una pluma de oca afilada, que se parecía a la primera como dos gotas de agua, así como un segundo tintero negro. Adoptó una expresión misteriosa. Desenroscó el tapón del pequeño tintero y, con una precaución que sorprendió a Viravolta, sumergió en él la punta de la pluma.

—Atención, os lo ruego... —dijo indicando con un ademán al veneciano que se apartara.

De repente, arrojó la pluma al suelo, más allá del pupitre, con la punta por delante. Pietro no pudo reprimir un grito y dio un brinco hacia atrás. Al encuentro con el suelo, la pluma había explotado, desprendiendo una nube de humo blanquecino y olor a pólvora.

—Adecuada para firmar contratos explosivos, ¿no os parece? —prosiguió Augustin—. La pluma es más fuerte que la espada. Constataréis que ha bastado con una gota. Debemos esto, pero no lo repetáis, a un antiguo notario de Chaumont, harto de estampar firmas y contrafirmas en todas las actas de la tierra. Desde entonces, este buen hombre más que aplicar la ley, la hace. Tiene un cargo en el Parlamento de París, mas me permitiréis callar su identidad.

Abrió un estuche que contenía media docena de plumas y un tintero del mismo tipo. Pietro tomó una, que apenas humedeció para repetir la operación. No atreviéndose a arrojarla a su vez, la examinó con cuidado mientras Augustin cerraba de un chasquido el estuche y levantaba el índice.

—Un último regalo, Viravolta.

Se sacó del bolsillo una baraja.

—Estos naipes, querido amigo, parecen completamente anodinos, y aptos para toda clase de juegos de moda. Sin embargo, no os fieis.

Con el pulgar, separó un naipe y apoyó el filo contra una gruesa carpeta. Cuando tiró de él hacia sí, hubo un ruido comparable al de un tajo sobre carne fresca.

La carpeta se partió en dos.

—Como veis, hay que manejarlos con precaución. Era el rey de corazones; cada uno de ellos tiene el filo de una hoja de afeitar en el lado derecho. Cuando se sujetan todos juntos, el mazo constituye un arma de lo más temible. Cuidado con repartirlos a la ligera, Viravolta. Aseguraos de conservar la mano.

Volvió el naipe con precaución.

—En el dorso de cada uno de ellos aparece, además, una flor, amigo mío, que sin duda reconoceréis. Esta baraja es el invento de un campeón de *whist*, faraón y lansquenete. He añadido mi pequeño toque personal... en honor a vos —dijo con una inclinación—. Sospechaba que no podríais pasaros sin mí.

—Como veis, estoy muy impresionado —admitió Pietro.

Augustin guardó la baraja en su estuche de metal y se lo tendió.

—Eso es todo. Ah, hay otras cosas que me habría gustado mostraros... Esto, por ejemplo —dijo al tiempo que abría un joyero azul pastel forrado de terciopelo por dentro.

Pietro vio una serie de puntitos negros que parecían pastillas.

—Lunares postizos. Pero si aplastáis uno sobre el rostro de la mujer que lo lleve, libera un producto acidificante capaz de arruinar su belleza por siempre jamás. El problema es que todavía no sé para qué podría servir... También tengo un anillo cuyo diamante corta el vidrio y los barrotes de metal, y...

—Ya es suficiente —lo cortó Pietro.

Augustin dejó de rascarse el cráneo.

—No os falta razón. ¡En fin! Os ruego que tengáis la bondad de estampar vuestra firma en mi cuaderno, para la buena marcha de mis registros personales y de mis pedidos. Por cierto, aprovecho para rogaros que tengáis buen cuidado de estos

objetos. No olvidéis que, dejando aparte las plumas, se trata de prototipos.

Pietro avanzó. Había conservado la pluma en la mano, que seguía embebida.

—Esto..., no, por favor, ¡con esa pluma no! Con la otra...

—Ah, sí —dijo Pietro, y las intercambió.

—Es cierto que, por lo general, los que reciben pedidos son nuestros ingenieros, arquitectos de los Edificios del Rey u oficiales de la Casa del Rey. Vos sois un cliente muy especial. No todas las mañanas proveo a un agente de su majestad. Debería encontrar un medio para especificarlo con el fin de no perderos en medio de este maremágnum.

—Hacedlo, hacedlo —convino Pietro.

—¡Muy bien! Ya está, firmad ahí, con vuestro apodo si lo preferís, o una señal característica, que pueda identificar a la primera ojeada.

La pluma permaneció un instante en suspenso. El veneciano enarcó una ceja y sonrió.

—Sigo teniendo mi viejo mote...

Hizo un guiño a Augustin.

Y firmó, con su letra fina y elegante.

De pronto llamaron vigorosamente a la puerta. Pietro y Augustin intercambiaron una mirada.

Landretto estaba detrás de la hoja, con semblante alterado.

—¿Y bien? ¿Qué ocurre?

Lo miró un momento sin responder. Después separó los brazos y dijo con expresión afligida:

—¡Se acabó!

El regreso de la Orquídea

Apartamentos del delfín, Versalles

Palacete de Cerceaux, Marly

En sus apartamentos, con María Antonieta a su lado, Luis Augusto caminaba de un lado a otro como una fiera enjaulada.

Cuando oyó crecer el clamor, y sonaron pasos en el pasillo, el casi rey comprendió que el momento había llegado... y se echó a temblar.

Había perdido a su padre a los once años, y a su madre, María Josefina de Sajonia, dos años después. Fue a su abuelo, Luis XV, a quien correspondió la tarea de educarlo. Puso escaso ardor en ello. Considerando tal vez que su influencia no sería la más loable, y cansado de educar al mundo entero, delegó en algunos afortunados elegidos, como el duque de La Vauguyon y el abate de Radonvilliers, a los que se sumaron al principio dos jesuitas, Croust y Berthier, y después el abate Soldini. Según la opinión general, el joven príncipe no era ni bueno ni malo. Estudiaba latín, alemán e inglés, y se mostraba apasionado por la historia y, sobre todo, la geografía. A disgusto consigo mismo, se caracterizaba por una torpeza excesiva. Estaba convencido, sin razón, de su mediocridad. Aprobaba los exámenes, leía y cazaba mucho, seguía los oficios religiosos, llevaba libros de cuentas, se ocupaba en obras de caridad, hablaba de técnica con el cerrajero Gamain y se mostraba más cómodo con los mozos de la perrera que con las damas de la corte. Parecía contener en germen dos destinos, que oscilaban todavía al hilo de su propia indecisión: uno lo vería reanudar el esplendor solar de sus antepasados y el otro lo llevaría a contemplar dicho esplendor desde abajo.

Le habían dicho que algún día sería a su vez el dueño de la nación y el único depositario del poder divino. Conocía las cualidades necesarias para ser un buen soberano. Estaba modelado por las leyes y tradiciones de la monarquía francesa, los preceptos de Bossuet y Fénelon, las relaciones que debían regir el Estado y la religión. En enormes paneles labrados y sembrados de arabescos que evocaban árboles y judías gigantes, había contemplado las filiaciones infinitas de Carlomagno, de los Caperos y de san Luis, de Carlos Vil, Luis XI y Luis XIV. Lo sabía todo sobre las rivalidades ancestrales de las casas y linajes de Francia, las pretensiones de los ducados, a los que había sido necesario cortar las alas, y los parlamentos, a los que convenía llamar al orden. Se había empapado de todo ello con el respeto de quien no puede ignorar su futuro destino. No estaba demasiado al corriente de las ideas de los filósofos que agitaban las mentes europeas, de las teorías de Montesquieu o los arrebatos de Rousseau. Luis XV siempre lo había excluido de la gestión de los asuntos de Estado, y Luis Augusto se había resignado a ello. Miraba a su abuelo con una mezcla de amor filial y temor, incluso en ocasiones con muda desaprobación. El rey se había comportado como un viejo chocho, al convertir a una mujer plebeya casi

en reina de Francia. A los veinte años, Luis Augusto solo había vivido un cuento de hadas, reflejo lejano de un sueño que sin duda habría deseado menos rutilante pero más dichoso. Al hilo de los años, sus reflexiones lo habían llevado a una melancolía reforzada por sus predisposiciones naturales, contra la que ni siquiera el temperamento jovial de la pobre María Antonieta bastaba para luchar.

Con la vista clavada en el entarimado, no se atrevía a aventurar la mirada al otro lado de las ventanas, como si el mero espectáculo del gentío que lo aguardaba le supusiera un suplicio.

Febril, con los dientes apretados, dirigió a su mujer una mirada extraviada y dijo:

—¡Tengo la impresión de que el universo entero va a derrumbarse sobre mí!

Apagaron una vela.

Una pequeña lamparilla, de luz oscilante, se apagó en el balcón de la cámara del monarca.

«¡El rey ha muerto! ¡Viva el rey!».

Luis miró de nuevo a María Antonieta. Las lágrimas perlaron los ojos de ambos. Cuando los cortesanos y las personas de su entorno aparecieron, empujándose en su puerta, los encontraron arrodillados a los dos, sollozando.

Y Luis XVI murmuraba:

—Dios mío, guárdanos, protégenos... ¡Reinamos demasiado jóvenes!

El abismo se había abierto. Como apuntaría más tarde un erudito memorialista, se diría que en aquel momento el nuevo rey tuvo la angustiada visión de todo cuanto necesitaba saber y que no le habían enseñado.

Viravolta no tardó en estar de regreso en el palacete donde se alojaba con Anna Santamaría y Cosimo, en el camino de Marly.

Contemplaba su reflejo en el gran espejo de cuerpo entero de su habitación. Detrás de él, Anna yacía con languidez en el lecho. Allá en palacio solo se hablaba de muerte; el ambiente se volvía fúnebre. A tal punto que a Pietro lo habían embargado unas furiosas ganas de contradecir el destino. Ahora podía observar a la bella veneciana en el espejo, con el pecho descubierto, la cabellera rizada cayéndole sobre los hombros, el corpiño desanudado y los muslos desnudos.

Pietro se había lavado, se había ajustado la peluca y acababa de empolvarse. Anna se levantó y, al elegirle la prenda exterior, se decidió no por una casaca francesa, como acostumbraba llevar en palacio, sino por una de aquellas chaquetas venecianas de color claro, adornada con ribetes y arabescos dorados, que solía usar en otro tiempo. A este atavío Viravolta no añadió ni la capa negra de los tiempos de Venecia ni su *bauta* de carnaval. Comprobó las mangas, alisó la blancura de la camisa. Anna sonrió, arrastrando tras de sí el drapeado de su vestido bajo los senos descubiertos, y

se acercó para comprobar el cierre del cinturón, cuya hebilla encajó con un chasquido. Pietro se puso guantes y desenvainó la espada, rememorando aquel día, casi veinte años atrás, en que, al salir de la prisión de los Plomos, había tenido la impresión de renacer. Se puso en guardia y acto seguido deslizó la espada en su vaina, tras su breve exhibición. Examinó la pluma que le había entregado *monsieur* Marienne, después la insólita pistola puñal y la baraja con reverso de flores, mientras Anna daba vueltas a su alrededor para perfumarlo con copiosos chorros vaporosos.

—Esta vez corremos un gran riesgo, amada mía. Si fracaso...

—Tengo confianza —replicó ella—. Lo sabes muy bien.

Pietro inspiró hondo.

—Sin duda tienes razón.

Se miró de nuevo al espejo.

—En cualquier caso, el cuadro está completo.

—No del todo...

Se le acercó, ocultando algo bajo un paño.

—Esta tarde me he paseado por los jardines... Confío en que los jardineros no me guarden rencor.

Le desveló su ofrenda. Una flor negra.

A Pietro el corazón le dio un vuelco.

—Y ahora, Fabulista, quien quiera que seas, ha llegado nuestra hora.

Desde Versalles, el clamor se extendía por doquier, repitiendo: «¡El rey ha muerto! ¡El rey ha muerto! ¡Viva el rey!». Entre toque de difuntos y rebato, el pueblo de Francia cantaba su duelo y su esperanza; en los patios y las escaleras, en los jardines y al pie de las ventanas de palacio, el ruido crecía, corría por caminos y posadas, listo para difundirse por todo el reino. Pietro se puso la flor en el ojal y alisó los pétalos. Desde su reflejo en el espejo, dirigió a Anna Santamaría una sonrisa.

Ella se la devolvió con suma gracia.

—Ya ves —dijo—, la primavera ha vuelto...

Sonrió más abiertamente, antes de añadir:

—..., y la Orquídea Negra reanuda su servicio.

ACTO II

EN EL BAILE DE LOS ANIMALES

Si hay algo ingenioso en la República de las Letras, cabe decir que es la manera como Esopo transmitió su moral. [...] Me atrevo, monseñor, a presentaros algunos intentos. Se trata de una conversación que conviene a vuestros primeros años. Os encontráis en una edad en que los juegos y diversiones están permitidos a los príncipes; sin embargo, al mismo tiempo debéis entregar algunos de vuestros pensamientos a reflexiones serias. Todo ello se encuentra en las fábulas que debemos a Esopo. Su apariencia es pueril, lo confieso; mas tales puerilidades sirven de envoltura a verdades importantes...

Vuestro muy humilde, muy obediente y muy fiel servidor,

DE LA FONTAINE

Carta a monseñor el delfín

Asesinatos in fábula

Patio de Mármol, Versailles

Perfumería Fargeon, me du Roule, París

Pietro atravesó el Patio de Mármol en dirección a la carroza que debía conducirlo a París. Mientras caminaba por el suelo ajedrezado, miró a su alrededor a los cortesanos que, desperdigados en racimos, con una sombrilla aquí, un vuelo de bastones allá, acababan de dispersarse. Habían retirado la vela del balcón del rey. El gallinero versallesco había enmudecido. Solo algunos sacerdotes, en la capilla ardiente, habían tenido que acompañar los restos del soberano, sellados de prisa y corriendo en un ataúd de plomo lleno de espíritu de vino, antes de ser encaminados hacia Saint-Denis. El cuerpo había pasado volando entre la multitud de súbditos, pero, al ver aquel coche circulando raudo hacia su sepulcro, la población, lejos de deshacerse en lágrimas a su paso, se había puesto a gritar «*Tayaut, tayaut!*», el grito que lanzaba el monarca durante sus partidas de caza. ¡Vaya! La cosa había ido de prisa. Pietro meneó la cabeza.

Había vuelto a Versailles para una breve visita al duque D'Aiguillon. La familia real había partido hacia Choisy ese mismo día. Nadie deseaba demorarse en el palacio. Luis Augusto, ahora sucesor de su abuelo, no había pasado la viruela y el riesgo de contagio seguía siendo grande. Viravolta acababa de ver a *Mesdames* Tantes, sus tías solteras, subir a su carroza junto con las princesas Clotilde e Isabel, tras haber asistido heroicamente al monarca en sus últimos momentos. La nueva pareja real, los dos hermanos de Luis y sus esposas se habían acomodado en otro carruaje. Mientras se dirigía a visitar a D'Aiguillon, Pietro se había cruzado, en el mismo interior del palacio, con visitantes ingleses que vagaban por los apartamentos de *Mesdames* y se disponían a visitar los jardines. Seguía sin dar crédito a sus ojos. ¡Los ingleses se paseaban por el corazón del palacio como si tal cosa! Al duque no le faltaban motivos para preocuparse. Aquella desidia podía favorecer en extremo el juego del Fabulista.

Se trataba de una de las cosas más extraordinarias de aquel lugar. La seguridad era casi nula. El palacio estaba abierto a los cuatro vientos. Para un hombre como Viravolta, que había recorrido todos los sestieres de Venecia afrontando las peores conspiraciones, había motivos para tirarse de los pelos. Versailles era sin duda el palacio más hermoso del mundo; sin embargo, se entraba en él como en un molino. Cada vez que Pietro había intentado alertar al respecto a la Casa del Rey, se había topado con una apatía desconcertante. Le costaba admitir una remota tradición que explicaba en parte tal estado de cosas: todo francés debía poder acceder a la persona del soberano. Consecuencia lógica de esta bella costumbre: resultaba imposible concebir un sistema de seguridad riguroso. Cualquiera, siempre y cuando fuera correctamente vestido, y a condición de que no fuese ni monje ni mendigo, ni mujer

de vida alegre, ni estuviera marcado por la sífilis, podía entrar allí y solazarse como en un museo, ir y venir por el gran apartamento del rey, sentarse junto a la chimenea en las antecámaras e incluso acceder a la cámara donde se suponía que había dormido el monarca. Los hombres debían lucir espada al cinto y, si no tenían, la alquilaban con facilidad en un puesto cerca de la verja de la entrada. Mujeres deslenguadas, como viragos tempestuosas, desgranaban sus improperios a la cara de los poderosos bajo los balcones de la reina, pero también en el interior mismo del palacio, hasta las proximidades de los gabinetes interiores. En medio de todo ello, los bribones circulaban sin que nadie se preocupara de tenerlos a la vista.

Ciertamente, las gentes de armas eran numerosas y el rey se rodeaba de varios guardias de corps; Versalles disponía de cuatro compañías destinadas a la seguridad del lugar, entre ellas una escocesa y una compañía de los Cien Suizos. Los hoquetons, guardias del prebostazgo de palacio, garantizaban el orden en el recinto. La verja de honor era el territorio de dos regimientos de infantería, la Guardia Francesa y la Guardia Suiza. Cuando el monarca abandonaba el palacio, estaba protegido por soldados de la caballería ligera, mosqueteros o gendarmes. Toda esa buena gente procedía con regularidad a registros e inspecciones, hacían la ronda por los jardines con jaurías de podencos rastreadores. Se contentaban con desalojar a picazos a los menesterosos que se escondían en los recovecos. Por lo demás, la soldadesca de Versalles era bastante emblemática de esta desfachatez. Las compañías residían allí las veinticuatro horas del día y, atestada de biombos, catres, armas, enseres y cinturones, la sala de la guardia tenía algo de dormitorio cuartelero desaliñado.

Pietro suspiró. Al menos era algo vivo.

Escupió en el suelo y silbó para llamar a su cochero, que lo aguardaba no lejos de allí.

Los caballos trotaron hacia él.

Con la vista clavada en los adoquines del patio y la mano en el pomo de la espada, Pietro se concentraba en las maniobras que lo esperaban para poner en marcha su investigación.

«Bien. Resumamos...».

Debía hablar urgentemente con el conde de Broglie, antes de contactar con los demás agentes de su difunta majestad y de hacer circular la información concerniente al peligro que gravitaba sobre ellos. Un peligro invisible, incomprensible, pero muy real. El Fabulista intentaba hacer limpieza entre los veteranos del Secreto, al menos los más peligrosos. ¿Por qué? Pietro lo ignoraba. Tal vez Broglie supiera algo más. No obstante, seguía caído en desgracia en Ruffec y el viaje llevaría su tiempo. En cuanto a los agentes en sí, el veneciano no había obtenido del duque D'Aiguillon informaciones satisfactorias. Vergennes se hallaba en Estocolmo; el caballero D'Eon, en Londres; Beaumarchais, en paradero desconocido; en cualquier caso, no en Versalles. Y hoy la corte desalojaba el lugar. Pietro incitaría a Broglie a convocar una reunión, si es que no lo había hecho ya. Quizá unos u otros dispusieran de elementos

susceptibles de hacer avanzar su investigación. Ahora bien, por evidentes razones de seguridad, operaban de manera compartimentada y distaban de conocerse todos. Por no hablar de que, tal como había insinuado D'Aiguillon, el Fabulista podía ser uno de ellos...

Entretanto, Viravolta debía dirigirse a París para visitar al perfumista Fargeon. La pobre Rosette y su amante, Baptiste Lansquenet, habían sido empleados suyos, lo que lo convertía en un sospechoso idóneo. No obstante, Pietro se mostraba escéptico. Desde hacía algún tiempo, Fargeon se había impuesto como el proveedor oficial de varios elevados personajes de la corte, con la Du Barry a la cabeza. ¿Obedeciendo a qué móvil un hombre como él habría iniciado una brumosa conspiración? A menos que hubiera sido tan solo un cómplice, bajo amenazas... El veneciano suspiró. Sin duda Rosette había resultado muerta por haberse mezclado en asuntos que no la incumbían... ¿Confidencias de almohada? ¿O bien había sorprendido conversaciones comprometedoras? Lansquenet no era más que un insignificante informador. ¿Acaso también él había descubierto algo susceptible de justificar su asesinato y de rebote el de su amada? ¿Algo concerniente no solo a la existencia del Fabulista sino asimismo a la naturaleza de su plan... o incluso a su identidad? Cualesquiera que hubieran sido sus informaciones, era evidente que no había podido transmitir las a tiempo a nadie. Todo aquello seguía siendo un misterio. Ahora bien, la asociación del enigmático nombre del Fabulista, como resucitado de entre los muertos, con los epigramas salaces que recientemente habían circulado en relación con María Antonieta hacía presagiar inquietantes avances.

Pietro llevaba consigo los documentos de D'Aiguillon y el libro de fábulas.

Examinó la recopilación maquinalmente; sus ojos se demoraron en la cubierta polvorienta...

Otros elementos resultaban de lo más turbador. Como había dicho D'Aiguillon, Viravolta había encontrado en sus informes detallados los elementos suplementarios concernientes a la muerte de los agentes del Secreto. Si bien Rosette había tenido su fábula, «El lobo y el cordero», a los demás los habían matado en circunstancias que, de manera más o menos irónica, se correspondían con las de los poemas de La Fontaine, algunos conocidos, otros más oscuros. La Mujer Serpiente, asfixiada, había tenido derecho a «La lechera»; el Barón, envenenado en una posada, a «Los médicos»; Meteoro, ahogado en el Támesis, a «El asno cargado de esponjas y el asno cargado de sal». En cada ocasión los investigadores habían hecho hincapié en la extraña puesta en escena. Todas las fábulas ya utilizadas habían sido circundadas en rojo por una mano misteriosa. Sin contar las diez restantes, dirigidas especialmente a Pietro, con Rosette y Baptiste a guisa de punto de partida. Un punto de partida que había tenido lugar en torno a la perfumería Fargeon. «Diez fábulas elegidas para nuestro goce nada vulgar. ¿Queréis jugar conmigo?». Pero ¿por qué invitar también a

Viravolta a aquel divertimento morboso y desafiarlo en cierto modo a impedir el cumplimiento de aquellas fábulas finales?

En cualquier caso, Baptiste Lansquenet no había sido una excepción a la regla. Como le había dicho el duque, al confidente lo habían matado... con perfume, sin duda con la ayuda de sustancias tóxicas que le habían hecho inhalar en dosis elevadas. Hasta el presente al menos, no habían podido identificar la procedencia y naturaleza exactas. ¿Era siquiera posible usar un perfume de esa índole? Habían encontrado al joven en la cocina de la mísera vivienda que ocupaba en el barrio de Les Halles, a dos pasos de la rué du Roule y de la perfumería Fargeon. Estaba sentado en una silla, con las manos atadas a la espalda, los ojos desorbitados y la nariz hundida en una mascarilla de inhalación; habían diseminado trozos de carne a su alrededor. Una mueca abominable deformaba sus rasgos, a tal punto que, a decir de los investigadores, tenía el rostro paralizado en una risa grotesca. En la espalda del cadáver, su asesino había prendido con un alfiler «La zorra y la cigüeña», extraída del libro primero de las Fábulas. Narraba de qué modo la cigüeña se vengaba de la zorra, que se había burlado de ella sirviéndole en un plato una sopa que el pico de la pobre ave era completamente incapaz de sorber. Al devolverle la invitación, la cigüeña pillaba a su vez en la trampa a su compañera, ofreciéndole trozos de carne en el fondo de una vasija de boca estrecha.

*Se relamía con el aroma de la vianda,
dispuesta en pequeños trozos para su cuchipanda.*

*Con el fin de ponerla en un brete,
los sirvió en una vasija de largo gollete.*

*El pico de la cigüeña entraba con facilidad,
pero el hocico de la raposa era de otra calidad.*

*Tuvo que volver ayuna a su morada,
con la vergüenza de haber caído en una celada,*

*con el rabo entre las piernas
y las orejas tiernas.*

*A vosotros, que engaños fraguáis, se dirige mi escrito:
esperad similar trato al que aquí he descrito.*

Y como en las demás ocasiones, la rosa, naturalmente, aquella rosa rojo sangre, idéntica a la que habían encontrado sobre el cuerpo medio devorado de Rosette, yacía en el lugar del crimen. Pietro hizo una mueca, luego hurgó en su bolsillo y sacó la muestra de perfume que D'Aiguillon le había entregado. El líquido púrpura, que parecía sangre, bailaba allí dentro como un misterio o un presagio. Ya veríamos lo que diría al respecto el querido Fargeon, pensaba la Orquídea Negra, sea culpable o inocente.

«Pues bien, maestro Fargeon..., es hora de que tengamos una pequeña charla».

En la carroza, Pietro se perdió en sus pensamientos. Miraba más allá de las cortinillas carmesíes, constatando que el camino de París seguía igual de bullicioso y fangoso. Una luz anaranjada de media tarde intensificaba aquellas sombras cambiantes. El Sena acarreaba toneladas de basura, que derivaban por la superficie entre reflejos pardos, verdes o grises. Hospitales y talleres proveían asimismo de sus desechos al río de los Gobelinos. En todas las estaciones se lavaba allí la ropa. En verano la gente nadaba. También había quien se ahogaba, o al menos se arrojaba al agua. ¡Ah, París! ¡Ciudad de barro! Desde el Palacio Real hasta las Tullerías y del Louvre al Palacio de Justicia, la belleza de los edificios emergía por encima de los efluvios de las fosas sépticas, al igual que las fachadas de las villas venecianas de su laguna. El fango era tenaz. Sin coche, solo se salía a la calle con medias negras. Cuando llovía, portadores de sombrillas se ofrecían a proteger a los paseantes, aunque muchos, como Baptiste Lansquenet, fueran informadores de la policía o del Secreto.

El espectáculo de aquellas calles resultaba tan repugnante como maravilloso. Pietro no pudo evitar una sonrisa. La circulación era frenética. Aquí, en una carroza, pasaba un médico con toga; allá, en un cabriolé, un maestro de danza. Más allá, un bruñidor de armas. Muchachos a caballo reprendían a la multitud, que entorpecía su avance. Bajo un rayo de sol declinante, un noble hacía fustigar a su tiro de seis caballos sin preocuparse del populacho, y los cocheros se limitaban a gritar: «¡Cuidado! ¡Cuidado!». A veces se producían accidentes dentro de la más absoluta indiferencia. Un humilde carricoche procedente de la isla de Saint-Louis se deslizaba entre dos carrozas y escapaba de la trampa como por ensalmo. Dos niños evitaban por poco las amenazadoras ruedas de una berlina. Todo el mundo gritaba: ostreros, desembarradores que despejaban los adoquines, mozos de cordel, herbolarios, descuideros y mujeres públicas se desgañitaban por doquier. Atraían a los parroquianos pregonando los méritos de un arenque fresco o de las naranjas de Portugal; el pescado, capturado en los puertos del canal de la Mancha y enviado a París en grandes cubas con agua de mar, coleaba ante las narices de los curiosos. Los carniceros mataban a sus reses en la calle, la sangre se coagulaba bajo los pies y teñía de rojo los zapatos. Los faldones flotantes de la sotana de un abate se deslizaban entre las enaguas de dos vejanconas, que se peleaban con gran artillería de partículas de saliva e improperios. Poco a poco, la penumbra ganaba la ciudad, alargando las formas y las confusas siluetas.

Desde las torres de Nuestra Señora se podía ver la ciudad como un compuesto de yeso blanco y negro, interrumpido aquí y allá por piedra y tiza, andamios, humaredas que escapaban hasta ocultar los campanarios, entre todo lo cual fluía el Sena, serpenteante y reluciente. La ciudad inspiraba y espiraba como un asmático, pero de manera tan fuerte, tan poderosa, que de anciana venerable vestida de encaje podía

transformarse de repente en ogresa capaz de devorar a sus congéneres. Transpiraba mugre tanto como luz. Curtidores, panaderos, cafeteros, carpinteros, herreros, vinateros, joyeros, usureros, lapidarios, abaceros, boticarios, modistas, sacerdotes y comadronas, actores y actrices, mendigos y moribundos, todos hormigueaban y se iban en medio del azufre, el salitre, el carbón, la harina, los mil ingredientes de la vida urbana, que aquella profusión de caras coloradotas soportaba sin dificultad.

La carroza bordeó las verjas doradas de las Tullerías. Pietro volvió a los datos que le había comunicado el duque D'Aiguillon sobre Fargeon. Originario de Montpellier, el perfumista se proclamaba hombre de ciencia y de progreso. Se jactaba de haber explorado vías hasta entonces desconocidas en el campo de la química, de haber conseguido asociar las fragancias de sus creaciones con todos los movimientos del alma. Las notas de D'Aiguillon estipulaban que Fargeon era un lector asiduo de la Enciclopedia. Entre sus referencias se contaba asimismo el tratado de su antepasado Jean, boticario y perfumista con privilegio real, que había concebido una primera nomenclatura del uso de los productos y composiciones de perfumería, las obras de Antoine Hornot sobre el fenómeno olfativo, pero también la enciclopedia del sabio alemán Von Haller, el *Tratado de las sensaciones* de Condillac o incluso los primeros trabajos de Lavoisier.

A la muerte de su padre había sido confiado a un contraamaestre llamado Jean Poncet, originario de Séte. Este pretendía que «la nariz es la puerta del alma». Antiguo alumno de los oratorianos, Fargeon había encontrado en ellos materia suficiente para la elaboración de su mística personal, que pasaba por una rehabilitación de la naturaleza frente al imperialismo de la mente. Bajo la batuta del de Séte y ante la mirada clarividente de su madre, había proseguido su formación para crear sus propios polvos, coloretes, afeites y cosméticos, pero también productos de belleza, como jabones y pastas para blanquear las manos y el rostro, aceites y tinturas para la luminosidad del cabello, opiatas para los dientes, tabletas destinadas a perfumar la boca...

Pietro levantó la vista al oír que el cochero le indicaba que estaban llegando. No tardó en apearse. La rué du Roule, en pleno barrio de Les Halles, era bastante ancha, bordeada a ambos lados por un sinfín de comercios. La multitud, ya numerosa al acercarse la noche, descendía hacia el Pont-Neuf o se dirigía hacia San Eustaquio. El veneciano se ajustó el tricornio. Antes de entrar, alzó la vista hacia el rótulo. Se encontraba en el número 11. La casa contaba con cuatro pisos. Con sus tragaluces, balcones y gabletes, se parecía a todas las demás. Viravolta empujó la puerta; llegaba justo antes del cierre.

Frente a la perfumería, en el soportal de una puerta cochera, un hombre se bajó la capucha sobre el rostro.

«Sí, amigo mío... Bienvenido al baile de los animales».

Desenvainó un puñal centelleante.

Perfumista particular

Perfumería Fargeon, me du Roule, París

A Pietro le impresionó el contraste entre los miasmas de la calle y aquel mullido océano de perfumes en el que ahora entraba. Esencias de narciso o de azahar se mezclaban con las fragancias caras a su corazón: limón, naranja, mandarina, cidra, pomelo. Madera de sándalo y especias llegadas de Oriente, canela o cascarilla añadían penetrantes notas de fondo. Se estaba lejos del hedor de Versalles. Artesonados pintados de blanco perla cubrían las paredes. Unas escaleras de mano permitían alcanzar los recipientes dispuestos en estantes de caoba. Tarros de espíritus, damajuanas, tabaqueras de cuerno, cajas de bergamota y estuches de fragancias se hallaban cuidadosamente alineados. Las decocciones de hierbas de Montpellier estaban almacenadas junto a aguas de olor aromatizadas a la rosa, al jazmín, a la violeta, al lirio, al junquillo o al clavel. Pietro no pudo reprimir una sonrisa al levantar la vista hacia el techo pintado y sus querubines mofletudos. Avanzó quitándose el sombrero para saludar a la muchacha de diecisiete años que arreglaba un manojo de flores y se había vuelto hacia él a su entrada.

—Uno no sabe qué flor escoger —dijo.

La joven se ruborizó de inmediato. Pietro adoptó una expresión divertida.

—¿*Mademoiselle*...?

—¡Constance!

—Soy un gentilhomme de Venecia.

—¿De Venecia? —repitió ella con voz cantarina.

El rostro de la deliciosa Constance se iluminó.

—Desearía ver a *monsieur* Fargeon...

Sin apartar la vista de él, la muchacha se dirigió al fondo de la tienda.

Volvió pocos momentos después, acompañada del perfumista. Fargeon era un treintañero de maduro semblante; cejas pobladas bajo una frente alta, ojos profundos, una fisonomía general corriente, con un pequeño grano en la sien izquierda, a menos que fuera una mancha. Pietro lo saludó al tiempo que se plantaba ante él con expresión interrogativa y vagamente suspicaz.

—*Monsieur* Fargeon..., vengo a veros de parte del duque D'Aiguillon.

Así diciendo, exhibió ante los ojos del perfumista su orden de misión oficial, marcada con símbolos reales y con el sello del secretario de Estado.

—¿El duque? —farfulló Fargeon—. Pero ¿por qué este asunto ha... llegado tan arriba?

Parecía nervioso. Constance seguía arreglando el ramo mientras lanzaba ojeadas al veneciano.

—La policía ya ha venido a verme —añadió el hombre.

—Lo sé. Sin embargo, este asunto es un poco... especial. Desearía mantener una

breve conversación con vos.

—¿Y vos sois...?

—Mi nombre poco importa.

Por un momento los dos hombres se miraron de hito en hito.

—Venid —dijo el perfumista, mirando de soslayo a Constance—. Vamos al entresuelo, si tenéis la bondad.

Mientras Fargeon lo invitaba a seguirlo, Pietro guiñó un ojo a la jovencita, que le sonrió con expresión insolente. Fargeon y el veneciano atravesaron la trastienda, donde se hallaban amontonados cantidad de cajas y libros. Luego entraron en el sanctasanctórum: el laboratorio.

La sala era profunda y poco iluminada. La ocupaban calderas panzudas, jarras y barricas, cubas y prensas, espumaderas y morteros. Sobre un banco reinaban serpentines translúcidos y mascarillas de inhalación. Allí era donde el perfumista destilaba las sustancias raras para obtener el líquido condensado. En aquel santuario se hallaba un hombre calvo y ventrudo, que evocaba al monje loco de alguna abadía perdida en los Abruzos; solo dos mechones de pelo adornaban sus sienes. Los ojos se le salían de las órbitas. Bajo su camisa se adivinaba una sucesión de pliegues de grasa. Con una cuchara de palo en la mano, daba vueltas a un caldo claro en una cuba; en aquel estadio, el líquido con pétalos o grumos dispersos tenía algo de inquietante. El falso cisterciense levantó hacia Pietro una mirada muda y luego lo saludó en silencio. El veneciano le devolvió el saludo mientras Fargeon le susurraba confidencialmente:

—Este es Sapo. Está un poco ido. Al igual que yo, tiene la suerte de poseer una nariz que otros no tienen y de distinguir entre mil fragancias la que creará la estela de la novedad. Por lo demás, es un imbécil...

—Ah —musitó Pietro, al no encontrar nada que responder.

Tras salir del laboratorio por una puerta excusada, subieron una Pequeña escalera que conducía al entresuelo, donde estaba alojada otra puerta. Entraron en una habitación de sobrio mobiliario. Dos sillas se hallaban dispuestas en torno a un velador sobre el que había un jarrón con flores secas. Una cama sin colchón estaba arrimada a la pared de la derecha. A su llegada a París, Fargeon se había alojado entre aquellas paredes. Invitó a Viravolta a sentarse en una de las sillas, carraspeó y dijo, meneando la cabeza:

—Qué desgracia la muerte de nuestro buen rey.

—Ciertamente —repuso Pietro.

No hicieron más comentarios.

Fargeon estudió al veneciano y, tras unos segundos, añadió:

—Voy a repetiros lo que ya dije a las autoridades. Me he enterado del fallecimiento de Baptiste, y luego del de Rosette, así como de la naturaleza de su relación. No estaba informado de ello, aunque había alimentado cierta presunción al ver las miradas que de vez en cuando se dirigían. Por lo demás, tengo por norma no

mezclarme en los asuntos del corazón de mis dependientes. ¡Bastante trabajo me dan ya los de la corte!

Se inclinó y juntó ambas manos sobre las rodillas.

—¿Sabéis?, mi comercio exige discernimiento. Soy como un pájaro rodeado de víboras. *Madame Vigier* ya me advirtió a mi llegada, poniendo sobre aviso al provinciano todavía ingenuo que yo era. ¡No tardé en comprenderlo! A mi pesar, mi establecimiento es frecuentado por espías, bribones de todo pelaje y tiralevitas de embajadores. Detrás de nuestra hermosa corte perfumada existen toda clase de intrigas; lo que decís a uno puede herir a otro, y así sucesivamente. Si doy un paso en falso en la cuerda floja tendida entre mi tienda y Versalles, en una hora puedo precipitarme a la ruina. Comprenderéis hasta qué punto este asunto me ha atormentado... Y la muerte de esos dos jóvenes me ha dejado helado de terror y de pena. Los apreciaba mucho, creed en mi sinceridad.

—¿No tenéis la menor idea de en qué asunto pudieron estar mezclados?

—Ni la más remota. Evidentemente, nunca me canso de pedir discreción. ¡Sí! Preparo ligas perfumadas para condesas amantes de las ostras, si me permitís la expresión; proveo de polvos a la violeta a los abates ricos y coquetos, ¡y los más obsesivos de mis clientes en ocasiones utilizan varios de mis productos según las horas del día! Si todo eso se divulga, para mí sería muy peligroso. La partida de *madame Du Barry* no augura nada bueno para mis negocios. No tengo interés alguno en mezclarme en intrigas que no me incumben o que podrían perjudicar mi posición.

Pietro lo escuchaba. Su intuición le decía que era sincero. Sin duda alguna se limitaría a repetir lo que ya había dicho a la policía. A menos que... lo arrastraran a un terreno diferente. Había otro medio de sacar provecho... o de ponerlo en una situación embarazosa.

El veneciano hurgó en su bolsillo. Sacó el frasco lleno de líquido púrpura.

—Este frasco contiene un perfume con el que envenenaron a Baptiste Lansquenet.

—¿Perdón?

—No os han dicho en qué circunstancias precisas había muerto, ¿me equivoco?

—Pues... No, no exactamente, yo...

—¿Creéis que sea posible matar con esto, *monsieur Fargeon*?

—¿Con... perfume?

Viravolta quitó el tapón del frasco antes de tendérselo al perfumista.

—Con este —dijo.

Fargeon miró a Pietro un instante, con ojos llenos de asombro.

—¿Qué queréis que haga con él?

—Pues bien, oledlo.

Fargeon entrecerró los ojos. Finalmente se decidió. Acercó la nariz al frasco.

De inmediato hizo un movimiento de retroceso.

—¡Pero si es infecto! —exclamó.

—Tóxico, para ser exactos.

—¿A esto lo llamáis perfume? ¡No imaginaréis que yo haya podido concebir tamaño horror!

—Insulto profesional, ¿no es así?

Pietro lo invitó a olerlo de nuevo.

—Baptiste Lansquenet fue hallado con la nariz en una mascarilla de inhalación y las manos atadas a la espalda. *Monsieur Fargeon*, ¿podrías decirme cuáles son, en vuestra opinión, los ingredientes que componen este perfume?

—¿Los ingredientes?

—Sí. A primera cata..., si puedo decirlo así.

Fargeon vaciló y luego se acercó de nuevo a la sustancia indeterminada. Lo hizo como quien sumerge la punta del dedo gordo del pie en agua helada. Primero olfateó una vez. Después arrimó de nuevo la nariz, más cerca, a la embocadura del frasco. Cerró los ojos y, superando su aversión, dijo:

—Repugnante y tóxico, en efecto. Las notas de cabeza son bastante fácilmente identificables. Contiene azucena, asfódelo, estoy casi seguro, aguardad... Estoy absolutamente seguro. Pero eso no es todo...

Siempre con los ojos cerrados, siguió pasándose el frasco por debajo de la nariz.

—Las notas de corazón las constituyen al menos uno de los componentes que, en efecto, podrían conferir al conjunto su toxicidad... Belladona. Sí, eso es. Belladona... Azucena, asfódelo, belladona. De acuerdo...

—¿Eso es todo?

—No —repuso Fargeon levantando un momento el rostro—. Sea como fuere, se requeriría tal cantidad de estos efluvios para matar que se me antoja completamente fantasioso, mi querido, esto..., perdón, señor. ¡Nunca he oído semejante fábula!

—Lo cual concuerda muy bien con el personaje al que busco. En realidad, creo que nuestro amigo Baptiste fue envenenado. Y que la inhalación del presunto perfume mortífero no fue más que una puesta en escena. Debieron de inocularle además en las venas ignoro qué sustancia mortal, mientras le hundían la nariz en el inhalador. Ahora bien, la manera de atraer nuestra atención sobre este perfume... podría ser una puesta en escena, un mensaje dirigido a nosotros. Continúa.

—Las notas de fondo son más problemáticas... Hay aro, albahaca y una pizca de..., ah, es terrible, no logro recordarlo...

Pietro alargaba el cuello pero a Fargeon, con el ceño fruncido, le costaba dar con las palabras.

—Vaya una estupidez, lo tengo en la punta de la lengua... Señor, qué mixtura... En cualquier caso, daos cuenta de que, dejando aparte la albahaca, solo se trata de maceraciones de flores... ¡Flores, solo flores!

Azucena, asfódelo, belladona, aro. Solo flores..., más la albahaca.

Fargeon meneó la cabeza con despecho.

—No hay nada que hacer. Preguntaremos a Sapo, que sirva para algo al menos.

¡Sapo! Sap...

Fue interrumpido por un alarido desgarrador. De un brinco, el veneciano se puso en pie.

Abrió la puerta del entresuelo como una exhalación y bajó los escalones; el perfumista se levantó a su vez y se dispuso a seguirlo.

Pietro entró como una tromba en el laboratorio.

Ya no se podía distinguir el rostro de Sapo. Su cuerpo adiposo de falso cisterciense estaba caído contra la cuba, ambos brazos descansaban pesadamente en su perímetro. La cabeza y los hombros estaban sumergidos en la mixtura hirviente, en plena preparación especial del maestro perfumista, en aquel líquido extraño, entre los pétalos y los grumos.

La gran cuchara de palo se hallaba hincada en el caldo a su lado.

Pietro corrió hacia Sapo y, agarrándolo por la espalda, lo sacó de la preparación. De pálido y globuloso, su rostro se había vuelto rojo como un cangrejo; los párpados, enormes y corroídos; la nariz, escarlata. El caldo que había tragado a su pesar le chorreaba por las comisuras. La sangre se había mezclado con la preparación del perfumista, dibujando figuras vaporosas en el líquido. Viravolta soltó un juramento. Sapo era tan pesado que estuvo a punto de soltarlo. Contuvo un grito al descubrir el tajo que recorría su cuello de parte a parte. Lo habían degollado, a tal punto que su cabeza se balanceaba entre las manos del veneciano de la forma más abominable. Asimismo lo habían despanzurrado, con un puñal o con una espada. ¡Sapo perdía las entrañas! Cuando llegó a su vez, Fargeon dio un brinco en el sitio y ahogó un grito. Pietro acababa de reparar en que habían prendido un pliego en la espalda del pobre infeliz.

*Conocía a Rosette y a Lansquenet.
Más grave aún, mi identidad,
¡oh, cielos!, quería hacerme cantar.
¡Qué impudicia para un pobre empleado!
¿Lo imaginas, veneciano?
En cualquier caso, no te descuides:
te estoy viendo, no lo olvides.
Mientras tanto el Fabulista
proseguirá con su lista
y para Sapo, qué duda cabe,
la fábula más idónea sabe.
También dejó la rosa, que en esta ocasión
perfuma esta habitación.*

LA RANA QUE QUISO SER COMO EL BUEY

Libro I - Fábula 3

*Una rana vio a un buey de primera
que le pareció de buen tamaño.
Ella, que para no llamarse a engaño,
mayor que un huevo no era,
envidiosa de tan soberbio animal,
coge aire y se hincha, quiere ser su igual.
«Mírame bien, hermana —pide— ¿ya es bastante?
Dime: ¿aún no he llegado?».
«Sigues distante».
«¿Y ahora qué tal?». «Ni te has acercado».
«¿Me parezco ya a él, hermana?».
«Ni de lejos, sigues siendo una rana».
La escuálida criatura tanto se infló
que al final reventó.*

*El mundo rebosa gentes que no son más prudentes.
Todo burgués quiere construir como los señores,
todo príncipe tiene embajadores,
todo marqués pajes ansia tener.*

¡Quedan siete fábulas, tesoro mío!
Ah, otro consejo que te hará buen avío:
sigue el perfume de la muerte.

Viravolta soltó el cuerpo de Sapo, que cayó instantáneamente en el caldo, con la cabeza por delante, y desenvainó la espada al tiempo que se precipitaba hacia la salida.

—¡Estaba aquí! —exclamó—. Dios sabe cómo, ¡pero estaba aquí!

Nada se había movido en la trastienda y Pietro abrió la puerta de la tienda de un tirón. Hecha un ovillo en un rincón de la estancia, Constance estaba deshecha en lágrimas. El Fabulista la había empujado, tenía el vestido rasgado, los ramos volcados a su alrededor; frascos y polvos de violeta yacían en el suelo. Más blanca que el papel, señalaba la puerta que daba a la calle, todavía entreabierta. Se sofocaba, le temblaban los labios y no podía articular el menor sonido.

Viravolta corrió hacia la puerta de la calle. El torbellino de la circulación proseguía, máquina ciega y anónima, gran rueda de los trabajos y de los hombres que se dedicaban a sus ocupaciones. El burgués en carroza. La pandilla de estudiantes. El maestro de danza. Los cocheros gritando «¡Cuidado!». Los niños. Los vendedores

presuntuosos. El charcutero y su cuchillo.

El abate desplazándose en el atardecer.

Las mil campanas.

París.

Pietro miró al gentío hacia la izquierda..., luego hacia la derecha...

Con la espada en una mano y el tricornio en la otra, hizo una mueca.

—*Porca miseria!* —soltó.

Regresó a la tienda. La muchacha recuperaba el dominio de sí misma. Estaba recogiendo los ramos y frascos volcados.

—¿Os encontráis mejor?

—Yo... no he oído sonar la campanilla... Ha entrado por sorpresa... Encapuchado..., no he visto nada...

Viravolta atravesó de nuevo la sala en dirección a la trastienda.

—Echad el cierre —dijo.

Volvió al laboratorio. Fargeon seguía allí, con los brazos colgando, despavorido. Contemplaba el cadáver de Sapo pero no se atrevía a tocarlo, de manera que el infeliz seguía chapoteando en el caldo y en sus propias vísceras.

Finalmente el perfumista, que parecía volver de entre los muertos, exclamó de repente:

—¡El lirio amarillo!

—¿Perdón? —dijo Viravolta.

—El perfume de la flor... que no lograba encontrar. Es el lirio, en fin..., una variedad muy especial de lirio...

Fargeon lo miraba ahora con grandes ojos desamparados.

—El lirio amarillo. Es una flor... ¡una flor de aquelarre!

El rostro de Pietro se ensombreció.

El cuervo y la zorra

Camino de Marly

Taller del Fabulista, Versailles

Palacete de Cerceaux, Marly

Habitación en Les Halles, París

«Un triple asesinato».

«Un triple asesinato ligado a las fábulas... y a los perfumes».

Viravolta había proseguido el interrogatorio de Fargeon mientras enviaban a Constance en busca de la policía. La pobre niña iba a dejar la tienda, para gran desasosiego del perfumista, que perdía uno a uno a sus empleados. Cuando se personaron las autoridades, el representante del teniente general conversó largamente con Pietro. El conciliábulo se prolongó hasta cerca de la medianoche. Tres muertos: Lansquenet, Rosette y ahora Sapo. Todos habían sabido algo. Todos, de un modo u otro, se habían cruzado con el Fabulista. Nuevos interrogatorios al perfumista, a Constance y a otros empleados no aportaron nada nuevo. Del Fabulista lo ignoraban todo. Había despejado el terreno a su espalda. ¡Y de qué manera! ¡En las mismas narices de Pietro! En cualquier caso, había alcanzado su objetivo. Viravolta se moría de rabia y le costaba disimular su inquietud. En el momento en que salía de la tienda, el teniente le preguntó, sin sorna, si su investigación avanzaba.

Mientras se calaba de nuevo el tricornio, el veneciano se limitó a responder:

—No os preocupéis, estoy acostumbrado. Os mantendré informado.

Al presente la carroza lo llevaba a su casa.

¿Qué había ocurrido exactamente alrededor de aquella tienda? Las únicas pistas de que Pietro disponía eran las palabras, fábulas y epigramas que el Fabulista disfrutaba dejando tras de sí, al igual que las extrañas gotas de perfume deslizadas a su vez a guisa de firma. «La zorra y la cigüeña» para Baptiste, que había creído jugar al pico fino; «El lobo y el cordero» para Rosette, víctima de su inocencia; y ahora, «La rana que quiso ser como el buey», para un empleado obeso que repentinamente había mostrado dotes de maestro cantor. El Fabulista alimentaba su bestiario. ¿Qué quedaba aún por llegar? Pietro rememoró las letras de sangre sobre la piel de buey. «El cuervo y la zorra». «El león y el ratón». Las siete últimas fábulas.

Asiendo la recopilación que llevaba consigo, Viravolta se remitió a las fábulas circundadas en rojo. Los toscos grabados que figuraban en las páginas de la izquierda atrajeron su atención. En el de «El lobo y el cordero» se veía al lobo devorando a un cordero colgado de un árbol por las patas, por encima de la corriente de agua. Una carretilla abandonada yacía no lejos de allí... Para «La zorra y la cigüeña», una zorra,

con el hocico hundido en una vasija de cuello estrecho, parecía agonizar mientras una cigüeña reidora acababa de devorar su manjar; en otra página, la rana explotaba literalmente cerca del buey. El cuervo estaba como prendido en un seto de carpe, con la mirada asustada y un queso caído a sus pies. El ratón se hallaba preso en una jaula, y un león dispuesto a devorarlo merodeaba a su alrededor... El veneciano meneó la cabeza. «Pero ¿cómo quieres que me aclare? ¿Quién será el cuervo, quién la zorra? ¿Quién el león y quién el ratón?...». Examinó la lista sobre la piel de buey y, mentalmente, tachó con un trazo las primeras fábulas.

~~La zorra y la cigüeña~~ - Lansquenet
~~El lobo y el cordero~~ - Rosette
~~La rana que quiso ser como el buey~~ - Sapo
El cuervo y la zorra
El león y el ratón
El perro que soltó su presa para coger una sombra
El mono rey
La cigarra y la hormiga
La liebre y la tortuga
El león en su vejez

En cuanto al perfume... Azucena, asfódelo, belladona, aro, lirio amarillo. Con toda evidencia, Baptiste había sido envenenado de otro modo que con aquel perfume únicamente; no obstante, ¿por qué aquella puesta en escena? ¿Por qué haber atraído la atención sobre esa sustancia tóxica y, al mismo tiempo, sobre su composición exacta? «Sigue el perfume de la muerte...». ¿Quería el Fabulista darle a entender algo con eso? Pietro recordó las hipótesis que había formulado junto con D'Aiguillon: el Fabulista... ¿un antiguo agente del Secreto? ¿Un simple peón a sueldo del extranjero, de una logia enemiga del Estado o de una organización desconocida? A menos que se tratara de un loco aislado, ¿un cortesano de Versalles, quizá? En tal caso, ¿por qué no haber golpeado antes, y a la cabeza? Todo aquello no auguraba nada bueno. ¡Diez mil personas pasaban por el palacio cada día! En aquel momento el edificio se hallaba desierto. Pero la multitud no tardaría en regresar... y sería imposible vigilar todas las idas y venidas. Pietro suspiró. Podía verse paseado largo tiempo por aquel misterioso adversario, y el recurso irónico a las fábulas le recordaba demasiado bien sus aventuras de Venecia: de nuevo había dado con un especialista de las quimeras y jeroglíficos, que se servía del laberinto de las letras para despistar mejor. Estiró las piernas, meditabundo.

Contempló de nuevo el pequeño frasco de líquido púrpura, luego la fábula y la rosa roja. Acarició la orquídea de su propio corazón; a continuación cerró los ojos y se bajó el tricornio sobre el rostro, tratando de relajarse unos instantes, pese a los tumbos del coche.

Cigüeñas, ranas, lobos y corderos bailaban en su cabeza.

Su descanso fue de corta duración. Seguía llevando encima el informe del duque D'Aiguillon. Aquellas historias de fábulas lo atormentaban. Había en ellas algo un tanto fácil y misterioso a la vez... Como si el cuadro no estuviera completo. Volvió a abrir la carpeta. D'Aiguillon había hecho reunir las informaciones esenciales sobre La Fontaine y su obra. Allí se encontraba sin duda una primera clave. Pietro, preocupado, se sumergió en ellas. Tras una vida tranquila como burgués de provincias en Château-Thierry, La Fontaine había tenido un cargo de maestro de Aguas y Bosques y frecuentado asiduamente los salones, leyendo a un tiempo a los antiguos y a los modernos. En 1658 su poema heroico inspirado en Ovidio, *Adonis*, le aseguró la protección de Fouquet en Vaux-le-Vicomte. Acogido por la duquesa de Orleans tras la caída del superintendente, conoció un clamoroso éxito con sus *Cuentos y relatos*, narraciones graciosas y licenciosas que usaban versos irregulares; un estilo que recuperó para sus primeras Fábulas, aparecidas en 1668. Bajo la protección de *madame* de La Sablière, y más tarde de *monsieur* y *madame* D'Hervart, las aumentó con dos colecciones suplementarias. El público, ferviente, gustaba de su «amplia comedia en cien actos diversos», de la que se desprendía una moraleja unas veces pesimista y otras epicúrea. Se inspiraba directamente en Esopo, Fedro y la sabiduría hindú. Hábil cortesano, era célebre, no obstante, por su independencia. Las propias Fábulas contaban con tres recopilaciones, y doce libros de apólogos, todos los cuales presentaban evocaciones pintorescas y concisas del mundo animal. Recurriendo así «a animales para instruir a los hombres», La Fontaine denunciaba los defectos y caprichos de la sociedad humana...

Pietro miró maquinalmente por la ventanilla de la carroza.

«Una comedia en cien actos diversos...».

«Servirse de animales para instruir a los hombres...».

Asesinatos que tenían como *modus operandi* muy crueles fábulas.

Cerró la carpeta.

«¡A eso es a lo que nos vemos arrastrados!».

En cuanto llegó a su taller, a dos pasos del palacio, el Fabulista se quitó la capucha.

Jadeaba, e iba recuperando el aliento entre dos risas.

Arrojó el largo cuchillo ensangrentado al barreño y se lavó las manos con agua fría.

Durante mucho tiempo, con la apariencia de un lacayo de Versalles, había frecuentado los rincones más oscuros del palacio. Había tejido pacientemente su tela, aprendiéndolo todo sobre los usos y costumbres del lugar. Las relaciones de corte y los juegos de poder. Ahora ya no estaba solo. Sus aliados eran más poderosos de lo

que nadie habría podido imaginar, incluido Viravolta. Había resucitado a su personaje de comedia. El personaje de comedia de ellos. No solo un loco, o un bufón del rey, no..., él mismo era un rey, ¡el rey de los animales! Rio a mandíbula batiente.

Para completar su espionaje, había estrechado la red alrededor de Versalles. También él, en cuanto emperador de la sombra, tenía sus confidentes. Había utilizado los servicios de un jorobado empleado a jornal en las letrinas de la Guardia Suiza. Con Etienne, su alma condenada —un bruto codicioso pero que hacía lo que se le pedía—, había estafado a todo el mundo. ¡Hasta al conde de Broglie, el jefe del Secreto, exiliado en Ruffec! Cuando acudía a recabar información de ese pobre diablo rechoncho y servil, lo observaba barrer el fango. Con los ojos sumidos en las deyecciones, el Fabulista veía en la tarea de su criatura un reflejo bastante fiel de su odio, así como de la vergüenza que ocultaba Versalles bajo sus pretensiones solares. De vez en cuando, Etienne tiraba trapos a un gran cubo lleno de agua salobre y soltaba una carcajada cubriéndose la boca con la mano. Antaño había sido atacado por lobos en el bosque. Un zarpazo estuvo a punto de arrancarle la mitad de la cara. Le quedaban tres profundos cortes y había conservado de aquellos estigmas algo de deforme, medio hombre, medio animal. El Fabulista examinaba a aquel desecho humano que solo había conocido el sufrimiento y el odio. Nadie se preocupaba de aquella babosa en Versalles; Etienne era ideal para ejecutar algunos de los más viles trabajos que le encomendaba su amo. Le servía tanto de limpiador como de cochero. El Fabulista veía en él una especie de prolongación de aquella parte vergonzosa, bestial, de la que había nacido su juego mortífero. Etienne era a imagen y semejanza de los seres que poblaban las fábulas y en los que se inspiraba para sus trampas eruditas y morbosas.

Con frecuencia rememoraba su propia infancia. También él había tenido su lote. El Fabulista volvía a ver aquella trampa de las profundidades, que daba a un halo indefinido, la trampa que en vano trataba de abrir. Aún tenía en la memoria la textura de la madera húmeda en la que se arañaba las uñas. En ocasiones, cuando lo dejaban solo, gritaba en el silencio, antes de volver a bajar para esconderse entre los sacos de sal y las botellas de vino. Apoyaba las manos en las rodillas, hundía en ellas el mentón y miraba el óvalo del tragaluz que daba al exterior. Intentaba comprender lo que le ocurría. Su mente infantil no podía controlar aquellas tempestades. Su cólera había germinado en un mantillo envenenado.

Después el abate lo salvó. Había sabido hacer fructificar su inteligencia, una inteligencia que el santo varón siempre había considerado incluso fulgurante. «Dios está contigo, hijo mío», le decía a veces. Su mente se había aguzado y sometido a un único objetivo: la venganza. Otrora soñaba con mitologías olvidadas, se imaginaba diferente, como aquellas criaturas, las quimeras ilustradas en los viejos libros de cuentos que conseguía sisar a la nodriza y a los demás niños. Se adornaba a sí mismo con los atributos de aquellos monstruos divinos, que poblaban su universo y le hablaban misteriosamente. Cuando supo leer, se lanzó a aquellos relatos en cuerpo y

alma; tan pronto como hubo comprendido los rudimentos del griego y el latín, y el catecismo, huelga decirlo, leyó salmos y las historias paganas que el abate aceptaba pasarle entre dos amonestaciones pascalianas. Se veía como Pan o como un sátiro, centauro de torso musculoso y flecha certera. Unas veces Gorgona y otras fauno, raptaba a ninfas en bosques profundos. Infatigablemente, leía y releía su preciosa recopilación, deteriorada y polvorienta, el libro de fábulas, su propia comedia, resumen improbable de su vida, de sus metamorfosis y sus ignominias. Su vida misma era una comedia.

Todo aquello quedaba ya lejos. Solo había conservado la cólera, la agudeza de juicio, la capacidad de penetración de las almas. Sí, por eso su jorobado lo divertía y, cuando se reunía con él en las letrinas, para verlo enjugar las inmundicias una y otra vez, glorificándose de aquel reino de corrupción y pestilencia, reía y reía.

«¡Bienvenido a mi reino!»,

... pues ahora todos iban a pagar.

Desde aquella infancia, cerrada de nuevo tras de sí, se había emancipado. Se había convertido en una fiera. Solar. Brillante. Sofisticado. Esgrimidor sin par y arquitecto capaz de prever tres, cinco, diez jugadas con antelación sobre el tablero que tenía en la cabeza. Frío y metódico. Falena y mariposa nocturna, podía asumir la identidad del pordiosero o del marqués decadente, del criado tanto como del príncipe. Era un maestro en igual medida que un animal. Y de marioneta había pasado a ser titiritero. Todo estaba a punto. Sus fábulas estaban listas. Había puesto tanto esmero en recuperar las de sus maestros, y en componer sus propios poemas, a la sombra de su vela moribunda, alisando la pluma y rumiando sus rimas, puliéndolas cien veces y perfeccionándolas... ¡Quién hubiera creído en semejante talento, pacientemente cultivado en las fuentes de su odio! Sí, era un poeta en su género, ¡un poeta negro! Al mismo tiempo, como el auténtico artista que era, no descuidaba esa cualidad frágil y, oh, cuan esencial: el talento de la improvisación.

El Fabulista parpadeó al adivinar el efluvio que emanaba de su capa. El único problema que planteaba la frecuentación del andrajoso de Etienne era que, por fuerza, parte del olor tenaz de las letrinas donde se encontraban había acabado por impregnar sus propias ropas. Era el olor que Rosette había percibido la noche de su muerte. Había comprendido —demasiado tarde— quién era. Pobre Rosette. Él mismo la había poseído, en una de aquellas casas a las que acudía por razones del servicio. Aquellas rameritas se mofaban de los marqueses abotargados, de los vejestorios empolvados y de los jóvenes impetradores cínicos y apestosos. Pero ante él guardaban silencio. Tenían miedo. Adivinaban su poder. También Etienne había deseado a la pequeña Rosette. Se había limitado a soñar con ella. La muchacha se habría desternillado de risa, señalando su carne pálida y burlándose de sus cicatrices de zarpazos, si al jorobado se le hubiera ocurrido desnudarse en su presencia. El Fabulista había tenido la debilidad de confiarle algunas briznas de su verdad, mientras Etienne asistía a sus retozos. Menudo error. No era más que una tonta. Se

había apresurado a repetirlo todo al muerto de hambre de Baptiste Lansquenet. «¡Baptiste! ¡Te amaré siempre!». Y Sapo los había espiado, también él, el necio batracio. ¡Triste vodevil, triste fábula! Los tres habían estado a punto de descubrir el plan del Fabulista y revelarlo a los demás confidentes y agentes del Secreto. Craso error que no volvería a repetirse.

El Fabulista examinó un momento el interior de su taller. Había dispuesto una cama, cuyas sábanas mantenía limpias e inmaculadas, con esmero maníaco. El lecho estaba enmarcado por dos ramos de flores marchitas artísticamente dispuestos. Un sillón profundo y algunos libros, entre ellos *Clelia*, de Madeleine de Scudéry, y varios volúmenes de la *Historia natural* de Buffon, abandonados en una estantería, acababan de componer aquella singular morada. La parte de taller propiamente dicho, en cambio, atestiguaba una fiebre y una actividad muy diferentes. Más allá se encontraba un banco de trabajo cubierto de una fina capa de polvo. Los restos de un conejo eviscerado descansaban todavía sobre él. Un armazón de madera que representaba el esqueleto del roedor se hallaba dispuesto no lejos de allí, así como soluciones químicas de distintos colores. Sobre un paño grasiento había alineado pinzas, tenazas y diversas herramientas. Dibujos del conejo, presentado en varias posturas, realizados con talento y una real preocupación por el detalle, aparecían tirados junto a otros esbozos similares, que representaban comadrejas, marmotas o aves. Algo más allá, un zorro de pelaje rojizo sobre una peana, con la boca abierta, parecía presto a saltar sobre una gallina vagabunda. Encima de un caballete improvisado estaban tendidas unas pieles.

Antaño, el abate solo se había interesado remotamente en la naturalización. El Fabulista, por su parte, había encontrado en ella un verdadero derivativo, que satisfacía su gusto obsesivo por la precisión, su amor a la técnica, su preocupación por el trabajo bien hecho. También su inclinación a la cirugía. Conservar en los animales una apariencia de vida era una tarea fascinante. Al principio se limitaban a rellenar los animales con paja. La técnica se había perfeccionado con el paso del tiempo. Por ejemplo, embutiendo vástagos de hierro en las patas para que se sostuvieran mejor y para fijar a los animales en actitudes cada vez más similares a las naturales. Tras haber adquirido su espécimen, el Fabulista acostumbraba tomarle las medidas, y luego recreaba el color y las características exactas por medio de dibujos anatómicos. Lo desollaba con paciencia, empezando con incisiones bajo el vientre y en la cara interior de las patas. Conservaba el cráneo y los huesos de las extremidades. El proceso de desolladura implicaba despegar la piel cuidadosamente, y la menor porción de carne, grasa o hueso que subsistiera debía ser raspada para evitar toda necrofagia ulterior. Luego pasaba al curtido de la susodicha piel, a fin de flexibilizarla antes de proceder a la colocación y el montaje. La protegía gracias a agentes y polvos químicos. Al mismo tiempo, realizaba una maqueta precisa del cuerpo del animal, que representaba su esqueleto, cuando no utilizaba este directamente. Cerca del banco tenía dispuesto jabón arsenical, que permitía una

conservación de las pieles de primera calidad. Otrora le había cabido la suerte de conocer en San Medardo al boticario Jean-Baptiste Bécoeur, que lo había hecho partícipe de ese gran descubrimiento. El Fabulista siempre tenía en el taller.

Después volvía a dar forma al animal rellenándole el cuerpo. Para restaurar de manera óptima las características del espécimen, y conservar el brillo de su mirada, utilizaba ojos de vidrio, y otros artificios para ciertos órganos, como la lengua. A continuación ponía la piel y la ajustaba tras haberla embadurnado de grasa. A veces se requerían unos retoques de pintura antes del cosido final. Siempre trataba de dar a sus obras las posturas más realistas. Era todo un arte, un poco como el de La Fontaine, un arte de la escultura animalista.

«Tanta precisión... Tanta meticulosidad...».

El Fabulista abrazó la habitación con la mirada, demorándose en uno de los jarrones de flores marchitas que enmarcaban el lecho.

«Sigue el perfume de la muerte».

Sus rasgos se deformaron en una sonrisa torcida.

Permaneció así unos segundos y finalmente volvió a bajarse la capucha sobre el rostro.

¡Vamos allá! Ni un respiro. El plan debía cumplirse. Ya descansaría más tarde. Se envolvió de nuevo con la capa. Etienne lo aguardaba. Debía preparar la continuación de su obra, ocuparse de los demás agentes del Secreto. Al menos, tras haberse desembarazado de Rosette, Lansquenet y Sapo, había detenido la hemorragia. Su plan consistía en una mezcla de cálculo y adaptación, con las fábulas como guía. Sí, a cada cual su fábula. A cada cual su muerte. Y Dios, o el diablo, para todos. Desde el momento en que el Fabulista había entrevisto el desenlace de los acontecimientos, había preparado el billete para Viravolta. Viravolta, el enemigo... Las diez últimas fábulas, para él y para el mundo. Pero la Orquídea no vería el final.

Había invertido tiempo en elegir su campo. En establecer alianzas con el enemigo. En resucitar al Fabulista de las nupcias de 1770, el personaje que el abate y él habían inventado antaño. Se echó a reír. Con su capa y su capucha negra, se lanzaría cual un sueño, una pesadilla. Esa noche volvería a disfrutar de su libertad en los bosques. El Fabulista cabalgaría como jinete del infierno, recortándose de nuevo detrás de la cortina de árboles, los troncos anclados en tierra como flechas de tinta borrosa. Sería un poema, una charada, un enigma, una metáfora; se erigiría en mito, en cuento, en una de esas historias horribles que uno no se atreve a contar a los niños salvo a regañadientes durante la velada. Sería... ¡el Fabulista!

Se disponía a salir, cuando sonaron tres golpes sordos en la puerta.

Asió su daga y fue a abrir.

—¿Etienne?

—No —dijo una voz grave y profunda.

Su rostro se torció en un rictus cuando descubrió la identidad del recién llegado.

—Lord Stevens. No os esperaba aquí. Imagino que venís a recabar noticias...

El hombre, erguido en toda su estatura y con el rostro en sombras, no respondió.

El Fabulista se inclinó.

—Entrad, entrad, os lo ruego. Mas no me guardéis rencor si nuestra conversación no se prolonga mucho rato.

Se puso una mano sobre el corazón.

—Una nueva fábula me aguarda.

Luces indecisas, amarillas o anaranjadas, pasaban volando aquí y allá como luciérnagas.

Pietro sumergió en ellas la mirada, dejándose mecer por el traqueteo del vehículo.

La carroza entró por fin en el patio adoquinado y el ruido de los cascos se calmó tras los ¡So!, del cochero. Viravolta se apeó y se despidió. Levantó la vista hacia los pisos. El palacete de la rué des Cerceaux había sido construido unos cincuenta años atrás. Bajo los voladizos, las grandes ventanas semejaban ojos abiertos a la noche. Detrás de una de ellas, una luz vacilante atestiguaba que Anna debía de haber esperado su regreso. Había encendido dos linternas bajo el porche. Pietro entró y se quitó el tricornio, que dejó sobre la consola de la entrada. Se deslizó por el suelo ajedrezado y tomó la amplia escalera de peldaños blancos. Se desabrochó el chaleco. Arriba, echó una ojeada en el dormitorio de Cosimo. La puerta se hallaba entreabierta; la ropa abandonada en el umbral lo había alertado: Cosimo no estaba allí, sin duda se había ido de juerga. Su habitación era un maremágnum en el que yacían camisas arrugadas, fracs en desorden y zapatos amontonados unos sobre otros. La cama estaba deshecha, y un grueso volumen de la Enciclopedia había servido para calzar la cómoda coja, sin duda una forma de aplicar los principios técnicos y físicos de las artes y las nuevas ciencias que reivindicaban Diderot y los suyos. Pietro se dirigió hacia el dormitorio que ocupaba con Anna Santamaría.

Se había dormido. Cerca del lecho, unas velas en candelabros dorados acababan de consumirse. Ya no disponían de sirvientes, desde que la última doncella había contraído un fuerte resfriado y la habían enviado a su casa. Debían encontrar una o dos nuevas. Quedaba el cocinero, un tal Ariel, que a aquella hora debía de roncar en las dependencias del palacete. Pietro sonrió al ver que Anna le había dejado pollo y queso en un plato. También había hecho calentar agua en jarras para el barreño, confiando en que volviera a tiempo. El agua estaba tibia. Pietro se quitó camisa, zapatos, pantalón y calzones e introdujo los doloridos pies en el barreño de plata, extendiendo sobre sus rodillas una toalla de tela de Limburgo. Echó un momento hacia atrás la cabeza, con el cabello en desorden y exhausto. Miró la chimenea, una boca de sombra fría. Luego sus ojos se posaron en un espejo, montado en la coqueta de Anna. Tenía otro en el pequeño tocador, pero este, situado cerca de la alcoba, le permitía desenredarse el cabello por la mañana, al despertar.

Pietro vislumbró su rostro. Desde donde se encontraba, el espejo le parecía curiosamente orientado. Solo veía una parte de su reflejo, en un ángulo distorsionado. Un cuarto de su cara quedaba cortado por el óvalo de madera en el que estaba

montado el espejo. Examinó sus rasgos. Cejas enarcadas. El maquillaje en desorden. Los ojos achicados, con patas de gallo en las comisuras. Las arrugas en la frente, que ya no podía ignorar. Desde luego, seguía siendo apuesto. Pero a su edad era ya un vejstorio, después de todo. Suspiró. En sus ojos había reflejos de tizón, como una llama oscura que vacilaba y que esa noche parecía traer el recuerdo de los fastos de la Serenísima, de las amantes de siempre, de las partidas de cartas bajo el artesonado, de las estocadas al pie de la escalera dorada, de los cantos en la laguna... Sin dejar el sillón, pudo alargar la mano para atrapar su viejo puñal veneciano, con empuñadura de nácar, que solía dejar cerca de la coqueta de Anna.

Un instante después lo distrajo una sombra. Cerró un ojo. La forma le evocaba... una flor.

Una orquídea.

Una orquídea en la pared.

Él mismo ¿qué era, sino... una sombra?, se preguntó.

Se divirtió haciendo ascender con los dedos, desde la corola de la orquídea imaginaria, las dos antenas de un insecto... Sí, él mismo ¿qué era, sino una sombra movediza? ¿Una fábula? «Soy una fábula. Y también el Fabulista es una sombra. Y este mundo al completo, tal vez. Un escenario de teatro, para una obra en cuatro actos. Todos sombras...».

Volvió a suspirar, embargado de pronto por una turbadora sensación.

Miró a Anna, que descansaba en la alcoba, entre dos velos tendidos y las cortinas del baldaquino. Un libro de oraciones, encuadernado en piel, yacía en el suelo. La mano de Anna Santamaria asomaba de la sábana y caía del lecho, como para acariciar el salterio. Tendida sobre el vientre, con el rostro medio hundido en la almohada, respiraba profundamente. Pietro se puso en pie y se arrodilló cerca de la cama. Solo ella había tenido la capacidad, todas las veces, de devolverlo a su ser y de colmarlo. Pietro oía el viento que se colaba en el patio y hacía crujir la casa, pero emanaba de Anna un calor extraño. Mientras la contemplaba, su semblante se volvió casi grave, casi preocupado, como si tratara de recordar algo absoluto y vital. En su duermevela, Anna levantó los párpados. Él miró aquellos labios, aquellas mejillas encendidas, el lunar en la comisura de la boca. La sonrisa de Anna, luminosa y confiada, se acentuó.

—Ah, estás aquí. Sabía que volverías.

La besó al tiempo que le susurraba:

—Mi bella durmiente, te amo.

Acabó de desnudarse y estuvo a punto de volcar el agua del barreño. Contuvo un juramento.

Estaban faltos de personal doméstico en aquella casa.

«Y tú, Landretto..., ¿dónde estás?».

Ante aquel pensamiento, Pietro sonrió; la imagen de su sirviente de toda la vida pasaba de nuevo ante sus ojos. ¿Qué estaría haciendo esa noche? ¡También quería a ese bribón! Lo recordaba dando saltitos para defender su causa, otrora, ante el dux y

Emilio Vindican; llevándole libros y noticias de la ciudad al calabozo de los Plomos; intercambiando chascarrillos con Casanova, a la sazón igualmente huésped de las celdas de la República.

«¡Landretto, mi viejo amigo! ¿Por qué no te quedaste conmigo? Te echo de menos. ¿Por qué nos hemos distanciados?».

Pero ¿dónde había quedado la época en que los tres cantaban en Venecia? ¡Dios mío, cómo pasaba el tiempo! ¿Adónde había ido la juventud de los tres, dónde estaba la suya? Miraba deslizarse el polvo de Versalles por las paredes, se representaba las góndolas que surcaban los canales aceitosos, el yeso que se fundía sobre los rostros, en los corazones y en las paredes, todo aquello ya no era sino un sueño decadente, pero ¿qué se había hecho de la época en que cantaban?

Lentamente, Pietro relajó las piernas. Se hundía en el sueño. Las imágenes de Baptiste Lansquenet, rictus grotesco en la mascarilla de inhalación; de Rosette colgada de una rama, con el pie cercenado y devorado por los lobos, y de Sapo eviscerado desfilaban por su mente. El Fabulista parecía reírse en sus barbas.

Al cabo de pocos minutos despertó con un estremecimiento.

Guiñó los ojos.

No cabía duda, el duelo se había iniciado.

«Pero, por todos los diablos, ¿qué es lo que buscas?».

El tricornio de Landretto descansaba cerca de la cama deshecha.

Había sido confidente y criado fiel. Al presente se hallaba en un mal trance.

Tenía las manos juntas a la espalda, aún llevaba el traje de escudero del rey.

Habría debido escuchar a su conciencia, escuchar quizá a su antiguo amo, Pietro Viravolta. La sangre le latía en las sienes. La jaqueca lo atormentaba, los músculos doloridos le pesaban espantosamente. De nuevo la víspera había bebido demasiado, había echado barriga, pero, Señor, ¿por qué bebía tanto? Y ahora... ¿se trataba solo de una pesadilla o a todas luces había caído en una trampa?

«Dime que es un mal sueño...».

Tenía las manos juntas a la espalda, maniatado.

Landretto se encontraba frente a una pared fría y desnuda. Intentaba recordar.

No había necesitado irse a Choisy. Junto con algunos de sus compinches había bajado por Nuestra Señora hasta el barrio de Les Halles, a una de sus direcciones favoritas. Habían trasegado varios barrilitos cerca de la isla de Saint-Louis. En el camino de vuelta, entre dos canciones, lo había parado una muchacha encantadora, muy maquillada, que parecía tener poco más de veinte años. Una de esas deliciosas rameritas de París. Llevaba un vestido malva con ringorrangos, sujetaba un abanico picarón, tenía las mejillas arreboladas. Landretto había acabado por dejarse convencer. Le recordaba vagamente a la bonita mantis religiosa a la que había amado en Venecia, la Dama de Corazones, agente secreto por cuenta del dux. La beldad lo había halagado elogiando su atavío, su pretendido nacimiento, su maravilloso oficio de escudero de su majestad, haciéndole cumplidos sobre los botones dorados de sus

puños, sobre la tela de su casaca. Había dejado a los pajes que lo acompañaban con gran cantidad de guiños, cuando se disponían a entrar en otra taberna.

La joven lo había llevado allí, cerca del Châtelet, a una casa con entramado de madera del viejo París, hasta aquella habitación estrecha, de paredes grises y mobiliario casi inexistente. Una cama con sábanas heladas, una cuba, una silla. La ventana daba a un patio adoquinado. Un pálido rayo caía por delante de él. Encaramado a la silla como ahora estaba, Landretto solo podía ver la pared húmeda que tenía enfrente. Ya casi no recordaba lo que había pasado desde su entrada allí. Ni siquiera estaba seguro entonces de poder cumplir con su función, ese era más o menos el último pensamiento que podía evocar, si daba crédito a su memoria. Lleno de vergüenza, se había desplomado. El agua helada acababa de despertarlo.

El día despuntaba en el horizonte.

El agua fluía aún por su rostro, algunas gotas se le metían por dentro de la camisa; la muchacha había desaparecido; alrededor de su cuello habían pasado una cuerda.

Y a su espalda, en el momento en que volvía a la tierra, una voz recitaba:

EL CUERVO Y LA ZORRA

Libro I - Fábula 2

*Maese cuervo, en un árbol posado,
un queso en el pico sujetaba.
La astuta zorra, que lo codiciaba,
más o menos así le ha hablado:
«Maese cuervo, se os saluda.
¡Cuán gran apostura! ¡Qué hermoso plumaje!
El Fénix sois de este paraje
si vuestra trova, quién lo duda,
se equipara a vuestro encanto».*
*Con esto el cuervo se envanece tanto
que, para mostrar su hermosa voz,
abre bien el pico, y su presa cae veloz.
Cógela la zorra y dice: «Mi buen jilguero,
bien vale un queso una lección como esta:
debéis guardaros de todo lisonjero,
pues a expensas vive de quien oídos le presta».*
*El cuervo, confuso y comido,
juró, aunque tarde, ser más precavido.*

Los pies de Landretto, temblorosos, se hallaban en equilibrio sobre el respaldo de la silla. Pasada por el gancho de una lámpara ausente, la cuerda estaba atada a la puerta de entrada. Bastaba un soplo para que la silla se volcara, y él con ella. Le dolía

la cabeza, tenía las manos húmedas. La cuerda le rascaba la garganta.

—¿Qu... quién sois? ¿Qué queréis? —preguntó con voz estrangulada.

Al principio solo oyó una respiración, y luego la voz se decidió.

—Vamos a hablar un poco de vuestro amo, si os place.

—¿De... de mi amo?

—No me toméis por imbécil. Os hablo de la Orquídea Negra.

—¿Cómo sabéis...?

—Estamos en París —replicó la voz—. También hablaremos... de vuestro segundo amo. Y de vuestra traición.

—¿Mi traición?

Landretto era presa de escalofríos. Por un momento creyó que iba a caer. Un pie resbaló de la silla; en el último momento se afianzó como pudo, siempre con las manos atadas a la espalda, cada vez más estrangulado. La lengua le asomaba de la boca. Intentaba recuperar el aliento. Trataba asimismo de torcer el cuello para ver al Fabulista, que estaba sentado a su espalda con un extremo de la cuerda en la mano.

—Me habéis entendido perfectamente. Querido e insignificante sirviente... Sabéis que me corresponde descubrir y describir los defectos de los hombres. ¡Vamos! Nada de tapujos ni de falsos pretextos entre nosotros. Sé que vuestra genealogía fue inventada de principio a fin. Vos, escudero del rey, oficial por derogación... ¡Menuda broma! ¡Vos, salido de la más noble ascendencia, señor de Parma! Sé que debéis todo eso a las cartas de los senadores de Venecia, y al capricho del rey, que tuvo a bien cerrar los ojos... Pero ¿acaso no ha cerrado siempre los ojos? ¿No ha estado siempre ciego, también él?

Landretto emitió un borborigmo confuso.

—En realidad, pequeño Landretto, sois un mentiroso y un judas... Sin familia, ¿no es cierto? Siempre fuisteis huérfano...

Landretto, sin aliento, ebrio de dolor y de cólera, ya no sabía qué decir; las lágrimas le quemaban los ojos. El Fabulista se echó a reír. Ahora se había levantado y daba vueltas a su alrededor. El entarimado de la habitación crujía bajo sus pies.

—Y aquí estáis, atrapado con un simple señuelo, y habéis tenido la arrogancia de creer que la joven era sensible a vuestros encantos, un miserable criado, y a vuestro traje con botones dorados. Sois una invención, Landretto, una invención de pies a cabeza. ¡Pelele, pelele, pelele, insignificante marioneta! ¡Eso es lo que sois! ¡Habéis usurpado vuestra rama familiar! Y a través de vos sobrevendrá la desgracia. De manera que decidme... ¿Con qué animal os representaré? Landretto soltó un gemido.

—Mi querido judas, vuestro silencio resulta elocuente, a abrir la boca os veo renuente. Como veis, también a mí me gusta versificar. Aunque lo cierto es que no estáis precisamente en posición de batir las alas.

El Fabulista se acercó a la silla; su mano se demoró en la cuerda, que seguía atada al gancho del techo y al pomo de la puerta.

—¡Ah, querido Landretto! He decidido jugar un poco con vuestro amo; merece

un tratamiento especial. Y vos también, pequeño sirviente. Landretto... Vais a servirme de cebo.

En esas estaban cuando la puerta se abrió; Landretto creyó que había llegado su fin, pero el Fabulista acababa de aflojar un poco la cuerda para permitir al recién llegado introducirse en la habitación. Landretto creyó entonces que se trataba de una nueva visión de pesadilla. Apareció un ser deforme y encorvado, con la mitad derecha de la cara lacerada con tres tajos regulares. Lo reconoció. Aquel jorobado se había cruzado con él al menos un centenar de veces cerca de las letrinas de la Guardia Suiza. De pronto fue consciente de la ironía del destino: ¡estaban en Versalles a diario! ¡Y aquel olor! Ahora, párpados pesados y una sonrisa desdentada en el rostro, el jorobado lo miraba con los labios estirados en una sonrisa imbécil. Parecía alimentarse en silencio con el espectáculo.

Detrás de Landretto, la voz se transformó de nuevo en risa, pero esta vez en una extraña risa de falsete. El Fabulista extendió los brazos y, con bruscos movimientos, se complació en imitar el grito del cuervo, chillidos penetrantes y grotescos. Las mangas de su abrigo negro representaban las alas del ave; seguía agitando los brazos, con el rostro oculto bajo la capucha de sombra.

—Etienne es... mi sirviente. Es mucho más fiel que vos. Amigo mío, ¿con qué animal os representaría? ¡Rezad! ¡Rezad porque Etienne no vuelva a abrir esa puerta! Y recitemos juntos.

El jorobado lo miraba fijamente.

El Fabulista volvió a prorrumpir en carcajadas y, de nuevo serio, dijo en tono glacial:

—«Maese Cuervo, en un árbol posado...». ¿La continuación, Landretto?

La filosofía en el jardín

Terrazas de los Parterres del Sur, jardines de Versalles

Buckingham Palace, Londres

«Sigue el perfume de la muerte».

«Azucena, asfódelo, belladona, aro, lirio amarillo».

«Solo flores..., más la albahaca».

A Pietro se le había ocurrido una idea harto descabellada. No obstante, le constaba que la empatía con el enemigo, y la comprensión de su forma de obrar, constituía una de las claves del éxito. En el caso que nos ocupaba, el funcionamiento del Fabulista hablaba por sí mismo: le gustaba contar historias. Morbosas, preferentemente. El veneciano había captado algo esencial: pensar con él significaba también romper con los métodos convencionales y aprender, con el fin de llevar la investigación, a pensar en poesía, en cierto modo. Una poesía negra, huelga decirlo. Pensar en fábulas, seguramente, y en jeroglífico literario; tal era su obra. Mataba con mente francesa. Su fuerza, su finura, también su preciosismo. Tal vez los ingredientes de aquel perfume narraban una fábula, a su manera. Quizá suponía el significado de la invitación —el «consejo»— dejado a Viravolta por el Fabulista: «Sigue el perfume de la muerte». Por el momento, lo que Viravolta necesitaba no eran ya los conocimientos del perfumista, sino de un especialista en flores. ¿Y qué mejor, desde esa erudita óptica, que consultar a uno de los jardineros de Versalles?

Cuando llegó al palacio, abandonado por la corte y por parte de sus gentes de armas, Pietro se plantó con rapidez en las terrazas. El mes de mayo era la gran estación de los bosquecillos y las flores. Durante el invierno rompían el hielo de los estanques, en medio de los parterres nevados; los leñadores cortaban los troncos de los árboles caídos, en primavera se inspeccionaban las canalizaciones, los conductos de las fuentes, se preparaba la cavazón y la labranza, volvía a deslizarse por el Gran Canal parte de la flotilla, en concreto chalupas, barcas y góndolas de la Serenísima. En el momento en que Viravolta se aventuraba en los jardines, acababan de instalar los bancos de madera en el Parterre de Mediodía, de envolver con damasco y aros de flores los carros de paseo y de sacar la célebre colección de Naranjos de la Corona, trasplantados para la ocasión. Los jardines resplandecían bajo el sol y, sin embargo, la muerte del rey seguía dejando en derredor un gran vacío. Versalles parecía una princesa abandonada a su sueño, en el corazón de un palacio encantado.

Mientras bajaba desde las terrazas en dirección a los Parterres del Sur, Pietro divisó a uno de los jardineros que todavía se atareaban. Le pidió consejo y el jardinero le recomendó a uno de sus colegas, al que el veneciano atisbo más allá.

—Ya veréis... Es un Le Normand, uno de los herederos de los grandes jefes jardineros de Versalles. Pero en ocasiones antepone a su nombre otras partículas

inventadas; lo cierto es que, bajo su apariencia de cavador, es muy instruido. Se jacta de haber sido durante un tiempo el jardinero de Voltaire en Ferney. Desde entonces, el señor juega a ser filósofo. Se toma un tanto por su antiguo amo mas, hay que reconocerlo, pese a que se pasa el tiempo plantando, es bastante cultivado. ¡No os sorprendáis si se lanza a profundas digresiones! Es que su labor lo inspira.

Ese es el que necesito, se dijo Pietro.

Partió en busca del llamado Le Normand. Este, con el sombrero calado y las mangas remangadas, quitaba las espinas y los pétalos que habían escapado de los parterres con la ayuda de su escoba de hojas. El sudor le corría por el hueco de los brazos. Algunos de sus colegas, dispersos aquí y allá, pasaban el escardillo, cuyo filo corta las malas hierbas. Los dientes de los rastrillos imprimían dibujos regulares en la arena de las avenidas. En tiempo normal, multitud de oficios y tareas se cruzaban en el seno de aquella colmena zumbadora: cavadores y albañiles saludaban a los fontaneros, mientras los horticultores accionaban la podadora y pasaban los carros de los cuchilleros. Ocultos en reductos de verdor, en alegres estuches, instaladores de rocalla, bronceístas, doradores, hojalateros o pintores se afanaban en embellecer las glorietas. Pescadores de paso proveían la arena de río que cubría las avenidas. Sin embargo, aquel día el frente estaba en calma.

—Hola, amigo. Me presentaré... Pietro Viravolta de Lansalt. Me han dicho que sois en cierto modo... el fénix de los anfitriones de estos bosques.

El jardinero se incorporó.

—Viravolta... ¿No seréis el gentilhomme de Venecia...?

—Para serviros. Tengo un pequeño enigma que someter a vuestra sagacidad.

No tardó en explicarle la razón de su repentino interés por las flores; se guardó mucho de hablarle de los asesinatos propiamente dichos, pero explicó que un extraño perfume de diversas flores mezcladas había costado la vida a un amante rechazado; pensaba que los ingredientes elegidos no eran fruto del azar sino, muy al contrario, de una intención y un pensamiento razonado, cargado de sentido. Para añadir un poco de pimienta a la conversación, Viravolta dijo que investigaba al servicio de su majestad.

—¿De cuál? —quiso saber Le Normand.

—De la nueva, por supuesto.

Entonces evocó los ingredientes del perfume misterioso. Quería conocer su impresión respecto de la naturaleza, y tal vez el significado, de las flores utilizadas para su creación. Le Normand lo escuchó con atención. En su frente se dibujaban arrugas. Mantenía una mano apoyada sobre la otra en el palo de su escoba de hojas. Pietro miraba distraídamente los dos mechones de pelo que sobresalían de su sombrero.

Finalmente el jardinero sonrió e inclinó la cabeza al tiempo que se descubría.

—¿Si las flores tienen un sentido? Pero *monsieur* de Lansalt...

El hombre lo estudió en silencio y después prosiguió, separando los brazos:

—Mirad allá, cerca de los espejos situados frente a las terrazas, justo delante del

palacio. Allí se cruzan los dos ejes principales de estos jardines. ¿Creéis que fueron concebidos por casualidad? En absoluto...

Entrecerró los ojos.

—¿Si las flores tienen un sentido? ¡Estos jardines son un bosque de símbolos! ¡Nos hablan, *monsieur* de Lansalt! Tienen un significado moral, como lo quiso otrora nuestro gran Rey Sol...

—¿De veras? —preguntó Pietro en tono falsamente jocoso.

—Por supuesto —prosiguió el jardinero—. ¡Esta tierra se trabajó, laceró y maceró cual si fuera un poema! Considerad, por ejemplo, el camino que va de norte a sur. ¿Os sorprendería saber que es el del hombre perdido, olvidado del cielo y del bien común, en provecho del mundo de las apariencias y las ilusiones? Seguir ese camino implica en sí mismo equivocarse de sentido, sacrificarlo todo al hombre extraviándose en la negación y el olvido de Dios. ¡Esa no es la vía recta, la que preconizaba el gran Luis!

—Así pues, es cierto que sois filósofo.

Le Normand rio brevemente.

—¡Oh, no tanto! Sin embargo, confieso haber trabajado para *monsieur* de Voltaire; obtenía un placer infinito cuidando de sus plantaciones. En ocasiones, por la tarde, conversábamos al ponerse el sol, mientras yo seguía layando y él, sentado en su poltrona con los pies sobre una silla... Pero dejemos eso.

—Proseguid, os lo ruego.

—*Monsieur* Le Nôtre, que concibió estos jardines, era un artista, *monsieur* de Lansalt. Lo creáis o no, mi abuelo trabajó antaño a su servicio. Eso me recuerda una anécdota...

Pietro carraspeó.

—Sí, perdonadme. Así, por ejemplo, si camináis en dirección a occidente desde el Parterre de Latona, veréis que se os ofrecen tres caminos...

Abandonando momentáneamente el utensilio sobre el hombro, se volvió con los brazos abiertos, que se fueron animando a medida que señalaba a Pietro los diferentes ángulos de los jardines.

—El Camino Norte, ante la mirada severa de Palas, es el de las responsabilidades y el trabajo. El Sur os arrastra a una mezcolanza de placeres y pensamientos inconsecuentes... Y delante de vos, *monsieur* de Lansalt, se encuentra la única vía verdadera, ¡la Vía Recta, la Avenida Real! Estos jardines son como una gran fábula. Cuentan una historia. Y como os decía, tienen su moraleja...

—Muy bien, pero volvamos a mis flores, si tenéis la bondad...

Pietro se concentró para recordar el conjunto de los ingredientes del perfume de muerte.

«Azucena, asfódelo, belladona, aro, lirio amarillo. Solo flores..., más la albahaca».

Le Normand lo escuchó pacientemente y luego se mordió el labio.

—Sí, *monsieur* de Lansalt, en efecto, también las flores tienen un lenguaje... Sin duda su misterio se remonta a la época en que el hombre intentaba penetrar gracias a ellas el secreto de la naturaleza. Cuando trabajo en estos jardines, ¿osaré decirlo, *monsieur* de Lansalt, que dialogo con ellas y que tal vez busco en su esencia algo de mí mismo?

—Sois imparable...

Le Normand prorrumpió de nuevo en carcajadas.

—Jardinero, filósofo... Viene a ser lo mismo, ¿no creéis? No se ejerce esta profesión por casualidad. Pero, repetídmelo: ¿cuáles eran las flores de vuestro perfume?

—Pues... La azucena.

Le Normand se incorporó y se rascó la cabeza.

Después apoyó el codo en el palo de la escoba de hojas.

—La azucena. Sin duda es la más sencilla. Dicen que nació de una gota de leche surgida del pecho de Hera, cuando Zeus autorizó a Heracles a mamar de la diosa dormida con el fin de volverlo inmortal... Una gota de leche cayó para formar la Vía Láctea. Otra cayó en tierra e hizo nacer la azucena. Afrodita se sintió celosa de su blancura y la dotó de unos pistilos enormes...

—Muy bonitos.

—Significa también la suprema nobleza, desde luego, puesto que es la flor de nuestro buen rey. En la Edad Media la representaban con tres hojas, que designaban Fe, Sapiencia y Caballería. El blasón de azur, con tres flores de lis doradas, es el símbolo de Francia. Se lo encontraba por doquier en los jardines y simbolizaba el amor de los caballeros... Al igual que la rosa, huelga decirlo.

Pietro pensó de nuevo en la rosa roja que el Fabulista dejaba tras de sí constantemente.

—La rosa, decís... ¿Y qué cabe pensar de esta asociación?

—Pues bien, si la azucena es rey, ¡la rosa es reina! La reina de las flores, la de Afrodita y su belleza. Cupido, hijo de Marte y Venus, llevaba una corona de rosas..., como Príapo en la primavera. Príapo, dios de la fecundidad y de los jardines, ¡mi santo patrono!

—Pero ¿la rosa y la azucena? ¿No tienen acaso... un sentido político, quizá?

El jardinero reflexionó.

—Sí... La rosa desempeñó un papel crucial en Inglaterra.

—¿En Inglaterra?

Pietro guardó silencio un momento.

—Los Plantagenet, *monsieur* de Lansalt.

—Ah, sí... Opuso a las dos ramas de la familia... La guerra de las Dos Rosas, en el reinado de Enrique IV. *Red for Lancaster, white for York*. Ambos bandos luchando por la Corona.

—Exactamente.

—El rey, la guerra, el amor, Inglaterra... ¿Una declaración? No entiendo nada.

—La rosa y la azucena. Es el enfrentamiento de dos potencias, *monsieur* de Lansalt. Dos testas coronadas...

El veneciano suspiró y se miró el zapato, golpeando con la punta el suelo polvoriento.

—Temo haberme aventurado en no sé qué atolladero. Haría mejor en retomarlo todo desde otro punto de vista.

—No os desaniméis. ¿Y las otras?

—Había asfódelo.

—La flor de los difuntos elíseos. Una flor para los héroes muertos...

Un nexo con los asesinatos, se dijo Viravolta. ¿Los de los agentes del Secreto?

—El asfódelo es una planta de duelo. También es la del amor perdido. Acompaña a la rosa en los bosquecillos del más allá... La plantaban cerca de las tumbas, y se creía que los muertos se deleitaban con sus raíces. Algunas variedades, como la *Asphodelus ramosus*, evocaban también la realeza... ¿Eso es todo?

—No. La belladona.

—Una planta venenosa, una flor tóxica por excelencia, como el acónito. En lenguaje vulgar la llaman bella dama, con eso está todo dicho. Su nombre científico es *Atropa belladonna*. ¡A fe mía que se trata de un peligroso ramo!

—Para un peligroso perfume.

—Esa planta está dedicada a la mayor de las tres Parcas. Le corresponde la tarea de cortar el hilo del destino de los mortales. ¿Habéis terminado?

—El aro.

—Solo tiene un significado, y ese significado es: trampa.

«La Trampa...».

Pietro retrocedió maquinalmente unos pasos.

«La Trampa de Versalles. Así pues, heme aquí metido de lleno».

Luego, meneando la cabeza, miró al jardinero directamente a los ojos.

—Queda una, el lirio amarillo..., y una planta: la albahaca.

Le Normand pestañeó.

—Vaya, vaya... Hace un momento os hablaba de la flor de lis. Ahora bien, lo más curioso, ¿sabéis?, es que la flor heráldica de la Casa de Francia no es realmente una azucena. A decir verdad, se trata de un lirio. Una variedad especial de lirio, para ser más exactos. Y precisamente del lirio amarillo, de hojas lanceoladas y flores de dicho color.

—¿La flor de lis real es un lirio?

—En efecto. Y una vez más, el nombre de esta flor procede del panteón griego. Al igual que la azucena y la aguileña, significa la virginidad, pero también el sufrimiento de la Pasión y la Resurrección. Se la asocia con el pecado original. Con todo, esta variedad especial, el lirio amarillo, es una flor de raíz rastrera, sabor acre y repulsivo. Con ella se elaboraban ungüentos con los que se embadurnaban las

criaturas de la noche. Una flor de hechicería, *monsieur* de Lansalt. ¡Una flor de aquelarre!

—¿Ninguna de mis flores significa propiamente... asesinato?

—No, que yo sepa. No obstante, tenéis el equivalente.

—Ah, ¿sí?

—La albahaca. El Odio.

Pietro se quedó un momento estupefacto y se rascó la frente. Dudaba cada vez más de la exactitud de su intuición. Que, por otra parte, no llevaba demasiado lejos. Sin embargo, era como si detrás de aquel velo sintiera insinuarse una sorda verdad.

«Sigue el perfume de la muerte».

La rosa y la azucena. Un enfrentamiento entre las dos potencias. Dos Coronas. El asfódelo, la flor de los héroes muertos. La belladona, un veneno. El aro por lo que respecta a la trampa. El lirio amarillo para el gran aquelarre del Fabulista. Todo ello espolvoreado de albahaca..., para su odio.

Perdido en sus cavilaciones, el veneciano, sin saber si estaba loco o si había dado con algo, parecía absorto en la arena bajo sus pies. Se sentía turbado; de la sustancia que había matado a Lansquenet a los ingredientes que la componían y a las flores que escondían una fábula oculta, era como si, efectivamente, desde el principio de su investigación siguiera la estela misma del perfume de muerte del Fabulista. Una estela sutil y peligrosa.

—Os quedo muy reconocido, amigo mío. Tal vez hayáis prestado a su majestad un gran servicio, aunque todavía ignoro cuál.

—En ello radica mi celo y mi honor, aunque sea filósofo —dijo una pizca sarcástico.

Pietro sonrió. Giró sobre sus talones y se disponía ya a despedirse del jardinero, cuando de pronto añadió:

—Ah, ya que estamos...

Sonrió.

—¿Y la orquídea? Negra, en especial...

Le Normand sonrió a su vez.

—Significa fervor, *monsieur* de Lansalt. Un fervor poco frecuente.

Hicieron una pausa.

Finalmente Viravolta se echó a reír.

Le Normand volvió a aplicarse con la escoba de hojas mientras el veneciano se alejaba pensativo.

Estaba a punto de subir la escalera en dirección a las terrazas cuando, surgiendo de la esquina de la balaustrada, un hombre que se cubría la cara con un pañuelo lo asió por el brazo. Permanecía medio oculto en la penumbra.

La Orquídea Negra se llevó instintivamente la mano a la espada.

De debajo del pañuelo surgió una voz.

—Por aquí, V. Os buscaba.

Pietro se quedó atónito unos instantes, resistiéndose a la llamada; el hombre suspiró y desveló su rostro.

Esta vez Pietro lo reconoció de inmediato.

—Si habéis terminado de retozar entre las flores.

Era el conde de Broglie.

—Viravolta, he de hablaros.

En ese mismo momento, un agente especial de la Corona entraba en los jardines del palacio de Buckingham, en pleno corazón de Londres. Llegaba de Francia, y su informe era de lo más alarmante. Acababa de atravesar St. James Park antes de llegar a la residencia real y hacerse anunciar ante su majestad Jorge Guillermo Federico, llamado Jorge III, elector de Hanover, rey de Gran Bretaña e Irlanda. Una vez allí, tras haber mostrado los justificantes necesarios, franqueado las verjas y después un dédalo de pasillos, fue orientado hacia los jardines. Lo anunciaron a lord Stormont, uno de los consejeros más allegados al rey, en la actualidad embajador inglés en Francia, momentáneamente en Londres para un viaje relámpago. El espía entrechocó los talones y le transmitió el informe. Mientras desgranaba sus informaciones, de vez en cuando echaba una ojeada a la silueta real, con peluca y amplia capa roja guarnecida de galones dorados y ribeteada de armiño, que adivinaba algo más allá; Jorge III parecía absorto en la contemplación de sus rosales. Había adquirido aquella residencia en 1761, que luego ofreció a su joven esposa, Carlota; le gustaba atrincherarse allí de vez en cuando con la familia real. Y, a la espera de la prolongada conversación que mantendría dentro de una hora en St. James Palace con sus principales ministros, el monarca disfrutaba allí de unos momentos de tranquilidad. Gustaba de recorrer sus jardines y observar las moreras, las rosas y las flores silvestres que lo componían. Se había puesto un guante gracias al cual podía examinar los rosales sin temor. Lord Stormont, por su parte, con una mano en la barbilla, escuchaba al agente con la mayor atención. No tardó en despedirlo y volver junto a su majestad.

—El rey de Francia ha muerto —le anunció.

—¿Muerto? —repitió Jorge III, pensativo—. De manera que ya ha ocurrido...

—Lo que resulta inquietante, majestad, es lo que ocurre en la jefatura de nuestro propio contraespionaje. Algunas maniobras se me escapan.

—Pero ¿qué hace lord Stevens?

—No tengo ni idea. Mas os garantizo que voy a informarme con la mayor celeridad. Según parece, prepara una «operación» después de la firma en blanco que vuestra majestad le entregó. Una operación que ha bautizado como «Party Time».

Jorge III lo miró con cierta irritación.

—¿«Party Time»? Pero ¿qué significa eso para la Corona?

Lord Stormont abrió los brazos.

—¡Por todos los dioses, no tengo ni idea! Pero, creedme, voy a informarme.

El soberano chasqueó la lengua y soltó la rosa espinosa que sujetaba en la mano.

—Tal vez sea hora de llamar al orden a lord Stevens. Tenedme informado directamente.

Después, con aire ausente, el rey volvió a sumirse en sus rosas.

Stormont se volvió hacia los jardines con expresión sombría.

—*I will, Your Majesty.*

Party Time.

Lotería nacional

Patrimonio real de Choisy

«¿Es posible?».

De pie ante las ventanas de sus apartamentos de Choisy, a María Antonieta le costaba concentrarse.

Apenas empezaba a comprender. Había experimentado una primera conmoción al oír a su séquito pedir «los caballos de la reina» en el momento en que abandonaba Versalles. En la carroza, el paisaje temblaba ante sus ojos y el corazón le brincaba en el pecho. Mantenía el pañuelo sobre los labios. Había atravesado los pasillos con su marido, por entre la doble hilera de cortesanos, seguida de la condesa de Provenza y los condes de Artois. En el coche que los llevaba hacia Choisy, la tensión resultaba palpable. Por efecto de la emoción, la condesa de Artois había deformado una palabra; a todos les había entrado una risa tonta y nerviosa. La llegada a la propiedad, lejos de los miasmas de Versalles, suponía una bocanada de aire fresco. El momento parecía propicio para tratar de ver las cosas más claras. Con la mirada perdida en la contemplación de los jardines, la joven intentaba recuperar el dominio de sí misma. Al aturdimiento del luto se sumaba una promesa terrible. «¡Reina de Francia!».

Examinó por un momento las copas de los árboles que bailaban con la brisa. Luego se sentó para retomar la pluma. La mojó suavemente en el tintero y se inclinó. Una reminiscencia la hizo sonreír. Al final de la ceremonia de su boda, toda la familia había desfilado para firmar el contrato matrimonial. El rey había firmado simplemente «Luis» y el delfín «Luis Augusto», con letra aplicada. María Antonieta se había inclinado a su vez y firmó «María Antonieta Josefa Juana». Sin embargo, había hecho un gran borrón junto a la primera J. Tal vez había vacilado, justo después de la terminación «eta» para su nombre «Antonia». No estaba acostumbrada a su nueva firma. Al nacer había recibido los nombres de Maria Antonia Josépha Joanna. En familia la llamaban siempre Antoine. Los nombres propios de resonancia francesa resultaban familiares en la corte de Viena.

Un borrón.

Se partió de risa, y luego un velo pasó por delante de sus ojos.

Aquello le parecía ya tan lejano...

Ahora estaba escribiendo a su madre, la emperatriz María Teresa de Austria.

No puedo por menos que admirar los designios de la Providencia, que me ha elegido a mí, la última de vuestros hijos, para el más bello reino de Europa. Siento más que nunca lo que debo a la ternura de mi augusta madre, que puso tanto cuidado y se tomó tantas molestias para procurarme semejante establecimiento...

No tardó en levantarse, ensimismada, y fue a arreglar un ramo de lilas.

Ya era un hecho; Luis XV había muerto. María Antonieta tenía la sensación de

que parte de su propia historia desaparecía con él. Quería a «papá rey», y él siempre se había mostrado solícito y benévolo con ella, pese a algunas notas discordantes. Se sentía triste, un tanto perdida. ¿Acaso no era esa su ración cotidiana desde su llegada a Francia? No obstante, hoy, entre aquellos sentimientos mezclados, experimentaba una oscura satisfacción.

«¿Cuántas veces? ¿Cuántas veces he tenido que luchar?».

En primer lugar, como corderita espontánea que quería hacer las cosas bien, había tenido que aprenderlo todo sobre las costumbres, intrigas y estrategias de la corte francesa. A su llegada, la había tomado por su mano la vieja condesa de Noailles, su dama de honor, «*madame* la Etiqueta», como ella la llamaba. En palacio, los miembros de la familia real eran tanto dueños y señores como esclavos. El protocolo apenas había cambiado desde Luis XIV. Como María Antonieta no había tardado en descubrir, la etiqueta era el meollo de una lucha sofisticada por el poder. Había necesitado tiempo para captar todas aquellas sutilezas. Rehén de las cortapisas de la mañana a la noche, se despertaba entre las nueve y las diez, se ponía un vestido y rezaba sus oraciones, desayunaba, visitaba a las damas del rey, a las once se peinaba. A mediodía llamaban a la cámara; se maquillaba y se lavaba las manos ante un público numeroso. Había aprendido a modular sus recibimientos, desde una seña de la cabeza hasta la inclinación graciosa, según la calidad del que entraba. Después se vestía e iba a misa, paseaba, se ocupaba en diversas actividades y cenaba, antes de una breve velada que precedía a la hora de acostarse. Especialista en la reverencia, campeona en el manejo de la cola y de los vestidos con doble tontillo, María Antonieta había perfeccionado ciertas técnicas para resultar insuperable. Desde los catorce años había sido la primera dama de Versalles. Ejecutaba como nadie el famoso «paso deslizante», dando la ilusión de que planeaba sobre el suelo. Tampoco había tardado en comprender cuan ávido estaba Versalles de cotilleos y habladurías. Meaban detrás de las cortinas antes de ponerlo a uno como hoja de perejil, con las manos llenas de orina y el rostro empolvado.

Se sabía vulnerable sobre un punto crucial: su capacidad para concebir un heredero. Su madre le había hecho ver hasta la saciedad que la alianza francoaustríaca dependía de ello, lo que era tanto como decir el equilibrio de las naciones europeas. En las cartas que le enviaba, la emperatriz no dejaba de repetirle que la felicidad en el matrimonio dependía de la calidad de la esposa. María Antonieta no había escatimado esfuerzos, mas en vano. Evocaban la «frigidez moral» de su marido, incluso su impotencia; habían hablado de fimosis. Al principio, el rey y la corte no se preocuparon; atribuían sus dificultades a la timidez del delfín. Con todo, la situación acabó por inquietar a Luis XV. Su nieto se pasaba los días entregado a partidas de caza. Aparecer en la corte le suponía una tortura. Había instalado una fragua encima de sus apartamentos y, si bien no comprendía nada del sexo de su mujer, se pasaba horas fabricando llaves o desmontando cerraduras. En ocasiones ayudaba a los obreros de palacio en tareas humildes, y soñaba ante los

libros de historia o de geografía. Contra el parecer de su madre, que temía por su salud, María Antonieta había empezado a participar en monterías. Este pasatiempo le permitía verse rodeada de una pléthora de lindas figuras, con comidas campestres de donde todo protocolo estaba excluido, para gran consternación de la condesa de Noailles. El mundo de la política y los negocios la aburría soberanamente. Por lo demás, no entendía gran cosa. Luis se había sometido a tratamientos a base de baños, pociones e incluso limaduras de hierro. Habían considerado la posibilidad de una operación, pero los cirujanos concluyeron que ningún obstáculo físico se oponía a la consumación del matrimonio.

En definitiva, ¿acaso Luis no quería ser potente? ¿No deseaba parecerse a su abuelo?

María Antonieta había tenido informada a su madre de sus avances sexuales. Y, milagro, el 22 de julio de 1773, en Compiègne, Luis Augusto, antes de salir de caza, cantó victoria. ¡Lo había conseguido! Se apresuró a anunciar la noticia al rey, que, aliviado y complacido, los abrazó de todo corazón. Habían superado el primer obstáculo. Sin embargo, nada de niños. Durante ese tiempo el conde de Provenza y más tarde el conde de Artois habían contraído matrimonio. Ahora había tres parejas principescas en Versalles. De nuevo se sucedieron paseos, cacerías, bailes y espectáculos. María Antonieta seguía esperando y temía que sus cuñadas fueran madres antes que ella. Dudaba, mas no desesperaba.

«¡Un bebé! ¿Cuándo tendré un bebé?».

Parecía tratar de leer el futuro.

«Reina de Francia...».

Afortunadamente, siempre había encontrado apoyo en la persona del conde de Mercy-Argenteau, embajador de Austria, su mentor y carabina desde que llegara a Francia. María Antonieta podía abrirse a él sobre casi todo. Era ducho en política y le prestaba mil servicios. Siempre la ayudaría. Además, la muerte de Luis XV tenía al menos una consecuencia positiva. *Madame* Du Barry ya no volvería a poner los pies en Versalles nunca más. La guerra entre las dos mujeres había durado mucho tiempo. En ese aspecto, las extravagancias de «papá rey» habían sublevado a María Antonieta. Habituada a la virtud y la austeridad de las costumbres austríacas, a lo largo de cinco años la pequeña figura de porcelana no había cesado de plantar cara a la sulfurosa odalisca. En lo sucesivo tenía el campo libre. A una orden del rey en su lecho de agonía, la condesa había abandonado Versalles, y María Antonieta era reina. Tal vez conseguiría asimismo hacer que echaran a D'Aiguillon, que nunca había ocultado su hostilidad a la alianza austríaca, e influir en su marido para que llamara de nuevo a Choiseul a su lado.

Sí, el aprendizaje había sido difícil.

Sonrió. «Ahora ha llegado mi turno».

Volvió al escritorio para proseguir su carta. ¡Tenía tanto en que pensar! No obstante, al presente sabía cómo utilizar sus funciones. En cuanto volviera a

Versalles, tomaría el relevo de los placeres de palacio, organizaría bailes, paseos y fiestas. Para eso estaría dotada. Sería la más hermosa, la primera dama, un ejemplo para Francia y el mundo, y conferiría a aquel reino la chispa, el brillo y el lustre que necesitaba. ¡Versalles! En Viena, su madre se sentiría orgullosa de ella. Convertiría su vida en una fiesta, y no en un vía crucis. ¡Le entraron ganas de reír, de aturdirse, de arrastrar a Francia en su danza! Sintió que el fuego le arrebolaba las mejillas.

Y en su cabeza una voz seguía repitiendo:

«¡Reina! ¡Reina de Francia!».

«Osemos... Es preciso atreverse».

En el otro extremo de la propiedad de Choisy, Luis Augusto, bien arrellanado en un profundo sillón, aprovechaba unos momentos de soledad para meditar a su vez. Estar allí rodeado de su entorno familiar aplicaba bálsamo a su corazón. Había asumido un riesgo al permitir a *Mesdames Tantes* que lo siguieran; después de todo, habían velado largo tiempo a su padre y podían haber contraído la enfermedad. Pero Luis las quería, y le parecía importante que en aquellos días de luto no se vieran separados. Con todo, no siempre conseguía dominar su angustia. ¡Cómo lamentaba no haberse interesado antes en los asuntos de su abuelo! ¿Por qué este no había insistido en que acudiera al Consejo? ¿Habría considerado siempre tan molesta su presencia? En la actualidad Luis se sentía en extremo vulnerable. Debía afirmar su autoridad. Los ministros jamás le habían prestado excesiva atención. También era culpa suya. Los asuntos del reino lo aburrían. Ahora debía hacerles frente. Ya no podía contentarse con la caza y la cerrajería. El temor a una propagación de la viruela le impedía encontrarse con los ministros en cuestión antes de varios días. Y se hallaba a las puertas de una prioridad absoluta: constituir su gobierno.

No se sentía lo bastante experimentado. Necesitaba a alguien capaz de ayudarlo en la dirección de los asuntos de Estado. Sartine, convocado a toda prisa, había dejado pasar su oportunidad. Desde entonces, desamparado, Luis Augusto recorría sin descanso los jardines con las manos a la espalda, mirándose los pies, mientras el mundo entero se preguntaba qué iba a decidir. El caso D'Aiguillon estaba prácticamente resuelto. Había sido el aliado de la condesa Du Barry, lo que le ponía las cosas muy difíciles. También sabía que María Antonieta le propondría a Choiseul sin vacilar. Sus partidarios se mantenían a la expectativa, a la espera de volver a gozar del favor real. No obstante, Luis no había divulgado de qué manera Choiseul se había opuesto otrora a su padre, el difunto delfín, sobre algunos asuntos muy delicados. De manera que... ¿ni los partidarios de la Du Barry ni los de Choiseul? Señor, la cosa se volvía complicada. ¿A quién podía pedir consejos útiles?

Luis —pues en adelante lo llamarían así: renunciaba a «Augusto», también él debería acostumbrarse a ello— tenía en la opinión de sus hermanos una confianza relativa. Una vez más, se vería obligado a confiarse a *Mesdames Tantes*. Adelaida se

había manifestado para informarlo de que tenía a su disposición una lista de personalidades susceptibles de convenir para las funciones supremas. Dicha lista, según sus palabras, había sido elaborada antaño por su padre, el delfín Luis Fernando, hijo de Luis XV. Así pues, suponía la mejor de las contrafirmas.

Luis bajó la vista al papel que sujetaba en la mano. Durante un breve instante pasaron de nuevo por su mente aquellas palabras que temía más que a nada. «¡Jamás lo conseguiré!».

Por mucho que se hubiera preparado para lo inevitable, todo aquello sobrevenía demasiado pronto. Una cosa era imaginarse con sus atavíos reales y otra ponérselos de verdad. Tenía un nudo en la garganta. Contuvo el temblor de su mano. Sin que pudiera explicarse el porqué, un curioso recuerdo le volvía a la memoria.

Fue durante una fiesta celebrada para los principitos. Se había organizado una lotería donde cada cual debía entregar su premio a la persona que quisiera más. Los infantes reales no tardaron en recibir montones de regalos. Luis Augusto los miraba ir y venir, entre risas, gritos de alegría y abrazos. Permanecía allí plantado mirándolos, con las manos vacías, pues nadie había pensado en ofrecerle un presente. Cuando a su vez recibió el juguete designado por la lotería, se negó a entregarlo a nadie y optó por quedárselo. Le reprocharon que no respetase las reglas del juego. Se limitó a responder:

—Sé que nadie me quiere, tampoco yo quiero a nadie y me creo dispensado de hacer regalos.

Siguieron olvidándose de él.

¿Por qué evocaba ahora este episodio?

Desde hacía algún tiempo, Luis intentaba contemplarse de forma imparcial y carente de emoción a la vez. No era tarea fácil. Nariz aguileña, boca bezuda y mentón prominente. Una dentadura que dejaba mucho que desear. Sus rasgos resultaban algo suavizados por su miopía, que en cierto modo hacía su mirada más dulce y tierna. Sabía que encontraban su voz un tanto nasal, y que subía con facilidad hacia los agudos. Se movía contoneándose debido a su corpulencia. En cambio, estaba dotado de una fuerza impresionante. Todo un Borbón durante las cacerías, excelente jinete, su pasión lo convertía en centauro. ¿Dispondría del talento para decidir, elegir y para orientar un reino cuyo guía habría de ser en adelante? Hizo una profunda inspiración y su mirada zozobró. No se sentía bien. Carraspeó. Al cabo de un momento se puso en pie y fue a su vez en busca de una pluma, que mojó en el tintero.

También él escribía una carta.

Señor, pese al justo dolor que me aflige y que comparto con todo el reino, tengo, no obstante, deberes que cumplir. Soy rey: esa mera palabra encierra numerosas obligaciones, pero solo tengo veinte años. No creo haber adquirido todos los conocimientos necesarios. Por añadidura, no me es posible ver a ningún ministro, dado que todos estuvieron encerrados con el rey durante su enfermedad. Siempre he oído hablar de vuestra probidad y de la reputación a la que vuestro profundo conocimiento de los asuntos de Estado os ha hecho tan justamente merecedor. Es lo que me anima a rogaros que tengáis la bondad de ayudarme con vuestros consejos y vuestras luces. Os quedaré muy reconocido, señor, si acudís lo antes posible a Choisy,

donde os veré con el mayor placer...

En efecto, necesitaba un mentor, que sería a la vez su primer ministro y su más fiel servidor. Se interrumpió una vez más para examinar la famosa lista de los candidatos potenciales. ¿El cardenal de Bernis? Bajo ningún concepto podía llamar al oficial de «Mamá Puta», como Luis Augusto y sus tías llamaban antaño a la Pompadour. ¿Machault? ¿Por qué no? Destituido otrora por Luis XV, se mostraba favorable a la igualdad fiscal y dispuesto a poner coto a los abusos. Pese a sus setenta y tres años, desbordaba energía. Sin la menor duda tendría alguna visión sobre Francia. Sabría consolidar las finanzas. Ciertamente, la emprendería con los privilegios, y parte de la nobleza defendería sus posiciones. Sin embargo, tal vez diera a la monarquía el segundo aliento que necesitaba.

Tras una nueva inspiración, Luis XVI miró la Lista por última vez. El nombre de Machault aparecía circundado.

El mensajero partió una hora más tarde.

Quiso el destino que en su galopada perdiera una espuela.

Se vio obligado a regresar a Choisy.

Entretanto, Luis se había echado atrás. Había pensado en otra persona. Alguien que también había sido ministro de su difunto abuelo. Caído en desgracia al igual que Machault, por haber ironizado sobre la Pompadour en 1740. Desde entonces el hombre en cuestión estaba exiliado en Pontchartrain, no lejos de Versalles. Era de edad avanzada pero lo sabía todo sobre las triquiñuelas del poder. Afable, experimentado, había sabido permanecer al margen de las recientes querellas. Decidido y discreto a un tiempo, ayudaría sin la menor duda al nuevo soberano a llevar su pesada carga. Y María Antonieta no se mostraría hostil hacia él. Así pues, cediendo a Adelaida, que militaba a su favor, Luis XVI había cambiado de opinión.

Un segundo nombre aparecía circundado en la lista.

Maurepas.

Con él todo sería más tranquilo.

El monarca hizo llamar a la reina para que transmitiera el mensaje a *Mesdames Tantes*. El correo partió de nuevo.

Luis XVI suspiró. Ahora debía ocuparse del resto del gobierno.

Maurepas lo ayudaría, si estaba de acuerdo.

«Osemos... Hay que atreverse, ¡qué demonios!».

En ese momento Guimard, mozo de palacio, solicitó verlo. Venía recomendado por D'Ogny, el intendente de correos. ¿Por qué un simple mozo solicitaba de repente una entrevista con tanta insistencia y semejante introducción? Llevaba consigo, decía, una carta de la mayor importancia, que trataba de asuntos urgentes. A Luis le pareció en extremo curioso. Pese a todo, lo recibió.

Guimard le tendió una carta sellada. La firmaba el conde Charles de Broglie.

Sus dedos y su abrecartas se aplicaron en abrir la misiva.

«Pero... ¿de qué se trata?».

La existencia del Gabinete Negro.

La verdad sobre veintiocho años de diplomacia paralela llevada por su difunto abuelo.

El Secreto del Rey.

Luis XVI descubría, con pasmo, lo impensable.

Estela mortal

Orangerie de Versailles

La Orangerie tenía aspecto de pequeña catedral. Su amplitud, su altura, sus líneas depuradas quedaban frente a los Parterres de Mediodía de Hardouin-Mansart. La larga galería central, orientada de lleno al sur, estaba enmarcada por dos galerías laterales situadas bajo la Escalera de los Cien Peldaños. El conjunto, iluminado por grandes ventanas, encerraba el Parterre Bajo como en un estuche. Le Nôtre había deseado representar allí «la eterna primavera del jardín de las Hespérides». En el centro se encontraba un vasto estanque circular rodeado de seis superficies de césped. En invierno, más de un millar de árboles en cajas quedaban protegidos de la escarcha y conferían al lugar aspecto de bosque. Con el buen tiempo, como en aquel momento, se hallaban expuestos en el Parterre Bajo y constituían, a lo largo de tres hectáreas, su único decorado.

Fue en el corazón de aquel paisaje delicado donde se introdujeron Pietro y el jefe del Secreto. Naranjos de Portugal, España o Italia, limoneros y centenares de otros cítricos, junto con granados y adelfas, creaban una armonía a su alrededor. Podados en bola, los árboles tenían las raíces ceñidas en cajas de madera, cuyo armazón no había cambiado desde el siglo XVII. Broglie y el veneciano pasaron junto a una carretilla abandonada antes de encontrar refugio bajo las arcadas de la galería abovedada. Allí, a plena luz, la balaustrada al sur del Parterre daba al camino de Saint-Cyr, más allá de la cual se extendía el estanque de los Suizos.

Pietro miró en derredor.

«La eterna primavera del jardín de las Hespérides».

—Era necesario que nos viéramos —dijo Viravolta—. Pues bien, aquí estoy.

—No podéis llegar en mejor momento. Me disponía a ir a visitaros a Ruffec.

El veneciano tenía ante sí a Charles-François de Broglie, que vestía una chupa azul marino, de manga larga con paramentos de cintas en los hombros. Se había bajado el pañuelo que llevaba debajo del sombrero. Pietro estudió un instante aquel rostro de cejas bien dibujadas, las arrugas de experiencia en la frente y en las comisuras de los ojos, los labios finos. ¡Broglie! El heredero lejano de los primeros servicios de información franceses. Creados en el reinado de Luis XIII, otrora dirigidos por el cardenal Richelieu y su eminencia gris, el padre Joseph, un capuchino retorcido, los servicios ya habían utilizado en el pasado a numerosos agentes que seguían siendo famosos, como el barón Hercule de Chanacé, o François Langlois, antiguo cura de Saint-Germain-l'Auxerrois. La primera red había llevado a cabo numerosas hazañas, en especial salvar a La Rochelle de una expedición naval o castigar a la flota española en julio de 1640 a la altura del cabo de San Vicente. Debilitados en el reinado de Luis XIV, pese a la enérgica dirección del más célebre de los grandes agentes, el teniente general de policía La Reynie, los «servicios» habían

perdurado. La criptología conoció su auge gracias al desarrollo, por parte de los Rossignol, padre e hijo, de la «Gran Cifra», un sistema codificado que en todo momento mantuvo en jaque al adversario. Las misiones de espionaje marítimo se habían desarrollado para favorecer el comercio francés de ultramar. Con Charles de Broglie y el nacimiento del Secreto del Rey, la red superó un nuevo obstáculo, convirtiéndose en asunto de especialistas de altos vuelos, que recurrían a agentes de dedicación absoluta. Lamentablemente, ello no bastó para impedir la catástrofe de la guerra de los Siete Años o la pérdida de Canadá.

Y en la actualidad, al igual que el duque D'Aiguillon, Broglie se hallaba en una posición cuando menos delicada.

Parecía tenso; Pietro dejó que comenzara.

—He venido, Viravolta, porque también yo debía tener una breve charla con vos. ¡Ah, este exilio me está matando! Como sabéis, la corte nunca ha apreciado mucho a mi familia... Al menos en tiempos del difunto delfín disponíamos de un aliado poderoso. Mi tío, el abate de Broglie, tenía sobre él y la delfina un notable ascendiente. ¡Si mi tío no hubiera contraído la endiablada tuberculosis, hace mucho que habría vuelto por mis fueros! El abate quería situar a mi hermano Victor-Francois en el Ministerio de la Guerra y a mí en el de Asuntos Exteriores...

—Tal vez no todo esté perdido. Pero decidme: ¿en qué situación se encuentra el Secreto?

Charles de Broglie suspiró y empezó a caminar arriba y abajo con expresión irritada.

—¿Que en qué situación se encuentra? ¡Por todos los dioses, no tengo la menor idea! ¿Qué va a hacer Luis XVI? Por el momento D'Aiguillon sigue en su sitio. A propósito...

Se detuvo y entrecerró los ojos con la vista clavada en la Orquídea Negra.

—¿Ha tenido una entrevista con vos?

Pietro vaciló un instante y finalmente se decidió a jugar limpio.

—Sí. También a él le preocupa su situación, lo cual no os sorprenderá... Con la partida de la Du Barry, teme que sus horas estén contadas, al igual que vos.

—¡Al igual que yo, en efecto! Supongamos que D'Aiguillon abandona el gobierno. ¿Encontraremos todavía a Choiseul en su puesto? Sigue gozando de la estimación del rey y, sobre todo, de la reina... ¡La alianza austríaca es él! Y por mucho que yo lleve veinte años repitiendo que no soy hostil a esa alianza, María Antonieta no quiere oír nada. Todo cuanto yo pedía, Viravolta, era la reciprocidad, ¡no derechos sin deberes! En lugar de eso, Francia ha doblado la cerviz y lo ha aceptado todo por parte de María Teresa, y no hicimos nada cuando celebró un festín con los restos de Polonia. ¡Porque eso fue lo que ocurrió! Y ese carabina de mal agüero, Mercy-Argenteau, se pasa los días sermoneando a la reina. ¡No me dejará avanzar ni un paso! ¡Y ella aún menos! ¿Cuál es la naturaleza de su ascendiente sobre el rey? Esa es la cuestión. Así pues, ¿qué hará? ¿Qué demonios hará?

Pietro escuchaba la diatriba mientras Charles de Broglie seguía dando vueltas en redondo.

—Tengo que elegir entre D’Aiguillon, a quien debo la disolución del Secreto y el asunto de la Bastilla, y el clan de los Choiseul, ¡que preferiría verme arder en el infierno! D’Aiguillon se las ha arreglado para comprometerme... ¡Y me pregunto a qué juego habéis jugado vos mismo!

Broglie acababa de apuntar un índice desconfiado en dirección al veneciano.

—Jamás he revelado nada al duque sobre las actividades del Secreto, lo sabéis muy bien —dijo Viravolta en tono tranquilo—. A mí me apoyabais vos y su majestad. Conocéis los servicios que os he prestado por el hecho de hallarme en una posición que, os lo recuerdo, era altamente delicada para mí. Cumplí las misiones oficiales y las oficiosas con idéntico ardor. En fin, no prejuzguéis la decisión del rey en lo concerniente al regreso a los asuntos de Estado de unos o de otros. Tal vez no sean ni D’Aiguillon ni Choiseul. Pero volvamos a los agentes...

—¿Qué os dijo el duque durante vuestro encuentro?

—Me confió otra misión. Una misión especial para la que se declaró dispuesto a cooperar con vos si era necesario. Cualquiera que sea nuestro partido, no podemos permanecer mano sobre mano. ¡Están tramando algo! ¿Qué sabéis del Fabulista?

—Decidme lo que sabe D’Aiguillon... y os lo contaré.

—Ha llegado a sus oídos una historia de muertes repetidas y se siente inquieto. Beccario, conocido como el Barón, asesinado en Sceaux mientras cenaba en una posada. Fanfreluche, el Rey de Diamantes, en Tréveris. *Madame* de Boisrémy, conocida como la Mujer Serpiente, que salía de una cita galante, en Épinay. Manergue, llamado Meteoro, en Londres. ¿Qué está ocurriendo?

—Lamentablemente, todo eso es exacto, Viravolta. Esta empresa es de tal calibre que incluso he llegado a sospechar que D’Aiguillon había cruzado un punto de no retorno.

—También él se preocupa y teme que el peligro sea mucho mayor de lo que imaginamos. El rey ha muerto, Luis XVI no sabe nada de asuntos de Estado y estamos debilitados. El duque piensa tanto en una maniobra extranjera como en un enemigo surgido del seno mismo del Secreto. Por eso os necesita, al igual que a mí. Charles, ¿cómo puede conocer el Fabulista nuestras identidades? ¿Acaso existe una lista de nombres? ¿Habrían interceptado un correo cifrado, aquí o en otro lugar? ¿En Londres, en Viena?

Broglie frunció el ceño.

—Así las cosas, también vos y yo somos sospechosos, Viravolta.

—Como podéis suponer, al duque no le pasó por alto. Por eso confía en que tomaremos su gesto como una señal de confianza, a pesar de que, os lo concedo, en otras circunstancias tal vez habríamos hecho mejor en desconfiar.

—El Secreto ha durado veintiocho años, Viravolta. Es posible que alguien entre nosotros haya reunido pacientemente informaciones para utilizarlas llegado el

momento. La red está compartimentada, pero no hay barrera que no ceda a la sagacidad y la determinación; somos los más indicados para saberlo. Vos mismo conocéis a varios de mis agentes.

—Precisamente... ¿Y los demás? ¿D'Ogny, Vergennes, D'Eon, Breteuil? ¿Están avisados? ¿Debemos alertarlos? ¿Poseen información?

Charles miró a Pietro directamente a los ojos.

—Yo investigo por mi cuenta; podéis estar seguro.

—Sabemos que tres empleados de una perfumería, de Fargeon, proveedor de la corte, conocieron la identidad, y tal vez los planes, del Fabulista. Todos han sido asesinados, pero ahí tenemos un nexo, y un punto de partida. Baptiste Lansquenet.

—Sí, uno de nuestros colaboradores, lo sé...

—Es obvio que había descubierto la verdad. Al igual que Rosette y el apodado Sapo. El perfume con el que mataron a Baptiste tenía una curiosa composición. Y las fábulas que acompañan cada uno de los asesinatos.

Dicho esto, Pietro le mostró un pliego en el que había copiado las fábulas en cuestión.

Brogie lo tomó, enarcó una ceja y se lo devolvió con gesto seco.

—Y nosotros desempeñamos el papel de los animales.

—Diez fábulas, sin contar las ya utilizadas para los demás. Las diez últimas, especialmente elegidas en honor a mí, el broche final, sin duda. Quedan siete.

—Y la tiene tomada personalmente con vos. ¿Por qué?

—Porque maté... a su inspirador, el primer Fabulista, muy probablemente. El abate Jacques de Marsille.

—Pero entonces ¿quién era? ¿Su hermano mayor? ¿Su padre?

—¿Un abate? Es posible, después de todo —repuso el veneciano—. Escuchad, debemos recuperar de los Archivos del Secreto todo lo que habíamos reunido sobre el primer Fabulista. Tal vez la investigación se llevó a cabo con excesivo apresuramiento. Hurgad en los antiguos expedientes, reabrid la investigación de San Medardo. En cuanto a ese perfume, resulta incomprensible. En definitiva, ¿qué es lo que busca? Acabo de interrogar a un tal Le Normand, de profesión jardinero, y...

De pronto Viravolta se interrumpió.

«Azucena, asfódelo, belladona, aro, lirio amarillo, albahaca».

«La rosa y la azucena. Un enfrentamiento entre las dos potencias. Dos Coronas. El asfódelo, la flor de los héroes muertos. La belladona, un veneno dedicado a la Parca que corta el hilo del destino. El aro por lo que respecta a la trampa. El lirio amarillo para el gran aquelarre del Fabulista. Todo ello espolvoreado de albahaca... por su odio».

«Sigue el perfume de la muerte».

—Es evidente. Se trata de un mensaje —dijo Pietro, repentinamente pensativo.

—¿Perdón? —replicó el conde.

—Alguien... —añadió Viravolta—, alguien tiene algo contra el rey y contra la

reina. Y no solo contra ellos... sino contra la monarquía entera.

Estaba absolutamente inmóvil, ahora convencido de esta revelación.

—Es sencillamente el régimen lo que quieren derrocar. El enemigo puede ser tanto interior como exterior. La guerra de las dos potencias...

Levantó la mirada hacia Charles.

—La azucena y la rosa. Francia... e Inglaterra.

—¿Inglaterra? —se sorprendió Charles—. Por todos los dioses, ¿de dónde sacáis esa idea?

—Una intuición —dijo Pietro—. Informaos por vuestro lado. No es imposible. El Fabulista es un loco, no cabe duda de que persigue un objetivo personal: ¡la venganza! Pero tal vez no esté solo. Puede que a su vez sirva de..., de adyuvante a una conspiración más amplia. Y que lo utilicen con fines políticos. ¿Y si hubiera sido ese el destino del primer Fabulista?

Tras un momento de perplejidad, Broglie se hizo preguntas. Debajo de aquella frente preocupada, Viravolta adivinó un intenso encadenamiento de reflexiones; como si también él intentara relacionar la multitud de informaciones de las que era el centro, el corazón y el depositario, a fin de componer un cuadro coherente.

—Esto es lo que vamos a hacer, Viravolta. En lo que a mí concierne, lo primero que hay que averiguar es si contaremos con el apoyo del rey o no. ¡Debemos salvar al Secreto! Acabo de enviar una carta a su majestad. Oh, no me extiende sobre los veintiocho años de servicios prestados, no, ¡y demonios si podría!

Y en el acto se entregó de nuevo a sus ademanes de mal humor y de inquietud.

—En ella le recuerdo que esta misión me fue confiada por su abuelo el rey, y eso, pese a mis reticencias, ¡os lo señalo! Ved cuan recto era mi proceder, Viravolta. Yo mismo había propuesto informar a Choiseul, y luego a D'Aiguillon, de la existencia del Gabinete Negro. ¡Fue él quien se negó! ¡Él, nada menos! ¡El rey! ¿Qué os parece?

—Lo sé muy bien.

—D'Aiguillon y la Du Barry me persiguieron. ¡Esa es la verdad! Acto seguido sobrevienen el asunto de la Bastilla y mi exilio. Pero su majestad solo quería protegerme... Siguió honrándome con su confianza, ¡y ahora heme aquí preso en una trampa! El monarca quería que el Secreto siguiera funcionando, Viravolta. Resulta muy embarazoso, pues debo informar al nuevo soberano de todo esto. Los informes de los agentes destinados en el extranjero seguirán llegando a Versalles. ¡No entenderá nada de nada! En consecuencia, espero sus instrucciones, sin las cuales ni siquiera sé si todavía existimos. ¡Qué gran error sería prescindir de nosotros en estos momentos!

—Sin la menor duda —corroboró el veneciano.

—Debemos actuar. Para ello necesito algo más que intuiciones. ¡Necesito pruebas! Escuchad. He hablado con Sartine y he convocado para mañana mismo una pequeña reunión con dos o tres de vuestros... colegas. Por lo demás, todos han estado destinados en Londres en un momento u otro. Quizá tengan informaciones valiosas.

Se hallan al corriente de la situación, pero todavía no se han encontrado nunca. Mientras esperamos la decisión del rey, todos debemos ayudarnos mutuamente. Los he citado en ese café parisino..., el Procope. Debéis de conocerlo.

—Me he dejado caer por allí.

—Acudid mañana a las siete de la tarde, Viravolta.

—¿Vos estaréis?

—Desde luego que no. Tengo demasiadas cosas que hacer por otro lado. Sobre todo después de lo que acabáis de revelarme.

Dicho esto, Charles, tras dirigir una viva mirada a derecha e izquierda, volvió a subirse el pañuelo sobre la boca. Al mismo tiempo, hurgó en su abrigo... y sacó un extraño librito.

—¡Los ingleses! ¡Solo faltaría eso! Tal vez la situación sea mucho más grave de lo que creemos. Figuraos, también yo he recibido un mensaje del Fabulista.

—¿Cómo?

—En Ruffec. Pero curiosamente... el mensaje era para vos.

Pietro no daba crédito a sus oídos. Miró el pequeño volumen. En él aparecía escrito: *Manera de mostrar los jardines de Versalles*.

Dirigió a Broglie una mirada interrogativa.

—Es... un paseo real, Viravolta. ¿Nunca habéis oído hablar de ello? El Gran Rey, el mismo Luis XIV, redactó el texto. Se trata de una invitación a recorrer sus jardines. Los más hermosos del mundo, huelga decirlo. Es el itinerario que proponía para descubrir sus encantadores paisajes. Había tantas cosas que ver que redactó una guía... en 1689. De hecho, revisó su paseo cuatro o cinco veces... Esta es una versión sin fecha.

Pietro tomó el librito sin comprender.

—Pero ¿quién..., cómo...? ¿Para qué quiero yo este...?

—¡El Fabulista os invita al paseo!

Pietro abrió el opúsculo. Y en efecto, debajo del título del rey, *Manera de mostrar los jardines de Versalles*, figuraban unos versos que parecían de puño y letra del enemigo, que con toda evidencia seguía su inclinación natural y su irritante propensión a redactar epigramas y otros poemas irónicos.

Vuelvo a ser yo, Viravolta;
¿sigues queriendo jugar conmigo?
¡Sigamos, pues, del perfume el camino!
Esto es para ti:
por los jardines sígueme,
en el corazón de sus alegorías
conmigo reúnete.
Y en ese gran teatro
sin duda estaré.

—Lo que es pasearnos, nos pasea —dijo el veneciano entre dientes.

—No entiendo nada. Pero ¡seguid la pista, Viravolta! ¡Continuad divirtiéndooos

con vuestras flores mientras yo trato de salvar al Secreto!

Pietro encajó el golpe sin rechistar.

—Veremos adonde os conduce. Y no olvidéis el Procope mañana. En cuanto a mí, me ocuparé del rey y de nuestros asuntos. Os ayudaré como pueda, en cuanto me sea posible. Seguiremos en contacto a través de D'Ogny y de la Cifra. Hasta la vista, Viravolta. Y, por favor... Dondequiera que esté, ¡encontradlo! Si no lo conseguís, ¡será el fin del régimen!, ¡el del Secreto!, ¡el mío!

Con un estremecimiento, giró sobre sus talones.

—Y al mismo tiempo el vuestro.

Pietro no tardó en hallarse de nuevo delante del palacio. Estaba frente a los jardines, hojeando el librito. El Fabulista y el Rey Sol lo invitaban a partir de ese mismo momento a comenzar su paseo, desde las terrazas donde se encontraba.

Aquel era, en efecto, un universo de ilusiones, de sugerencias, de correspondencias, de alegrías; el universo de los jardines; un «mapa del Amor».

Pietro no habría podido decir por qué pensaba en él de repente. El País del Amor, de la Ternura, limitado al oeste por el Mar de Enemistad; al este por el Lago de Indiferencia; al norte por el Mar Peligroso, que lo separaba de la Terra Incógnita, la de los amores apasionados. Amor y sus tres ciudades, Amor por Estimación, Amor por Inclinação, Amor por Gratitude... Siguiendo el célebre mapa de las pasiones de Madeleine de Scudéry se podía caminar de Nueva Amistad a Complacencia, Sumisión, Pequeñas Atenciones, Sensibilidad, Ternura, Obediencia y Confiada Amistad; o bien pasar por Negligencia, Tibieza, Ligereza y Olvido para cruzar el Lago de Indiferencia... Sí, por supuesto, se dijo Pietro, propicios a la pompa así como a la melancolía, a los placeres íntimos de la seducción al igual que a los retiros soñadores, los jardines de Versalles constituían, en efecto, una especie de «mapa del Amor». Allí todo despertaba admiración; todo estaba dominado, domesticado para el placer de la vista, césped raso y hierba tierna, dédalos de avenidas y encajes de boj punteados de tejos, inmensos arriates de flores que rodeaban estatuas y fuentes...

Viravolta levantó la vista.

Pensó de nuevo en las flores que componían el perfume.

«Una conspiración. Una conspiración contra el rey y la reina. Contra el reino».

«La azucena y el lirio...».

«¡Una orquídea en el centro!».

Con el librito entre las manos, empezó su combate contra los jardines de Versalles.

Manera de mostrar los jardines de Versalles

*Parterre de Latona, Eje Norte-Sur
Bosquecillo del Laberinto, glorieta*

Desde las terrazas, y tal como el Fabulista y Luis XIV lo invitaban a hacer, Pietro se concentró en el opúsculo.

Manera de mostrar los jardines de Versalles.

Abrirse a los símbolos, tal era la clave que lo conduciría al Fabulista, pues este pensaba en símbolos, y el hilo de aquellas metáforas sería también el de su investigación, su hilo de oro, su hilo de Ariadna. Debía aprender a pensar como él, caminar con él, aceptar aquel lenguaje.

«¿Estoy empezando... a delirar? ¿O es ahí adonde este narrador loco intenta conducirme?».

Se humedeció el dedo, bajó la vista y abrió el librito para leer la prosa del Rey Sol.

«Manera de mostrar los jardines de Versalles».

Su invitación al viaje.

Frunció el ceño y meneó la cabeza.

1. Al salir del palacio por el vestíbulo del Patio de Mármol, subir a la terraza; es necesario detenerse en lo alto de los escalones para apreciar la situación de los parterres de agua y las fuentes de las Glorietas.

A su derecha, en las terrazas, Pietro podía contemplar el Jarrón de la Guerra.

A la izquierda, el de la Paz. «Sigue al fantasma del rey».

La mirada del veneciano fue de un jarrón al otro. Avanzó. El paseante, de paso inseguro, era invitado a descender los peldaños que los separaban. La tempestad y la ensenada. Pues también la vida, pese a sus dudas, sus penas y sus incertidumbres, se abría camino entre batallas y armisticios. Con todo, Pietro adivinaba que no era ese el único mensaje del Fabulista. Le decía igualmente que, según la naturaleza de sus actos, tal vez él mismo tuviera la responsabilidad de sumirse en el reino en la guerra, o de preservar la paz. «¿Quieres realmente declararme la guerra?», parecía preguntarle su enemigo. «¿Por qué no pactar y reunirte conmigo?». El Fabulista le ofrecía la oportunidad de sumarse a su causa, o de salir del juego. Con esta sola conminación, Debes elegir, el Fabulista anunciaba su plan, como una amenaza latente. Desencadenaría el rayo o le impediría golpear. Ya no se trataba de un simple paseo, sino de una elevación espiritual y, Pietro lo adivinó, del marco para una guerra.

Bajó los escalones.

El fantasma de Luis XIV proseguía:

2. Después hay que ir directo al alto de Latona y hacer una pausa para contemplar a Latona, los lagartos, las rampas, las estatuas, la Avenida Real, el Apolo, el canal, y luego darse la vuelta para ver el parterre y el palacio.

No lejos se encontraba el Parterre de Latona, que albergaba la fuente más imponente del jardín, una obra maestra del palacio. Su estatuaria estaba inspirada en las *Metamorfosis* de Ovidio. Pietro intentó rememorar aquel antiguo relato. Latona, madre de Diana y de Apolo, una de las esposas de Júpiter, había sido expulsada del Olimpo por Juno, que no perdonaba a su divino marido su infidelidad. Errando por la tierra con sus hijos, trató de buscar auxilio entre los campesinos de Licia..., mas en vano. Apeló a Júpiter, quien, para vengarla, convirtió a los egoístas campesinos en sapos y ranas. Tal era el motivo de que los batracios, así como algunas tortugas, figurasen en el estanque de la fuente. Alrededor de Latona y de sus hijos, formaban una especie de coro desesperado, apartado por siempre jamás del Espíritu, de lo Verdadero y lo Bello. Con la boca abierta y vuelta hacia el cielo, gritaban al unísono: «¡Cambiad vuestro corazón, abríos a los demás, o también vosotros seréis metamorfoseados!».

A Pietro el significado del mito le resultó claro. A todas luces aquellos parterres estaban en el cruce de los caminos de que le había hablado el jardinero. En aquella encrucijada, el veneciano adivinaba otra cosa: ocurría allí como en los jardines de otro mundo, el jardín de las Parcas que tejían el hilo del destino. Su propio destino parecía vacilar. Recordó lo que había dicho Le Normand: «Estos jardines son en sí mismos una fábula, *monsieur* de Lansalt. Cuentan una historia. Tienen su moraleja...».

Viravolta inspiró hondo.

«¿Qué camino voy a tomar?».

Al norte se encontraba el del trabajo, las responsabilidades, la creación. Al sur, el de los placeres que pueden conducir a las mayores ilusiones. Recto al frente se hallaba la Avenida Real, la Vía Recta, por supuesto, la que en definitiva habría que elegir. Inmensa y hermosa, un tanto triste y severa, quedaba frente al palacio. El camino del hombre honesto. Abierta a sus estanques, con una perspectiva grandiosa y rectilínea que corría hasta el confín del horizonte, no se desviaba, no desaparecía, no se perdía. Edificada por Laocoonte, que, rodeado de sus hijos, recibía su castigo, el alma vagabunda comprendía que era preciso desconfiar del diablo. Al ver el esplendor de Venus secándose el cabello, del que se desprendían sartas de perlas de agua, afirmaba su elección de una nueva vida, hecha de amor y de luz. Así se sucedían las líneas geométricas y significativas, hasta el estanque formidable, el estanque de Apolo.

El estanque, hemiciclo abierto al infinito, rodeado de setos de carpe y de estatuas, era el punto donde convergían todos los caminos. En el corazón de su fuente, los caballos sublimes del carro divino se encabritaban y de ellos brotaba el agua. Apolo aparecía en su apoteosis, en medio de los delfines, componiendo la imagen de una

Resurrección repetida cada día por el sol en su curso, imagen asimismo del rey, huelga decirlo. El Rey Sol. Surgía en sus cascadas chorreantes, bajo el signo de las tres flores de lis que designaba al Elegido, la gloriosa epifanía, con veintiocho surtidores engastados entre los cuatro puntos cardinales y cuatro trompas levantadas para proclamar al mundo su venida... Y abajo, al fondo de todo, la superficie lisa y fría del Gran Canal, enmarcado por árboles infinitos, acompañaba la mirada hacia aquella perspectiva perfecta y serena, ventana abierta al horizonte.

Pietro guiñó los ojos y acto seguido consideró el poema del Fabulista y el paseo real.

Continuó. Sus pies hacían crujir la suave arena. Tenía la extraña impresión de estar unido al suelo por algún misterio que lo arraigaba, que lo ponía en contacto con las entrañas de la tierra, de aquellos jardines y de sus simientes.

Mientras avanzaba, se cruzó con un guardia suizo. En el parque casi desierto, le produjo una sensación de lo más insólita y misteriosa. El soldado estaba como postrado sobre su arma, con los ojos cerrados y aspecto de medio muerto. Se habría dicho otra de aquellas estatuas que esmaltaban el jardín; y casi cabía esperar que zarcillos de boj o de hiedra se enroscarían a su alrededor para acabar de petrificarlo por siempre jamás.

Pietro pasó en silencio a escasos metros de él.

Reanudó su paseo.

3. A continuación hay que girar a la izquierda para pasar entre las Esfinges; al caminar se debe hacer una pausa delante de la glorieta para contemplar el surtidor y la capa de agua; al llegar a las Esfinges, hacer otra pausa para admirar el Parterre de Mediodía, y después seguir recto hasta la parte superior de la Orangerie, desde donde se divisará el parterre de los naranjos y el lago de los Suizos.

«Eso es. Ábrete... Déjate llevar».

Girando a la izquierda, cuando se miraba de frente la inmensidad de los jardines, al salir del palacio, uno se aventuraba en el eje prohibido. El Eje Norte-Sur, del que le había hablado el jardinero. El eje de la negación de Dios. Al entrar había dos Esfinges frente por frente. Encaramado a la primera, un niño alado parecía rechazar a Pietro con la mano derecha: «¡No vayas por ahí!». Sobre la segunda, cara a cara con el anterior, otro intentaba devolverlo al camino recto. Las Esfinges estaban posadas delante de él como dos enigmas, adornadas con sus querubines de piedra. «No te equivoques de Vía». Y sin embargo, era la que el Fabulista le proponía seguir. Aquella trampa de símbolos, aquel jeroglífico en un jardín al estilo francés, aquella charada se iba cerrando un poco más a cada paso. Comprendió que el Fabulista le ofrecía no solo seguir una historia, sino también comulgar con su visión, sumirse con él en otro universo. «Entra, ven a mi casa, a mi teatro, a mi decorado». Pietro se dejaba llevar a la arena. Tenía la sensación de avanzar hacia alguna oscura revelación; sabía, no obstante, que estaba allí, agazapada en la sombra..., allí, al final del camino.

«Déjate conducir por los símbolos. Por tu imaginación, la Maga».

«Y yo seré tu Mago».

«Aquí estás en MI reino».

Pietro se preguntó si no estaría ya loco, ciego y perdido, por contemplar de tal manera soles abstractos. Un desconcierto nuevo lo invadió en el umbral de aquel misterio. Al presente avanzaba por el terreno de los Parterres del Sur, por una avenida bordeada de tejos, plantados en macizos de seis, la cifra del diablo. ¡Y los propios tejos, símbolo de la muerte! Obstinándose por aquel camino desembocaría en la Orangerie. En el dulce torpor de aquel edén geométrico, lejos de toda realidad, se perdería en la alegría de los teoremas y las puras figuras, se ahogaría en la plácida visión de construcciones intelectuales carentes de objeto. Allí el Fabulista adquiriría toda su dimensión: no solo era un director de escena, un asesino, sino también un loco, pero un loco moralista. Más allá de la Orangerie, el paseante exaltado acabaría su vida en el lago de los Suizos, o la ilusión de las vanas utopías y los paraísos artificiales. En la lejanía, la estatua de Marco Curcio se arrojaba a las llamas. Pietro consideró el camino que ya había recorrido: las terrazas, los jarrones, las Esfinges. Por el otro lado: la Orangerie, el lago, Marco Curcio. El Eje Norte-Sur, 666 toesas, ¡el eje del Mal! Miró a su alrededor y luego de nuevo al frente.

Había caminado al lado de Lucifer, como antaño en Venecia.

«Nos acercamos».

«Déjate conducir por el Fabulista».

4. Girar a la derecha, subir entre el Apolo de bronce y el Antínoo y hacer una pausa en el cuerpo avanzado desde donde se ve a Baco y Saturno.

5. Bajar por la rampa derecha de la Orangerie y pasar al jardín de los naranjos, ir directo a la fuente, desde donde se apreciará la Orangerie, pasar a las avenidas de los grandes naranjos, después a la Orangerie cubierta...

Allí el rey lo invitaba a torcer.

El Fabulista abandonaba el eje de los placeres ilusorios y los sueños hueros. Tomaba de la mano al veneciano para hacerlo girar, ciertamente hacia occidente y la vía del hombre honesto, pero no según la perspectiva recta y sublime, hecha de claridad y elegancia, ante la cual Pietro se había encontrado en las terrazas. No, aquel era un atajo. El Fabulista seguía tejiendo su tela, su obra, y Pietro seguía aquella iniciación, medio sufrida, medio consentida, empujado por el instinto en igual medida que por la razón.

«¿Adónde quieres llevarme? ¿A qué santuario, a qué imperio, sino al tuyo?».

Torciendo por detrás de las Esfinges, bordeó las terrazas en dirección a los espejos. Estos estanques prolongaban el lugar extraordinario que era la Galería de los Espejos; allí se encontraban las mil profundidades del alma, el umbral de la reflexión. Reflejaban tanto los movimientos del cielo y de los astros como los del corazón. Los espejos invitaban a la evolución interior, a la vuelta a uno mismo. En aquel jardín murmuraban su invitación a la eternidad, pero el manar de las aguas recordaba el tiempo terrenal y el tiempo que transcurre, en el dédalo de las emociones humanas, y

de pronto Viravolta empezó a comprender, temió comprender el lugar hacia el que en definitiva era arrastrado.

... Y salir por el vestíbulo del lado del Laberinto.

Se detuvo ante la entrada.

Los setos de carpe que lo componían superaban los siete metros de altura. Pietro estaba allí plantado, con su camisa blanca y su casaca francesa, el cabello recogido en una coleta, espada y pistola al cinto, como en la entrada de un universo de peligros y apariencias engañosas, Ulises en el umbral de un mundo cuya parte de tinieblas y claridad ignoraba.

Era allí donde otrora había cazado al primer Fabulista.

El hilo de Ariadna... ¡que conduce al Laberinto!

La Orquídea Negra se llevó la mano a la empuñadura del arma.

¿Se disponía a entrar en el infierno o en el paraíso?

Un gran silencio reinaba en los jardines.

El mundo había enmudecido.

Lentamente, Pietro cruzó el umbral.

Entró en el Laberinto.

Concluido un siglo atrás, aquel cuadrado de espeso bosque, adornado con estatuas de plomo polícromas, había perdido su lustre. Sin embargo, su origen mismo resultaba poético; el Laberinto había sido concebido antaño por Le Nôtre y Charles Perrault, controlador general de la superintendencia de los Edificios del Rey, otro cuentista. Este último narraba en otro tiempo cómo Amor, tras haber felicitado a Apolo por todas las bellezas de los jardines de Versalles, solicitó conservar para su propia disposición el acondicionamiento de aquel bosquecillo. El amor en sí era, en efecto, un laberinto, donde uno se perdía fácilmente... Pietro entrecerró los ojos. La figura de Amor, autor de las moralejas, que sujetaba el hilo de Ariadna, y la de Esopo, autor de las fábulas antiguas, figuraban a uno y otro lado de las verjas de la entrada. El contraste entre el viejo Esopo, tartamudo y deforme, que sin embargo encarnaba la sabiduría, y el apuesto joven portador de un mensaje completamente distinto, constituía un enigma que se sumaba al misterio del bosque.

En el pedestal de Esopo estaba grabada la fórmula:

Con mis animales llenos de astucia
y de sapiencia,
que vuestras costumbres retratan con fruición,
sería mi noble aspiración
enseñar la prudencia.

Desde su pedestal, Amor respondía:
Quiero que todos amen y sean sensatos,
no amar nada denota juicio errado;

cada animal así lo ha declarado.

Pietro los examinó una vez más.

Había algo. Algo más...

El veneciano se mordió el labio y avanzó.

Se había levantado una fría brisa.

Amor alado señalaba con el índice la entrada del Laberinto; con la otra, la estatua sujetaba el hilo de Ariadna..., así como un pequeño billete, arrollado sobre sí mismo, que se mecía suavemente al viento.

Parecía aguardarlo.

Pietro se acercó un poco más. Sin lugar a dudas se trataba de un billete.

Contempló un instante el rostro mudo de la estatua.

Petrificada en su sonrisa enigmática.

Después examinó de nuevo el billete, que temblaba entre los dedos de Amor.

«El juego de pistas continúa».

«Al menos no me he equivocado... He llegado a donde él quería».

Tomó el billete y lentamente lo desenrolló.

Tengo todo el poder sobre ti, sin límites es mi imaginación,
fabulo y fantaseo, invento, coso y descoso,
manejando los lizos en la sombra,
tejo mi tela y urdo mi trama,
¡soy el Autor, Viravolta!
Voy a perderte, a enredarte, a encontrarte, a confundirte,
te envolveré en cendal de bruma y te recobraré
con el fin de pasearte mejor.
Soy el Fabulista y el guardián,
y tú me perteneces.

Pietro meneó la cabeza y estudió una vez más el umbral del Laberinto.

«Para pasearme, eso sin duda... Me pasea».

«¡Pues bien! Entremos, veamos adonde nos lleva esto».

Casi enseguida se topó con la primera fuente. En medio del estanque, un buho aparecía enmarcado por dos aves que semejaban cigüeñas; una pajarera ficticia subía en una especie de fuego artificial acuático y de enrejados que evocaban un abanico de cañas. Era aquel el recuerdo un tanto caduco de la famosa máquina de las *Fábulas de Esopo*, construida otrora por Mercadé y Ballin. El bosquecillo al completo parecía un libro de fábulas. Con la boca seca, Pietro avanzó.

Caminaba por el Laberinto, donde se cruzaban las avenidas, y en cada una de sus intersecciones había una fuente. Los setos de carpe dominaban con su sombra las avenidas, que se encontraban en treinta y nueve cruces. Cada fuente poseía un estanque distinto, enriquecido con rocallas finas y conchas raras; y cada una estaba adornada con diversos animales, que encarnaban una situación inspirada en un cuento de Esopo, en el orden establecido por Perrault y Le Nôtre.

- I. EL BUHO Y LAS AVES
- II. LOS GALLOS Y LA PERDIZ
- III. EL GALLO Y EL ZORRO
- IV. EL GALLO Y EL DIAMANTE
- V. EL GATO COLGADO Y LAS RATAS
- VI. EL ÁGUILA Y LA ZORRA

Las fábulas solo habían sido elegidas entre las demás por la gracia y la buena voluntad de los artistas, y porque resultaban más idóneas para servirles de adorno y de pretexto para sus fantasías. Las diversas fuentes encerraban una máxima, versificada por el poeta Isaac de Benserade, en forma de cuartetos grabados en letras de oro; antaño debieron de servir para la educación del delfín.

Pietro se deslizaba entre los nichos de enrejado. Los representantes del bestiario retozaban a su alrededor, se respondían entre las empalizadas de verdor impenetrable. Aquí, el veneciano se cruzaba con aves; allá, con monos y gallos, una gallina y un dragón, una rata y una zorra, una grulla y un ruiseñor. Los animales imitaban a los hombres para fustigar o revelar mejor su carácter, sus defectos, sus debilidades. No eran sino materia muerta y, sin embargo, a pesar del tiempo, a pesar del musgo que los devoraba y las grietas que los recorrían, estaban tan trabajados que parecían vivos, paralizados en la acción que representaban. Su habla se manifestaba mediante los surtidores que a determinadas horas se lanzaban uno a otros, confiriéndoles una ilusión de movimiento.

Los muros de verdor jamás desembocaban en un espacio libre.

- XXI. EL LOBO Y LA GRULLA
- XXII. EL MILANO Y LOS PÁJAROS
- XXIII. EL MONO REY
- XXIV. LA ZORRA Y EL MACHO CABRÍO
- XXV. EL CONSEJO DE LAS RATAS
- XXVI. EL MONO Y EL GATO
- XXVII. LA ZORRA Y LAS UVAS

Pietro avanzaba hacia el corazón del bosquecillo y, bruscamente, todo se iba volviendo más oscuro, más misterioso, pues pensaba en los versos del Fabulista. Tenía la terrible impresión de ser observado, y de que el mismo Fabulista disponía el recorrido de su vida. Se veía como una marioneta, perdido en una mente enferma, la imaginación desbordante de su enemigo. Y entre todos aquellos animales ¿quién era él? Pietro Viravolta, la Orquídea Negra, ¿el personaje de un cuento, de una fábula? ¿Dónde estaba su hilo de Ariadna? ¿Qué tragedias, qué misterios se hallaban allí representados? Aquellas fábulas, aquellas criaturas, ¿qué querían significar? ¿La búsqueda de un sentido verdadero y definitivo? ¿La corrupción? ¿El paso del tiempo? ¿La carrera hacia la nada? El Fabulista miraba a su rata prisionera y decía: «Conmigo vas a perderte». Pietro se hundía en el Laberinto, en las estrechas avenidas bordeadas

de carpes... Avenidas de sortilegios y de hechizos.

Sí, estaba llegando a su objetivo, él...

Se quedó paralizado.

XXXIV. La zorra y el cuervo

XXXV. Del cisne y de la grulla

XXXVI. El lobo y la cabeza

XXXVII. La serpiente y el erizo

XXXVIII. Las patas y el perrillo de aguas

XXXIX. Salida del laberinto

Había llegado al corazón del Laberinto, al bosquecillo llamado Bosquecillo Sin Nombre.

Cinco avenidas convergían en aquella glorieta: una invitación a encontrar en uno mismo un todo coherente. El bosquecillo era como el número áureo de aquella asombrosa geometría, la clave de bóveda, el centro de gravedad sin el cual se derrumbaría la estructura en trampantojo.

En el corazón de la cámara pentagonal, en el suelo, un nuevo billete lo aguardaba, arrollado con una cinta roja.

Pietro lo recogió y lo abrió, febril.

«Ese es mi juego, lo has comprendido».

Tantas fuentes
al Laberinto llevadas,
¡de fábulas esmaltadas
en cada bosque!

Tantas fuentes
con fábulas como decoración,
de las que he tomado mi inspiración
para del Secreto perder a los agentes.

Tantas fuentes,
también una Rosa presente,
y a una Orquídea me enfrento
en el Laberinto del pensamiento.

He aquí llegada la encrucijada de los caminos,
en el cruce de las intrigas y los destinos.

¡Ven, Viravolta!

¡Ven a encontrar la muerte, sin escolta,
en este jardín!

El Fabulista

El veneciano retrocedió algunos pasos. Y de repente comprendió.

Treinta y nueve cruces y treinta y nueve fuentes ilustradas con treinta y nueve estatuas de plomo, situadas en diversos lugares del Laberinto, todo ello componiendo la intriga y la compleja tramoya del Fabulista; el bosquecillo de Esopo había sido

concebido para ser visitado en un orden muy preciso. Había que tomarse su tiempo para recorrerlo en orden y consultar sus máximas, a fin de extraer una moraleja. «El lobo y el cordero», encontrada sobre el cuerpo de Rosette; «La zorra y la cigüeña», sobre Lansquenet, e incluso «La rana que quiso ser como el buey»; sin contar, Dios del cielo, las que quedaban: «El cuervo y la zorra», «El león y el ratón»... Al igual que el jardinero o el autor del jardín, el Fabulista se divertía tejiendo su trama y su tela, situando en ellas a sus personajes y haciéndolos deambular a su antojo; no solo se había inspirado en las fábulas de La Fontaine y del viejo Esopo, ¡sino también en aquel bosquecillo! Con los animales, Esopo y La Fontaine se mofaban de los defectos de los hombres, y el misterioso Fabulista, a su vez, se jactaba con ironía de ser su heredero. Al azar de su paseo entre aquellas leyendas, picoteaba las que quería utilizar para su obra maestra, y arrastraba a Pietro por el laberinto de sus chanzas y de su pensamiento.

Estupefacto, Pietro alzó la vista. «Un recorrido de sabiduría...».

«Realmente es muy listo».

Y cuando vio adonde había llegado, así como el abominable espectáculo que se revelaba ahora ante sus ojos en toda su fúnebre gloria, en el centro del Bosquecillo Sin Nombre, creyó que su corazón iba a dejar de latir.

«¿Por qué conocimiento pasa la sabiduría?».

Visión de pesadilla, Viravolta se cubrió la boca con la mano, mientras sentía que en lo más hondo de sí mismo algo se quebraba.

—Oh... No... —murmuró con voz estrangulada.

Landretto estaba colgado en aquella cámara verde. Pendía de la parte superior de los setos de carpe, en el centro del Bosquecillo Sin Nombre, con los brazos colgando. Su cuerpo rígido se balanceaba de izquierda a derecha. Landretto, que lo había salvado de las cárceles de Venecia, con quien había recorrido todos los sestieres de la Serenísima en persecución de las Estirges; Landretto, que velaba por él y que había desempeñado un papel crucial en su reencuentro con Anna. ¡Landretto, cuyo ardor y fidelidad jamás habían sufrido menoscabo! Allí estaba, con su traje colorido de escudero del rey, el tocado caído en el suelo. Su rostro azulado lo miraba, vacío. Pietro avanzó tambaleante. Se dio cuenta de que realmente no se trataba de sus ojos: los habían sustituido por dos canicas de vidrio, que daban a su mirada un brillo vacío y aterrador. Sus rasgos estaban crispados en una máscara grotesca, como si el Fabulista se hubiera divertido en dibujarle una sonrisa de ultratumba. Era sin duda el cuerpo de Landretto, pero le había introducido toscas gavillas de heno en la boca, en las orejas, en el vientre. Con ellas había mezclado plumas negras embadurnadas de grasa. ¡Lo había tratado como a un espécimen!

«Lo ha... ¡lo ha disecado!».

¡Ven, Viravolta!
¡Ven a encontrar la muerte, sin escolta,
en este jardín!

Había prendido un mensaje en el pecho y los botones dorados de la casaca del sirviente. Pietro solo necesitó un segundo para comprender. Un enorme trozo de queso, desmigado y ridículo, yacía a los pies de su amigo y confidente. El título del mensaje era suficientemente claro: «El cuervo y la zorra». Seguía un texto que parecía sacado directamente de un manual de taxidermia:

La realización de un espécimen corresponde a cinco grandes etapas principales, que son la desolladura del animal, el curtido de la piel, la preparación de la forma o del maniquí, el ajuste de la piel sobre este y la realización de los acabados.

- 1-Armado y silueta
- 2-Colocación de la tela
- 3-Principio del modelado
- 4-Colocación de la piel
- 5-Montaje acabado

Una Vanitas se hallaba posada no lejos de allí, una rosa roja y una Biblia perfumada; asimismo, un rastrillo de los que usan los jardineros...

«Sí..., ¡para cortar las malas hierbas!».

Pietro retrocedió un poco más. Los pensamientos se arremolinaban en su mente. No podía creer en aquel espectáculo. En aquel dédalo de amor, en aquel jardín de muerte, su enemigo mataba, ¡mataba *in fabula!*

Y de repente oyó una voz:

—Bienvenido, Orquídea, a mi teatro de sombras.

Acto seguido recibió un tremendo golpe en la cabeza.

El paisaje daba vueltas a su alrededor. Vaciló, intentó en vano volverse para ver a su agresor, pero las piernas ya no lo sostenían.

Su última mirada fue para el cuerpo de Landretto colgado...

Y perdió el conocimiento.

ACTO III

LA ROSA Y LA AZUCENA

*Que de mil lugares de la tierra
nos llegan los enemigos,
lo acepto; pero que Inglaterra
que se harten de ser amigos
nuestros dos reyes pretenda,
me cuesta digerir cosa tan tremenda.
¿No es hora ya de que Luis se sosiegue?
¿Qué otro Hércules cansado no estaría
de combatir a esta hidra con porfía?,
¿urge que una nueva cabeza doblegue
con el esfuerzo de su brazo hoy día?*

JEAN DE LA FONTAINE,
El poder de las fábulas.
A monsieur de Barillon

En la guarida del león

Casa de fieras de Versailles

Cuando abrió los ojos, vio un león.

Surtidores cristalinos se proyectaban hacia la noche.

Estaba tendido en el interior de... de una jaula.

«Oh, no».

El corazón le retumbó en el pecho.

Pietro se incorporó de golpe sofocando un grito.

A tres metros de él, un león roncaba.

La Casa de fieras de Versailles, construida por LeVau al extremo del Gran Canal, había sido la primera creación de Luis XIV en las proximidades de su palacio. Un patio de entrada conducía a un palacete, compuesto de un cuerpo de vivienda principal y unido por una galería a un pabellón que servía de lugar de reposo y de observatorio. Tras haber subido la escalera y atravesado un salón impecable, se entraba en un gabinete de forma octogonal, con siete ventanas y un pasillo de hierro en el exterior. Siete patios convergían allí en abanico, de tal suerte que se podían abarcar todos con la mirada desde el primer piso. Cada uno de ellos se hallaba poblado de aves y animales raros, y quedaba cerrado únicamente por una balaustrada de hierro que corría todo en derredor. Acondicionada en la planta baja, una gruta adornada con conchas y piedras moleñas estaba provista de múltiples juegos de agua, surgidos del suelo y de la bóveda, con un surtidor giratorio en el centro. «Oh, Dios mío... ¿Dónde estoy?».

La visión de Pietro se precisó a medida que recuperaba la conciencia. No lejos de allí, pintadas con penacho blanco avanzaban en cadencia, con una gracia muy divertida. Cohabitaban con pelícanos, avestruces y diversas zancudas de África. Con el tiempo, animales salvajes o exóticos procedentes de los recintos de Vincennes se habían sumado a la fauna de la Casa de fieras, como camellos y dromedarios, un elefante traído de Chandernagor, un serval moteado como un tigre o un rinoceronte que hacía las delicias de los curiosos. También se podía encontrar en la Casa de fieras pavos reales, antílopes, tigres... y un viejo león.

Viravolta retrocedió, sus talones se deslizaban sobre el suelo y el polvo.

El repugnante olor a fiera, acompañado del olor a sangre, penetró en las ventanas de su nariz al tiempo que su hombro chocaba con uno de los barrotes de la jaula donde se encontraba.

Oyó la ronca respiración del animal y entonces un susurro atrajo su atención en la negrura.

Levantó la vista.

Allí estaba el Fabulista.

Se había sentado en el balcón de hierro forjado, por encima de la jaula. Una mano enguantada descansaba en la rodilla. La otra sujetaba una rosa roja. Una capa le envolvía el cuerpo.

—Chis... No lo despertéis —murmuró.

Viravolta creyó atisbar una sonrisa. El Fabulista se sacó un billete de debajo de la capa y lo desdobló, antes de dejarlo caer en la guarida del león.

—Este es para vos, Orquídea.

Pietro siguió con la mirada el billete, que se balanceaba de derecha a izquierda en su caída, hoja seca llevada por la brisa... Contuvo la respiración cuando creyó que el papel iba a caer sobre el hocico del felino.

El billete se desvió en el último momento... y fue a parar exactamente entre la fiera y él.

El veneciano se llevó la mano al costado por instinto. Pero su enemigo lo había despojado de la espada, así como de la pistola de *monsieur* Marianne, las plumas, el puñal... e incluso la baraja. Solo disponía de la ropa y el cinturón de hebilla.

El Fabulista se echó a reír.

—Pasemos a la fábula siguiente.

Pietro no veía el texto del poema escrito en el billete. No se atrevía a hacer el menor gesto. No obstante, pudo distinguir el título. Eso le bastó.

EL LEÓN Y EL RATÓN

La fiera gruñó, como turbada en su sueño por el vuelo de una mosca.

«Esta vez... la situación se complica».

Con los labios secos, alzó los ojos hacia el balcón de hierro forjado.

El Fabulista, con una bota en el montante del balcón, no se movía de su atalaya.

—¿Os gustan los animales de compañía?

Tendido no lejos de Viravolta, el animal roncaba, con el hocico estremecido. Restos de huesos y un trozo de carne sangrienta, que la fiera no había terminado, yacían delante de él. La esperanza de un breve aplazamiento, a lo sumo. Pietro no osaba hacer el menor movimiento.

—¿Os ha seducido mi recorrido floral? —susurró el Fabulista.

—Temía hallarme en el camino equivocado —respondió el veneciano.

—Habría podido utilizar otras flores, por supuesto... El áloe, por la amargura y el dolor... La milenrama, por la guerra; la amarilis, por el artificio... Sabía que erais hombre de cultura y de ingenio, amigo mío. Sensible a la poesía y a las regiones situadas detrás del velo... Me habéis impresionado. ¿Qué ramillete, qué corona podría preparar para vos? ¿Con qué flores? La orquídea, naturalmente... ¿La siempreviva? ¿El tulipán?

Viravolta apretó los dientes, refrenando a un tiempo su terror y su cólera. Su

rostro se ensombreció. Tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no gritar y dar rienda suelta a sus emociones.

—¡Matasteis a Landretto!

La cabeza del Fabulista se irguió ligeramente. Pietro intentaba en vano distinguir los rasgos de su rostro.

—Mi dulce Orquídea... ¡Volved a este mundo! Vuestro querido sirviente, vuestro amigo de toda la vida..., ¡os había traicionado, Viravolta!

—¿Traicionado?

—¡Trabajaba para el duque D'Aiguillon, querido amigo! ¡Abrid los ojos! ¡Tenía la misión de espiaros!

—¡Mentís!

Esta vez Pietro no había podido evitar levantar la voz. Al instante lo lamentó.

El león soltó un gruñido.

—Reflexionad... Sin la menor duda os apreciaba. Pero había entrado al servicio del rey. También a él su posición le permitía entender muchas cosas. Hasta Broglie se puso en contacto con él. A Landretto no le gustaban demasiado las pequeñas intrigas del Secreto... Se remitió a D'Aiguillon. ¡Él y vos tomasteis dos caminos diferentes!

El Fabulista había abierto los brazos. Pietro recordó el informe tan detallado que le había mostrado el duque D'Aiguillon durante su entrevista en el ala de los Ministros. El informe concerniente a él...

Catorce horas. V abandona Versalles para dirigirse a Saint-Germain-en-Laye en compañía de *madame* A. S*** y de C. en carroza tirada por cuatro caballos. Quince horas quince. La carroza llega al lindero del bosque.

—Mentís —repitió con furia.

—Vamos, Viravolta —dijo el Fabulista—. Escuchad a vuestro corazón. Sabéis que es la verdad. El humilde escudero temía por vuestra vida. No andaba descaminado. Sin duda creía que de ese modo velaba por vos. Una manera de seguir siendo vuestro ángel de la guarda... Pero dejadme gozar de este instante de felicidad... ¡La Orquídea Negra! ¡Uno de los más brillantes agentes del Secreto!

Había odio en su voz. Un odio mezclado, no obstante, con cierta admiración, incluso... afecto. Pietro se estremeció.

—Lamentablemente debo dejaros —dijo el Fabulista—. Otras obligaciones me requieren.

Bajó de su atalaya.

—Fuisteis un glorioso adversario.

—Pero ¿quién sois? —quiso saber Viravolta, reprimiéndose para no gritar—. ¿Por qué estáis contra mí? ¿Quién era Jacques de Marsille para vos?

El Fabulista guardó silencio unos instantes; nadie habría podido decir lo que pensaba, ni la naturaleza de las emociones que podían embargarlo en aquel momento; sin embargo, al final a Pietro le pareció que sonreía de nuevo detrás de la capucha.

—Ah, tantas preguntas para las que jamás tendréis respuesta... Frustrante, ¿no es cierto? Pero, en fin, ya no es hora de charlas. Os dejo en compañía de maese el león. Simboliza el orgullo. El orgullo, que también es el vuestro...

Se inclinó. Después señaló una masa oscura depositada en el suelo del balcón de hierro forjado. Pietro adivinó sin dificultad de qué se trataba. Su espada, la pistola, las plumas, el puñal, los naipes.

—Es una costumbre inmemorial dejar sus armas a los adversarios valerosos en la hora de su muerte. Me siento orgulloso de rendiros este homenaje. Aunque gustoso me habría llevado vuestra extraña pistola, debo confesarlo.

Sin embargo, todo aquello, huelga decirlo, quedaba lejos de su alcance. Pietro, enloquecido, miraba a su alrededor. Los barrotes subían hasta formar una campana tres metros más arriba. La única salida consistía en una puerta de hierro provista de una enorme cerradura, cerrada a su vez. El corazón del veneciano latía desbocado. Seguía mirando a izquierda y derecha. El pánico se apoderaba de él. Lo contuvo con todas sus fuerzas y adoptó la expresión más despreocupada que pudo.

—Dejadme al menos algo para divertirme en mis postreros instantes —dijo, forzándose a una ironía desesperada.

El Fabulista soltó una risita.

Vaciló y finalmente se inclinó sobre los bienes abandonados de la Orquídea Negra.

Sacó el estuche de naipes.

—Vuestros naipes, por supuesto, marcados con una orquídea en el reverso. Los que os valieron tanto éxito en los *casini* de Venecia, en la corte y en casa de los senadores de más alto renombre. ¡Las cartas de la Orquídea Negra!

Volvió a reír.

—Creo que en esta ocasión ya no os quedan demasiadas en la manga.

Suspendió la baraja por encima de la jaula.

—Adelante... La última partida de la Orquídea... ¡Una batalla, sin duda! Pues bien, jugad, jugad con la muerte.

Soltó el estuche.

La baraja cayó sobre el hocico del león..., y luego rodó hasta la fábula abandonada.

—Os había anunciado diez...

La fiera despertó enseguida.

—... ¡Pero nunca dije que llegaríais al final!

El Fabulista se dio la vuelta con un revuelo de la capa.

—Sorprendédme, Viravolta, y recitad «El león y el ratón». Su risa empalagosa se alejó mientras recorría el balcón de hierro forjado.

Desapareció en un rayo de luna.

El león se había incorporado.

Pietro agarró la baraja. La fiera miró en su dirección. Su nariz se dilató al olor del

intruso. Sus pupilas centelleantes mostraban la huella de un salvajismo procedente de las profundidades de los tiempos. Por un instante la mirada del león turbado en su sueño se cruzó con la del hombre. Viravolta quedó bañado en sudor.

Tomó lo que quedaba del trozo de carne.

—Calma, calma —dijo absurdamente.

Retiró el estuche. Las cartas adornadas con su orquídea negra bailaron ante sus ojos.

Sin esperar un segundo más, arrancó un trozo de carne sangrienta y lo arrolló alrededor de un puñado de los naipes con filo de cuchilla que le había confiado Augustin Marienne. El felino rugió y abrió mucho la boca, de la que brotaba un hilillo de baba. El veneciano se encogió sobre sí mismo. Un golpe con la pata bastaría para matarlo; un zarpazo, para arrancarle la mitad de la cara; una dentellada, para seccionarle la tráquea. Pietro arrojó el trozo de carne hacia su hocico. Algunas cartas sobresalían, hincadas en el músculo como bizcochos en una tarta.

—Come —dijo con voz rota—. ¡Come la rica carne!

El león atrapó el trozo al vuelo, sin apartar la vista del intruso. Se preparaba para despedazarlo y se relamía el morro ante la expectativa. Pietro, cuyos talones resbalaban delante de él, consiguió levantarse con un movimiento brusco, creyendo llegado su fin.

«¡Que Dios me perdone!».

De repente, la fiera fue presa de temblores. Movi6 la mandíbula en todas direcciones, como para librarse de una astilla que le hubiera atravesado la garganta. Rugió de nuevo, con un rugido estrangulado. Sus ojos se encendieron con renovado salvajismo, centuplicado por el dolor y el pánico. Pietro se lanzó a los barrotes de forma ridícula, enganchando los tobillos en el metal. Subió de este modo lo más arriba que pudo, mientras el león se lanzaba en su dirección. Por un momento el veneciano se encontró por encima de él; la boca ensangrentada del animal, chorreante de espuma, le cosquilleó los talones. Pero Viravolta resbalaba.

¡Resbalaba!

Golpeó con la bota el hocico del felino.

Rechazado con rudeza, siempre ebrio de dolor, el león retrocedió.

Ahora daba vueltas sobre sí mismo, como desgarrado desde dentro. Pietro agarró de nuevo la baraja. De inmediato, el animal se lanzó sobre él.

Una febril excitación se propagó todo en derredor del palacete que albergaba la Casa de fieras, en los siete patios de los volátiles y los animales exóticos; se habría dicho un retorno a la vida salvaje. El serval empezó a dar vueltas de un lado a otro; el rinoceronte embisti6 con el cuerno; las pintadas agitaron el penacho; el elefante de Chandernagor barritó poderosamente en la noche. Era como si todos se volvieran hacia Viravolta y rodeasen la arena donde luchaban el hombre y la fiera.

Los héroes de las fábulas presidían el combate.

Acorralado contra los montantes de la jaula, el veneciano se encontró de repente

debajo de su asaltante. Hundió con desesperación la mano en la melena dorada y negra, mientras el peso del felino amenazaba con triturarlo. Sintió su fétido aliento. Por un momento, Pietro creyó que le iba a arrancar la cabeza. Su rostro estaba a punto de ser engullido por las fauces desmesuradamente abiertas.

—¡Vamos, traga! —vociferó, hundiendo los naipes en la boca del animal.

Las mandíbulas se cerraron en el vacío, lo suficiente, pese a todo, para que los filos de cuchilla cumplieran otra vez su función. El león volvió a rugir, con un nuevo estrangulamiento. Estuvo a punto de aplastar al veneciano. De pronto se incorporó, levantando las patas y contrayendo todos los músculos. Su melena se estremeció. Acto seguido se hizo un ovillo; daba la impresión de que ansiaba recuperar, del interior de su boca, aquellas cuchillas que lo sajan. Empezó a dar vueltas, en un *ballet* aterrador, lanzando espantosos gemidos... El hombre y el león cambiaron una última mirada. En ella solo se leía sufrimiento y terror.

Después el felino se derrumbó de golpe.

Manaba sangre de sus enormes fauces. Pietro creyó ver la sombra sangrienta correr como una estela a lo largo de sus flancos...

Y el león calló.

El veneciano solo oía su propia respiración.

Los animales de las jaulas contiguas se calmaron. De nuevo reinó el silencio. Viravolta permaneció paralizado contra los barrotes.

El ritmo de su corazón volvió poco a poco a la normalidad. Se esforzó por controlarlo. La sangre le latía en las sienes. Con la garganta seca, murmuró:

—La paciencia y el tiempo pueden más que la furia y la fuerza...

Se esforzó en sonreír.

—La orquídea, querido minino, es indigesta. Pietro no se incorporó hasta que hubo transcurrido media hora, jadeante.

La cólera volvió a apoderarse de él, pero se vio obligado a esperar el amanecer en la jaula, junto al cadáver del león. Con las primeras luces, solo le sorprendió a medias constatar que quien llegaba, en compañía de los criados de la Casa de fieras, era el jardinero filósofo Le Normand.

Este accedió con placidez al balcón de hierro forjado y miró de hito en hito a Viravolta.

—*Monsieur* de Lansalt... ¿Se puede saber qué estáis haciendo?

Pietro se había sentado de nuevo contra los barrotes. Hizo al jardinero un gesto de desánimo.

Después preguntó:

—¿Os supondría una molestia ir en busca de la llave?

God save the King

Herblay

El pueblo de Herblay se hallaba situado en la orilla derecha del Sena, a seis leguas río abajo de París. Su nombre se remontaba a la época de la dominación romana; significaba «lugar plantado de arces» o «los arces». El Fabulista se detuvo un instante junto a San Martín de Herblay; la pequeña iglesia del siglo XII, de estilo gótico, dominaba un meandro del Sena. Desde allí, la vista, magnífica, se extendía hasta París y Saint-Germain-en-Laye.

El día acababa de alborear. Espoleando los flancos de su montura, el Fabulista dio media vuelta, bajó por el valle y luego remontó en dirección a los barrios antiguos. Los cascos del animal resonaron en el dibujo sinuoso de las calles centrales, ante las fachadas de las casas con cornisas decoradas, hornacinas votivas y puertas cocheras. Pasaba al galope por delante de hermosas viviendas con pórticos de piedra, cruzándose con los campesinos que se iban diseminando por los campos de los alrededores. Herblay contaba con unos trescientos hogares. De las antiguas propiedades señoriales había surgido un palacio principal, construido en el estilo del siglo XVI. Se trataba de una casa de campo dotada de bellas proporciones. Visto desde el parque, el «palacio» había conservado buen aspecto durante mucho tiempo; sin embargo, su último dueño, endeudado, lo había dejado en ruinas desde hacía casi cuarenta años. Fue allí donde el Fabulista descabalgó.

Al tenue resplandor de la aurora se había reunido una muy curiosa asamblea.

Rayos de luz caían entre el follaje de los árboles, alargando las sombras de los conspiradores. Todos iban vestidos del mismo modo que el Fabulista. Capucha negra, rosa roja en el pecho. Un verdadero pequeño ejército.

En lo alto de los escalones que llevaban a la casa solariega estaba plantado un hombre que no se parecía a ninguno de los presentes.

—Llegáis tarde.

El Fabulista caminó a paso rápido por entre sus iguales, que se apartaron ante él.

—Viravolta ha muerto.

Lord Stevens, conde de Bedford y Apóstol de la Gran Logia de Hierro, iba vestido de extraña manera. Espada al cinto, llevaba una chupa acolchada, guantes de piel y botas oscuras. Tenía cincuenta años. Su cabello enmarcaba un rostro y unos ojos tenebrosos, una mandíbula voluntariosa. Con un pliegue desdeñoso en los labios, lucía a su vez una rosa en el pecho. Recuerdo de la guerra de los Siete Años, había perdido una oreja, en lugar de la cual restos de carne reseca dibujaban rebordes torturados. Tampoco había olvidado de qué modo un francés atravesó con su hoja al mayor de sus tres hijos cuando este servía a sus órdenes. Desde hacía mucho tiempo lord Stevens trabajaba en la sombra para su majestad Jorge III y la Corona. Y un año

atrás el rey en persona le había confiado el mando del contraespionaje inglés.

Stevens conocía a numerosos agentes franceses destinados en Londres. Se había encontrado con Charles de Broglie en varias ocasiones. Asimismo, había llegado a sus oídos, a través de sus propios informadores, su plan para invadir Inglaterra, concebido tras el tratado de París. El plan de desembarco y guerra había sido redactado por orden de Luis XV unos diez años atrás. Uno de los temores de lord Stevens consistía en que se hiciera realidad algún día. Su gobierno le había encomendado, bajo mano, prevenir toda iniciativa de ese orden. Para ello había dispuesto de medios tan ocultos como ilimitados. Stevens había ido más allá, al proponer, a su discreción, una empresa de desestabilización de la monarquía francesa. La muerte de Luis XV y el advenimiento de un Luis XVI todavía novato debilitaban el reino. El momento era ideal. Por eso Stevens, utilizando las redes del rey Jorge III y de Asuntos Exteriores, había conseguido agenciarse los servicios del Fabulista. Desde entonces, este había empezado a hacer limpieza entre los agentes enemigos, diezmado a los del Secreto que podían revelarse como sendos obstáculos para su empresa. Lo que Jorge III ignoraba, no obstante, era hasta dónde pretendía llegar su celoso servidor. La cuestión de dar al traste con el equilibrio europeo, por el puro y simple procedimiento de eliminar al rey de Francia y a la hija de María Teresa, nunca había estado sobre el tapete; tal era, sin embargo, la secreta determinación que Stevens había tomado.

Debilitada por los filósofos y el reinado interminable de Luis XV, Francia estaba madura para la sedición. Toda la información recabada por Stevens lo confirmaba. La oportunidad de depositar a los pies del rey Jorge el cadáver del enemigo hereditario era histórica. El juego de dominó de lord Stevens estaba listo.

También él tenía su plan, cuyo secreto solo compartía el Fabulista. Lo había consignado en un manuscrito ilustrado con cincuenta y un croquis a lápiz, que representaban trofeos, armas, cañones, pinzas, hachas, cuchillos y mazos, así como los emblemas de la Gran Logia de Hierro. No había tenido gran dificultad en reclutar su pequeño ejército de la sombra entre las filas de esta. Llegado el momento, propondría su «gran diseño» a Jorge III. La operación que constituiría el pistoletazo de salida llevaba ya un nombre codificado: «Party Time». Todo estaba previsto, hasta el cálculo de los materiales, suministros y recursos humanos necesarios para componer un ejército de invasión definitiva. Un ejército que se abriría camino hasta París sin dificultad. Solo faltaba el imprimátur del soberano. ¡Sin duda al rey le sorprendería una iniciativa tan ambiciosa! Sin embargo, dentro de poco todo estaría tan bien atado que Jorge III no podría por menos que rendirse a la evidencia. Aprovecharía para acabar con una nación enferma, ¡que había perdido uno tras otro a dos reyes y una reina! Un papirotazo bastaría. Y él, lord Stevens, aportaría a Inglaterra esa sublime ofrenda. La unión de las dos Coronas. La rosa y la azucena. Lord Stormont, el embajador inglés en Francia, había intentado ya varias veces entrevistarse con él. Stevens se las había arreglado para enredar las pistas, cosa que

su posición podía justificar. Su repliegue al cuartel general de Herblay le había permitido quemar las naves momentáneamente y refugiarse en un silencio voluntario.

Una vez sumida Francia en el caos político, sería necesario impedirle preparar su represalia junto con España y Austria, y utilizar Gibraltar, Jamaica y las Indias Orientales para extender aún más la influencia británica; y, huelga decirlo, cualquiera que fuese el resultado de esta empresa, impedirle reconquistar toda posición en América. En efecto, este enfrentamiento encubría otra apuesta, una apuesta de talla. Entre 1739 y 1763, Gran Bretaña se había encontrado en guerra perpetua, desde el pulso con España hasta la guerra de los Siete Años, pasando por la guerra de Sucesión de Austria. Su superioridad naval le había permitido vencer a los franceses frente a las costas de Portugal. La Corona había derrotado a Dupleix en las Indias y a Montcalm en Canadá, en las llanuras de Abraham, frente a Quebec. El tratado de París de 1763 consagró la supremacía inglesa. Francia perdía sus colonias de Norteamérica y sus factorías de las Indias. Inglaterra ganaba la Nueva Francia y las factorías senegalesas e indias, entre ellas Pondichéry; reafirmaba su dominio de los mares. Tras la paz entre Austria y Prusia, la alianza de María Teresa y María Antonieta con Francia acababa de dibujar el nuevo mapa precario del equilibrio continental.

Como las guerras perpetuas habían vaciado las arcas de la Corona, Londres se había vuelto hacia sus colonos americanos. Las nuevas tasas impuestas por el Parlamento, desde la Sugar Act hasta la Tea Act, habían provocado el descontento de las trece colonias británicas en América. No contenta con reservar a sus navíos el monopolio del tráfico de determinadas mercancías, Inglaterra prohibía a los comerciantes vender sus productos a otros países. De ello resultaba una asfixia progresiva de los colonos. La última crisis con fecha, en diciembre de 1773, se había hecho famosa con el nombre de «Boston Tea Party». Rechazando el monopolio de las compañías británicas sobre el té, colonos americanos disfrazados de indios mohawk habían tirado al agua en el puerto de Boston casi trescientas cincuenta cajas de té, embarcadas en tres naves de la Compañía de las Indias. Gran Bretaña había decidido cerrar el puerto en represalia. El resto de la opinión se había mostrado solidaria con los bostonianos. Se organizó un congreso de colonos. La gente empezaba a soñar con nuevas instituciones. Y Jorge III acababa de tomar la decisión más delirante de su reinado: declarar «rebeldes» a los colonos, pese a que estos, incluso una vez traicionados, no habían dejado de reiterar su adhesión a la Corona.

¿Qué ocurriría si la ruptura llegaba realmente a consumarse? Toda Norteamérica estaría en juego. Se encaminaban hacia un desgarramiento entre legitimistas y rebeldes. ¿Acaso se perfilaba una guerra de independencia? Para Stevens no cabía duda alguna. Y si estallaba la guerra, si los insurgentes llegaban a carecer de aliados, ¿hacia quién se volverían sino hacia Francia? Desde esta hipótesis, Stevens imaginaba perfectamente a la monarquía francesa aprovechando la ocasión para apoyar a los insurgentes y tomar la revancha respecto del tratado de París. Una revancha con la

que soñaba desde hacía diez años. La prueba era que Francia estaba ya reconstruyendo su flota. Modernizaba el material y mejoraba la formación de los militares, aumentando los efectivos hasta tal punto que las fuentes de Stevens los estimaban en la actualidad en trescientos mil hombres. Si bien Gran Bretaña seguía siendo dueña de los mares, la alianza austríaca y la del pacto de familia Francia-España, dijeran lo que dijeren, seguían dominando la Europa continental. En este contexto, la agitación de las trece colonias, si es que debía proseguir, plantearía la cuestión de todas las grandes naciones europeas frente a los británicos.

¡El mundo entero se vería implicado!

Lord Stevens bajó los peldaños de la escalinata.

—¿La Orquídea Negra? —preguntó—. ¿Habéis vencido al veneciano?

—Sí —repuso el encapuchado.

—Bravo. Habéis matado a una leyenda.

—Mala hierba nunca muere.

—Ya es hora de que acabéis con vuestro juego de bolos.

Después de las otras, la muerte de Viravolta armará gran revuelo.

—¡Bah! Ya han perdido el norte por completo. No puedo quedarme mucho tiempo, Stevens. Tengo una cita en el Procope para concluir mi labor. También debo hacer llegar un correo especial a Choisy. Uno de los nuestros se encargará de ello; se trata de un correo de vital importancia.

El Fabulista se volvió hacia sus esbirros. Luego prosiguió:

—Me divierto sobremanera, Stevens. El pánico no tardará en apoderarse de ellos, si no lo ha hecho ya. Pero todavía me resta conquistar algunos trofeos, y no de los menores.

—Pues bien, hacedlo. Pero no confundáis nuestro plan con vuestra venganza personal. Pronto estará todo dispuesto.

El Fabulista remedó una reverencia y después dio media vuelta, con un revuelo de la capa, y montó de un brinco en el caballo. Hizo una seña a la cuadrilla encapuchada y vestida como él, que seguía esperando en los jardines. Todos se pusieron en movimiento para dirigirse a su vez a sus monturas, dispersadas por el parque, y formar su extraña cohorte de los infiernos.

—Hasta pronto, Stevens.

El Fabulista esbozó un rictus.

—Y *God save the King*.

Espoleó los flancos del animal, que se encabritó, y acto seguido cruzó las verjas del palacio. Se alejó, seguido de su cuadrilla, cuyas capas aleteaban al viento.

Stevens se acarició la rosa del pecho. La rosa, la azucena... y el destino de América.

Soltar la presa para coger la sombra

Jardines de Versailles

Café Procope, París

Acababa de decir adiós a Landretto. Y mientras se encaminaba hacia París, Pietro no podía evitar que pasaran de nuevo ante sus ojos aquellas imágenes a las que no conseguía dar crédito por completo.

Al amanecer se había encontrado con las manos juntas ante el cuerpo de su antiguo criado. A su espalda, los jardineros y los responsables de la Casa de fieras, unos con su rastrillo y otros apoyados en sus escobas de hojas, se habían alineado para componer una extraña guardia de honor. En otras circunstancias, este saludo habría resultado cómico. Pero de aquella escena singular, entre Latona y el Laberinto, entre el estanque de Apolo y el de Encelado, emanaba una gravedad trágica. El silencio era absoluto.

«Landretto... Amigo mío...».

Pietro había avanzado, sin contener las lágrimas.

Tendido en un banco, Landretto seguía llevando su traje de modesto escudero. Ojos cerrados y tez azulada, paralizada en su rigidez cadavérica. La luz de la mañana parecía devolverle algo de vida. Se las habían arreglado para ocultar la marca de la cuerda que le había sajado el cuello. Las manos, juntas sobre el pecho, estrechaban su sombrero. Habían cruzado unas plumas sobre su corazón y le habían lustrado galones y botones.

«Principito... Tú no tendrás derecho a las trompetas y las grandes aguas...».

Al acariciarle la mejilla, el veneciano recordaba.

«¿Adónde había ido la juventud de los tres, dónde estaba la suya? Miraba deslizarse el polvo de Versailles por las paredes, se representaba las góndolas que surcaban los canales aceitosos, el yeso que se fundía sobre los rostros, en los corazones y en las paredes, todo aquello ya no era sino un sueño decadente, pero ¿qué se había hecho de la época en que cantaban?».

Lo besó en la frente. «Landretto...».

Finalmente, se incorporó, antes de retroceder con lentitud, en aquel adiós postrero, para dejarlo entrar en las nuevas sombras... o más bien, así lo esperaba, en un verde paraíso.

«La eterna primavera del jardín de las Hespérides».

Dentro de la carroza que lo llevaba hacia París, el veneciano levantó la cabeza.

«Bien... ¿Y ahora qué?».

Debía reunir a sus fuerzas. Landretto no habría muerto en vano, se hacía ese juramento. Al menos contaba con una ventaja: el enemigo lo creía muerto. Con un

esfuerzo sobrehumano por dominar su cólera y su dolor, Pietro recapituló los últimos jaques del Fabulista:

~~LA zorra y la cigüeña~~ Lansquenet
~~EL lobo y el cordero~~ Rosette
~~La rana que quiso ser como el buey~~ Sapo
~~EL cuervo y la zorra~~ Landretto
~~EL león y el ratón~~ Yo
El perro que soltó su presa para coger una sombra
El mono rey
La cigarra y la hormiga
La liebre y la tortuga
El león en su vejez

Una vez llegado ante la fachada elegante y florida del Procopé, en el barrio del mercado de Saint-Germain, Pietro se apeó de la carroza y entró en el café con aire de determinación.

Empujó la puerta del Procopé.

La animación del lugar supuso un latigazo.

¡Café! ¡Café! He ahí algo que podía acercar a parisinos y venecianos. En Venecia, Viravolta y su querido sirviente se dirigían antaño al Florian, o a algún *ridotto*, como preludeo a sus veladas mejor regadas y más licenciosas. No obstante, allí el café era una sacrosanta institución, el templo y la verdadera iglesia, donde se pronunciaban tantas verdades y opiniones profundas, alimentadas con mil experiencias... Había que oír a bailarinas y actrices al salir de los espectáculos, a los pilares de sabiduría atronando a la cara del mundo, a los jugadores de cartas y de billar en estado de embriaguez, al pueblo llano y los aristócratas venidos a menos en busca de redención, a los arúspices de una noche que devoraban la luna o a los menestrales que levantaban la copa a la salud del rey. Seiscientos o setecientos cafés en París, que cada vez había que multiplicar por dos, diez, treinta, cincuenta clientes, es decir, varias decenas de miles de oráculos, profetas y pitonisas, que permitían hacerse una idea bastante exacta no solo del conjunto de los males de la tierra pasados, presentes y futuros, sino también de las soluciones más radicales y, en ocasiones, más inesperadas, para ponerles remedio...

¡La Comedia Francesa! Fabulistas y actores estamos inmersos en el mismo tema, se dijo Pietro mientras entraba en el café, situado frente al palacete que albergaba a los «comediantes ordinarios del rey».

Apenas hubo franqueado el umbral, fue detenido por una mujer..., a menos que se tratara de un hombre. El veneciano tardó varios segundos en comprender.

Finalmente lo reconoció, pese al sombrero negro de ala ancha bien calado en la cabeza, pese al lunar postizo y el pañuelo de bandolero, los ojos chispeantes y el sugestivo contoneo. Era el caballero de Tonnerre, el travestido, el agente supremo del Secreto del Rey, el hombre-mujer de mil rostros, la Afrodita hermafrodita; Viravolta tenía ante sí otra leyenda: el caballero D'Eon.

Ambos se habían encontrado en Londres unos años atrás, pero apenas se conocían. La Orquídea Negra no carecía de admiración hacia su colega y sus modales sabrosos, tanto en la diplomacia como en el espionaje. Se lo conocía asimismo como *mademoiselle* D'Eon, pues era célebre por su extraordinaria facultad para disfrazarse de mujer. Pietro sonrió. Aquel exaltado compensaba el rodeo. Había empezado su carrera como abogado en el Parlamento, antes de ser nombrado por Luis XV «censor real para la Historia y las Bellas Letras». Más tarde entró a su vez en el Secreto del Rey. Secretario de embajada en la corte de Rusia, había intentado obtener de la zarina Isabel una alianza con Francia. Afirmaba haber sido allí la «lectora» de la zarina, con el seudónimo de Lya de Beaumont. La soberana descubrió el disfraz del travestido e intentó consumir el acto; como el caballero se negó, fue acusado de locura. En 1762 participó en la redacción del tratado de París y en la elaboración del famoso plan de invasión de Gran Bretaña, antes de ser nombrado ministro plenipotenciario de la embajada del duque de Nivernois y más tarde secretario del conde de Guerchy, el nuevo embajador en Londres, con quien estaba en guerra y en proceso perpetuo. Corría el rumor por toda Europa de que realmente era una mujer. Nunca lo había desmentido. Tenía los rasgos suaves y el rostro fino, de largas pestañas. Pietro se preguntaba si, por el contrario, no buscaría cultivar esta ambigüedad, que en cierto modo se había convertido en su marca de fábrica. Una marca cuando menos original...

—Ah, sois vos —dijo Viravolta.

—¡La Orquídea! Os esperaba. Venid a reuniros con nosotros.

Ese día, D'Eon llevaba un largo abrigo azul adornado con botones dorados. Todos se volvían a su paso, pues el travestido lucía debajo del abrigo un extraño vestido, de escote negro. Llevaba el cabello recogido en una coleta y sujetaba en la mano un abanico de encaje color carmín. Lucía anillos en los dedos, entre ellos uno de esos sellos que se utilizan para ocultar veneno en el engaste, polvos que se podían verter fácilmente en un vaso. La espada al cinto y un puñal en la bota acababan de componer su atavío venenoso y encantador.

Se abrieron camino en el café. Bajo las arañas de cristal, los juegos de espejos reproducían hasta el infinito los reflejos de los clientes; las paredes llenas de óvalos y medallones aportaban al lugar un toque pictórico. El café, de elegancia muy parisina, era un lugar especial. El Procopé se vanagloriaba de ser un café literario, una especie de salón, un lugar de intercambio entre intelectuales, artistas y galanes de paso. Rousseau, Voltaire y Diderot lo frecuentaban, así como Marmontel y Crébillon. Por último, pululaban los escritores de novelas cortas y, como aquel día, los espías. A la

derecha, una bandada de jugadores de ajedrez, estrategas concentrados, se enfrentaban en torneos improvisados; y más allá, detrás de uno de aquellos veladores de mármol que contribuían a conferir carácter al local, había dos de dichos espías, hacia los que se dirigían Pietro y «*mademoiselle*». D'Eon.

Viravolta reconoció sin dificultad al primero de ellos; también él era un parroquiano del lugar. Pierre-Augustin Carón de Beaumarchais, hijo de relojero, no era en sentido estricto un agente del Secreto; sin embargo, había llevado a cabo varias misiones por cuenta de Sartine, el jefe de la policía. También su vida era una novela. Casado en 1756 con una tal Madeleine-Catherine Aubertin, viuda de Francquet, que le llevaba diez años, la había enterrado un año más tarde; se sospechó que había acelerado un tanto el proceso. Y ese no era sino uno de los múltiples escándalos que rodeaban a Beaumarchais... Seductor de talento y profesor de arpa de *Mesdames*, las hijas de Luis XV, se había coaligado con un financiero de la corte, Pâris-Duverney, para emprender vastas especulaciones comerciales..., otra materia en la que había dado muestras de talento. Su inmensa fortuna le permitió adquirir un cargo de secretario del rey y, más tarde, convertirse en teniente general de Caza. Protegido por el príncipe de Conti, había empezado a escribir comedias breves para teatros privados, y luego probó el drama con *Eugénie y Les Deux Amis ou le Négociant de Lyon*. Su segunda mujer, fallecida a su vez poco tiempo después de la boda, había dejado a su esposo un nuevo caudal. Esta vez lo acusaron de malversación de herencia.

—Vaya, vaya, la Orquídea Negra... —dijo al ver llegar a Pietro.

El veneciano se inclinó, disimulando una sonrisa. No obstante, Beaumarchais no tenía ánimos, en mayor medida que él, para evocar sus recuerdos comunes. Desde hacía cuatro años, el dramaturgo encadenaba procesos y reveses de fortuna, ya se tratase del asunto del conde de La Blache y el embrollo de la sucesión testamentaria de Pâris-Duverney o de las memorias contra Goëzman. Arrastraba una reputación de envenenador y estafador. Ciertamente había demostrado la amplitud de su talento en la redacción de memorias judiciales, pero lo esencial de su patrimonio y de sus derechos cívicos se había evaporado con ellas. Sartine todavía era aliado suyo; sin embargo, Beaumarchais seguía caído en desgracia. Volvía de Londres, donde había negociado la supresión de un libelo dirigido contra *madame Du Barry*, *Memorias secretas de una mujer pública*, de Théveneau de Morande. Preciso era reconocer que, cuando se encontraba en «misión secreta», Beaumarchais tenía algo de elefante en una cacharrería. Pietro había acudido personalmente al lugar para cerrar la negociación. Conocía tan poco a Beaumarchais como a D'Eon, situación debida tanto a sus empleos del tiempo respectivos como a las necesidades del Servicio; pero ambos se habían cruzado ya en la corte. Una corte cuyos favores a Beaumarchais le urgía recuperar a toda costa. El caballero travestido y el dramaturgo se encontraban hoy por primera vez; un encuentro llamado a permanecer en el ámbito del secreto.

Una cosa era segura: a diferencia de Viravolta, Beaumarchais estaba convencido

de que el caballero era realmente una mujer... y, para colmo, por la mirada interesada que le dirigía, el veneciano comprendió que el dramaturgo no era insensible a los encantos del travestido.

Una situación que no carece de sabor, se dijo.

—Creo que os conocéis —dijo D'Eon a Viravolta—. En cuanto a esta encantadora persona...

—Zafiro —dijo la interesada al tiempo que se levantaba de la mesa.

Un último invitado aún no había sido presentado. Su rostro, muy maquillado y provisto de pestañas postizas bajo una peluca excéntrica, le resultaba vagamente familiar a Pietro. La tal Zafiro parecía joven pero de un vigor sorprendente. Le tendió una mano de dedos de arpista y sonrió al tiempo que lo saludaba con una voz de modulaciones cantarinas. A decir verdad, su tesitura era bastante excepcional. Sorprendida en un primer momento, Zafiro se había sobresaltado al verlo llegar. Llevaba en el hueco de la garganta una alhaja azul, a la que sin duda debía su seudónimo. Un brazalete le ceñía la muñeca. En cuanto a lo demás, corpiño con cuello de encaje, vestido y enaguas parecían calculados para dejarle la mayor libertad de movimientos posible.

—¿Nos hemos visto con anterioridad? —preguntó Pietro.

—Tal vez en sueños, *monsieur* de Lansalt. He oído hablar mucho de vuestras hazañas.

Lo miró con descaro de arriba abajo.

—Estáis a la altura de vuestra leyenda... Algo mayor, no obstante, que en los medallones... ¿Sabéis que algunos de ellos aún siguen en el secreter de vuestras antiguas conquistas?

—Ejem... Zafiro, que desde hace mucho tiempo oculta su identidad exacta, estuvo destinada en Londres, donde la conocí —intervino D'Eon—. Imaginad, su tapadera era de lo más original: cantaba en la Ópera. Tiene una voz extraordinaria. Más tarde fue enviada... a Venecia.

Zafiro sonrió abiertamente.

—Ya veo —dijo Pietro.

—Sentémonos —propuso el caballero.

Todos tomaron asiento alrededor de la mesa.

Beaumarchais había pedido un brebaje turco. Zafiro, un sorbete.

—Un capuchino —pidió Viravolta sin hacerse ilusiones.

Sonrió.

—Con nata, pero sin remover -precisó.

—Broglie ha concertado esta entrevista sin tomar parte en ella —dijo D'Eon—. Están asesinando no solo a la gente del Secreto, sino también a pequeños informadores; ¡esa es toda la red con la que se encarnizan! Habrá que cambiar las cifras y nuestros nombres en clave.

Tenía razón. En Londres, D'Eon utilizaba el seudónimo de William Wolff;

Beaumarchais, el de Ronac, anagrama un tanto patético de Carón. En cuanto a Zafiro, seguía siendo Zafiro.

—De todas formas, los vieneses han descifrado la mayor parte de los criptogramas —prosiguió el caballero—; ya no estamos seguros. Como sabéis, todas las víctimas habían recibido una fábula. He intentado poner en orden el rompecabezas... Se burlan de nosotros, y estamos amenazados. La cuestión estriba en saber por quién y por qué.

Beaumarchais seguía mirando a D'Eon con semblante interesado.

—También a mí me tocó mi fábula, y estuve a punto de dejar en ello la piel —dijo Pietro—. Juega con nosotros. Lo creáis o no, este iluminado se ha inspirado en La Fontaine y en los jardines de Versalles para orquestar su eliminación de los nuestros. Más exactamente, en los bosquecillos y fuentes del Laberinto. Allí estamos pillados en la trampa, al menos ese es el contenido de su mensaje.

—¡El problema radica en que no sabemos qué va a ser del Secreto! —intervino Beaumarchais—. Acabo de escribir al rey para explicarle la situación en que su abuelo me puso, así como la misión especial que me confió en marzo. No he dejado de efectuar idas y venidas entre Londres y Versalles. ¡Al menos cuatro en seis semanas! Y hete aquí que, apenas de regreso, ¡me encuentro con que Luis XV está moribundo y ni siquiera puedo decirle que he cumplido su misión! Este asunto londinense puede traer cola. Entretanto, estoy terminando una comedia en cinco actos, la historia de un conde prendado de la pupila de un médico y que intriga con su criado. Quizá la titule *La precaución inútil*, o *El barbero de Sevilla*, o ambas cosas, ¿qué opináis?

Todos se miraron.

—Humm. Os lo concedo, hay cosas más urgentes.

El caballero D'Eon abrió el abanico con un gesto seco de la muñeca.

—Creo que tratan de acelerar la disolución del Secreto para servir a un plan más vasto —dijo—. Pero ¿cuál? Vergennes sigue en Estocolmo. Tal vez se entere de algo más activando sus redes...

—Se rumorea que será sondeado por el rey para Asuntos Exteriores —dijo Beaumarchais.

—¿Os lo imagináis? —intervino Zafiro—. Uno de los nuestros en el gobierno... ¡Eso sí que resolvería nuestros asuntos!

—En cualquier caso, dudo que el rey elija a nuestro querido conde de Broglie. Y tampoco lo veo conservando a D'Aiguillon.

Pietro, inquieto, se inclinó.

—Ya lo veremos. Luis XVI debe descubrir hoy mismo que existimos. Las decisiones llegarán a su debido tiempo. Pero es peor de lo que creéis. Y no es hacia Estocolmo, Viena o Prusia hacia donde hay que buscar. El Fabulista ha matado a Landretto, mi antiguo sirviente, y en estos momentos a mí también me cree muerto. Con todo, temo que apunte más arriba, mucho más arriba que a nosotros.

—¿Qué queréis decir? —preguntó D'Eon.

—¿A... al rey? —musitó Zafiro.

—A la pareja real. Al régimen entero. Pienso en los ingleses. Por qué razón exactamente lo ignoro; de momento solo es una intuición, carezco de pruebas. Pero temo lo peor.

—¿Los ingleses? ¡Otra vez! Pero ¿por qué? —quiso saber D'Eon—. ¿La paliza que recibimos con el tratado de París no les basta? He contactado con Wilkes; ni uno solo de mis corresponsales me ha alertado de un asunto de esa clase. Si existe un plan de envergadura para desorganizar la red, dudo que sea obra de un habitual del gobierno inglés o del Parlamento.

—Tal vez un mercenario reclutado para la ocasión —apuntó Beaumarchais—. Alguien que actuaría al margen de sus servicios...

—¿Un miembro del contraespionaje? —preguntó Pietro.

—Comisionado o no, es posible —dijo el caballero.

—Pero en fin, ¡es delirante! —exclamó Zafiro—. Jorge III no llegaría al extremo de... ¡de querer derrocar la monarquía! ¡Y exponerse a María Teresa, España, Prusia, la inversión de las alianzas!

—En efecto, pero ¿y América? —apuntó Pietro.

—¿Qué pasa con América? ¡América nos trae sin cuidado!

—No es ninguna tontería —dijo Beaumarchais, repentinamente preocupado.

Chasqueó la lengua.

—Seguiremos yendo a pescar informaciones, Viravolta —prosiguió—. Podéis estar seguro. En lo que a mí concierne, no tengo la menor idea de la identidad del Fabulista.

—Entretanto, pende sobre nosotros una espada de Damocles sobre la cual lo ignoramos todo —dijo Pietro.

—En suma, nadie sabe nada —resumió D'Eon con una mueca.

—Pero entonces, ¿por qué nos han reunido? —quiso saber Beaumarchais.

—¡Sí! Nos preguntamos en nombre de qué nos encontramos expuestos juntos, a despecho de las normas de seguridad más elementales. Me preg...

Hubo un largo silencio. D'Eon pestañeó.

—¿Broglie ha...? —continuó Zafiro.

Todos se interrumpieron y se miraron.

—Cuatro de golpe —dijo Beaumarchais, entrecerrando los ojos.

—¿Y si fuera...? —prosiguió Zafiro.

—¿Una trampa? —concluyó D'Eon.

Apenas hubo pronunciado esa palabra cuando oyeron un silbido. Se sobresaltaron. Un objeto acababa de clavarse en el montante de uno de los espejos, muy cerca de su mesa. Un puñal.

Atravesado por la hoja, un pliego estaba enganchado en él. D'Eon lo arrancó y se apresuró a mostrarlo:

EL PERRO QUE SOLTÓ SU PRESA PARA COGER UNA SOMBRA

Libro VI - Fábula 17

*Todos en este mundo se equivocan:
vemos correr en pos de una sombra
a tantos locos que por ella se trastocan
que su gran número, ignoto, siempre asombra.
Con el perro de Esopo los quiero comparar.*

*El perro, al ver su presa en el río reflejada,
dejó esta por su imagen, que ansioso fue a atrapar.
Creyó ahogarse: de pronto el agua se volvió agitada;
con dificultad suma la orilla alcanzó,
y a un tiempo el cuerpo y la sombra perdió.*

—La presa y la sombra... —murmuró el caballero.

Allí, en la luna del espejo, en el reflejo del cristal ante el que estaban sentados, lo vieron.

Estaba plantado frente a ellos, brazos en jarras, erguido en toda su estatura, como el Comendador. Llevaba los faldones del abrigo abiertos sobre el pantalón negro y las botas de piel. Una rosa roja estaba prendida en su pecho; una hebilla de plata refulgía en su cinturón. En su cinto centelleaba el pomo de una espada.

—El Fabulista —murmuró Viravolta.

De nuevo reinó un prolongado silencio; los cuatro agentes alrededor de la mesa habían vuelto la cabeza en la misma dirección. Permanecieron boquiabiertos ante aquella aparición.

—Es una provocación —dijo Beaumarchais.

—¡Y se presenta solo! —exclamó Zafiro.

Viravolta estaba a punto de saltar.

—¡Voy a mataros con mis propias manos!

Al incorporarse volcó la silla.

—De manera que estáis vivo —dijo el Fabulista—. Pues bien, lo habéis conseguido, Viravolta. Me habéis sorprendido. Así pues, reuníos con nosotros para el cuento siguiente...

Su voz había cambiado. Era más grave aún de lo habitual.

—La presa y la sombra, amigo mío.

Pietro se disponía a arremeter contra él, pero se detuvo. El Fabulista acababa de apartarse para dejar paso a una decena de hombres. Todos iban vestidos exactamente del mismo modo que él, con una capa negra con capucha. Se desperdigaron por el café. Algunos clientes se habían levantado; entre ellos, otros Fabulistas, hasta el momento encogidos sobre sí mismos, se desplegaron con roces de capas y ropas.

Varios de los jugadores de ajedrez se pusieron en pie; sus caras coloradotas y señaladas con chirlos revelaban que se trataba no tanto de estrategias como de bandidos contratados para la ocasión. Inquietos, los camareros del Procope retrocedieron con gritos sofocados.

El dueño del lugar, un bigotudo siciliano al igual que su antepasado, hizo una mueca patética.

—*Mamma mía...*

—Pues vaya un secreto a voces —masculló Beaumarchais apretando los dientes.

—Todo un éxito, en efecto... —admitió Zafiro—. ¡Y no nos hemos enterado de nada!

En el umbral del Procope, el Comendador levantó el brazo.

De nuevo el tiempo pareció dilatarse. Beaumarchais se incorporó.

—Bien, amigos míos, creo que vamos a tener que defendernos.

Desenvainó la espada.

—Y como siempre...

Se puso en guardia; su espada describió un gracioso arco de círculo en el espacio.

—Con distinción. D'Eon sacó la espada a su vez.

—Elegancia...

Zafiro asió dos puñales, que hizo girar en sus manos.

—Refinamiento...

—Y fervor —concluyó Viravolta tras situarse a su lado.

Los cuatro se encontraban en medio de la cuadrilla de Fabulistas y mercenarios. La jauría ya solo esperaba lanzarse sobre ellos. Pietro sonrió con expresión malévola.

—Rasurémosles la barba —dijo Beaumarchais.

E hizo silbar su hoja.

El Comendador bajó el brazo.

Con un mismo impulso, Fabulistas y mercenarios se lanzaron hacia delante. D'Eon cerró brevemente con la mano izquierda el abanico de encaje carmín y varillaje calado, para liberar con el pulgar un pequeño tope en la base del objeto. Al extremo de cada varilla apareció entonces un dardo centelleante. D'Eon abrió de nuevo el abanico con un gesto seco de la muñeca en dirección a sus asaltantes. Una andanada de puntas envenenadas alcanzó a tres o cuatro de los individuos disfrazados. Vacilaron al instante ante la violencia del veneno. D'Eon se sopló un mechón de cabello y agitó el abanico ante su rostro, mientras Pietro lo miraba con expresión de sorpresa.

—¿Acaso también vos sois cliente de *monsieur* Marianne...? —le preguntó.

El travestido se limitó a sonreír. Entre sus adversarios, varios sacaron armas listas para escupir pólvora. Pietro se sacó a su vez del cinto la pistola que le había entregado el funcionario de la Casa del Rey. Apretó el gatillo una y otra vez. Con un sonido sibilante y un chirrido, los cañones giraron alrededor de su eje, disparando seis veces consecutivas y causando otros tantos estragos entre el enemigo. Uno de ellos en

especial, que acababa de saltar en el espacio por encima de una mesa, dio una vuelta por un instante en el aire antes de derrumbarse a los pies de Viravolta, rompiendo de paso dos sillas.

—También yo tengo dos o tres triunfos en la manga.

—¡Ah, la Ilustración! —comentó D'Eon.

Acto seguido soltó el abanico y Pietro la pistola de pólvora. Ambos se lanzaron juntos a la pelea, espada en mano. No lejos de ellos, Zafiro se había abierto el vestido y lo había dejado caer, para revelar un fino talle y un traje azul de Prusia, más adecuado a sus ejercicios; manejaba los puñales con consumada maestría. Beaumarchais no les iba en zaga. De un brinco había pasado de una silla a una mesa de mármol. Hacía el vacío a su alrededor, como esgrimidor consumado que era. Se lo pasaba en grande. Pietro se unió a él y le cubrió las espaldas, cruzando el hierro a su vez de una mesa a otra con otros dos asaltantes.

—¡A la derecha! —gritaba Pietro.

—¡A la izquierda! —soltaba Beaumarchais.

Durante ese tiempo, en el umbral de la puerta, el Comendador asistía a la reyerta como quien asiste a un espectáculo. Siempre con el rostro oculto bajo la capucha, estuvo a punto de aplaudir cuando vio a la Orquídea Negra saltar a una araña y columpiarse de un extremo a otro del café, para finalmente caer en medio de tres Fabulistas que ponían en peligro a Zafiro. El personal del establecimiento y los escasos clientes que no formaban parte de la partida se habían echado al suelo con las manos sobre la cabeza. Copas, tazas y botellas se rompían; los estantes se habían hecho pedazos; los espejos empezaron a explotar en diminutas estrellas; las sillas siguieron quebrándose.

Y entonces, de repente, todo acabó.

Viravolta y Beaumarchais, con el cabello en desorden, miraron a su alrededor.

El caballero D'Eon se incorporó.

Zafiro hizo otro tanto, se ajustó la torcida peluca y se puso a buscar su vestido entre aquel batiburrillo.

Una veintena de cuerpos estaban desperdigados en derredor, unos derrumbados en el suelo, otros con un brazo en un ángulo extraño todavía posado en una mesa o una silla. Se oían algunos estertores. Estelas sangrientas cubrían el suelo un poco por todas partes, en medio de los fragmentos de vidrio y de madera. El tornado había pasado.

Lentamente, los clientes, o más bien los escasos supervivientes, se iban incorporando a su vez.

Pietro se lanzó hacia la salida.

El Comendador había desaparecido.

Solo quedaban su capa negra y la rosa roja, como si se hubiera desvanecido de golpe.

Viravolta se arrodilló, con el ceño fruncido, y examinó largo rato la rosa, que

tomó entre los dedos.

«La presa y la sombra...».

Arrojó la rosa a lo lejos, se levantó y se acercó a uno de los Fabulistas agonizantes. Durante ese tiempo Beaumarchais limpiaba con expresión asqueada la sangre del filo de su espada, Zafiro se arreglaba la ropa y D'Eon plegaba el abanico antes de deslizado en su escote, entre sus senos postizos.

—Es un fastidio, tengo cierta debilidad de pantorrillas —dijo D'Eon.

—Que por lo demás tenéis en extremo donosas —lo lisonjeó Beaumarchais.

—Adulador.

—Sin la libertad de censurar...

—En cualquier caso, vuestra estocada de cuarta es notable.

—¿Verdad que sí?

—Me gustan estos cafés literarios —silbó Pietro entre dientes.

Tomó al azar a un Fabulista de pacotilla y le quitó la capucha. El hombre, alcanzado en el estómago, aún vivía, pero sus ojos empezaban a nublarse. El veneciano hizo una seña a Zafiro para que le alcanzase uno de sus puñales. Agarró al moribundo por el cabello y lo amenazó con la punta del arma, muy cerca de su ojo aterrorizado.

—¿Quién es el Fabulista?

El hombre intentó decir algo. Un hilillo de sangre brotó de su boca.

—¿Dónde se esconde? ¡Responde!

El otro soltó un estertor. Viravolta se inclinó.

—¿Cómo?

—Her... Herblay... La casa solariega...

Luego cerró definitivamente los ojos.

Herblay.

—¿Zafiro? ¿Wolff? ¿Ronac?

Todos se incorporaron y volvieron la cabeza hacia él.

—A los caballos. Tenemos trabajo.

Recuperó el tricornio caído durante la batalla y se lo caló.

Se ajustó la orquídea en el pecho.

En los labios, una sonrisa malévol.

—Esta vez nos toca jugar a nosotros —dijo.

El mono rey

Dominio real de Choisy
Camino de Marly

Mientras la lluvia azotaba los cristales de Choisy, el rey daba vueltas y más vueltas en su cabeza a aquellas revelaciones.

Con la mirada fija, contemplaba la danza de las llamas en la chimenea como estupefacto.

La carta de Charles de Broglie le informaba de la existencia del Secreto. No daba crédito a sus ojos. O más bien empezaba a comprender, poco a poco, que debía estar preparado para todo. De manera que, por espacio de veinte años, su abuelo había recurrido a agentes muy especiales en el marco de un Gabinete Negro... ¡Un gabinete fantasma! ¡En la cumbre más elevada del Estado!

Luis se sentía desamparado al descubrir de pronto, al igual que el duque D'Aiguillon antes que él, la existencia de una democracia paralela. Ahora que se encontraba a la cabeza del reino, necesitaba aprehender los engranajes de aquella tramoya, más compleja todavía que las de los espectáculos de la época de Lully. Lo que tenía perplejo a Luis no era solo el contacto brutal con todos aquellos asuntos políticos: se encontraba ante un abismo, donde iba averiguando, confusamente, de qué forma el Secreto había maniobrado en la sombra para tratar de sentar a un príncipe francés en el trono de Polonia, con una desmembración en toda regla como único resultado; cómo había intentado oponerse al poderío inglés, igualmente con escaso efecto; cómo había conocido en Suecia su único éxito. Se planteaba la cuestión: dejando aparte a Suecia, ¿para qué había servido el susodicho Servicio?

El conde de Broglie aguardaba sus instrucciones. ¿Y bien? ¿Debía sentenciar Luis la disolución de la red de una vez para siempre o reactivar aquella «agencia» subterránea y proseguir la obra de su abuelo? Para colmo, se enteraba de que los descifradores de códigos habían sacado a la luz los mensajes que los agentes del Secreto se intercambiaban en clave. Luis no entendía gran cosa sobre dichas claves. Había que replantearse las prácticas mismas de la red. Meneó la cabeza. Los nombres de aquellos agentes habían acabado de sumirlo en intranquilas meditaciones. Dumouriez, Breteuil, D'Eon, Beaumarchais, ¡por no hablar del agente veneciano, Viravolta, que servía a dos amos! Todas aquellas reputaciones, si bien se hallaban vinculadas a la vista de todos, podían perjudicarse unas a otras, con el conde de Broglie como piedra angular, enemigo jurado del duque D'Aiguillon, y en quien cabía ver tanto un conspirador de altos vuelos como un negociador de segunda fila.

Charles de Broglie se defendía: no, jamás había conspirado contra el reino; siempre había recibido sus órdenes directamente del soberano. Recordaba que su exilio se debía a la conspiración tramada contra él por el duque D'Aiguillon y la Du Barry, y que nunca había servido de otro modo que como chivo expiatorio. Explicaba

los cimientos de la organización del Secreto y revelaba asimismo la identidad de algunos agentes: D'Ogny, el intendente de correos; Guimard, mozo del palacio que transmitía las órdenes, o Dubois-Martin, encargado de descifrar las instrucciones y de codificar las respuestas destinadas al rey. Todo aquello era muy técnico. Por supuesto, Luis no tenía la lista de los agentes de la red propiamente dichos. Y sin duda no existía ninguna, salvo en la cabeza del conde. A menos que...

Guimard le había entregado el correo del conde; D'Ogny, las cartas codificadas. El soberano las había abierto para ver cómo era la Cifra. En el legajo entregado por D'Ogny, dos misivas no estaban codificadas: una del caballero D'Eon, que firmaba como William Wolff, y otra de Desrivaux, cónsul general de Ragusa. Ambas atraían su atención sobre asuntos en curso. El monarca se disponía a responder a Charles y a enviar sus respuestas por la misma vía, junto con el pago del mes de mayo para el conjunto de los agentes del Servicio. Dejaría a Broglie su «despacho» hasta el mes de julio, antes de hacerle llegar órdenes más claras. Hasta entonces permanecería callado como una tumba, el tiempo de tomar una decisión. Se informaría sobre las razones precisas del exilio del conde a fin de evaluar más exactamente la situación. Desde ahora hasta julio al menos se formaría una opinión...

¿Qué hacer con el Secreto?

Todo aquello iba demasiado deprisa.

Estiró las piernas frente al fuego y se frotó los párpados. Luego volvió a su trabajo. Para su gran sorpresa, hoy había recibido otro correo inesperado; pero este estaba cifrado de modo diferente. Había sido depositado a su atención, a la entrada de Choisy, y entregado a un soldado que había seguido la vía jerárquica. D'Ogny y Guimard afirmaban no haber tenido conocimiento de ello. Habían examinado el sobre y el sello de cera, que solo llevaba una extraña F. Incluso imaginaron que la carta podía estar envenenada, como se estilaba en Versalles. Pero no habían encontrado nada. El correo no había llegado por la vía habitual del Secreto, y era como si..., como si hubiera sido concebido especialmente para el rey. Se la habían entregado tras haberla leído, con su consentimiento, y utilizando mil precauciones. D'Ogny conocía por Charles de Broglie el significado de la F. Lo había informado de ello inmediatamente, antes de copiar el contenido. Cosa absurda y extraordinaria, se proporcionaba la clave del código, ¡a la manera de un juego destinado al rey en persona! Ahora, encorvado frente a la chimenea, Luis se divertía penetrando la Cifra, con una pluma sobre las rodillas. D'Ogny debía asimismo transmitirla a Dubois-Martin para que se encargara de ello por su parte.

Sin embargo, el soberano no necesitaba esperar. ¡El código era infantil!

Estaba a punto de descifrarlo definitivamente.

*... Así, vuestra majestad encontrará
el poema que destinado os está
para el cercano día en que, como veréis,*

*en la danza entraréis;
esta vez con Esopo he dado,
y la fábula me deja pasmado:*

EL MONO REY

*Reunida la asamblea de animales,
como rey a un mono acaba de elegir,
tras ver sus monerías colosales
con la corona que su frente va a ceñir.
Una zorra, indignada por tal hecho,
dice al nuevo monarca
que un tesoro ha encontrado en un arca
y que en su busca se aleje un trecho.
Va, pues, el mono y en un cepo cae preso,
¡la ladina zorra se la dio con queso!*

Pronto moriréis.

Firmado:

El Fabulista

El rey vio en el espejo su propia expresión desconcertada. No entendía nada.

Anna Santamaría regresaba en carroza de casa de Rose Bertin, modista de la reina.

Nada había predestinado a Rose para auparse a semejante firmamento de gloria. Nacida en Abbeville, hija de un soldado de caballería adscrito a la jurisdicción de un mariscal de Francia, se decía —es decir, ella decía— que una gitana le había predicho un porvenir excepcional. Modesta provinciana, desembarcó en París a los dieciséis años, con la idea de que algún día sería presentada en la corte. Encontró empleo como costurera en casa de *madame* Pagelle, en el Trait-Galant, una tienda de modas. El verdadero nombre de Rose era Marie-Jeanne, pero consideró que un nombre de flor sentaría mejor a su tez y facilitaría su introducción en el mundo, lo que constituía un agudo pensamiento. Como industriosa abeja, empezó por recorrer París para ofrecer a las bellas damas cajas de perendengues y de adornos de moda. Conoció a la duquesa de Chartres, la princesa de Conti, la princesa de Lamballe. Todos consideraron que la tal Rose no carecía de hechizo; el duque de Chartres, que la encontraba encantadora, quiso convertirla en su amante. Como ella lo rechazó, se ofreció a raptarla y cubrirla de diamantes. Un día en que se hallaba conversando con la condesa de Usson,

anunciaron al duque; la pequeña no se puso de pie. La condesa se alteró y la reprendió severamente, a lo que Rose respondió, tranquila: «Lo que ocurre es que la señora condesa ignora que, si yo quisiera, esta misma tarde sería duquesa de Chartres... ¡Que monseñor no olvide su rango y yo tendré presente la extrema distancia que existe entre él y yo!». Tras lo cual hizo una profunda reverencia y se marchó.

Aquella salida labró su fortuna. Rose Bertin fundó su propia casa de modas, Au Grand Mogol, en la rué de Saint-Honoré, y rápidamente se vio desbordada de encargos. La propia María Antonieta se apasionó por ella. Anna Santamaría acudía asimismo a visitarla de vez en cuando, aunque lo más frecuente era que Rose se desplazara a la corte. La pequeña había hecho bien en prestar crédito a la profecía de la gitana; había triunfado. Al igual que Anna, pues la hermosa veneciana había necesitado mucho arte para no enfadarse con la Du Barry, cuando estaba en Versalles, conservando al mismo tiempo la confianza de María Antonieta y de la princesa de Lamballe, enemigas juradas de la condesa. Anna lo había aprendido todo en la época en que fue la esposa del astuto Ottavio en la Serenísima; ella misma procedía de una familia de la aristocracia, los Santamaría de Venecia, acostumbrados desde mucho tiempo atrás a las intrigas de la corte. Contaba con numerosos diplomáticos por parte de su padre, dos de ellos embajadores en Francia.

Anna volvía con los brazos cargados de cajas de cartón. Había comprado un sombrero de paja muy fino, adornado con cintas de tafetán, otro adornado con raso y que se anudaba debajo de la barbilla, una pañoleta de organdí y un gorro de linón. Pensaba en sus compras, con una sonrisa en los labios, cuando el coche se detuvo bruscamente. Sorprendida, apartó los pliegues de la cortinilla violeta y miró al exterior.

El hombre que se acercaba, doblado en dos, le resultó vagamente familiar. Era de una fealdad sin parangón. El rostro marcado con tres cicatrices, un rictus desdentado en los labios y aspecto de animal escapado de un cuento infantil. Etienne vio de inmediato que no le habían mentido. Aquella muñeca veneciana era espléndida. Echó el ojo a su magnífica garganta y a los senos, henchidos como frutos; llevaba un vestido de cuerpo entallado y profundo escote, cerrado con tiras de corchetes y alargado en la espalda para acentuar la curva de los riñones; el vestido, cortado en terciopelo color ciruela, dibujaba nítidamente la silueta en forma de reloj de arena. La cabellera de Anna Santamaría estaba recogida en bucles rubios. Una mariposa incrustada de gemas parecía haberse posado en ella por descuido.

El cuchillo de caza que sacó el sirviente del Fabulista acabó de disipar las dudas de la veneciana en cuanto a sus intenciones, al tiempo que se filtraba en el interior de la carroza el hedor que el hombre despedía.

Anna se dio cuenta asimismo de que no iba solo. Acababan de ser detenidos en el

camino pavimentado que llevaba a Marly. Otros seis individuos rodeaban la carroza. Anna no podía verlo pero, en la parte delantera del vehículo, el cochero, reducido, tenía ahora el cuchillo apoyado en la garganta.

—¡No... no he podido hacer nada, señora! —gritó.

Anna pensó que tal vez ella pudiera engatusar a su secuestrador.

Este asomó la cabeza por la portezuela.

Lentamente, la mujer se levantó el vestido.

—Y bien, amigo mío, ¿qué queréis de mí?

—Vais a apearos y seguirme —dijo Etienne con voz meliflua.

Sonrió abiertamente, mostrando sin pudor sus encías.

Los dedos delicados de Anna recorrieron su muslo, subiendo el vestido que dejó entrever su piel... y el principio de una liga de encaje negro.

Un anillo centelleó.

Etienne no se perdía ni un ápice.

—Pero, señor..., ¿sabéis quién soy y cómo me llamaban en Venecia?

El hombre no vio el pequeño puñal veneciano con empuñadura de nácar que de repente se sacó de la sujeción del muslo; su brazo describió un breve arco de círculo. El apenas tuvo tiempo de echar atrás la cabeza. El arma acababa de hacerle un profundo tajo en el mentón. ¡Uno más!

—Me llamaban la Viuda Negra.

—¡Ramera! —vociferó él.

El resto de los facinerosos acudieron corriendo, empuñando dagas y pistolas.

Al verse rodeada, Anna salió orgullosa.

Se plantó ante ellos, altanera.

Etienne había retrocedido unos pasos y se pasaba la mano por la barbilla ensangrentada.

—¡Ahora vas a ser mía! —Uno de sus compinches lo contuvo.

—No. Recuerda, hay que llevársela intacta.

—Es cierto. Pero cuando hayamos acabado, hermosa mía, también tú probarás mi aguijón.

Se contentó con pellizcarle la mejilla. Ella echó atrás la cabeza mientras la rodeaban.

—No me toques, miserable.

—En marcha. Véndale los ojos.

Se la llevaron.

Batida campestre

Casa solariega de Herblay

—¿Y ahora?

Viravolta retrocedió a las sombras.

D'Eon y Beaumarchais estaban ocultos a su espalda, detrás de un seto de boj. Mientras tanto, Zafiro se dirigía a Ruffec, al encuentro de Charles de Broglie. Les había parecido curioso que el jefe del Secreto hubiera convocado a sus agentes en el Procope para una cita que había resultado ser una trampa. O bien la información se había filtrado de un modo u otro..., o bien Broglie tenía algo que ver en el asunto. Una hipótesis en la que ni Pietro ni sus colegas se atrevían a creer. No obstante, debían asegurarse. Zafiro se había ofrecido para la peligrosa misión. La que ahora incumbía a Viravolta, al dramaturgo y a *mademoiselle* D'Eon no lo era menos.

—He contado una decena, repartidos alrededor del edificio.

La noche había caído. La luna, moteada por su Mar de las Lluvias, brillaba detrás de las nubes. La silueta de la casa solariega abandonada evocaba un castillo gótico rodeado de búhos o de murciélagos. Unas luces temblaban en el piso superior. En el ángulo sudeste de la construcción, una torre coronada por un tejado puntiagudo hacía las veces de torreón. A uno y otro lado de los peldaños de la escalinata se adivinaban los antiguos fosos. Más allá surgía de un estanque el croar de las ranas.

—Iré a guisa de batidor —se ofreció Pietro.

—¿Ir adonde? —se mofó Beaumarchais.

—Pasaré por las alturas.

—¿Las alturas? —preguntó D'Eon, sorprendido.

El veneciano sonrió y deslizó un dedo por el borde de su tricornio.

—Os haré una señal.

Y salió disparado.

—Pero... ¡Viravolta!

Ya no los escuchaba.

—Incorregible —dijo Beaumarchais.

—Italiano —añadió D'Eon.

La silueta de Pietro se escurrió en la noche. Se coló entre dos portadores de linterna apostados al sur, que recorrían el camino de los antiguos fosos. Oculto en la esquina del torreón, levantó la vista. En el piso superior, treinta pies por encima de él, una ventana lo bastante grande para permitir el paso de un hombre se hallaba abierta; una batiente emplomada colgaba en el exterior. Pietro buscó en el cinto la pistola de *monsieur* Marianne. Examinó el rezón que coronaba el arma y comprobó el mecanismo de propulsión. Primero tuvo que desenredar el cable metálico, especie de serpiente anudada con anillas inextricables. ¡Por Dios! Aquellos nudos... eran algo insensato. Se aplicó a ello varias veces, vuelta arriba, vuelta abajo, lanzando miradas

a su alrededor. En todo momento corría el riesgo de que reparasen en él. Alojó el rezón en el fondo del tubo, hasta oír el tope salvador..., y acto seguido apuntó el artefacto hacia la ventana. Y clic.

No ocurrió nada.

Clic clic clic.

Pietro miró el cañón.

Entretanto, Beaumarchais se ocupaba como podía, atento a no perder por completo el tiempo.

—¿Sabéis, *mademoiselle* D'Eon...? Nosotros dos aquí..., en plena noche, y esos matorrales...

Le había rodeado la cintura. La joven se zafó.

—¡Pero bueno, estoy soñando!

Beaumarchais, desairado, no insistió. Le dirigió una sonrisa.

D'Eon se encogió de hombros.

El dramaturgo suspiró y miró de nuevo en dirección a Pietro.

—Ay —cuchicheó.

—¿Qué ocurre?

—Alguien viene —dijo Beaumarchais, señalando con el mentón el lugar donde se encontraba Viravolta.

Un portador de linterna se acercaba peligrosamente. Aún se hallaba a algunos metros de la esquina del torreón donde se escondía el veneciano. Beaumarchais hizo una mueca. Él y D'Eon seguían al acecho.

—¡Hay que hacer algo! —susurró D'Eon.

—Sí, pero ¿qué?

—¡No lo sé! ¡Silbad!

—¿Silbar, cómo que silbar?

Meneó la cabeza, hizo una mueca desdeñosa y se agachó.

—¡Deprisa! ¡Deprisa!

Beaumarchais acababa de recoger una piedra. Abandonando su escondite, la arrojó con fuerza detrás del portador de linterna y después retrocedió de nuevo hasta los matorrales.

—¿Eso es todo lo que se os ha ocurrido? Beaumarchais hizo otra mueca.

—Vuestro estilo adolece en ocasiones de cierta dejadez —refunfuñó D'Eon.

La piedra había rebotado con un ruido seco contra la pared del castillo. Al instante la linterna cambió de dirección; el portador, alertado, había dado media vuelta. Se detuvo al cabo de unos metros, ojo avizor. Beaumarchais y D'Eon contuvieron la respiración. La linterna oscilaba de derecha a izquierda. El hombre sondeaba la oscuridad. La fría brisa agitaba el follaje de los castaños.

Clic clic clic.

Pietro se esforzaba, sin dejar de apuntar el rezón en dirección a la ventana.

El portador de linterna reanudó la marcha. Volvía hacia él.

Esta vez Pietro lo oyó.

«¡Vamos! ¡Vamos!».

Su pulgar forzó el tope.

El portador de linterna estaba casi encima de Viravolta cuando el rezón salió disparado vibrando.

El cable se tensó inmediatamente y las uñas de metal atravesaron el vano de la ventana para caer en el interior. Pietro tiró hacia él y el rezón se aferró al reborde al primer intento. El veneciano tomó impulso; le bastó con deslizarse el tope en sentido contrario y el cable empezó a enrollarse en la cámara de propulsión, izando sin esfuerzo a Pietro hacia el primer piso. El portador de linterna apareció en la esquina del torreón. La linterna pasó por debajo de los pies de Viravolta. De nuevo osciló un instante, como si el hombre presintiera algo. En los arbustos, Beaumarchais tuvo un sobresalto; D'Eon lo cogió del brazo. Pietro se hallaba a salvo. Pasó una nube y la luna asomó de nuevo: apenas tuvieron tiempo de ver cómo la pierna del veneciano desaparecía en el interior.

—¡Lo ha conseguido! —exclamó Beaumarchais.

—¿Y ahora? —preguntó D'Eon.

—Hagamos lo que ha dicho. Esperemos su señal.

Viravolta se escurrió con presteza hasta el suelo de piedra del castillo.

«Ya está. Ha sido fa...».

Se detuvo.

Tres pistolas de pólvora lo apuntaban.

Esbozó una sonrisa compungida.

Una silueta encapuchada dijo en tono irónico:

—Buenas noches.

Llevada al palacio en su carroza, Anna Santamaría se encontraba ahora en un inmenso salón, en el último piso. Stevens en persona había acudido a recibirla. El Fabulista los había reunido. Flanqueada por sus raptores, con la nariz inquieta levantada en su dirección, estaba de pie frente a ellos, maniatada y con una venda blanca cubriéndole los ojos. Un bucle le caía sobre la frente. Su pecho se levantaba con cada respiración. Stevens había recuperado el puñal de la veneciana. Yacía sobre la mesa, en el centro de la estancia.

—A ver..., ¿dónde estoy? —dijo Anna en tono insolente—. ¿Y quién se rebaja a secuestrar así a mujeres indefensas?

Stevens sonrió.

—Lo de indefensas es mucho decir.

El Fabulista se hallaba sentado algo más lejos, junto a una imponente chimenea, con una mano enguantada sobre el mentón. De vez en cuando rascaba indolentemente el suelo con la bota para apartar cenizas o polvo. Fuelle y atizadores colgaban de unos ganchos de hierro cerca del hogar. El alto techo estaba decorado con vigas de roble macizo. Una araña antigua, sujeta por una cadena a una anilla en la pared norte,

estaba encendida. Un tapiz ajado, que representaba una escena de caza en el bosque de Saint-Germain, cubría la pared sur. En el lado este, cortinajes carmesíes ocultaban otra ala del edificio. Una mesa de patas contorneadas en espiral y seis sillas ocupaban el centro de la habitación, encima de una alfombra polvorienta. Por último, en un rincón, sobre un escritorio adornado con dos candelabros, había unos planos desenrollados. A través de las ventanas se adivinaba el viento, la luna y las copas de los árboles; más lejos, los tejados y el campanario de Herblay.

Stevens se acercó a Anna y le acarició el rostro. Ella volvió la cabeza.

—Vamos, querida mía, furiosa dama..., un poco de calma.

Se volvió hacia el Fabulista.

—Capturasteis al criado, no pudisteis haceros con el amo... ¿Os conformáis con la esposa?

—¿El... el criado? ¿El amo? ¿De qué estáis hablando? —quiso saber Anna.

—Podría tener otros planes. Con ella en nuestras manos. Viravolta hará lo que queramos. Se entregará para su propio sacrificio o bien servirá a nuestros intereses. No os preocupéis y dejadme obrar a mi modo. El terreno estará despejado tal como deseáis, y juntos daremos el golpe fatal.

—¿Quiénes sois? —exclamó Anna—. ¿Dónde está Pietro? ¿Dónde está mi hijo?

Stevens la examinó de arriba abajo. Era de una belleza que cortaba la respiración. Tenía las mejillas encendidas y su furia casi animal la volvía más hermosa todavía.

—Os lo ruego. Vamos a conocernos. Stevens acarició la rosa de su propio torso. *Red for Lancaster, white for York.*

Quitó la venda a Anna.

La joven reprimió un grito cuando Stevens, con una sonrisa en el rostro, posó una mano en su hombro.

—Os lo ruego, querida mía. Decididamente tenéis unos ojos magníficos... Para morir de amor, bella marquesa... ¿Son verdes, azules, color avellana? Un poco de todo, según la luz... Sorprendente... Y si solo fueran los ojos...

—Stevens —intervino el Fabulista—. No mezcléis las cosas.

El inglés sonrió y dijo con aire socarrón:

—Lo que está claro es que vos no podríais utilizarla del modo en que yo lo entiendo.

El Fabulista permaneció mudo bajo la capucha.

Stevens miró de nuevo a Anna.

—Querida, voy a arreglármelas para que vuestra estancia aquí sea de lo más grata. Si os portáis bien, incluso podré quitaros las...

Se interrumpió. Llamaban a la puerta con golpes sordos y repetidos.

Stevens soltó un juramento.

—¡Diablos!, ¿de qué se trata? ¡Sí!

La hoja se abrió para dar paso a Etienne. Imitando una reverencia irónica, se pasó la lengua por los labios y finalmente dijo:

—La Orquídea Negra está aquí.

Stevens y el Fabulista intercambiaron una mirada.

A Anna el corazón le dio un vuelco.

—Todavía estáis a tiempo de huir —dijo en tono burlón.

—¿Vi... Viravolta? —preguntó el inglés, incrédulo.

—Bajo una buena vigilancia —precisó Etienne, untuoso—. Intentaba introducirse en el palacio... Lo hemos metido en una celda.

—¿Estáis seguro? —quiso saber Stevens.

Etienne asintió con la cabeza. Anna se ensombreció.

—De nuevo ha sido más rápido de lo previsto —comentó el Fabulista.

—Es inútil que os jactéis de ello —replicó el inglés—. Han bastado dos o tres hombres para apresarlo, cuando otros veinte fueron puestos en jaque en el Procope. No hay por qué echar las campanas al vuelo.

—Os lo concedo —admitió el Fabulista, enfurruñado.

Hubo un silencio, y al cabo el inglés se volvió hacia Anna.

—Bien. ¿Os sentís dichosa? Sin embargo, no es tan bonito como parece. Creo..., creo que ignora que os encontráis aquí.

Se volvió hacia el Fabulista.

—Amigo mío, preparemos su reencuentro, si estáis de acuerdo... Dejo en vuestras manos dar con la fábula más conveniente. ¿Nuestro invitado será perro, asno, búho? ¿Y ella? ¿Rata, tigresa?

El Fabulista se quitó morosamente los guantes. Anna descendió la mirada hacia sus manos y pestañeó. El hombre mostró los dedos cubiertos de anillos centelleantes.

Stevens se volvió hacia Etienne.

—Lo traeréis a nuestra presencia en cuanto estemos listos.

Donde la locura guía al amor

Casa solariega de Herblay

En los matorrales, Beaumarchais y D'Eon se impacientaban.

—Pero ¿qué está haciendo?

—Ha dicho que nos haría una señal —dijo el caballero.

—Pues tarda mucho.

—Hemos de confiar en él.

—¿Y si tuviera algún problema?

—¿Él? Vamos..., no hay dificultad capaz de detenerlo.

La mirada de Pietro resbalaba por la piedra húmeda mientras lo llevaban, atado, por la escalera que serpenteaba en dirección al piso superior. Por fin, una puerta con cerradura de hierro se abrió. Lo empujaron al interior del salón. La araña, las velas y candelabros, la chimenea, el tapiz. A un extremo de la mesa se hallaba Stevens. Pietro estudió aquel rostro alargado, los cabellos entre gris y negro, los ojos profundos, la oreja que le faltaba, el pliegue en las comisuras de los labios. Reparó en la rosa que llevaba en el pecho. El hombre estaba sentado en una de las sillas esculpidas y, a su espalda, con una mano en el respaldo, se encontraba la silueta encapuchada del Fabulista, que inclinó levemente la cabeza sin decir nada.

Stevens tomó la palabra.

—De manera que es cierto. ¡Sois vos! ¿A qué debemos el honor de vuestra visita?

—Sois un fastidio, Viravolta —soltó el Fabulista sin darle tiempo a responder—. Me pregunto cómo pudisteis sobrevivir en la jaula del león, y luego en el Procope..., y cómo habéis dado con este lugar.

Pietro se dio cuenta de que fingía la voz.

—¡Pues está muy claro! Sencillamente, de un modo u otro os ha seguido.

El acento no engañaba. Aquel hombre... era inglés, resultaba evidente. Sin perder un instante, Pietro siguió analizando la situación. Incidentalmente, percibió unos vagos efluvios. Los de un perfume, un perfume que...

Frunció el ceño.

Stevens se puso de pie y señaló sobre la larga mesa de madera una hoja de vitela, acompañada de una pluma y un tintero. También había un puñal. Etienne depositó no lejos de él las armas que había quitado a Pietro. El inglés emitió un cloqueo cuando apareció la pistola de *monsieur* Marianne provista de su rezón.

—Formidable —dijo apoderándose de ella—. Ponedla en lugar seguro.

Se volvió de nuevo hacia el veneciano.

—Se nos ha ocurrido una idea hartamente deleitosa. La idea de un pequeño juego, antes de acabar con vos. Vamos a desataros las manos, querido amigo. No lo aprovechéis

para intentar nada, sería un vano esfuerzo.

Hizo una nueva seña y de inmediato un puñado de hombres franquearon la puerta de madera para repartirse en torno a Viravolta, en el salón. Uno de ellos lo liberó de sus ligaduras. Pietro se frotó las doloridas muñecas. Otros dos se apostaron a uno y otro lado de los cortinajes.

—¿Quién sois? —preguntó Pietro.

Stevens sonrió y lo invitó a tomar asiento en una de las sillas labradas. Pietro obedeció. Ante él, la hoja en blanco, la pluma y el tintero. Pero era en el perfume en lo que pensaba... El olor se hacía cada vez más presente en la estancia, cada vez más penetrante...

El inglés chasqueó la lengua.

—Nos resta una última fábula por escribir, querido amigo. Y, juntos, una nueva página de la historia. Encuentro bastante apropiado que esta sea escrita por vos. De ese modo, la Orquídea Negra habrá contribuido a nuestra obra maestra. ¿Qué decís a ello?

—Digo que estáis perdiendo la razón —replicó Pietro—. Me recordáis a un renegado con el que antaño me crucé en Venecia...

Stevens soltó una risita.

—Adelante, amigo mío. ¡Al dictado! La fábula que nos disponemos a escribir juntos está destinada a un elevado personaje. A decir verdad, uno de los más altos personajes del reino. Un personaje del que sois allegado. Por eso el hecho de que vuestra escritura se preste a nuestra declaración constituye, creedme, ¡un verdadero regalo del cielo!

Pietro se sentía como un niño delante de su hoja.

—Estáis soñando.

—Ah... Lo cierto es que no habéis captado bien toda la situación... Dejad que os ilumine. Un breve preámbulo, si me lo permitís. Los antiguos nos enseñan que no hay nada como un poco de teatro para desestabilizar al enemigo en tiempo de guerra. ¿Comprendéis? El sentido de la puesta en escena. De la dramática. Dar la impresión de que uno es invisible. Aparecer y desaparecer cual una sombra. Un mito. Recurrir a artificios y desvanecerse en una nube de humo... Nuestro Fabulista está dotado para ello, ¿no os parece? Muy dotado. En cuanto a mí, hago lo que puedo. Utilizo armas que me son propias. Así pues, esto es lo que tengo para ofreceros.

«Este perfume... Pero, claro, es el de...».

Y el puñal veneciano abandonado sobre la mesa...

Entonces lord Stevens hizo una seña al Fabulista, que, con gesto teatral, descorrió las cortinas.

—¡Anna Santamaría, de Venecia!

Pietro creyó que su corazón iba a dejar de latir.

En cuanto al Fabulista, empezaba a recitar:

EL AMOR Y LA LOCURA

Libro XII - Fábula 14

*Todo en el Amor es inaprensible,
sus flechas, su carcaj, su antorcha, su infancia.
En un día no es posible
apurar su sustancia.
No pretendo, pues, explicarlo por completo.
Mi objetivo es solo decir mi verdad,
cómo el dios ciego que aquí veis, quieto
cómo, digo, perdió su luminosidad;
qué curso tuvo ese mal,
que acaso es bien y no odisea,
dejo que un amante lo juzgue cabal,
y que sea lo que sea.*

Detrás de los cortinajes, Anna se hallaba de pie en una tabla de madera, en equilibrio sobre una gran abertura. Habían vuelto a vendarle los ojos y una mordaza le cubría la boca. Maniatada y con los pies ocultos por el vestido, se mantenía erguida sin moverse, conteniendo la respiración. Varias tablas inestables, algunas de las cuales estaban cubiertas de líquen y parecían medio podridas, cubrían el pozo y permitían pasar de un lado a otro. Más que de un pozo, Pietro comprendió que se trataba del vestigio de una escalera de piedra en ruinas, que en otro tiempo debió de correr en redondo por el interior del palacio para acceder a los pisos. Saltaba a la vista que aquella parte debía de estar abandonada desde hacía mucho tiempo; lo atestiguaban las grandes puertas de roble situadas detrás de las cortinas, ahora abiertas pero que habían servido para clausurar el ala oeste del edificio. De aquel hueco de escalera, de piedra y madera mohosa, invadida de hierbas, solo quedaba el sueño fantasmagórico de una morada antigua. Por encima de los peldaños, que ya no conducían a ninguna parte, sumidos en la penumbra, Pietro podía distinguir unos retratos ajados por el tiempo, con las miradas perdidas en una oscuridad fúnebre. Una extraña polea decoraba el techo, y una cuerda, que parecía bajar a las profundidades, se balanceaba lentamente en el vacío, de derecha a izquierda. Corrientes de aire frío silbaban de un extremo a otro de la abertura y más abajo solo se distinguía una boca oscura, como si esta se hundiera en las entrañas de la tierra, de donde ascendían lenguas de bruma...

Al menor paso en falso, Anna caería y se rompería la nuca.

Un hombre se hallaba a su espalda, puñal en mano, listo para hacerla avanzar.

Y el Fabulista machacaba:

*La Locura y el Amor juntos jugaban un día,
cuando este aún conservaba la visión.
Hubo una disputa: al acabar, el Amor exigía
del consejo de los dioses una rápida reunión.*

*La otra, que recela una asechanza,
impaciente, le da un golpe tan brutal
que lo sume en una oscuridad total.
Venus se desgañita clamando venganza.*

*Mujer y madre es, juzgad sus gritos.
Júpiter y Némesis, los jueces del infierno,
todos se muestran aturdidos y contritos
al asistir a tamaño desgobierno.*

*Ella les hace ver la enormidad del caso:
su hijo, sin bastón, no puede dar un paso.
No hay pena que tal crimen pueda castigar,
y urge asimismo reparar el perjuicio.*

*Tras prolongado deliberar,
en interés de los presentes en el juicio,
la suprema corte ha acordado
que el Amor sea por la Locura guiado.*

—Perdón —dijo Stevens—. La verdad es que esta no estaba prevista. Lo cierto es que deberíais estar muerto, ¿no es así? Vuestra supervivencia y vuestra inesperada incursión han obligado a nuestro amigo a modificar nuestros planes. ¡Se trata de una improvisación! Las exigencias del guión, ya sabéis lo que es eso.

Se echó a reír y separó los brazos.

—*Madness leading Love*, ¡la Locura y el Amor! ¡Ah, esto habría podido ser digno de nuestros mejores poetas ingleses! ¿Sabíais que se dice de esta obra que encontró su inspiración en una larga alegoría de Louise Labé, *Debate de Locura y Amor*, recuperada más tarde, según creo, por el padre Comire en los *Carmina*? El texto contiene un poema latino de inefable belleza, que La Fontaine reinventó. Un poema unánimemente ensalzado, pero me estoy apartando del asunto.

Stevens, con las manos enguantadas enlazadas a la espalda, caminaba por el salón. Hizo una seña al hombre del puñal que se encontraba detrás de Anna. Este le quitó la mordaza.

—¡Pietro!

—¿Estás herida?

—Estas son, pues, Viravolta, las reglas del juego. Con cada verso que escribáis,

legible y prolijamente, por favor, tendréis derecho a proporcionar a vuestra esposa una indicación sobre el camino que debe seguir. Pero cuidado: algunas de esas tablas están ya podridas... No soportarían su peso. Podéis deciros que, en cierto modo, nos encontramos ante una metáfora de la pareja. Algo con lo que añadir algo de sal, o más bien de picante, a nuestra aventura. ¡Vamos, Viravolta! ¡Para vos la Locura, para ella el Amor! ¿Sabréis llevarla hasta el otro lado del precipicio?

—Todo irá bien —dijo Anna con voz estrangulada, que traicionaba su angustia.

—¿Qué gano yo con ello? —quiso saber Pietro.

—¿Y me lo preguntáis? Pero, Orquídea..., ¡ganáis su vida! ¿Lo entendéis? Si escribís nuestra fábula, y ella cruza, vivirá. En cuanto a vos... Eso es harina de otro costal, huelga decirlo.

Pietro tenía los labios resecos.

«¡No! ¡Ella no! Cualquier cosa menos eso».

La imagen de Landretto colgado en los setos de carpe acudió a su mente. La muerte en aquel jardín..., y ahora era con ella con quien jugaban, ¡con ella!

«Tu sangre fría. Te lo ruego. No la pierdas ahora».

«¡La ciega Locura conduciendo al Amor!».

—Dejadla —dijo Pietro—. Ella no tiene nada que ver con todo esto.

Estaba empapado en sudor. Stevens carraspeó.

—No digáis estupideces. Empecemos. Conocéis nuestra fábula, estoy seguro de ello. Es, como os diría nuestro especialista aquí presente...

El Fabulista se inclinó, con la mano sobre el corazón.

—Es, decía, la que ocupa la primera posición, en el primer libro de La Fontaine. Ninguna otra ha suscitado tantos comentarios. Vuestro querido Rousseau la puso como ejemplo de lo que no convenía dejar leer a los niños... Una vez más, encontramos la primera versión en Esopo. El veneciano meneó la cabeza...

—En las Fábulas, la cigarra aparece, por así decirlo, una sola vez. Simboliza la negligencia, la despreocupación, la imprevisión. Otro defecto humano... Ahora bien, ¡esa fábula está plagada de errores! Por ejemplo, la cigarra se alimenta con una trompa y desdena «las moscas o gusanillos» citados en el texto. Además, muere al final del verano. Por lo tanto, no puede quejarse de hambre «cuando llegó el frío», por no hablar de que la hormiga, que duerme en invierno, no puede oírla. Para terminar, ¡las hormigas son carnívoras y el grano les trae sin cuidado! Los fabulistas pueden permitirse todas las fantasías. Licencia poética, podríamos decir...

Pero ¿qué me está contando?, se preguntaba Pietro.

—¡Empecemos! —repitió Stevens.

Se detuvo.

—Libro I, Fábula 1: «La cigarra y la hormiga». Coged la pluma. Viravolta.

Con mano temblorosa, el veneciano asió el instrumento.

—Tenéis suerte —comentó Stevens—. Es con vuestra propia pluma con la que redactaréis la sentencia de muerte del reino de Francia.

Pietro reprimió una sonrisa. ¡La pluma!

Así que era la que le habían arrebatado. Y el tintero también...

Rememoró la ocurrencia de Augustin Marienne: «La pluma es más fuerte que la espada».

«¡Augustin! Dios os bendiga».

Retiró lentamente el tapón del tintero y hundió en él la punta seca.

El puñal se hincó en las costillas de Anna para incitarla a dar un paso adelante, por encima del pozo. La joven se echó a temblar. La tabla se estremeció.

El inglés empezaba su dictado:

—Escribid.

*La cigarra, que cantó
durante todo el estío,
muy desprovista se halló
cuando llegó el frío.*

La pluma quedó en suspenso por encima de la hoja.

Pietro inspiró hondo...

—Estabais en lo cierto —dijo con una sonrisa malévola.

—¿Con respecto a qué? —se sorprendió Stevens.

—La teatralidad. Y las nubes de humo.

Y todo sucedió muy deprisa.

De una pluma detonante

Casa solariega de Herblay

Cuando la explosión reventó batientes y cristales del primer piso, en los matorrales hubo un sobresalto.

Beaumarchais, estupefacto, se volvió hacia D'Eon.

—¿Eso es la señal?

La mujer hizo una mueca de desconcierto.

—¿Qué hacemos?

Alertados, la decena de hombres que patrullaban alrededor del palacio echaron a correr hacia la escalinata. De pronto, remontando el parque a galope tendido, llegó un nuevo intruso. Su tricornio salió volando a su espalda. La cinta de su coleta empezaba a desanudarse. Llevaba un abrigo sin adornos y de cuello redondo, con largas mangas marrones y bolsillos con solapa triangular, sobre una chupa de piel de melocotón, unos pantalones blancos y botas relucientes. En su rostro se leía la juventud, la intrepidez y, sobre todo, una chispa de locura. Desenvainó la espada sin dejar de cabalgar y la apuntó con bizarría hacia las siluetas enemigas, que soltaron las antorchas. Cosimo Viravolta, cabello al viento, gritó para darse valor.

—¿Quién es ese?

—No lo sé, pero no tiene precisamente hielo en la mirada. Y parece del mismo bando que nosotros.

Llegó al centro del círculo enemigo y empezó a asestar amplios mandobles a diestro y siniestro.

Beaumarchais desenvainó a su vez.

—Es un método.

—Mmm... Diez contra tres... —dijo D'Eon.

—Menudo día. *Avanti!*

Y se lanzaron a la pelea.

La pluma explosiva de *monsieur* Marianne había cumplido su función. Con un rápido giro, Pietro la había arrojado hacia atrás, al suelo, con un seco movimiento de la muñeca; la detonación hizo sobresaltar a Stevens al igual que al Fabulista. En una nube de pólvora, tres de los esbirros cayeron al suelo, ante sus desconcertados compinches. Al instante Viravolta se apoderó del puñal de Anna, abandonado sobre la mesa. Lo lanzó con sobrecogedora rapidez hacia el hombre que se encontraba detrás de su esposa. El arma silbó antes de atravesarle la garganta. Cayó hacia atrás llevándose las manos al cuello, de donde brotaron chorros de sangre. Desequilibrada, Anna vio llegado el momento en que iba a caer al fondo del pozo. Se derrumbó a su vez, golpeándose contra la antigua balaustrada de piedra de la escalera. Estuvo a punto de partirse la barbilla. Por fortuna, se encontró en el exterior del abismo. Tendido a sus pies, el hombre se retorció de dolor con estertores estrangulados. La

tabla sobre la que poco antes se encontraba Anna vaciló para finalmente ser engullida por el abismo, arrastrando otras consigo. Una nube de polvo subió de las profundidades.

Aprovechando el caos, Pietro se lanzó sobre su vecino más próximo. Dirigió hacia él su pistola de pólvora; la detonación alcanzó al hombre en el corazón, y acto seguido Viravolta le arrebató la espada; era la suya, la hoja veneciana que le habían sustraído a la llegada.

—Ya me siento mejor.

Cuando se volvió, otros dos adversarios se encontraban allí. Entraban otros cuatro. De una patada, Pietro derribó la silla y se lanzó sobre la mesa de madera oscura.

Rodeado.

Los otros se dispusieron a su alrededor. Stevens y el Fabulista cambiaron una mirada y el inglés sonrió.

—Siempre tan sorprendente. Pero todo lo bueno tiene un final. ¡Señores! Matadlo.

Muy bien, y ahora ¿qué?, se preguntó el veneciano, jadeante. La puerta se abrió con estrépito.

Cosimo, casaca y camisa ensangrentadas, hizo su aparición.

Pietro levantó una mirada sorprendida.

—Eso ha sido una señora entrada. ¿Qué estás haciendo aquí?

Cosimo sonrió.

Hizo remolinear la espada en su mano.

—He venido a repasar.

Se lanzó al ataque. Viravolta hizo otro tanto, evitando las espadas que se cruzaban por debajo de sus botas y aferrando la araña. Se encontró varios metros más allá, con su hijo a su lado. Anna se libraba de sus ligaduras, con la ayuda del puñal abandonado por el hombre que acababa de expirar. Más abajo se dejaba oír ruido de espadas y de pólvora; sin duda Beaumarchais y el caballero D'Eon se habían decidido a su vez a intervenir. Padre e hijo apuntaron su espada en la misma dirección; de nuevo la jauría los rodeaba. También Pietro hizo silbar su hoja.

—Bien. Empecemos. Cuarta, mano a la izquierda, brazo extendido, gavilanes en horizontal...

—Lo sé. Cambio de guardia al acercarme, pie derecho acortando la distancia.

Atacaron. El primer hombre recibió un tajo de una oreja a la otra.

—La espada a la ofensiva, y la frase de armas.

Ya no era una lid, sino un *ballet*.

—Finta.

—Doble finta.

—Fondo...

—Estocada.

Etienne había atacado el último. Se arrojó hacia delante rugiendo, con una espada centelleante en la mano. Cosimo tuvo tiempo de percibir las terribles emanaciones de sus ropas, así como de ver una masa oscura que se abatía sobre él. Los ojos de la bestia estaban encendidos de furor, sus labios dibujaban una mueca, su rostro desfigurado parecía salido directamente de los infiernos. Por un breve instante, Cosimo creyó ver un jabalí que embestía. La sombra renqueante se abatió sobre él con todo su peso, pero el joven había sido más rápido.

La punta de la espada lo alcanzó en plena frente.

Etienne bizqueó un momento, y luego un velo de sangre le cayó sobre los ojos.

Finalmente, hubo un gorgoteo.

—El todo, doblando las rodillas —concluyó Cosimo, al tiempo que se incorporaba para recuperar el resuello.

Etienne se derrumbó.

Los cadáveres cubrían el suelo.

—¡La cosa marcha! —exclamó Cosimo.

—¿A que sí? —confirmó Pietro.

El Fabulista lanzó un alarido cuando se dio cuenta de que acababan de atravesar de una estocada a su servidor. La situación se ponía crítica. Se precipitó hacia la puerta, con un crujido de la capa, y desapareció. Mientras Viravolta y Cosimo acababan, Stevens se acercó a Anna. Con el rostro deformado por el odio, trató de incorporarla agarrándola del cabello. De pronto se dio cuenta de que tenía las manos libres. Ella se quitó la venda y lo obsequió con una sonrisa luminosa y vengativa. El inglés no comprendió enseguida, pero después el dolor, fulgurante, explotó en su cerebro. Anna acababa de clavarle en la pantorrilla el puñal de Viravolta. Su mano, crispada sobre la empuñadura, seguía dando vueltas a la hoja.

—¡La Viuda Negra! —exclamó—. ¿Lo entiendes ahora?

—¡Anna! —gritó Pietro.

Viravolta y su hijo corrieron hacia ella.

Separándose de Anna, Stevens, ciego de dolor, rugió antes de arrojarle a la cercana cuerda, atada a la polea, por encima de la boca de sombra. De inmediato se precipitó en el interior. El roce del metal se dejó oír. Un cubo lleno de cascotes subió al otro extremo de la cuerda, hasta golpear contra el arco de metal del techo. Pietro llegó tan deprisa que a punto estuvo de caer él también. Miró hacia abajo, pero solo vio oscuridad. Stevens había escapado. Cosimo apoyó una mano en el hombro de su padre.

—¡Dejémoslo!

—¿Y el Fabulista?

Pietro levantó a Anna.

—También se ha largado —repuso ella—. Tal vez todavía haya tiempo.

—¡Confío en que lo atrapen abajo!

—¿Abajo?

—Ya te explicaré.

La mujer le sonrió, ajustándose el vestido dentro de lo posible, mientras él la estrechaba contra sí.

—Me preguntaba qué estabas haciendo. Esta noche hay recepción en Versalles, y luego baile. Habría sentido mucho perdérmelos.

—¿No has tenido bastante baile por hoy? —preguntó su marido.

—¿Y tú, amor mío?

Se abrazaron de nuevo.

Luego se volvieron hacia Cosimo.

—¿Cómo has llegado aquí?

—Seguí a padre desde el Procope. No resulta muy difícil rastrear su huella. Basta con seguir los cadáveres.

Pietro estrechó a su hijo entre sus brazos.

—Cosimo..., gracias por haber escuchado a tu padre. ¡Y vaya progresos!

Pietro retrocedió y lo miró. Cosimo se echó a reír.

—Tampoco vos estáis nada mal, para ser un viejo.

Beaumarchais y D'Eon llegaron por fin.

—Después de la batalla —dijo Pietro, divertido.

—Será una broma, espero.

—¿El Fabulista?

—No lo hemos visto —dijo D'Eon.

—¿Y estos quiénes son? —quiso saber Cosimo.

Viravolta los miró y, con una mano en el corazón, avanzó hacia ellos con la sonrisa en los labios.

—Unos amigos.

Todos se dirigieron hacia las ventanas, que habían explotado por efecto de la pluma fatal de Augustin Marianne. El suelo y las paredes de piedra estaban ennegrecidos. A través de la ventana divisaron la silueta encapuchada del Fabulista y la de Stevens, a caballo, que huían por el parque. Cruzaban ya las verjas, a la luz del sol naciente.

El veneciano los miraba alejarse cuando Anna lo interpeló.

—¡Pietro!

Se volvió. Señalaba con el dedo los planos desplegados sobre el escritorio, en un rincón de la estancia, entre los dos candelabros chorreantes de cera. Pietro cambió una mirada con su hijo y luego se acercó. «Pero... ¿qué es esto?».

Había dos categorías de planos. Estropeados por la pólvora y los combates, parecían incompletos. En los primeros documentos se distinguía lo que parecían fórmulas químicas; su mero aspecto resultaba inquietante. Referencias técnicas y menciones lapidarias igualmente oscuras aparecían allí mezcladas. Se adivinaban locuciones latinas y griegas. Finalmente, aparecían anotadas cifras, cálculos de ángulo e indicaciones de distancia. La segunda categoría de planos también era de lo

más insólito: una especie de red o entramado inextricable se perdía en líneas discontinuas, compuestas de horizontales y verticales. Figuras geométricas repartidas sobre una vasta superficie atravesaban las ramificaciones. No se entendía nada. Garabateada aquí y allá se repetía una fórmula: PARTY TIME.

Por último, Viravolta encontró un extraño estuche en miniatura, de color verde y oro. El veneciano lo cogió y lo abrió.

Tuvo la sorpresa de descubrir un mechón de cabello. Y en el interior del estuche, en medallón, un retrato del difunto rey Luis XV.

—¿Qué diablos puede significar esto? —preguntó Anna.

Encerrando el estuche en su mano, Pietro murmuró:

—No tengo la menor idea.

El precio de los tocados

Despacho del duque D'Aiguillon

Salón de la Paz

Gran apartamento y cámara de la reina, Versalles

Había llegado el invierno y se hallaban de regreso en Versalles.

—Así pues, ¿nada de Bastilla? —preguntó Pietro.

El duque D'Aiguillon se volvió. Al igual que en su última entrevista, había permanecido largo rato frente a la ventana mirando al vacío; la chupa azul y oro le confería aspecto ministerial. Parecía consumido. Le costaba ocultar su amargura. No obstante, había tomado una decisión.

—No, Viravolta. Voy a dejar el poder. Lo que temía ya está en marcha. La reina ha fracasado en su plan de hacer volver a Choiseul... Pero habrá pedido mi cabeza. El rey ha hecho su elección. No lo he esperado para dimitir.

Sentado en un sillón, Pietro cruzó las piernas y posó las manos en los reposabrazos. De hecho, el despacho del duque en el Ministerio de la Guerra mostraba un desorden que no condecía con las maniáticas costumbres de su ocupante. Pilas de carpetas atestaban el escritorio. Había cajas de cartón esparcidas por doquier y, de vez en cuando, aparecían empleados para llevarse en silencio bibelots y libros de la biblioteca. Con las cejas enarcadas, el veneciano observó un busto de bronce que pasaba por delante de él.

—Mi tiempo se ha acabado, Viravolta. Al menos por el momento. Tal vez para siempre.

Rumió un instante sus últimas palabras, que había pronunciado con aspecto sombrío y harto patético.

Después se volvió hacia la Orquídea Negra.

—Mi única satisfacción estriba en saber que Charles de Broglie no se ha visto más favorecido que yo. Sigue en el exilio y no se quedará con mi ministerio... Y menos aún con la cancillería.

El ambiente fúnebre que reinaba en el despacho contrastaba con los días dichosos que vivían en Versalles. Había surgido una nueva esperanza. El pueblo quería creer en el cambio. A falta de una confianza desbordante, Luis suscitaba simpatía. Tras los excesos y el penoso final de su difunto abuelo, alababan su voluntad de vivir de manera acorde con la virtud. Les gustaba el apego que exhibía en relación con la reina, pues desde hacía lustros el país había dejado de saborear el placer de sentir en su cabeza la presencia de una pareja real, pese a la dificultad de esta para concebir un heredero... Luis y su esposa apenas habían avanzado a ese respecto. No obstante, ¡la buena noticia era que el rey tenía erecciones! Los dolores del prepucio real durante la penetración habían sido superados. Las sábanas aparecían manchadas y el mundo entero estaba informado, puesto que el futuro del trono dependía de ello. Toda

intervención quirúrgica resultaba inútil: algún día acabaría por conseguirlo.

También la composición del gobierno era conocida. El rey no había dejado de vacilar. Maurepas acabó por irritarse. Ministro de Estado sin cartera, tenía preferencia en el Consejo. Su antigüedad constituía un caso único. Desde su exilio en Bourges y luego en Pontchartrain, por unas palabras referentes a la Pompadour que antaño le atribuyeran erróneamente, el Mentor, desde su relegación, continuaba recibiendo a sus fieles. Para sorpresa general, y a sus setenta y tres años, volvía a los asuntos de Estado. En Versalles ocupaba un apartamento situado encima de los del rey, donde se alojaba no hacía tanto la Du Barry. Un símbolo: el astuto consejero sucedía a la puta para velar por los intereses del reino. D'Aiguillon, que resultaba ser el sobrino de Maurepas, creyó brevemente que volvería a gozar de la confianza real. Su tío había hablado en su favor ante Luis XVI, pero el rey no había olvidado los lazos entre el duque y la Du Barry. Maurepas no insistió.

Volviendo a la tradicional diferenciación entre las funciones ministeriales de la Guerra y de Asuntos Exteriores, el rey había elegido, para la Guerra, al conde Du Muy, viejo amigo de su padre y gobernador de Flandes, y para Asuntos Exteriores a Vergennes, hasta entonces embajador en Suecia. Así pues, el equipo era ya operativo y D'Aiguillon estaba desocupando el lugar. Se habían acabado el triunvirato y sus impopulares decisiones. También Maupeou y el abate Terray habían sido despedidos. Turgot asumía Finanzas; Miromesnil, la Custodia de los Sellos, y Sartine, Marina. Todo ello en medio del alborozo general. Maurepas, admirador de Montesquieu y favorable a una monarquía moderada, se esforzaba por resucitar el antiguo Parlamento, para gran satisfacción de los magistrados. Todos celebraban aquel nuevo impulso, y en la plaza pública quemaban espantajos con la efigie de los antiguos ministros. El rey y la reina habían sido aplaudidos pocos días atrás, al salir de su visita oficial al Parlamento. ¡Luis XVI quería ser amado! En el Pont-Neuf, sobre la peana de la estatua que representaba al buen rey Enrique IV, una mano había trazado la palabra *Resurrexit*.

D'Aiguillon profirió un hondo suspiro. Luego se volvió hacia Viravolta.

—Vacilé mucho sobre la conducta que debía seguir. Finalmente...

Regresó a su escritorio.

—He decidido dejar que prosigáis vuestra investigación. Si el rey quiere persistir en divertirse con el Secreto, que lo haga. Ahora debe de estar al corriente de todo. Creo que disolverá el servicio. En cuanto a vos..., servid a quien os plazca, Viravolta. Sabéis hasta qué punto llevo a Broglie en el corazón... Sin embargo, a mí ya no me concierne. Os dejaré en paz.

Por primera vez miró a Pietro de frente y con sinceridad.

—He leído vuestros informes..., al menos los que tuvisteis a bien confiarme —añadió, siempre mordaz—. La amenaza no ha desaparecido... Los intereses de

Francia ante todo, ¿no es así?

Pietro se inclinó.

—En efecto.

Y añadió:

—Vuestra dignidad os honra, excelencia. El duque se limitó a esbozar una mueca, que valía por un «gracias».

Todo estaba dicho.

D'Aiguillon se volvió de nuevo hacia la ventana.

Abandonaba Versalles como una sombra.

Al salir del despacho, Pietro se sintió, no obstante, reanimado.

La decisión del duque y el cariz que estaban tomando las cosas lo aliviaban. Se había acabado el espectro de la Bastilla. Tenía las manos libres.

Un criado lo llamó y fue a inclinarse ante él.

—¿*Monsieur* de Lansalt?

—¿Sí?

—La reina os requiere en sus apartamentos.

La vida había recuperado su curso normal en palacio. Las cortinas estaban graciosamente descorridas y, en aquel océano de refinamiento sublime, un ruido cristalino, como el que hubiera producido una pequeña fuente, se dejaba oír: Pietro Viravolta de Lansalt, agente del Secreto y antiguo espía del Consejo de los Diez de la Serenísima, orinaba. Al otro lado de la galería, apenas velada por las cortinas y acucillada discretamente, orinaba asimismo Yolande de Polignac, prometida a la nueva camarilla de la reina de Francia. Pietro compuso sus ropas. Yolande se incorporó y dejó caer el vestido con tontillo para reunirse con los criados de su séquito, provistos del orinal salvador. Ambos se reunieron en el ángulo del entarimado con reflejos de espejo, y se saludaron inclinándose en una reverencia. El veneciano la contempló mientras se alejaba. Decían de ella que su paso llevaba la marca de un abandono seductor; tenía en efecto una gracia descuidada y excitante, se dijo Pietro, estudiando aquellas voluptuosas caderas. Morena de rostro ovalado y tez perfecta, indolente y perezosa, Gabrielle Yolande de Polastron, convertida en condesa Jules de Polignac, pasaba la mayor parte del tiempo en sus tierras de Claye y acudía de vez en cuando a Versalles para rendir tranquilamente un respetuoso homenaje. Viravolta esperó a que se dispersaran los sirvientes y luego se dirigió hacia los apartamentos de María Antonieta.

Tras los sucesos de Herblay, el veneciano había transmitido su información a Broglie. Por supuesto, este había refutado la acusación de que hubiese dejado filtrar de un modo u otro la entrevista del Procopé, al tiempo que se mostraba ultrajado por verse de repente objeto de las sospechas de sus propios agentes. Sin duda Landretto estaba al corriente del encuentro. Tal vez el Fabulista lo había torturado para obtener dicha información antes de darle muerte. Semejante idea, así como la de la traición de su antiguo criado, le resultaba insoportable a Viravolta. Más sencillamente, podían

haber hecho seguir a Pietro, o a alguno de los otros espías, a su llegada a París. Por lo demás, el paisaje se despejaba. Anna había oído pronunciar un nombre: Stevens. Este no le era desconocido a Charles de Broglie. El conde sabía que había trabajado para los servicios de contraespionaje ingleses. Era miembro de una oscura sociedad masónica de Sussex, la Gran Logia de Hierro. Broglie había maniobrado por mediación de sus agentes londinenses para averiguar más. Beaumarchais y D'Eon habían cruzado de nuevo el canal de la Mancha, uno enviado por Sartine y el otro por el Secreto. Charles había obtenido asimismo información de manos de lord Stormont, el embajador inglés en Francia. A decir de Stormont, Stevens, inicialmente comisionado por Jorge III, se aventuraba mucho más allá de sus prerrogativas, y sin consigna aparente. Al mismo gobierno inglés le preocupaban sus artimañas. Se disponía a enviar a sus propios emisarios para pedir explicaciones a Stevens y, en caso necesario, destituirlo de sus funciones. Se había convertido en un asunto diplomático.

No obstante, cuando Broglie oyó hablar de los planos encontrados por Anna y Pietro en Herblay, ello no hizo sino reforzar sus temores. La idea de que pudiera tratarse de la réplica definitiva y de la preparación de un desembarco inglés en Francia había empezado a abrirse paso en su mente. La evolución de la situación americana también le provocaba tormentos. Los acontecimientos se aceleraban, y Pietro no bajaba la guardia. Los planos hallados en Herblay habían sido confiados a Augustin Marienne. Por el momento, las investigaciones sobre su significado exacto no abocaban a ningún resultado. Al volver a la casa solariega, dragones y mosqueteros del rey habían encontrado el lugar desierto. Naturalmente, el enemigo se había atrincherado en otra parte. Había que volver al principio. Otro elemento, por último, resultaba turbador. En el estuche en miniatura que Viravolta había traído de Herblay, Charles había encontrado un billete autógrafo, oculto detrás del medallón que representaba al rey. Para el jefe del Secreto, que conocía la letra del antiguo monarca, no cabía la menor duda: el billete era definitivamente de puño y letra de Luis XV. Dirigido a una tal Marie, rezaba así:

El olor de vuestros ramilletes me hizo creer por un instante
que se componían de mil flores llamativas,
abrí vuestro cesto, expectante,
y solo vi siemprevivas.
A Marie.

En cuanto al mechón de cabello hallado en el estuche, Broglie era incapaz de decir a quién podía haber pertenecido. Pietro le había pedido de nuevo que hurgase en los Archivos del Secreto, para recuperar en especial los informes dedicados al primer Fabulista, el abate Jacques de Marsille, y a su primera parroquia de San Medardo. Seguía permaneciendo alerta.

Viravolta llegó a la entrada del gran apartamento de la reina desde el Salón de la Paz, que atravesó: por doquier había mármoles, frescos y trofeos de bronce. Un

guardia suizo golpeó la alabarda sobre el entarimado. Fue a anunciar a Viravolta y volvió. Invitó al veneciano a aguardar un poco.

Insigne honor, sería recibido directamente en la Cámara de la Reina.

Permaneció cruzado de brazos ante las grandes ventanas, con una pierna ligeramente flexionada sobre su calzado de hebilla. El Salón de la Paz se había convertido en el salón de juegos de María Antonieta. Había hecho instalar mesas, sillas de tijera y cómodas. Pietro miró al exterior. Hacía un frío de mil demonios. El invierno se anunciaba crudo y Versalles seguía tan mal caldeada como siempre. La nieve caía en gruesos copos. Dejó vagar la mirada por aquel mullido y algodonoso océano, que formaba una película de cristal sobre los bosquecillos circundantes. El cadáver de Landretto volvió a su mente. Meneó la cabeza. Le parecía estar viendo el cuerpo de su criado deslizarse ante sus ojos en la bruma, como lo habría hecho en una góndola por la laguna. Se esforzó por pensar en otra cosa, ahogando la mirada en la escarcha luminiscente del Gran Canal. A lo lejos adivinaba un trineo abandonado.

«Dios, qué hermoso está el palacio con este tiempo».

Contuvo un estornudo. De pronto, una voz clara lo hizo volverse.

—¡Vamos! ¡Vamos!

En el salón sonó ruido de pasos. Un ejército de jóvenes con peluca, que llevaban cajas de cartón de todas las dimensiones, salió de los apartamentos de la reina. Los empleados trotaron en cadencia delante de Pietro, pronto seguidos por una mujer presa de gran excitación, perfumada y maquillada en exceso. Avanzaba con paso rápido sin dejar de darles órdenes, mientras se levantaba el vestido de tafetán verde y naranja. Un sombrero de plumas se agitaba sobre sus rizos. Se había quitado uno de los guantes de encaje. Un lunar postizo en la mejilla, ojos vivos y curiosos, una boca de labios minúsculos y perfilados con carmín... Se detuvo un momento ante el veneciano, al que examinó de arriba abajo. Después remedó una reverencia. Divertido, Viravolta la reconoció al instante: era Rose Bertin, la modista de la reina. Ella sonrió y dio nuevas palmadas: «¡Vamos! ¡Vamos!», antes de desaparecer con sus tropas.

En su tienda, Au Grand Mogol, Rose daba empleo a más de treinta costureras. Saltos de cama, albornoces, manteletas, pellizas, pañuelos y nudos de espada, abanicos y manoplas, pantuflas y otras maravillas se sumaban a las extravagancias de sus vestidos y sombreros. Desordenada pero trabajadora sin par, orgullosa como ninguna, Rose estaba en un tris de conquistar todas las cortes de Europa. Desde la muerte de Luis XV había lanzado la moda de los llamados *poufs*, inmensos tocados de varios pisos cargados de motivos inverosímiles. Con ocasión del duelo de Francia, pero también del impulso suscitado por el nuevo reino, había concebido un tocado especialmente fantasioso. A la izquierda, un ciprés adornado con caléndulas surgía de un crepé que representaba una maraña de raíces; a la derecha, una gavilla de trigo descansaba en un cuerno de la abundancia perdido en medio de plumas blancas. Este tocado no había tardado en ceder el sitio a un «pouf de inoculación», en homenaje al

valor del rey, que en junio había decidido hacerse inocular la viruela, operación cuyos efectos secundarios siempre eran temidos. La modista había aprovechado el hecho para erigir sobre su tocado un olivo en torno al cual se enroscaba la serpiente Esculapio, que sostenía una maza enguirnaldada con flores para fulminar la viruela; todo ello sobre el fondo de una puesta de sol. A estos primeros intentos habían sucedido otras extravagancias, como el *Qués aco* o el «pouf de los sentimientos», que la mujer disponía según su carácter o su humor del día, un rasgo de genio, sin la menor duda...

En la actualidad esos tocados hacían furor en Versalles. En ocasiones llegaban demasiado lejos. Por lo demás, también se veían de lejos. Ya no se distinguía el entorno de la reina por menos de cincuenta centímetros de plumas...

Rose se marchó y Pietro fue introducido en la cámara de María Antonieta.

En la amplia estancia donde ordinariamente se desarrollaba el aseo público de la reina, dos soberanas habían vivido y habían muerto, y casi una veintena de príncipes habían venido al mundo. Todo oscilaba entre la intimidad y la magnificencia: los tremós con decoración de palmeras alrededor de la chimenea, las pinturas barrocas sobre las puertas, los dovelajes con las Virtudes de la Reina inscritas en cartuchos. Esculturas que llevaban las armas de Francia y de Austria figuraban en los rincones. Por encima de los espejos, María Antonieta había hecho ejecutar retratos de su madre, de su hermano José y de Luis XVI. La tapicería de gros de Tours y el suntuoso lecho con baldaquino completaban el cuadro.

Por lo demás, aquello era un maremágnun.

—Formidable, ¿no os parece? Es formidable.

Lo primero que vio Pietro no fueron ni los frescos ni los tremós, sino unas tijeras. Un exaltado con el cabello en desorden manejaba el instrumento con chasquidos repetidos; luego lo depositaba para ajustar gasa sobre una peluca de demostración. Se trataba de Léonard, el indescriptible Léonard de peine volador, primer peluquero y fabricante de pelucas de la reina, fino espadachín con las tijeras de plata, especialista en la colocación de tocados de gasa, don Quijote del bucle, matasiete de los remolinos rebeldes y príncipe de la bufonada capilar.

Lo cierto es que el tal Léonard, si bien no era DaVinci, tenía un talento inaudito para la colocación de pelucas y el empolvado de todo tipo. Antaño, los problemas del Rey Sol no se habían reducido a su célebre fístula anal, sometida al bisturí en 1685, y la parte del paladar que le habían arrancado en 1686, que lo obligaba a chupar pastillas contra el mal aliento. También se quedó calvo a los treinta y cinco años, de resultas de lo cual las pelucas invadieron la corte. Tras las inmensas pelucas «in folio», las trenzas y coletas, a las que tan aficionado era Viravolta, habían dado el tono. Las damas, con sus *fontanges*^[1] y sus famosos tocados, no se quedaban atrás. Al placer del cabello se sumaba el placer del maquillaje: todos se aplicaban albayalde sobre el

rostro, y añadían azul para hacer resaltar las venas y la palidez de la piel, negro en los ojos y carmín en boca y mejillas; sin olvidar los lunares postizos de tafetán. Desde hacía algún tiempo, dos cómplices se habían sumado a las mascaradas de la Bertin: el peluquero Léonard y... también el perfumista Jean-Louis Fargeon, quien, tras el exilio de la Du Barry, se había ganado a la soberana gracias a unos guantes perfumados que ella utilizaba para sus paseos a caballo, así como a un baño de modestia, preparación transmitida a la encargada de los baños, para su higiene diaria.

En la actualidad, alrededor de la reina, el triángulo Léonard-Bertin-Fargeon despedía destellos.

Allí, delante de Pietro, rodeada de sus sombreros, cajas de cartón y cajas de zapatos, de una fuente de mostachones y pastelillos a medio comer, fresca como una rosa, se encontraba María Antonieta. Alzó sus límpidos ojos hacia el veneciano apenas este hubo entrado.

—¡Ah! —dijo con su voz clara—, ¡aquí estáis, *monsieur* de Lansalt!

Pietro se inclinó.

—Majestad...

—Estoy muy contenta de veros. Perdonaréis el desastre. *Mademoiselle* Bertin acaba de dejarnos. Esa mujer tiene una imaginación insensata.

—Ciertamente —corroboró Viravolta.

—¿Y bien, *monsieur* de Lansalt, qué es de vuestra vida? ¿Seguís dedicándoos a los asuntos exteriores y los de la policía? Estoy algo resentida con ellos; me privan de vuestra compañía. Hace tiempo que no os veo por los alrededores, velando por mí. Os consta que eso me tranquiliza. ¿Sabéis?, no he olvidado que fuisteis mi ángel de la guarda cuando era delfina, a mi llegada.

—Que vuestra majestad me perdone a su vez. Pero, creedme, ¡no pasa un solo día sin que me esfuerce por volver a vuestro círculo!

—Al menos tengo la suerte de ver a vuestra esposa cuando damos una recepción. Ríe cuando me cuenta que no cesáis de correr de acá para allá. Sois un tanto agitado, *monsieur* de Lansalt.

—Anna. No dejaba pasar una.

—Os lo agradezco, y en efecto, así es.

María Antonieta le sonrió, y era una sonrisa sincera. Sabía que le agradaba. A Pietro le pareció que se había puesto un poco rolliza; sin embargo, conservaba aquella gracia extraordinaria en el porte de la cabeza y los modales acariciantes, así como una piel tan diáfana que cabía compararla con la porcelana. Un delicado perfume de lirio, sin duda obra de Fargeon, emanaba de ella. Llevaba un vestido de reflejos plateados con tontillo, muy hermoso, ceñido en la cintura mediante una sencilla cinta de seda azul. Ya se había puesto carmín, estaba maquillada, empolvada y más o menos peinada. Pietro sonrió.

¡Por Dios! Pese a todo se hallaba ante la reina de Francia.

—Perdón —dijo, dirigiéndose esta vez a Léonard—, pero debo hablar un segundo

con *monsieur* de Lansalt. Podéis quedaros. Me gusta mucho lo que proponéis, pero ¿no quedaría más bonita la cinta en azul cielo? También habría que ver con *monsieur* Fargeon si puede encontrar algún sutil perfume que quede bien con ese pañuelo.

—Sí, sí, majestad, qué excelente idea.

—*Monsieur* de Lansalt, venid, acercaos.

Revoloteó delante de él mientras hurgaba en las cajas de cartón; durante ese tiempo el veneciano seguía tomando la medida del caos. Sobre un aparador divisó multitud de frascos de perfume adornados con frutas o con miniaturas mitológicas y pastorales, orladas de máximas como «El amor pasa», «la amistad permanece» o «Yo soy fiel»; algunos componían jeroglíficos, como aquella mujer remangándose las faldas para buscar una pulga en su liga a la que acompañaba un comentario un tanto licencioso: «Su destino envidia». Al alcance de la mano se encontraban frascos decorados con camafeos, neceseres de piel de zapa y el famoso ajuar de la reina. Los vestidos acusaban idéntica superabundancia: doce grandes trajes de invierno, otros tantos vestidos de fantasía, ricos vestidos con tontillo, sin contar percales y muselinas. Aquel derroche empezaba a valer a la reina una reputación de despilfarradora y a adquirir un cariz político. La gente no veía con buenos ojos que la austríaca se comportase más como icono de la moda que como reina preocupada por los franceses. Su frivolidad se consideraba peligrosa para las arcas del reino. Turgot había confiado a Viravolta que la Casa de la Reina tenía un déficit de trescientas mil fibras, cuando pocos meses atrás habían doblado el montante de su tesoro particular, lo cual obligaba ya a recurrir a los fondos de la Casa del Rey.

Aquellos dispendios eran una realidad, pero la reina no era la única que estaba en tela de juicio; a su llegada, Turgot había decidido claros recortes del presupuesto, empezando por el Extraordinario de la Boca, centenares de platos preparados inútilmente para las comidas reales. Los despilfarras de la corte eran criticados desde hacía lustros, y la imagen de un Luis XV caprichoso, que mantenía a sus ramerías del Parc-aux-Cerfs y luego a la Du Barry, había añadido leña al fuego. Si bien las cuentas del Estado no se hacían públicas, las fantasías al respecto se disparaban: la gente imaginaba, y no siempre erróneamente, gastos delirantes, que alimentaban los sueños más locos. Y la cosa no tenía visos de mejorar, puesto que María Antonieta acababa de recibir como regalo de su esposo el bonito palacio de Trianon y se había metido en la cabeza acondicionar su pequeño jardín anglochinesco.

—Mirad, *monsieur* de Lansalt —dijo la reina—. Hay entre estos tesoros algo que debería interesaros.

Sacó del farrago de objetos una caja de cartón. Pietro se puso tenso al instante.

Una inicial atrajo su atención. Una F dorada y en relieve.

Apretó los dientes.

—¿Cuándo lo habéis recibido?

María Antonieta le dirigió una sonrisa radiante.

—Anoche. Estaba convencida de que se trataba de un regalo de *mademoiselle*

Bertin, pero esta me ha asegurado lo contrario; de hecho, se ha disgustado sobremanera al ver que alguien se había complacido en imitarla.

—¿Y en esta caja...? —dijo Pietro, amagando el intento de abrirla.

—Adelante, os lo ruego.

La abrió. En su interior había un nuevo pouf.

«Muy propio de él».

El tocado estaba rodeado de flores de un tipo muy especial; a la derecha aparecía representada una choza rudimentaria, con tal cuidado por el detalle que una tira de gasa figuraba el humo que se suponía que debía surgir de la chimenea de la casa con tejado de bálago, en medio de tres penachos de plumas. En el umbral de la puerta, un insecto con un ridículo mandil a cuadros parecía mantener una animada charla con otro, que llevaba una guitarra en miniatura. Cosa curiosa, debajo del insecto de la guitarra, hasta el borde del tocado, habían esparcido expresamente gotas de mercurio oscuro, que parecían sangre.

—Lo acompañaba una nota —dijo María Antonieta—. Sin otra firma que esta inicial, F. Se la mostré a *monsieur* Sartine y a *monsieur* Vergennes, quienes inmediatamente me dijeron que os hiciera partícipe de ella.

—Hicieron bien —repuso el veneciano, sombrío—. Pero dejadme adivinar...

La nota estaba depositada en el tocado en medio de las flores, como una esquila de mal augurio.

Pietro la asió, luchando por dominar su cólera.

La abrió.

—Así que de todos modos la ha escrito —dijo. Y añadió—. Estuvo en un tris que se tratase de mi letra.

Meneó la cabeza.

LA CIGARRA Y LA HORMIGA

Libro I - Fábula 1

*La cigarra, que cantó
durante todo el estío,
muy desprovista se halló
cuando llegó el frío.
Ni el menor pedacillo
de mosca o de gusanillo.
A proclamar su hambre va por el sendero
hasta la casa de su vecina la hormiga,
y algún grano en reserva le mendiga
con el que subsistir en tiempo venidero.
«Os pagaré», le dice quejosa,
«antes de la estación copiosa,*

*a fe de animal,
interés y capital».*
*La hormiga lo de prestar se lo piensa;
es su menor defecto, a ello no es propensa.*
*«¿Qué hacíais cuando el calor apretaba?»,
dice a aquella pedigüeña.*
*«Noche y día a todo el que pasaba
cantaba con voz halagüeña».*
*«¿Cantabais? En buena hora.
¡Pues bien, bailad ahora!».*

Y así, mi reina de oro, cuando el sol cerca del solsticio se encuentre con la aurora también vos bailaréis.

F.

Era notorio que María Antonieta adoraba las flores, en especial los junquillos, violetas, azucenas y lilas, por no hablar de las rosas, desde luego. Pietro ya no necesitaba recurrir a los servicios de Le Normand, el jardinero filósofo, para adivinar el alcance de aquel nuevo mensaje; la rosa y la azucena, de nuevo; el codeso por el disimulo; la aquilea por la guerra; la siempreviva por los remordimientos eternos, junto con dos o tres crisantemos.

Era la señal.

«Pero ¿y esa historia de solsticio, de sol y de aurora? ¡De nuevo una de sus metáforas!».

«¡El Fabulista sigue queriendo matar con fábulas y poesía!».

«Se trata de una indicación... sobre el momento. Pero ¿cuándo será?».

De nuevo la reina se hallaba a su lado y alzaba hacia Pietro sus grandes ojos de cervatillo.

—Dios sabe que he leído epigramas y poemas que me inventan toda suerte de caprichos y de historias, en ocasiones de lo más obscuro. Vivimos una epidemia de canciones satíricas y, como siempre, ¡mis detractores me achacan todos los males! Pero esto...

Se puso brazos en jarras.

—¿Entendéis algo de lo que dice? —preguntó.

Viravolta suspiró.

Murmuró para sí unos juramentos inaudibles.

—Yo me encargaré, majestad.

THE LAST OF ENGLAND

Bosque de Saint-Germain-en-Laye

Los emisarios del rey Jorge encontraron a lord Stevens en el lindero del bosque de Saint-Germain, tal como habían previsto. Tras su precipitada retirada de Herblay, Stevens y el Fabulista habían tenido que buscar un nuevo refugio. No tardarían en reunir a sus tropas y preparar su partida hacia Reims. Sin embargo, Stevens no había podido diferir una entrevista con dos espías enviados por lord Stormont, inquieto por la evolución de la situación desde que había podido conversar personalmente con Charles de Broglie.

—Ahí están —murmuró uno de los hombres de Stevens.

Solo una luz macilenta aparecía de vez en cuando. Dos de los soldados de Stevens llevaban antorchas. El follaje de los árboles, oscuro y frondoso, se agitaba bajo una lúgubre borrasca. En medio de aquel pozo sin fondo la nieve dibujaba estelas de blancura que, aplastadas por la oscuridad, adquirían matices grisáceos. Un roedor perdido pasó brevemente por delante de Stevens, levantando su inquieto hocico antes de desaparecer.

Por fin, dos siluetas encapuchadas aparecieron a caballo. Los agentes ingleses se apearon de sus monturas.

—*Good evening, Sir. Secret service.*

Todos se saludaron.

—Como sabéis, lord Stormont está preocupado por las disposiciones que tomáis actualmente. Actúa bajo la autoridad del rey, que ha sido informado de la dificultad que teníamos para... evaluar vuestra estrategia. Se dispone a llamaros a Inglaterra y, debo decíroslo, ello dependerá de nuestro informe.

Stevens se notaba la boca pastosa. Sin desmontar, declaró:

—No temáis. Regresaré a Inglaterra muy pronto, y en tales condiciones que el rey no podrá por menos que sentirse satisfecho de mí y de la misión que me confió.

El segundo emisario avanzó un paso.

—Eso fue en otro tiempo y en otras circunstancias, señor. Bien, creo que debemos hablaros con mayor franqueza. Tenemos orden de examinar con detalle la naturaleza exacta de vuestros planes, en especial de la operación que habéis llamado «Party Time». Nos gustaría saber por qué optasteis por retiraros a una mansión alejada de Versalles y en qué condiciones tuvisteis que abandonar vuestro retiro. Tenemos poder para relevaros de vuestras funciones.

Stevens había enarcado una ceja al oír la mención «Party Time». Saltaba a la vista que nadie había comprendido. No pudo evitar echarse a reír.

—¡Vos! ¡Vos «tenéis poder»! Me gustaría mucho verlo. No tengo por qué rendiros cuentas, ni tampoco a lord Stormont, por lo demás. En cuanto a nuestro buen rey Jorge, no os preocupéis por él, estoy preparando un correo en el que me explico

con todo detalle.

El espía meneó la cabeza bajo la capucha.

—No es suficiente. Dadnos acceso a vuestros documentos o habré de pedirlos que nos sigáis. Y seréis relevado de todas vuestras atribuciones.

Stevens meneó la cabeza a su vez.

—En tal caso..., temo que nos encontremos en un callejón sin salida.

El primer espía se llevó la mano al pomo de la espada. El segundo, a la pistola que llevaba al cinto.

—Si así os place...

Los portadores de antorchas que flanqueaban a lord Stevens hicieron amago de desenvainar a su vez. El espía de la pistola fue más rápido y, sacando el arma, la apuntó hacia ellos.

—*Don't move.*

Por un momento, todos se quedaron paralizados.

Los dos espías, los hombres de Stevens y este mismo formaban un círculo curioso en el lindero del bosque. Entonces, el apóstol de la Gran Logia de Hierro juntó las manos y se miró la hebilla del zapato con expresión preocupada.

—Amigos míos... A pesar de los pesares, permaneceré fiel, aunque deba ser el último. *The last of England.*

Era la señal. Desde detrás de la cortina de los árboles próximos sonaron dos detonaciones.

Los dos agentes se derrumbaron.

El primero cayó muerto en el acto; el otro sufrió unos espasmos en el suelo y luego se quedó quieto.

Entonces, saliendo de los bosques, el tirador avanzó.

—Gracias —dijo lord Stevens.

Y repitió:

—Gracias, Zafiro.

La mujer caminaba hacia él. Blusa, pantalones y botas negras, y el cabello recogido en una coleta, había abandonado la peluca. En cambio, seguía maquillándose. Una capellina le cubría los hombros. El abanico le había resbalado al costado. El zafiro centelleaba en su cuello. Los motivos de su corpiño azul oscuro representaban las alas de un insecto. Parecía una mariposa saliendo de su crisálida. Sin dejar de avanzar hacia Stevens, sopló en el cañón interminable de las dos pistolas que llevaba en las manos enguantadas; sus pisadas crujían sobre la nieve.

—*You're welcome* —repuso al detenerse ante él.

Stevens señaló los cadáveres tendidos en la nieve. Una mancha oscura escapaba lentamente de su cráneo.

—No os preocupéis por ellos. Yo mismo me pondré en contacto con lord Stormont y cargaremos las culpas a los Servicios de Broglie. O bien fingiremos no haberlos visto jamás.

Zafiro hizo una mueca.

—Dudo que vuestro juegucito se prolongue mucho tiempo. Pero mientras paguéis la pensión que me debéis, me trae sin cuidado.

—Vuestras maniobras para cubriros en el Procope tampoco fueron un clamoroso éxito...

—Se suponía que vuestro amigo había acabado con Viravolta. De haber sido así, el resto habría sido un juego de niños. Me vi obligada a actuar en consecuencia... a fin de no descubrirme.

Stevens esbozó una sonrisa voraz.

—No estabais obligada a matar a una decena de nuestros hombres. Pero me agradáis, Zafiro. Sois una mercenaria como a mí me gustan.

—El Secreto no tardará en ser disuelto. Ya no tengo nada que perder... Sueño con retirarme a vuestro país. Aún me quedan numerosos amigos en Londres.

Otra voz surgió de la negrura.

—Acabemos primero con los asuntos en curso.

Stevens y la agente doble volvieron la cabeza.

El Fabulista franqueó a su vez la cortina de árboles a lomos de su caballo negro de batalla.

A aquella hora tardía, había abandonado su atavío de tinieblas.

Avanzaba con el rostro descubierto.

—Ahora estamos embarcados. Hemos alcanzado el punto de no retorno. No os perdáis en conjeturas inútiles... y concentrémonos en lo que nos aguarda.

Stevens estudió a su aliado con la admiración mezclada de ironía que siempre había experimentado al respecto. El Fabulista debía de tener unos cuarenta años. Una voz clara y sombría, según las emociones que pasaban sobre su frente. Una mirada que, pese a la calma aparente, traicionaba sus tormentas interiores. Una cabellera sembrada de rizos negros. Su boca parecía sin cesar contrariada por un pliegue de cólera, que acentuaba los hoyuelos de sus mejillas. La sombra en el hueco de estas, las escasas arrugas por encima de las cejas, las ojeras ocultas bajo los polvos eran como los vestigios de la aspereza de su infancia; pero también de los años pasados comprendiendo el poder, estudiando los menores rincones de Versalles, tejiendo sus relaciones con los tráfugas del Secreto o los espías ingleses, a medida que maduraba su venganza. No era ni apuesto ni feo; sin embargo, montado así en su caballo, con la amplia capa cayéndole a la espalda, producía una impresión mayestática al tiempo que inspiraba un sordo terror. Era absolutamente incontrolable.

Stevens nunca había podido penetrar el misterio de aquel hombre. La investigación que había llevado a cabo en relación con él se había perdido en los meandros de los círculos jansenistas de la parroquia de San Medardo que frecuentaba su mentor, el primer Fabulista, el abate Jacques de Marsille. El inglés no había podido averiguar más. Seguía preguntándose acerca del odio tenaz que el Fabulista sentía hacia todo el mundo, empezando por Viravolta, para el cual, al menos, tenía

una explicación: era el asesino del abate. Tanto daba, se dijo Stevens: el Fabulista servía a sus fines. Cuando firmaron su pacto, en Londres, Stevens reconoció en él aquella inteligencia fulgurante que desde entonces despedía chispas; no obstante, era asimismo una fuente de riesgos. Stevens había tomado la medida de su locura..., el cuidado meticuloso con que descuartizaba animales para disecarlos; la bestialidad de su antiguo sirviente, el jorobado Etienne; su amor refinado y perverso por las fábulas destinadas a la educación de los niños, que el inglés siempre había encontrado tan sofisticado como vesánico.

Juntos habían reclutado a Zafiro, agente del Secreto, contacto ideal para obtener información sobre el conde de Broglie y su red, pero también para tener acceso a ciertos expedientes confidenciales. La reunión en el bosque no estaba destinada únicamente a recibir a los emisarios ingleses.

—He corrido muchos riesgos —dijo Zafiro—. Creo que ya es hora de que se me dé lo que merezco.

Avanzaba hacia el Fabulista con los brazos en jarras. Había guardado las pistolas. Stevens y el Fabulista se miraron.

—En efecto —admitió el segundo.

Sacó su arma sin vacilar.

Hubo un breve destello, una detonación, una nube de pólvora.

—Listo.

Zafiro permaneció de pie un instante, con la boca abierta de estupor y una mirada de asombro al tiempo que comprendía. De la estrella de su frente brotó la sangre.

—Después de todo —dijo el Fabulista—, habéis olvidado un detalle.

Sonrió.

—También sois una agente del Secreto. Zafiro se tambaleó y cayó al suelo.

Stevens, el Fabulista a caballo y sus esbirros permanecieron alrededor de los tres cadáveres, trinidad maldita.

—Se estaba volviendo demasiado peligrosa... y demasiado exigente —comentó el inglés.

—Al menos ha servido bien.

—No lo bastante para mi gusto.

Stevens miró a su aliado. El Fabulista parecía bastante preocupado.

—Qué fastidio...

—¿El qué?

—No he previsto ninguna fábula para ella. Se rascaba el mentón.

—Lo cierto es que... no estaba seguro de que la mataría. Stevens lo miró sin replicar. —*Nobody's perfect.*

El inglés acabó por girar sobre sus talones. Señaló con el mentón los cadáveres a sus secuaces.

—Registradlos a los tres y enterradlos.

Después sonrió y se volvió hacia su aliado.

—Querido amigo, nos vemos en la casa de campo. Mañana partiremos hacia Reims.

Y se marchó.

El Fabulista se volvió hacia el bosque. Dirigió una postrera mirada a Zafiro, ojos en blanco, boca entreabierta, que clavaba la vista en un cielo sin luna. Trató de interpretar los dibujos que formaba la sangre sobre la nieve. Se preguntó qué aspecto tendría su cadáver si la disecaba.

Los hombres de Stevens se llevaron sus restos mortales.

Un viento glacial recorrió la frente del Fabulista; una lágrima de frío resbaló por su párpado. «También tú, Stevens —se dijo— cuando todo haya acabado... Tendré que librarme de ti. Estás aún más loco que yo».

«La única diferencia es que tú no lo sabes».

Apretó los dientes, con los rasgos deformados por una cólera nueva...

Y volvió a aferrar las riendas de su montura.

La mártir de San Medardo

*Archivos secretos, sótanos de las alas de los Ministros
Parroquia y cementerio de San Medardo,
París Salón de la Paz y Galería de los Espejos, Versalles*

«Oh, no, es imposible...».

La iluminación le llegó durante una velada de insomnio.

Charles de Broglie había rozado tan de cerca la gloria... Su enemigo de siempre, el duque D'Aiguillon, era reenviado a sus queridos estudios. Con Vergennes en Asuntos Exteriores, el Secreto contaba por fin con uno de sus agentes en el primer círculo del poder. Broglie había esperado el puesto, no podía por menos que sentirse celoso; al menos tenía la seguridad de encontrar un aliado en la cúpula de la política exterior francesa. Du Muy, en Guerra, era un amigo desde hacía mucho tiempo. Al igual que Sartine. La mayoría de los agentes del Servicio salían del apuro: Breteuil en Viena; Durand, ministro plenipotenciario en San Petersburgo; Saint-Priest, embajador en Constantinopla... Resultaba vejatorio. Durante ese tiempo, él, Charles de Broglie, ¡debía seguir justificándose! Y encima guardaba silencio, por el bien de la pareja real, sobre la investigación que había llevado por su parte contra el Fabulista y sus epigramas mortales, al tiempo que daba a Viravolta la consigna de hacer lo mismo. ¡Todo ello por el bien de la Corona! ¡Hasta dónde había que llevar la abnegación! Y pese a las buenas noticias de las nominaciones, los asuntos del Servicio apenas se habían resuelto. El rey había acabado por recuperar las famosas correspondencias del Secreto. Consideraba peligrosas esas cartas. En dos ocasiones había pedido a Broglie, sin éxito, la restitución de los códigos, la Cifra. Proponía efectuar el pago del mes de junio, tras de lo cual el Gabinete Negro sería disuelto. Así pues, ¡todo se había consumado!

Luis XVI quería enterrar el Secreto.

Ahora exigía la destrucción de todas las piezas que tuvieran que ver con las actividades del Servicio, a cambio de lo cual la gracia para Charles sería efectiva. Para el conde, la destrucción de los archivos resultaba impensable. Estos probaban que había actuado con el imprimátur del propio Luis XV y, en consecuencia, constituían su mejor protección, al igual que la de todos sus agentes. Por añadidura, representaban informaciones preciosas para el Estado. Broglie había propuesto que Vergennes centralizara el conjunto de los documentos y los hiciera peritar. Insistía asimismo en advertir personalmente a sus agentes del fin de su servicio y en arreglar la cuestión de sus pensiones y pagas.

Por último, todos los códigos serían entregados a Vergennes para su destrucción.

En el ínterin, habían llegado a conocimiento de Luis XVI nuevos informes que

atestiguaban la fidelidad de Broglie al reino. Se había mostrado más conciliador. Asimismo se había creado la comisión de estudio de los archivos, compuesta por Vergennes y Du Muy, lo cual favorecía a Charles. Como la cuestión del pago de los agentes no podía esperar, habían confeccionado por fin, para la ocasión, la lista de sus nombres, al menos de todos aquellos que seguían en activo. El rey había firmado dicha lista el 1.º de septiembre para ratificar el pago de las retribuciones. Mokronowski, patriota polaco, recibiría veinte mil libras anuales. Durand, La Rozière y Dubois-Martin, seis mil. Saint-Priest, Les Chrétien padre e hijo, Favier, Drouet y algunos otros recibirían a su vez pensiones satisfactorias. Mención especial para Viravolta, llamado la Orquídea Negra, diez mil libras. D'Eon resultaba más favorecido todavía, con doce mil libras; sin embargo, empezaba a plantar cara. Zafiro estaba en la parte inferior de la lista. En cuanto al tal Beaumarchais, que había regresado a Londres, él...

El detalle decisivo le llegó en ese preciso momento.

«Hurgad de nuevo en los antiguos expedientes», le había dicho Viravolta durante su entrevista en los jardines. «Reabrid la investigación de San Medardo». Charles no le había esperado para hacerlo. No obstante, la Orquídea Negra había hecho bien en insistir. Tal vez Broglie hubiera olvidado algo... Un vago, un lejano recuerdo, que se remontaba a la época en que Viravolta había eliminado la amenaza del primer Fabulista, la noche de las nupcias de María Antonieta...

De pronto, Charles abrió los ojos y se incorporó con la camisa de dormir blanca.

Acto seguido se vistió a toda prisa para dirigirse a Versalles.

Antes del amanecer entraba pitando en los Archivos de la Casa del Rey, aprovechando la amistad que le profesaba Augustin Marianne.

Llegó empapado en sudor a una de las salas de los Archivos, en los sótanos. Se quitó el fular y extendió ante sí el montón de expedientes que acababa de procurarse. Tomó uno, lo abrió, lo hojeó, lo rechazó. Asíó un segundo, un tercero.

El olor de vuestros ramilletes me hizo creer por un instante
que se componían de mil flores llamativas,
abrí vuestro cesto, expectante,
y solo vi siemprevivas.
A Marie.

«Podría ser que...».

Acababa de encontrarlo. Dentro de una carpeta con tapa marrón y forrada de piel, entre los centenares de pliegos amarillentos por el tiempo. El detalle. La frase que acababa de despertarlo con un sobresalto, como si su cerebro nunca hubiera dejado de trabajar sobre ello sin siquiera saberlo. Una frase perdida en un océano de papeleo...

«Es esto. Forzosamente».

Su dedo acababa de detenerse en la mención de uno de los informes.

Parece ser que el abate Jacques de Marsille, que se hizo llamar el Fabulista, frecuentaba los círculos de

jansenistas convulsionarios de la parroquia de San Medardo. Era famoso por ocuparse activamente de los pobres, los huérfanos y las prostitutas de la parroquia, con todas las ambigüedades que podía sugerir su turbia situación, y a pesar de que ninguna prueba pudo apoyar las calumnias atribuidas a su persona. Pudo, en particular, mantener relaciones con una tal Marie Desarneaux, prostituta de San Medardo...

Charles tenía la garganta seca. Se llevó una mano a los labios. Sus ojos se desorbitaron de horror a medida que captaba la magnitud de la catástrofe.

«Oh, Dios mío... Oh, Dios mío...».

Llegó a la parroquia de San Medardo a toda prisa, y bajo un aguacero. Se había hecho anunciar por uno de sus confidentes, quien fácilmente había establecido contacto con el cura e identificado a la que buscaba. Broglie se apeó de la carroza antes incluso de que el vehículo se detuviera. Pasó por debajo del campanario. La sombra de la pequeña iglesia lo cubría. Divisó el perfil de las gárgolas que, con las fauces abiertas y todas las garras fuera, parecían dispuestas a lanzarse sobre él. Un pórtico atestado de apóstoles y de libros sagrados dibujaba en arcos sucesivos las frías circunvoluciones de un purgatorio.

La parroquia que durante breve tiempo el abate de Marsille había tenido a su cargo era célebre por una razón muy especial. En el primer tercio del siglo se habían producido allí terribles acontecimientos. Curaciones milagrosas y crisis de devoción que se traducían en convulsiones corporales se habían desarrollado en torno a la tumba de un diácono, en el cementerio contiguo a la iglesia. Aquel hombre, Francois de Pâris, había muerto en 1727. Admirado en demasía por los pobres, cometió la equivocación de ser un jansenista, miembro activo del partido de los «apelantes». Desde la bula Unigenitus del Papa, a los jansenistas se los consideraba heréticos a la fe católica, debido a sus tesis sobre la gracia y la predestinación. La controversia había desbordado la élite para alcanzar al pueblo llano, que con frecuencia veneraba al clero jansenista por su rectitud y su castidad. Durante la Regencia, un partido de obispos, monjes y sacerdotes, apoyados por numerosos laicos, «apelaron» el texto de la Unigenitus, de ahí el nombre de «apelantes» dado a los rebeldes. Por espacio de diez años se produjeron varias apelaciones, que dieron lugar a múltiples excomuniones. Francois de Pâris participó en cada una de ellas.

A su muerte donó mediante testamento todos sus bienes a los pobres de San Medardo.

No tardaron en producirse acontecimientos insólitos en torno a su tumba. Se hablaba de milagros. El cementerio se convirtió en lugar de cita de multitud de escrofulosos y paralíticos, que acudían a tenderse sobre su tumba o a recoger la tierra que la rodeaba para componer emplastos. El arzobispo de París condenó aquellas reuniones y exigió el final del culto a las reliquias. Veintitrés curas parisinos le dirigieron entonces una petición que atestiguaba cuatro milagros para los que decían disponer de sólidos testimonios. La Iglesia siguió sin reaccionar. Entonces la devoción se radicalizó. Los informes de la policía del rey eran alarmantes. Decían que los enfermos estaban poseídos por fuerzas indecibles. A la sazón las curaciones

se obraban en forma de convulsiones, acompañadas de alaridos y crujidos de huesos. Las jóvenes se entregaban a hombres dispuestos a abusar de ellas. Los médicos del rey clamaron impostura. Las autoridades hicieron cerrar el cementerio, pero las «ceremonias» prosiguieron en la clandestinidad. Los espasmos se convirtieron en un suplicio. Ahora, se suponía que el dolor de los convulsionarios representaba la Pasión de Cristo. Los participantes pisoteaban, golpeaban y estiraban los miembros de sus víctimas, en nombre de la gracia divina. Se utilizaban barras de hierro, espadas y hojas afiladas para crear nuevos estigmas. Los mismos jansenistas, desbordados por aquel movimiento, se desentendieron de tales horrores. Pronto no quedaron más que algunas comunidades secretas. La indiferencia o el odio del clero y de las autoridades los condujeron al último de los excesos: la identificación con Cristo mediante la reconstrucción de calvarios y de crucifixiones.

En la actualidad ya casi no se hablaba de ello; no obstante, la policía sabía que, casi medio siglo más tarde, no todos los focos de convulsionarios estaban apagados. El abate de Marsille, sucesor de Francois de Pâris, tal vez había formado parte de ellos. Tras haberse informado, Charles sabía que actualmente el cura de San Medardo se llamaba Jean Moroís, abate Jean Moroís.

Llamó a la puerta de la sacristía. El sacerdote la abrió de inmediato. Esbelto septuagenario, con los ojos devorados por las arrugas, Jean Moroís flotaba en sus vestiduras negras. Charles le mostró el sello real que utilizaba desde la época del Bien Amado.

Moroís hizo entrar al jefe del Secreto.

—¿Está aquí? —preguntó Charles con expresión interrogativa.

—Os espera.

Unas albas colgaban en una pared. Sobre un escritorio iluminado con una vela había una Biblia y papeles dispersos. El abate abrió una puerta al fondo de la sacristía. Comunicaba con un edificio situado detrás de la iglesia. Debajo de una escalera, el sacerdote apartó una colgadura para desvelar otra puerta y una serie de escalones que descendían hacia las profundidades. Se adentraron por ellos. Desembocaron en un sótano con techo de piedra en crucería. El lugar estaba habilitado como un salón; contaba con un amplio diván, así como una biblioteca, cargada de libros religiosos y tratados de mística. Otro escritorio y varias sillas rodeaban una mesa sobre la que había una vajilla miserable y más velas encendidas. En la mesa estaban dispuestas dos tazas, así como una jarra de tisana todavía humeante. Un poco más allá, como si los aguardara, una mujer de edad indefinida levantó la cabeza tan pronto como los oyó entrar.

El conde se dio cuenta enseguida de que era ciega.

—¿Sois vos, Jean?

—Soy yo, Marie. He venido con alguien.

Charles examinó a la anciana. Le habían quemado los ojos. Los párpados parecían cosidos al fondo de las órbitas, atravesados por excrecencias de carne

violeta. Estaba tan descarnada como el abate. El chal que le cubría la cabeza y los hombros acentuaba su aspecto de bruja escapada de un cuento infantil. Sin embargo, su frente, barrida aquí y allá por mechones grises, era suave y luminosa. Tenía los brazos muy largos, y mantenía las manos dobladas debajo de las axilas. Estaba allí sentada como una Parca en su santuario.

—Un enviado de Versalles... que investiga sobre el abate de Marsille —explicó Morois.

—El abate... Pero si murió hace mucho tiempo —dijo la anciana.

—Vos lo conocíais, ¿no es así? —preguntó Charles.

Muy despacio, la anciana liberó las manos. Broglie vio que estaban atrozmente estropeadas. Tenía dos profundos agujeros en el centro de las palmas. Estigmas, se dijo.

Se volvió hacia Morois.

—Recibo a Marie desde hace años —le confió el sacerdote—. Durante mucho tiempo fue perseguida por las autoridades. Pero hoy, al igual que ayer, sigue sufriendo. Toda su familia ha muerto. Jamás ha buscado otra cosa que el reposo del alma... Antaño creyó poder encontrarlo en el peor de los tormentos. Estaba... con ellos. Era una convulsionaria. Conoció a Jacques de Marsille, pero también a Francois de Pâris.

Se desprendía de ella un aura de sufrimiento casi místico, y también algo mortífero, como si ya estuviese con un pie en el otro mundo. Así pues, había participado en aquellas ceremonias clandestinas, los suplicios infligidos a la carne para ofrecerse mejor a Cristo y acercarse a él en el sufrimiento. Había llegado al final del camino.

—Vaya retrato tan bonito —dijo Marie Desarneau con una risita—. No olvidéis, Jean, que sigo teniendo un oído muy fino. No obstante, el silencio de vuestro invitado resulta elocuente... ¿Acaso habéis visto a Dios, o al diablo? Nos equivocamos, amigo mío. Sí, sí, erramos sobremanera. Pero, mirad, de aquella entrega al dolor, de aquel gusto por el sufrimiento, conservo esto.

Separó los brazos ante él, mostrando las palmas agujereadas.

—Las huellas de nuestra locura. Nosotros, los posesos de Dios. ¡Sí! Fui una de aquellas a las que golpeaban a muerte y que se sublevaban, se retorcían presa de espasmos y convulsiones. Fui una mártir voluntaria. Fui crucificada.

Volvió a reír.

—No por completo, huelga decirlo.

Su risa se prolongó. Con la boca seca, Charles repitió:

—¿Conocisteis al abate de Marsille?

Cogió una silla y se sentó frente a ella.

—Ya lo creo... Y al diácono antes que a él. Ambos eran hombres santos. Se habían conocido..., esperad... Debió de ser hacia 1730. ¡Hace más de cuarenta años!

Alzó la cara.

—Por entonces Marsille estaba en el seminario... Él y el diácono apoyaban a los apelantes. Resultaba más difícil para Jacques. Era joven, tenía una carrera por delante en la Iglesia... Lo obligaban a guardar el secreto, y la situación era difícil desde la Unigenitus. No podía permitir que su obispo lo despidiera o lo excomulgara, como comprenderéis... Pero él y Francois compartían las mismas ideas. Y la misma caridad. A Jacques le repugnaba la injusticia. Y cuando digo que le repugnaba, lo digo en sentido literal. Era algo físico. El diácono solía confiarle... secretos.

—¿Secretos? ¿Qué secretos?

Los labios agrietados de la anciana se estiraron. Le faltaban varios dientes.

—¿Qué sé yo? Secretos de confesión. ¿De alquimia, quizá? ¿Es eso lo que deseáis oír? No, amigo mío, nada de magia negra, ¡nada de aquelarre esotérico! Solo auténticos hombres de Dios, a los que incluso la Iglesia quiso eliminar...

El conde se inclinó hacia delante.

—¿Sabéis que Jacques de Marsille quiso atentar contra la vida de la delfina a la negada de esta a Francia?

Ella negó con un gesto.

—Ridículo. Amigo mío, eso es lo que se quiso hacer creer. Dijeron que había criticado a María Teresa desde el púlpito en el momento de la arrebatina polaca. En realidad, ¡solo deseaba hablar! Hablar al rey. ¡Soñaba! Lo que quería era una audiencia. ¡Que lo escucharan! Quisieron matarlo porque sabía la verdad.

—¿Qué verdad?

De nuevo aquella sonrisa torcida. Pero ahora la anciana vacilaba.

—¿Qué verdad? —insistió Broglie—. Vos y el abate... ¿teníais... relaciones?

Ella volvió a reír de una forma curiosa, casi como un cloqueo.

—¿Con Jacques? No... No con él.

La mujer hizo una pausa, encerrándose en sí misma, como si de nuevo se remontara a años atrás. Soñadora, prosiguió:

—Si bien no participaba en nuestras ceremonias, Jacques asistió a uno de los ritos clandestinos. Nos vio retorcernos de dolor. Era jansenista, en efecto, pero no estaba de acuerdo con nosotros. Lo que hacíamos mis amigos y yo lo aterraba... Se marchó, pálido y desencajado. Lo recuerdo. Incluso fue una de las últimas cosas que vi. Fue la noche en que me quemaron los ojos.

Desde el principio de la conversación, Charles se sentía terriblemente incómodo.

—Los ojos... Pero ¿por qué?

—Ya os he dicho que a veces llegábamos demasiado lejos... ¡Pues porque no era digna de mirar de frente al Todopoderoso!

Lo había dicho con una pizca de nostalgia y un resto de lo que debió de ser su locura de otro tiempo. Broglie se pasó la mano por la frente. Había comprendido, lo sabía ya. Sin embargo, quería oírlo de boca de aquella demente. Quería la prueba.

—¿Por qué?

Los labios de la anciana temblaron. Aún vacilaba.

—Porque...

—¿Por qué, Marie, por qué no erais digna de ver al Señor?

—¡Porque había abandonado a mi hijo!

Broglie la dejó continuar. Ahora tenía verborrea. La mujer prosiguió con voz rota:

—¡Me obligaron a hacerlo! Querían arrancármelo... ¡o matarlo! De manera que lo alejé... Lo confié a una nodriza. Una bestia inculta, que criaba a otros niños, a diez leguas de París... Lo maltrataba, me constaba. También los otros niños le pegaban. La muy animal se mofaba de él, lo llamaba su principito... ¡Y se burlaba de mí! Jacques nos salvó. Fue él quien lo recogió y lo educó. A mí me hostigaban. Hui...

—Pero ¿sabéis dónde está vuestro hijo? ¿Sabéis a qué se dedica en la actualidad?

De nuevo la anciana alzó la cara. Sus rasgos se habían paralizado y tardó varios segundos en responder.

—¿Acaso está vivo?

Charles se llevó una mano a los labios.

«Oh, Dios mío... Oh, Dios mío...».

Una gruesa bola rodó por su garganta.

—No... No, Marie... Pero...

Se inclinó y le tomó las manos con dulzura.

—Decidme, Marie..., ¿qué hacíais antes? ¿Antes de incorporaros a las filas de los convulsionarios?

—¿Que qué hacía? ¡Me vendía, señor! —exclamó con voz estrangulada.

Se inclinó a su vez. Broglie creyó que se le iban a romper los huesos. Las manos de Charles estaban calientes y húmedas; las de la convulsionaria, heladas.

—¡Una ramera, eso es lo que era! Vivía con mi madre moribunda y mis dos hermanas... En varias ocasiones, un hombre se presentó en mi casa. En aquella época yo era hermosa y deseable... Me llevaba.

—¿Adónde? ¿Adónde os llevaba?

—Al Parc-aux-Cerfs —dijo riendo de nuevo, esta vez con risa de loca—. ¡Al Parc-aux-Cerfs!

El conde guardó silencio, pálido. Las palabras de la anciana lo perseguían, resonaban en su cabeza, y ella ya no paraba de reír.

En ese momento, el jefe del Secreto sacó lentamente el pequeño objeto que llevaba consigo.

Deslizó el estuche en la palma agujereada y descarnada de la mujer.

—¿Qué es? —preguntó ella.

—Un recuerdo.

Lo abrió. Su mano se detuvo sobre un rizo de cabello y un billete que ya no podía descifrar. Por unos instantes las arrugas de su frente se acentuaron; frunció el ceño y siguió acariciando el billete como si hurgara en su memoria...

Entonces, su rostro se iluminó y de inmediato volvió a ensombrecerse.

Se echó a llorar. Pero sus sollozos eran secos, devorados por el abismo de sus órbitas momificadas, en el fondo de cráteres apagados.

Justo antes de marcharse, tan deprisa como había llegado, Charles fue detenido por el abate.

El cura lo miró con expresión sombría.

—Deberíais ir a recogeros.

—No tengo tiempo que perder, abate.

Morois retuvo firmemente al jefe del Secreto por el brazo.

—No, no. Deberíais ir a recogeros.

Broglie levantó hacia el cura una mirada sorprendida.

—¿Adónde? —preguntó.

Morois se limitó a apuntar un índice tembloroso hacia arriba.

Charles se encontraba en el corazón del cementerio de San Medardo.

Una lluvia negra caía de nuevo.

Las estelas funerarias se recortaban como manchas lúgubres sobre la tierra húmeda. Las cruces, inclinadas unas veces hacia la derecha y otras hacia la izquierda, parecían marcar el compás de un tiempo de ultratumba. Aquí y allá, la boca de un panteón, cerrado por una reja y un candado chirriantes, bostezaba de desolación. Escaleras de piedra desaparecían en las profundidades de los mausoleos, que acaso dieran a alguna catacumba parisina. El viento ululaba entre las tumbas. No había que forzar mucho la imaginación para adivinar, en medio de aquellos epitafios, los cortejos de las danzas macabras de la Edad Media, así como la sombra de esqueletos, ahorcados, fantasmas o desollados vivos que agitaban sus ostensorios.

Es asombroso, se dijo el conde. Asombroso.

Ante Charles se encontraba la tumba del abate de Marsille. Tras su muerte, el cuerpo había sido restituido a su parroquia. Lo habían sepultado allí. A dos pasos del lugar donde descansaba también el diácono Francois de Pâris; allí donde habían empezado los milagros, curaciones milagrosas y otras convulsiones. Broglie miró la estela oscilante.

AQUÍ YACE
JACQUES DE MARSILLE
1715-1770
SUS FELIGRESES, AGRADECIDOS

Gotas de lluvia resbalaban por sus párpados...

De pronto se dio cuenta de que la tumba estaba adornada con flores.

Adornada con flores frescas.

En medio de ellas había un pájaro, inmóvil.

Charles pestañeó y se inclinó. El pájaro no se movió. Estaba... disecado.

Lo recogió y, tras examinarlo largo rato, volvió a ponerlo en su sitio.

El pájaro había sido depositado allí, como una ofrenda...

«Vuelve aquí de vez en cuando», se dijo.

«Es él quien viene a traer flores a la tumba».

En las profundidades del ala de los Ministros, Augustin Marienne había extendido sobre su escritorio los planos traídos por Viravolta de su expedición a Herblay.

Desde hacía meses se esforzaba por reconstruir el rompecabezas. Cotejaba las dos categorías de planos y trataba de comprenderlos. ¿Estaban relacionados o no? Y aquella fórmula enigmática —*PARTY TIME*— ¿qué significaba? El conde de Broglie había pensado en un plan de invasión de las costas francesas, réplica en cierto modo del proyecto de desembarco del Secreto en Inglaterra. Si aquel proyecto existía tal vez en alguna parte, desde luego no era allí. No, se trataba de otra cosa. Sin embargo, aquellas fórmulas eruditas, aquellas distancias, aquellos ángulos, aquellos cálculos... ¿qué podían significar? En una de las categorías de planos, Augustin se perdía como una rata en un laberinto de líneas horizontales y verticales, desembocando en círculos anónimos y otras figuras geométricas; los demás documentos, medio ennegrecidos después de que la tinta se hubiera corrido, aislaban fórmulas químicas abstrusas. Augustin había conseguido recomponer ciertos elementos. Había encontrado alusiones a los antiguos trabajos de Anaxágoras de Clazomene y solicitado el concurso de diversos miembros de la Academia de Ciencias, sin levantar el velo respecto de la urgencia que guiaba su solicitud.

Se había dirigido en especial a un amigo químico, Antoine Lavoisier, que servía en la administración real de la pólvora. Sus trabajos sobre las mejoras en la producción de dicha pólvora habían servido ya a Viravolta, a los agentes del Secreto y a los miembros de la guardia, sin que estos estuviesen siquiera al corriente del detalle de tales innovaciones. Sin embargo, los centros de interés del químico lo acercaban fatalmente al responsable de los Inventos de la Casa del Rey; y, por su parte, Augustin se mantenía informado del menor resultado de las investigaciones modernas. Sabía que Lavoisier se interesaba asimismo muy de cerca en el fenómeno de la combustión y no ocultaba su escepticismo hacia la teoría tradicional según la cual los materiales, al arder, desprendían una pretendida sustancia llamada flogisto. No sin audacia, en la actualidad se esforzaba por elaborar una teoría alternativa.

Era Lavoisier quien, tras considerar algunos de los elementos surgidos de los planos aislados por Augustin, lo había puesto en el buen camino.

—Aquí, y aquí... Si completáis los símbolos..., de lo que se trata es del azufre —había dicho sin vacilar.

Pero todo aquello seguía siendo un misterio.

Augustin rodeó con la pluma la mención que acababa de reconstruir.

Volvió a ponerse los quevedos sobre la nariz.

«Azufre. Aquí, nafta».

Se incorporó, con la boca entreabierta y expresión inquieta.

«Y esto..., el *Liber ignium ad comburendos hoste...*».

«Pero, Señor, ¿de qué se trata?».

En el mismo momento en que Augustin Marienne se perdía entre aquellas fórmulas eruditas, Charles de Broglie legaba a un muchacho de su confianza el encargo de transmitir su descubrimiento a Viravolta. El conde había conocido a Marie; en cuanto a Pietro, acababa de despedirse de la reina y se encontraba de nuevo en el Salón de la Paz.

También él había sido avisado del final del Secreto. Poco tiempo atrás había recibido una carta de Broglie que lo informaba, en cifras, de las últimas evoluciones, como una especie de homenaje a los buenos y viejos tiempos. «El nuevo abogado general» —abogado general era como llamaban al difunto Luis XV en las correspondencias del Secreto— «me ha informado de que no deseaba que prosiguieran las actividades del Servicio. Conforme a las disposiciones tomadas y a los procesos instruidos por vos en nuestra causa, el montante de la pensión que os concierne ha sido fijado en diez mil libras anuales». Viravolta se lo esperaba desde hacía cierto tiempo; sin embargo, no podía, en mayor medida que los demás, hacer borrón y cuenta nueva tras tantos años de actividad. El Secreto ¿terminado? ¿Echaban el cierre? ¿Tendría que regresar a Italia? Lo ponía en duda. Pietro también leía entre líneas. Tal vez el Secreto no muriera del todo. No por ello iban a detenerse los asuntos de Francia, y el espionaje tenía larga vida por delante... Charles había añadido una posdata: «Sabéis que nos queda una última misión por cumplir por el bien de la Casa. No he informado al nuevo abogado general sobre los detalles de nuestro caso con el fin de no alarmarlo. Nos incumbe, no obstante, no perder de vista la amenaza que pesa sobre nosotros. Salvad al Servicio y a nuestros grandes magistrados».

«Considerad que este será vuestro último proceso».

Quedaba perfectamente claro.

Pietro recibió la visita del criado que traía un segundo mensaje del conde de Broglie en el momento en que, en la Galería de los Espejos, comenzaba un nuevo ceremonial.

Tras el aseo, los homenajes y la misa matinal, la pareja real acostumbraba pasar entre la doble hilera de cortesanos, a lo largo de la Gran Galería. Todos acechaban en esta ocasión una mirada, una sonrisa, unas palabras que atestiguaran que gozaban del favor real. El veneciano se mantuvo en un aparte, detrás de las puertas que Luis XVI y su esposa acababan de cruzar. Caminaban con gracia por entre los asistentes. A lo lejos, Pietro creyó reconocer el rostro del perfumista Jean-Louis Fargeon, que sonreía inclinándose ante María Antonieta.

El sirviente, provisto de una copa de plata, acababa de abrirse camino hasta Viravolta.

—De parte del gobernador.

Pietro cogió el mensaje. Lo abrió para descubrir la letra apretada y febril del conde de Broglie. Leyó únicamente:

Agarraos bien. El Fabulista es hijo del abogado general.

—¿Qué? —exclamó Viravolta.

Su voz había tronado, clara y fuerte; y pronto todo adquirió sentido en su mente.

Pietro, alelado, se volvió hacia Luis XVI y María Antonieta. Miró a la pareja pasar bajo las arañas, entre los espejos y los revestimientos dorados, en aquella Galería de los Espejos de mil reflejos y grandes ventanas donde la luz de un sol dorado se colaba a raudales.

«El hijo de un rey... Una amenaza para el trono...».

De repente comprendió.

Por doquier en Versalles se veía la figura del sol; el emblema del que el Gran Rey se había servido en un carrusel que en su día fuera magnífico y en extremo galante, la insignia que había hecho suya, pues aquel príncipe no podía ser sino la luz del mundo y se entregaba a Francia para colmarla de gloria. Luis XVI había soñado con los preparativos de la coronación desde que había subido al trono. Ya en mayo del año anterior había encargado varios proyectos de ceremonia al intendente de los Pequeños Placeres y a los primeros gentileshombres. Se había decidido en diciembre, por un coste de setecientas sesenta mil libras. La coronación tendría lugar en Reims, como era tradición en la monarquía francesa. Habían elegido la fecha del 11 de junio de 1775, muy próxima al solsticio de verano, el día más largo del año.

Pietro sacó el billete dirigido a María Antonieta, donde, además de «La cigarra y la hormiga», figuraba la enigmática advertencia del Fabulista.

Y cuando el sol cerca del solsticio se encuentre con la aurora,
también vos bailaréis.

Por supuesto.

El rey bajando del sol. El solsticio. La nueva aurora.

La coronación.

Un golpe de efecto.

El Fabulista atacaría ese día.

Entonces Charles de Broglie se sublevó; había que volver a tomar la iniciativa. Hizo de todo para aprovechar las nuevas pistas. Convocó a espías y confidentes, los

diseminó alrededor de San Medardo, los envió a husmear entre los antiguos círculos de convulsionarios y los jansenistas atormentados. Se organizó una redada en los bajos fondos de París, amplia batida preparada por Broglie y el teniente general de policía. En las callejuelas y los suburbios, las posadas y las casas de lenocinio, se detuvo a agitadores y prostitutas, a dos marquesas envenenadoras e incluso a un cocinero y un fontanero del rey que oficiaban en el mismo Versalles. Viravolta formó parte de la redada; se presentaba sin previo aviso, flanqueado por oficiales de policía forzosamente enviados por Sartine, en cafés y figones, en las buhardillas de viejos hoteles y en los sótanos de todos aquellos que podían tener cuentas pendientes con la monarquía y que eran muy, muy numerosos. Abajo, se dragaba el fango, todo cuanto París podía tener de tortuoso y miserable; arriba, se miraban con lupa las redes inglesas; Broglie sacudía la rama británica, incitando a Vergennes a convocar a lord Stormont para exigirle explicaciones. El conde pisaba los talones a Stevens. Súbditos de Jorge III supuestamente de vacaciones en Francia fueron sometidos a interrogatorio; husmearon en las salas de armas y los círculos de juego, recuperaron todos los expedientes y ficheros, pescaron a los fugitivos, acosaron a los contactos y a las otras antiguas amantes de Luis XV, ¡hasta a la Du Barry, retirada a un convento! En las alcobas y los jardines versallescios hicieron circular espías, informadores y rumores. Pese a encontrarse en la agonía, el Secreto se desplegó y utilizó todo su peso y la potencia de sus treinta años de actividad oculta, quizá por última vez, como si la bestia, herida de muerte, volcase en esta postrera misión toda la fuerza de su historia y de su autoridad.

La coronación se acercaba.

ACTO IV

PARTY TIME

Hacemos que los niños aprendan las fábulas, pero ¿recordamos acaso su existencia a nuestros ministros? Se aplican a la administración de los Estados, tanto a la gestión de las finanzas públicas como a la conducta en la vida. ¡Cuántos errores, en ocasiones fatales, se evitarían si siguiéramos sus consejos!... Las malas pasadas que se juegan mutuamente el lobo y la zorra, por no hablar del mono y el gato, son práctica corriente entre los Estados: su lenguaje, sus procedimientos, sus intrigas, sus argumentos tienen en la actualidad cierto tufillo de la época merovingia. Así pues, el hombre no vale más que los animales de la tabula, incluso vale menos, porque habla más.

ANDRÉ SIEGFRIED,
Maquiavelo francés

En la carroza real

Camino de Reims

La pompa que en aquel mes de junio presidía la preparación de la coronación real recordaba en demasía al pobre Luis los fastos de su boda y hacía presagiar al respecto los mayores rigores protocolarios.

El país se preparaba desde hacía seis meses, a tal punto que en cada una de las etapas del viaje del monarca, el alborozo se desató. Luis XVI, refugiado en su berlina, no podía contemplar el tumulto a su paso sin ocultar su inquietud tras las sonrisas de circunstancias. Se apretaba las manos con nerviosismo. Hasta entonces había gobernado sin la unción divina, pero pronto sería objeto de un milagro. Dios lo marcaría con su huella sagrada, como a todos sus antepasados desde Clodoveo. Le correspondía a él revestir el traje del poder absoluto, reunir en su persona el resplandor del cielo y el alma de la nación, ¡aferrar el timón del Estado! De esta transfiguración saldría renacido. En el ínterin, la prueba resultaría de lo más terrible. El ritmo del cortejo no le dejaba tiempo para abandonarse a sus emociones. Aquí, debía recibir el homenaje preparado por algún súbdito inspirado; allá, admirar un arco de triunfo; el resto del tiempo, contener los suspiros. Había dormido mal. Su miopía le molestaba y, en aquellas farándulas de colores, le impedía disfrutar de los testimonios de afecto.

—Maravillado, estoy maravillado —se limitaba a repetir incansablemente.

A su lado, María Antonieta, con las manos apoyadas en las rodillas, miraba recto al frente.

Desde hacía unos meses, las grandes esperanzas marcaban el paso. En primavera había estallado la guerra de las harinas: la herida seguía abierta. Turgot quería garantizar la libre circulación del trigo en todo el territorio, obstaculizada por múltiples impuestos y peajes entre las provincias. La había emprendido con el grano y, por consiguiente, con el pan, que como término medio suponía las tres cuartas partes del presupuesto familiar. Sin embargo, las cosechas anuales habían sido mediocres. El controlador general optó por imponer su voluntad. Como los precios se disparaban, estallaron motines en Dijon, Metz, Reims. Tours, Montauban, Pontoise, Saint-Germain, y el movimiento se propagó hasta Versalles. El rey tuvo que emplearse a fondo contra los amotinados. Al día siguiente los campesinos sitiaban París, llevando cestos de espárragos y de verduras, mientras que los agitadores, armados con palos claveteados de hierro, empezaban a romper los letreros de la Porte Saint-Martin, en Vaugirard. La Lonja del Trigo estaba demasiado bien protegida por las Guardias Francesas, la Guardia Suiza y los dragones de la Casa del Rey, a tal punto que los insurgentes se habían conformado con los mercados y las panaderías. El propio Pietro había sido enviado al lugar con un regimiento de dragones y una compañía de mosqueteros. Al tomar rápidas disposiciones para proteger mercados y

molinos, Luis XVI acababa de dar muestras de una sangre fría y un sentido de la decisión por fin dignos de un rey. El Consejo había creado tribunales de excepción para juzgar a los sediciosos y anunciado medidas que permanecerían en vigor hasta final de año. No se estaba lejos del estado de sitio. Lenoir, teniente general de policía y sucesor de Sartine, había sido destituido. No obstante, los acusados distaban mucho de ser agitadores. Para el pueblo llano, el precio del pan era una cuestión de supervivencia. ¡Y llegaron a ahorcar a gente en la plaza de Gréve! Algo estaba pasando. Francia parecía socavada desde el interior. Luis XVI se había lamentado de ciertas medidas tomadas en su nombre, y abogó por que aquellos que «solo se habían visto arrastrados» fueran perdonados. Había apoyado a Turgot hasta el final. Sin embargo, en la estatua de Enrique IV una mano desconocida había tachado la palabra *Resurrexit*.

Cuando la ceremonia de la coronación se fijó para el 11 de junio de 1775, los disturbios apenas se habían disipado. El trayecto del cortejo estaba protegido por tropas. Viravolta y Sartine vigilaban. En su calidad de caballero de la orden del Espíritu Santo, el conde de Broglie estaba invitado a las ceremonias; desfilaría dos días después. Había recibido una bonita invitación, de puño y letra del soberano, a principios de junio. Todos se dirigirían en masa a Reims. Afortunadamente, y pese a los trágicos sobresaltos de principios de año, el pueblo seguía apoyando a su rey y se disponía a celebrar con él la unción sacramental que aportaría al país la bendición.

Habían pensado coronar a María Antonieta al mismo tiempo que a Luis, en la catedral. Pero el acontecimiento habría roto en demasía con las tradiciones francesas, de manera que habían renunciado a ello. Las reinas no eran asociadas con el poder: en teoría, ni siquiera estaban obligadas a hallarse presentes en las ceremonias. De hecho, Luis XIII, Luis XIV y Luis XV habían sido coronados antes de su boda.

María Antonieta asistiría a la coronación desde la tribuna.

Las críticas concernientes a su tren de vida no habían decrecido. Los bailes se multiplicaban desde enero. La costura del vestuario, los ensayos y repeticiones de las contradanzas, con trajes del siglo XVI, de dominó, de saltimbanqui, de indio o de tirolés hacían que las facturas se acumulasen. El intendente Papillon de La Ferté se mesaba los cabellos. María Antonieta reinaba sobre los Pequeños Placeres sin escuchar a nadie. Se acostaba cada vez más tarde, llegando incluso a pasar la noche en blanco antes de empalmar con la misa matinal y finalmente derrumbarse, turbando a veces el sueño y la rutina protocolaria de su real esposo. Para colmo, empezaba a dar la impresión de que descuidaba a su marido. Tenía su pequeño círculo de íntimos: el barón de Besenval y la condesa de Brionne, el conde de Artois, *monsieur* y *madame* de Guéméné, la princesa de Lamballe y, cada vez más, la condesa de Polignac; por no hablar de los donceles de hermosos atavíos, como Lauzun o Esterhazy. A fuerza de ironizar sobre la vieja corte, había acabado por reunir contra esta un verdadero partido. Los antiguos no tardaron en entender que la pequeña austríaca, rodeada de una juventud dorada, no sería una aliada para ellos. María

Antonieta se reía de la etiqueta, estigmatizaba los alzacuellos y a las ancianas damas de encantos marchitos. Aquella risa insolente, que salía de unos labios con purpurina y pese a todo Habsburgo, tenía algo de definitivo.

Desde hacía algunos meses llovían los epigramas y las habladurías. En esta cacofonía, la amenaza representada por el Fabulista habría podido parecer anecdótica, pues en ocasiones resultaba difícil elegir entre las insolencias habitualmente concernientes al poder y las empresas concertadas de desestabilización. El alcance real de unas y otras podía variar por completo. Por eso la reina hacía frente a tales rumores, que se esforzaba por tomarse con buen humor. Se le seguían atribuyendo amores sáficos con la princesa de Lamballe, y numerosas hazañas adulterinas. No obstante, había novedades: sus juegos lésbicos incluían ahora a su modista. Rose Bertin.

Pese a todo, María Antonieta estaba entusiasmada. Bajo la influencia de su círculo íntimo, contaba con la coronación para tratar de favorecer el regreso a los asuntos de Estado de su favorito, el duque de Choiseul. Una primera entrevista con el rey no había dado los frutos previstos. En el éxtasis de su nueva unción, tal vez Luis se hallase en mejor disposición. En el ínterin, la reina había terminado definitivamente con D'Aiguillon, uno de los principales obstáculos al retorno de Choiseul. El 30 de mayo, durante el célebre desfile de la Casa del Rey, la soberana había bajado bruscamente la cortinilla de su carroza cuando D'Aiguillon se acercaba a saludarla. Al obligarlo a dimitir, había conseguido su cabeza una primera vez; acababa de obtenerla una segunda, por su relegación a lo más recóndito del Agenais. Humillación final, el duque no podría asistir a las ceremonias de la coronación. En cuanto a Maurepas, había anunciado al rey que prefería retirarse a la calma de Pontchartrain durante las ceremonias. Así pues, D'Aiguillon se largaba al sur, Maurepas guardaba silencio ¡y Choiseul volvía a Reims!

Al presente María Antonieta creía tener talento político; no obstante, hacía mucho tiempo que había frustrado las esperanzas de su madre y de su carabina en Francia, el embajador austríaco Marcy-Argenteau, en cuanto a convertirse en la consejera influyente con la que habían soñado. No poseía ni el talento ni el interés por la maquinación política, más allá de sus problemas de amor propio. Sin embargo, se había lanzado de nuevo a sus pequeños cálculos y creía haber maniobrado hábilmente. Abandonando sus reflexiones, con una sonrisa luminosa en el rostro, saludó con la mano al pueblo que la aclamaba. Las campanas de las iglesias repicaban con alegría. Hoy, de nuevo, la adulaban. Al día siguiente continuaría recibiendo homenajes, y al otro, y también los consecutivos. Eso suponía la coronación para la reina: la ocasión para ser festejada y admirada. ¡Cuán dichosa se sentía! Saludaba sin dejar de sonreír.

Se detuvieron dos días en Compiégne antes del acontecimiento. El 8 de junio se separaron: el rey debía parar en Fismes y dejar que su esposa fuera sola al arzobispado de Reims. María Antonieta prosiguió su camino al día siguiente en

compañía de sus cuñados y de la condesa de Provence. La condesa de Artois, embarazada de siete meses, no los acompañaba. Llegada la primera a Reims, María Antonieta recibió en solitario el homenaje de los cortesanos de la Champaña, rosada y alegre, consciente de su poder y de su importancia en medio de los sombreros de plumas de todas las mujeres de su séquito.

A la una se instaló en el balcón de una vivienda situada a dos pasos de la catedral. A lo lejos el mundo se estremeció; le llegó un clamor extraordinario desde los suburbios.

El rey llegaba.

Precedido del séquito de los príncipes de sangre, había cambiado la berlina de viaje por la carroza de gala, carro de Apolo rematado por una corona rutilante y tirado por los destreiros de las caballerizas reales. La ciudad estaba transformada de cabo a rabo. Arcos de triunfo con columnas corintias subían hasta sesenta pies de altura; colosos esculpidos que simbolizaban la justicia y la religión abrían el paso hasta un pórtico con los emblemas de la agricultura, las manufacturas, la navegación y el comercio; habían camuflado el muro de los hospicios de la caridad con un altar de Piedad. Alrededor de su terraza, los niños menesterosos, vestidos de oro para la ocasión, arrojaban flores bajo las ruedas de la carroza maravillosa. El rey pasó por debajo de las guirnaldas, entre los arcos de follaje y las estatuas alegóricas. Llegado al pie del balcón, saludó a María Antonieta en medio de las ovaciones. Ella lo vio abandonar su séquito para encaminarse entre las columnatas de madera y estuco que le proporcionaban un paso a cubierto hasta el arzobispado. Luis asistió, sin su esposa, a un *Te Deum* en la catedral, tras lo cual recibieron juntos a todas las delegaciones de la provincia en el palacio arzobispal.

Al día siguiente, sábado 10 de junio, asistieron a vísperas; transcurrió el día, también la noche.

Y llegó la aurora anunciada, la aurora sublime de la coronación de Luis XVI.

La liebre y la tortuga

Atrio de la catedral de Reims

«¡Por todos los dioses!, ¿qué es lo que va a hacer?».

El sol asomaba en el horizonte. Viravolta se había reunido esa mañana con Vergennes y Sartine, despavoridos desde el día en que habían sabido la verdad. La víspera por la noche, en Fismes, tras las huellas del rey, la Orquídea Negra había mantenido una conversación confidencial con Charles de Broglie. El jefe del Secreto estaba preocupado: Zafiro no daba señales de vida y la reciente revelación sobre la genealogía del Fabulista dejaba entrever demasiado a las claras la determinación que lo embargaba. La redada parisina, llevada un tanto a ojo de buen cubero, no había dado resultado alguno, y la alianza del Fabulista con Stevens transformaba lo que habría podido ser simplemente una venganza personal en conspiración política, susceptible de hacer vacilar a Francia, pero también el equilibrio europeo. Lord Stormont, el embajador inglés, que tenía por costumbre dar una de cal y otra de arena, se había decidido a reaccionar vigorosamente al comprender que los primeros agentes que había enviado no volverían a aparecer jamás. Había lanzado a su vez una redada de envergadura, pero por el momento estaba estancado. Una vez al año no hace daño; se hablaba incluso de cooperación entre los servicios, lo que, viniendo del jefe del Secreto y del maestro de la diplomacia británica en Francia, no dejaba de tener su gracia.

Así pues, el Fabulista había nacido de los amores culpables de Luis XV con una ramera, una de las muchas a las que el monarca recibía en su bonito refugio del Parc-aux-Cerfs. ¡Un bastardo del rey, dispuesto a todo! ¿Hasta dónde había que pagar la ligereza del Bien Amado? Sin duda aquello justificaba asimismo la hecatombe entre los confidentes y agentes del Secreto: Lansquenet, Rosette y Sapo se habían quedado en el camino a su pesar. Otros, como Meteoro o la Mujer Serpiente, habían participado en la investigación sobre Jacques de Marsille, el primer Fabulista. De ella se desprendía también una sospecha hartamente nauseabunda: el abate, jansenista atormentado pero siempre defendido por sus feligreses y por la convulsionaria Marie Desarneaux, ¿había intentado realmente que el rey lo escuchara? No era sorprendente que, sabiendo lo que había ocurrido, Luis XV no hubiera dado curso al asunto...

Una cosa era segura: la amenaza resultaba más real que nunca.

Al mismo tiempo, el conde de Broglie seguía corriendo en pos de su rehabilitación y la del Secreto. Luis XVI estaba decidido a nombrar una Comisión para hacer balance de las cuentas del Gabinete Negro. Habían evocado el asunto polaco y el «plan de incursión en Inglaterra» y después analizado las misiones del Secreto en otros países. Exculpado de todo. Charles se mantuvo obstinado y exigió que se sacara a la luz el gran complot urdido por D'Aiguillon para encarcelarlo. Rozando el crimen de lesa majestad, reclamó además una declaración oficial de los

comisarios ¡y una carta firmada por el propio monarca! Este se mostró irritado. Charles había solicitado demasiado tarde lo esencial: su indulto oficial, así como el título de duque que ambicionaba desde hacía mucho tiempo. Como única recompensa, acababan de ofrecerle no un título o un puesto en el gobierno, sino el derecho a recuperar a su hermano Victor-Francois, gobernador de los Tres Obispos, en Metz, como adjunto y teniente general. A sus cincuenta y cinco años, Broglie volvía a la carrera militar de sus orígenes. No por ello cedía: la mayoría de sus agentes, entre ellos Viravolta, seguían a su disposición; el jefe del Secreto conservaba su agradecimiento. En la situación actual, no podía suspender de un brochazo toda actividad. Por eso, de un modo u otro el Servicio continuaría. Entretanto, Broglie desfilaría al día siguiente de la coronación junto con su hermano y los caballeros del Espíritu Santo.

Viravolta pasaba revista a las tropas que habían puesto bajo su mando. Había devuelto a Augustin Marienne las armas que le confiara para la misión. Nada superaba a su espada italiana, su puñal y su pistola al cinto. Anna Santamaría se sumaba en aquel momento al séquito de la reina. Pietro habría querido ponerla a cubierto, pero era impensable que no asistiese a la coronación; de manera que la había encomendado a la vigilancia de Cosimo.

—¡No os distraigáis! —gritaba mientras recorría sus filas a caballo—. ¡El cortejo llegará dentro de dos horas! Ni un instante de distracción, ya sea antes, durante o después de la ceremonia, y mientras duren los desfiles.

Se apostaron al este de la catedral. Otras compañías rodeaban el monumento, en hileras sobre el atrio o diseminadas en las casas contiguas. En medio de las recargadas decoraciones, la exigüidad del lugar no favorecía el estacionamiento de las tropas, que debían dejar el paso libre para la llegada de los grandes séquitos y de la multitud. No obstante, todos estaban listos para reunirse a la menor alerta. Por su parte, Sartine se encargaba de la protección del cortejo. En el trayecto se encontraban los cuerpos de élite de la Casa Militar del Rey, gendarmes de la Guardia y soldados de la caballería ligera con paramentos rojos, pero también húsares, cazadores de la caballería ligera y tropas de infantería. Pietro tenía a sus órdenes dos regimientos de dragones, reputados por su habilidad en el tiro y capaces de cargar con arma blanca, así como una compañía de mosqueteros. Si sus misiones no lo hubieran obligado a un estatus más oficioso, habría formado parte de sus filas. Dos compañías, que se diferenciaban por el color de sus caballos, todavía seguían activas en la actualidad, y cada una comprendía unos doscientos cincuenta hombres. El veneciano tenía un centenar a su mando, blancos y negros mezclados; pasó por delante de los mosqueteros, que vestían el abrigo azul adornado con una cruz blanca, sobre un traje rojo con galones dorados. Todos llevaban espada y mosquete.

«¡Demonios! ¿Qué podrá intentar con todo este despliegue?».

Pero no se sentía tranquilo.

—Permaneced alerta, encauzad al pueblo, controlad los movimientos de la

multitud, ¡y estad preparados para responder a la menor de nuestras órdenes!

Recapitulaba las diversas etapas de la llegada de la corte así como de la ceremonia, cuando un niño muy pequeño, sin duda salido del cercano hospital de la Caridad, avanzó hacia él. Iba tocado con una guirnalda y llevaba un collar de flores alrededor del cuello. Presentó al veneciano una bandeja sobre la que había un billete sellado con cera. Pietro reconoció de inmediato el sello que figuraba sobre el mensaje.

F.

Para la Orquídea Negra

—¿Quién te ha entregado esto? —preguntó sin demora al niño—. ¿Cómo has logrado pasar?

—Un señor con una capucha... Me ha dicho que era para vos y el rey... El capitán de los dragones me ha dicho que os lo trajera...

Viravolta dejó de prestar atención y abrió el billete. Una fábula, por supuesto.

Un oficial del rey, que había hecho directamente el camino desde Versalles, llegó al atrio a galope tendido. Los cascos de su montura resonaron en el adoquinado.

Pasó entre las filas, agitando el sombrero emplumado y gritando:

—¡Dejad paso! ¡Dejad paso! ¡Mensaje de *monsieur* de Marianne, de la Casa del Rey, para la Orquídea Negra!

Pietro levantó la cabeza mientras el mensajero se apeaba del caballo.

Le tendía un segundo billete, que Viravolta se apresuró a leer.

Después miró de nuevo la fábula... y palideció.

A su lado, un mosquetero preguntó:

—¿Qué ocurre?

Pietro le tendió el billete y montó a caballo sin responder; hizo girar a su montura, que se encabritó entre relinchos. Con el ceño fruncido, alzó la mirada hacia los montes que rodeaban la ciudad.

«Las colinas».

«Un emplazamiento ideal». «Qué desgracia». Dio un grito.

—¡En marcha! ¡Veinte negros con Faquetet al oeste de las colinas! ¡El resto conmigo! ¡El primero de dragones también, los demás mantened las posiciones! ¡Un mensaje para Sartine!

Su caballo se volvía en sentido contrario. El mosquetero Faquetet, desorientado, levantó la vista.

—¿Qué pasa?

Agitaba el mensaje en la mano. Pietro se alejaba ya envuelto en una nube de polvo.

Las palabras del billete de Augustin Marianne resonaron en los oídos de Viravolta, como si el responsable de los Inventos de la Casa del Rey las pronunciara en su interior con su sempiterna voz grave.

He conseguido identificar los componentes químicos anotados en los planos que me confiasteis. He encontrado aceite de nafta, salitre y diversas sustancias como pez y resina, mezcladas con cal viva; un nitro como el descrito por Plinio como una eflorescencia en las paredes húmedas, así como azufre y carbón. Sin duda no existe una receta única, sino una suma de mezclas reunidas bajo una fórmula genérica que utilizaban los artificieros bizantinos. Alusiones ocultas a Calínico de Heliópolis y al *Líber ignium ad comburendos hostes*, o *Libro de los fuegos para quemar a los enemigos*, escrito por Marco Greco en 1230, han acabado de convencerme.

Se trata de un arma, amigo mío; y no cualquiera, sino un arma absoluta, ¡una materia mortal, resucitada de sus cenizas! Me recuerda un invento que nos llegó a la Casa del Rey, en el año 1759, para ser exactos. A la sazón, un hombre llamado Dupré había redescubierto por casualidad esa plaga. Comunicó el secreto a nuestro bien amado Luis XV. Yo mismo lo hice partícipe de semejante abominación. Sus efectos eran tan terribles que por humanidad el rey decidió enterrar el secreto en el olvido y comprar el silencio de Dupré. Se le concedió una pensión de dos mil libras. Uno de los nuestros se encargó de quemar para siempre sus documentos. No los he encontrado. Pero de repente me he estremecido de horror: ¿y si los archivos hubieran sido robados? ¿O si alguien hubiera redescubierto a su vez esa fórmula secreta? ¿Uno de nuestros enemigos o un agente de vuestros servicios, traidor a la causa del rey?

¿Comprendéis, Viravolta, de qué estoy hablando? ¡Dicha arma es el fuego del cielo, amigo mío, ni más ni menos! El fuego devastador cuya fórmula se perdió tras la caída de Constantinopla en 1453...

¡El fuego griego!

Faquetet miró el billete; solo leyó las últimas palabras. Al mismo tiempo que el rey y la reina, el objetivo era toda la corte.

El mosquetero levantó la vista hacia Viravolta, que se alejaba con un retumbar de cascotes.

LA LIEBRE Y LA TORTUGA

Libro VI - Fábula 10

*De nada sirve correr; lo correcto es partir a punto:
la liebre y la tortuga son testimonio...*

Resurrexit!

Catedral y colinas de Reims

El ceremonial no había cambiado desde hacía setecientos años.

A las seis de la mañana de aquel 11 de junio, Luis, con la tez blanca como la cera de una vela apagada, hizo acopio de fuerzas para iniciar una de las más largas y aterradoras jornadas de su vida. Llevaba una vestidura talar de paño de plata y un sombrero de terciopelo negro de tres picos, coronado por un penacho de plumas blancas y un airón de garza. Reprimió una tos cuando le anunciaron, en el arzobispado donde se alojaba, la llegada de los prelados con cirios encendidos. Iban precedidos de niños de coro; los canónigos se dispusieron en dos filas. Ya atronaba la música de la metrópoli, del chantre mayor y el subchantre de la catedral. En el momento de despertar, los más elevados personajes de la corte, con los trajes más insensatos, rodearon su lecho. Luis estaba tendido en él, y todos seguían rodeándolo cuando el chantre mayor llamó con el bastón a la puerta de su cámara.

En el interior de la estancia, el gran chambelán, con la mano sobre el corazón y los hombros hacia atrás, dio un paso y se hizo oír.

—¿A quién buscáis?

—¡Al rey!

—El rey duerme.

Transcurrieron unos segundos, y luego el chantre mayor llamó de nuevo.

—¿A quién buscáis?

—¡Buscamos a Luis XVI, a quien Dios nos ha dado por rey!

Bien... Ahora me toca a mí, se dijo Luis tragando saliva.

La puerta se abrió.

Los prelados se aproximaron al lecho y levantaron al monarca para ponerlo de pie. Todo era cuestión de símbolos: hasta que no recibiera la unción sacramental, se suponía que el rey dormía y era la Iglesia la que venía a despertarlo para conducirlo al altar. En el patio del arzobispado se formó el cortejo: cien suizos, oboes, tambores y trompetas, flautas y pífanos, chambelanes y séquito de la Cámara, guardias de corps, alabarderos y caballeros del Espíritu Santo.

Entre estos, plácido y con las cejas enarcadas, se encontraba el conde Charles de Broglie.

Luis, con los párpados pesados, surgió al fin de la boca de sombra. Pasando por debajo de las arcadas del arzobispado, se incorporó y se esforzó por parecer digno de ocupar su lugar... en el centro del mundo. Dos ujieres vigilaban sus pasos mientras que, no lejos de allí, el condestable, *monsieur* de Clermont-Tonnerre, de ochenta y seis años, se inclinaba hacia su vecino y le preguntaba con voz trémula si el soberano tendría fuerzas para afrontar hasta el final las peripecias del día. Una vez instalado el rey, el cortejo se puso en movimiento. El obispo de Laon se peleó con el de Beauvais

forcejeando con el báculo para saber cuál de los dos debía preceder al otro, a tal punto que el escándalo llegó a oídos del público. Pasaron las verjas, se adentraron en la inmensa avenida y allí, el pueblo innumerable, en el silencio de aquella nueva aurora, se arrodilló, hilera de honor que corría bajo el follaje de los árboles hasta el confín del horizonte.

Recibía a su rey.

María Antonieta se había vestido cuando aún era de noche. A las cinco y media llegó a la catedral. Los primeros invitados habían empezado a acomodarse en el interior alrededor de las cuatro de la mañana. Entró a su vez para tomar asiento en la tribuna, con las damas de su Casa. Anna Santamaría, suntuosamente engalanada, con un vestido con tontillo, de corpiño rojo fuego y naranja, y la garganta centelleante de diamantes, se había unido al séquito a la llegada de la reina. Entró después de que ella lo hiciera y acto seguido Cosimo, espada al cinto.

En aquel día de gloria, el edificio estaba metamorfoseado. Columnas corintias ocultaban los pilares de la nave, entre los que se habían erigido palcos, coronados por un techo artesonado. Espléndidas colgaduras, de raso violeta y terciopelo azul oscuro, salpicados de flores de lis y con pasamanería de oro, pendían por todas partes. La ceremonia debía durar largo rato y, detrás de la tribuna donde se había instalado la reina, los Pequeños Placeres habían habilitado un verdadero apartamento que disponía de todas las comodidades necesarias, incluidos los «lugares a la inglesa», de madera de caoba, provistos de un delgado chorro de agua ingenioso e higiénico. En aquel espacio transformado en salón de gala, la sobrecarga del decorado volvía el coro minúsculo, como una joya de cartón dorado en una nave espléndida.

Todas las miradas se volvieron hacia la reina.

María Antonieta, por su parte, se volvió hacia el pórtico.

Esperaba...

Y el monarca llegó.

Por doquier a su paso la gente adoptaba una actitud de respeto. Finalmente se halló ante la catedral. Miró con emoción las estatuas que adornaban el pórtico, inspiró hondo por última vez y entró en el santuario. El corazón le latía desbocado. Le dolía la cabeza.

Apareció a la luz, bajo el pórtico, vestido con una túnica de plata. Los grandes órganos tronaron de alegría solemne. Una orquesta de cien músicos vibró al unísono. El rey se sobresaltó. María Antonieta se llevó una mano al corazón.

Luis se adentró en el edificio y las puertas se cerraron a su espalda.

Avanzó entre dos obispos.

¿Qué otra mirada sino la del rey habría podido atestiguar con exactitud el torbellino espantoso que sucedió a aquellos instantes? Aquellos ojos, ¿vieron realmente, comprendieron algo de lo que ocurría aquel día? ¿Qué revolución habitó entonces su alma? Cinco horas. Por espacio de cinco horas sería más un títere que un hombre, y sin embargo, mediante aquel ceremonial se vería elevado por encima de

los simples mortales. Ya lo estaban desnudando, lo vestían, le quitaban la ropa de nuevo; unas manos lo palpaban, tiraban de él, lo impulsaban a avanzar, le daban vueltas y más vueltas. Luis se aplicaba a hacerlo bien; pero, más que deslizarse con elegancia, se balanceaba. Temía dar un traspie. Las clases que a instancias de María Antonieta le había dado Gardel, de la Ópera, no habían bastado para garantizarle toda la compostura necesaria; se moría de calor. Sin embargo, se concentraba con todas sus fuerzas para expulsar aquellos pensamientos y disfrutar lo más posible de aquel momento insigne.

Trajeron la santa ampolla que contenía el crisma. El rey se tendió brazos en cruz, se incorporó, luego se prosternó sobre un gran cuadrado de terciopelo violeta, en compañía del arzobispo de Reims. Este se levantó con crujidos de articulaciones, mientras Luis permanecía arrodillado. El arzobispo se sentó frente a él.

Había llegado el momento de la consagración. Abrieron la casaca y la camisola del soberano, que se ofrecía a las unciones sagradas, y fue signado con óleo sagrado.

En la frente. «¡Tú, rey de Francia, emisario de Dios!». El estómago. «¡Tú, soberano taumaturgo!». La espalda, los hombros. «¡Tú, nieto de Cristo!». Los antebrazos. Las palmas. Entonces pareció transfigurado. La gracia estaba en él. El arzobispo de Reims preguntó al monarca si se comprometía a proteger a la Iglesia y a conservar sus privilegios. Los obispos de Laon y de Beauvais lo incorporaron a fin de que pronunciase su juramento. Como exigía la tradición, se dirigieron a los asistentes para preguntarles si aceptaban a Luis XVI como rey.

Las tribunas respondieron con el más profundo silencio.

Un silencio que equivalía a un «sí».

Pronunció su juramento con fervor.

El fuego griego.

Naturalmente, Pietro había oído hablar de él. Se decía que había sido inventado hacia el año 670. La fórmula oculta de su composición se atribuía a Calínico de Heliópolis, en Siria o, según Cedreno, en Egipto; sin duda la había obtenido gracias a sus contactos comerciales con los chinos. Esta mezcla particularmente inflamable poseía una propiedad inaudita: ardía incluso en contacto con el agua. El «fuego líquido» había permitido a Nicéforo Focas castigar a los piratas sarracenos de Creta en 960 con la ayuda de más de dos mil navíos; a los bizantinos resistir a los Omeyas durante el sitio de Constantinopla; a Constantino IV rechazar a los ejércitos del califa Yazid. Los bizantinos se transmitían el secreto de generación en generación con infinito cuidado. El fuego del cielo, decían, se dispersaba en todas las direcciones, ¡y podía devorar incluso la piedra! Las crónicas de los enfrentamientos antiguos rebosaban de descripciones alucinantes. Centenares de barcos bizantinos se lanzaban al cuerpo a cuerpo contra las flotas sarracenas entre diluvios de llamas, soles explosivos que consumían las velas y los puentes, en medio de detonaciones, acres humaredas y vapores infectos. Joinville contaba cómo, durante las cruzadas, los caballeros de San Luis se echaban al suelo rezando a la vista de aquellos cometas

ardientes. En 1204, cuando el ejército cruzado asedió Constantinopla, los árabes tuvieron conocimiento a su vez de las propiedades del salitre y de la pólvora negra; los habían usado ya no solo en el mar, sino asimismo en las batallas terrestres. El fuego griego se utilizó hasta el siglo XIV. La composición de aquella arma absoluta se había perdido tras la caída de Constantinopla, en 1453. Hasta que el tal Dupré del que hablaba Augustin Marienne la exhumó del caos de la historia y dirigió su memoria al rey en 1759...

¡Y hete aquí que el fuego líquido renacía!

Sus llamas parecían arder en los ojos de Pietro.

Seguido de dragones y mosqueteros, galopó rodeando la catedral y la ciudad por el este. Se adentraron en un desfiladero que llevaba a las colinas circundantes, a la sombra de un bosque que daba a las vertientes expuestas de los viñedos. Los caballos jadeaban, sus cascos levantaban terrones de tierra. Por un breve instante, Viravolta buscó puntos de referencia; dominaban la ciudad y la catedral apenas por una legua. Subieron y siguieron subiendo y, finalmente, Pietro comprendió que no se había equivocado. Desde el atrio y las entrañas de la ciudad no podían ser vistos. Sin embargo, era obvio que estaban allí. Un centenar de hombres tal vez, dispersos por la colina. El veneciano no daba crédito a sus ojos, pero no tuvo tiempo de observar más a fondo el espantoso sistema que habían emplazado en aquella cresta, por encima del desfiladero. Había allí insólitos artefactos, y Viravolta adivinó que eran similares a los que otrora debieron de equipar los navíos bizantinos. Tubos de plomo o de cobre conducían la sustancia infernal hasta unas fauces de león o de monstruo marino dispuestas a regar al enemigo con llamas, como antaño en la proa de las embarcaciones. Por el otro lado, los tubos se hundían en vastos calderos llenos de la mezcla incendiaria, que preparaban ante su vista. Una decena de conductos se hallaban diseminados por la colina. Detrás de cada uno se encontraban cuatro artilleros vestidos de negro, listos para dejar caer aquella lluvia inflamada y mortal sobre la catedral y la ciudad entera.

Los ojos de Pietro se agrandaron de horror. Los tubos podían asimismo pivotar sobre su eje y seguir las vicisitudes del combate según la voluntad de los artilleros. Para colmar la medida, estaban reforzados con cañones, sin duda como recordatorio de que al fuego del infierno había sucedido otro, el de la pólvora negra.

—¡Atención, a la carga! —gritó Pietro sin más demora.

Viravolta cayó en medio de la horda enemiga como un elefante en una cacharrería. Los caballos galoparon presa del pánico, relinchando y encabritándose por doquier. Y de repente, Pietro los vio: el Fabulista encapuchado, montado en un caballo negro como el infierno, y a su lado lord Stevens, al extremo de la cresta. El veneciano saltó del caballo, con la espada desenvainada en una mano y la pistola en la otra. Los mosqueteros hicieron otro tanto, en medio del barullo. La sorpresa jugó a

su favor. Durante unos segundos nadie supo qué hacer. Los hombres del Fabulista cambiaron miradas desconcertadas, la colina se vio sacudida por un temblor como el de la espuma en los rompientes. Luego, a varios cientos de metros de la catedral, el santuario donde se hallaba reunido lo más selecto de la nobleza y la grandeza del reino de Francia, hicieron pivotar los sifones, ajustaron los cañones, sacaron sables y pólvoras. El Fabulista hizo encabritar a su caballo y desenvainó el arma.

—Y ahora, ¡a por ellos! —gritó Pietro.

La colina ardió como una brasa.

El rey continuaba sometiéndose y, a medida que proseguía aquel despojo paradójico, crecía en atributos. Revistió la túnica, la dalmática y el manto. Después llegó el momento esperado, el más anhelado de todos. El oficiante se acercó a Luis, postrado de hinojos ante el altar, y levantó la corona con el brazo extendido y gesto solemne. Era la diadema de Carlomagno y de los monarcas de Francia. Como era tradición desde Felipe Augusto, los doce pares se acercaron a tocarla, en círculo, antes de que rozase la frente real. En aquel segundo dilatado hasta el infinito, estirado por siempre jamás en la orilla de la historia, Luis XVI, con la garganta seca, al recibir aquel tocado de una pesadez que no había calibrado, esbozó una mueca...

—Me... ¡me molesta!

Y la palabra habría de permanecer.

Sustituyeron de inmediato la pesada corona por otra, engastada de diamantes, centelleante, concebida para la ocasión.

Al presente llegaba Alegre, la espada de Carlomagno, sobre un cojín de terciopelo.

«¡Alegre!».

Agarró la empuñadura y la levantó con la punta hacia el cielo.

«Y ahora, ¡en pie!».

En sus escaupines, espuelas de oro.

En el dedo, el anillo del poder.

En la mano libre, el cetro.

Acto seguido, el manto de armiño treinta veces bordado en oro.

Sus ojos bailaban. Aquello era un horno. Subió los cuarenta peldaños hacia el trono que lo aguardaba. Este carecía de brazos y de respaldo, pues al presente el soberano ya no necesitaba apoyo. ¡Se había entregado, ofrecido a Dios y a su pueblo! En lo alto de los escalones se volvió y, por fin..., ¡por fin!, se sentó.

Sonó una crepitación que en un primer momento parecía salir del fondo de los tiempos. Luego fue creciendo en magnitud, y a ella se sumaron tintineos y repiques. Y de pronto llegó el diluvio. Estalló una fanfarria, y otra, y una tercera; mejor que miles de manos, las sinfonías inflamaron el espacio, los cañones rugieron con furiosas salvas, las campanas mayores tañeron al vuelo. Abrieron de par en par las

puertas de la catedral al pueblo, que se precipitó al interior como un torrente, un río gozoso, para rendir homenaje a su rey. Al mismo tiempo, abrieron las jaulas doradas preparadas para la ocasión: centenares de aves surgieron en el santuario, batiendo las alas bajo las bóvedas y entre las columnas, pasando como nubes de ángeles enloquecidos por delante de las vidrieras. La multitud, maravillada, profirió exclamaciones de felicidad. El monarca centelleaba, con su manto azul guarnecido de armiño y sembrado de flores de lis de oro; estaba sentado en el trono, con el cetro en la mano de justicia, y en toda Francia, la primogénita de la Iglesia, el pueblo se desgañó lanzando exclamaciones infinitas, que decían: «¡Navidad! ¡Navidad! ¡Viva el rey! ¡Navidad, viva el rey!».

A partir de ese momento ya no le fue posible contener la emoción. De las profundidades de la catedral surgió un grito, el de María Antonieta, ¡la reina, por supuesto, la reina! Prorrumpió en sollozos en su tribuna, mientras sonaban aplausos por doquier. Desde su trono, Luis la miró, y el soberano, que no había cesado de buscar su apoyo durante toda la ceremonia, dirigiéndole sonrisas dichosas pero angustiadas, le envió esta vez una mirada tierna y cómplice. Ella le respondió entre lágrimas. *Monsieur* de Clermont-Tonnerre, condestable de Francia, que acababa de recuperar Alegre, se dejó resbalar cuan largo era, muerto de cansancio. Anna Santamaría no pudo evitar echarse a reír; dirigió un guiño a Cosimo, al otro lado de la tribuna. El arzobispo de Reims suspiró y sus rasgos se relajaron mientras las lágrimas acudían a perlar sus ojos. El joven conde de Artois dejó caer la corona y exclamó: ¡Demonios, demonios!, a la espera de que se la recogiesen. El enviado de Trípoli se había arrodillado entre sollozos. Las descargas de artillería escupieron nubes de pólvora hacia el cielo, resonaron las salvas de mosquetería, las campanas de las iglesias, abadías y conventos repicaron al unísono.

Francia había nacido.

Todos se prepararon para salir.

En la colina próxima, la irrupción de Viravolta, los dragones y los mosqueteros había transformado el lugar en un increíble campo de batalla.

Al utilizar el invento que habían arrancado del olvido, las tropas de Stevens y del Fabulista habían explorado asimismo todos sus usos, tal como hicieran sus remotos antepasados bizantinos y sarracenos. Por eso sus artificieros estaban provistos de las armas más improbables. Algunos sujetaban «cohetes de mano»; sus descargas estallaban con ruido de trueno, iluminando el espacio con fulgores de estrella fugaz, antes de perforar el flanco de un caballo que relinchaba de pavor, de besar la cruz pectoral de un mosquetero o de abatir a uno de los dragones del rey. Otros tiraban bombas que contenían la mezcla incendiaria y que explotaban en el suelo con aterradoras detonaciones. Se trataba de los pequeños proyectiles de mano, fabricados en vidrio o en barro cocido, que antaño se veían en Esmirna, en Beirut, en Damasco, en los puestos de curiosidades de los bazares. Un estopín inflamable llevaba el fuego al interior de esos recipientes huecos en forma de pina, el soldado lo lanzaba y

explotaba en mil pedazos.

—Estoy soñando —dijo Pietro meneando la cabeza.

Su hoja había silbado, la levantó hacia el cielo y la luz pareció hacer cantar al metal; se arrojó de nuevo al fragor de la batalla.

—¡Adelante!

Luchaba como un demonio. Stevens y el Fabulista habían querido ahogar la catedral y a sus ocupantes bajo un diluvio de fuego; interrumpidos sus preparativos, los artificieros intentaban volver cañones y sifones hacia sus atacantes. Por doquier estos combatían para impedirles disparar. La mixtura griega era introducida en los tubos flexibles y proyectada gracias a un mecanismo similar al de una bomba compresora; se encendía en el orificio de los tubos, en torno a los cuales acercaban manojos de estopa embebidos en materias inflamables. Más allá, las tropas enemigas preparaban calderos de nafta, destinados a ser propulsados sobre el santuario con el fin de incendiarlo. Habían remojado en el fuego alabardas, lanzas y flechas, que se iluminaban por todas partes. Nubes de humo ascendían hacia el cielo, dando a aquel cuerpo a cuerpo la dimensión de una batalla que se desarrollaba bajo los auspicios de algún demonio surgido de las entrañas de la tierra. En el corazón de aquellos vuelos de azufre, pólvora y salitre, en ocasiones los combatientes eran proyectados en el aire. Los barriles explotaban como fruta demasiado madura.

Tras apearse de un brinco de su caballo, Pietro acababa de enviar uno a tomar viento con toda la fuerza de su pie.

Más allá, uno de los sifones, que todavía apuntaba a la catedral, se disponía a disparar.

El Fabulista, rabioso, ordenó con voz de ultratumba:

—¡Disparad! ¿Me oís? ¡Disparad!

Tres estocadas y Pietro, desmelenado, se desembarazó de los artificieros. Otros acercaban ahora la estopa al cañón. El veneciano no tuvo tiempo de impedirselo; asestó con todas sus fuerzas una nueva patada al tubo de boca monstruosa. Liberado de su alojamiento, este se irguió un breve instante, casi en vertical; a tal punto que el chorro fulgurante salió disparado... directamente sobre los combatientes.

Viravolta y los demás se miraron.

—No. ¡¡No!!

Pusieron pies en polvorosa, todos en direcciones opuestas.

El fuego líquido cayó como lluvia en el lugar mismo que acababan de abandonar, incendiando la bomba y el caldero. Algo más lejos, la mixtura se extendió en lenguas negras y rojas. Corrió entre la hierba, serpenteando por el suelo a la manera de un magma pegajoso y volcánico. Una simple ramita bastó para prender la sustancia que hasta entonces había escapado de la combustión. Cuando Pietro se encontró frente a frente con el Fabulista, el suelo pareció arder de repente por efecto de una erupción. A su alrededor, la llama griega siguió propagándose, centelleante y rápida, dibujando tridentes de fuego y rayas de lava. Alcanzó sin distinción a diez hombres al mismo

tiempo, aliados y enemigos, que de pronto cesaron de combatir para revolcarse por tierra entre alaridos; otros intentaban apagar aquella tormenta sin conseguirlo. Los caballos, enloquecidos, salieron huyendo en todas las direcciones, con espuma en el bocado y ojos despavoridos. Mosqueteros negros y grises luchaban ahora a pie. Pietro se puso en guardia con una sonrisa malévolamente. Detrás de la silueta encapuchada acababa de divisar a Stevens, que daba media vuelta sobre su montura y se adentraba bajo los arcos de follaje, en el lindero del bosque.

¡Huía!

—Decididamente valeroso pero no temerario —soltó el veneciano.

El Fabulista volvió la cabeza un breve instante y luego miró de nuevo a Viravolta.

Permaneció silencioso bajo la capucha de sombra. Por encima de ellos, un disparo de sifón dibujó en el espacio una estela de lava fluida y ardiente; prendió en un árbol como una antorcha. Algunas gotas incandescentes cayeron cerca del veneciano. Pietro se agachó para evitar un fuego cruzado de cohetes de mano; acto seguido sumergió la hoja de su espada en un caldero todavía medio lleno de la mezcla incendiaria. Al momento el Fabulista hizo lo propio. Ambos deslizaron su arma en una de las lenguas de llamas que los rodeaban. Las hojas se encendieron.

El calor era abominable, el humo hacía toser, quemaba las gargantas. Mosqueteros medio devorados por las llamas vacilaban antes de derrumbarse con el arma en la mano. Otros corrían gritando, antorchas vivientes e inextinguibles. En medio de aquel caos, Viravolta proseguía su lucha con el Fabulista. Las espadas se cruzaban con sonidos silbantes, caricias y chispas, y remolineaban en el aire en función de sus movimientos, dibujando arabescos de fuego.

—Has aprendido bien —soltó el Fabulista.

Detrás de ellos se elevaban los muros de fuego griego.

—¡Sabemos quién sois! —gritó el veneciano—. ¡No os obcequéis!

Por un breve instante sus rostros se encontraron muy cerca el uno del otro; Pietro distinguió entonces los rasgos de un hombre ya maduro, con la frente ceñida de rizos negros y el rostro deformado de odio. Tuvo tiempo de susurrar:

—Sabemos quién es vuestro padre.

Le pareció que el Fabulista vacilaba. Permaneció mudo... y se limitó a inclinar la cabeza debajo de la capucha.

El contingente de sus tropas y las de lord Stevens resultaba insuficiente. Los dragones consiguieron neutralizar los cañones sin que disparasen una sola bala en dirección a la catedral. Los sifones fueron destruidos. Los mosqueteros acabaron de despejar el lugar. Cuando vio que la causa estaba perdida, el Fabulista se volvió con un roce de capa. En tres saltos estuvo fuera de alcance. Al lanzarse en su persecución, Viravolta vio cortado su avance por un brusco regreso de las llamas. El Fabulista corrió al otro lado de la colina, donde lo esperaba un caballo atado a un árbol, que se encabritaba. Pietro divisó un cadáver muy próximo. Le arrebató uno de los cohetes de mano que aún parecía en buen estado. En un santiamén prendió el fulminante y

disparó. Una estela luminosa brotó, recta y fulgurante, cometa coronado por una estrella de luz, en dirección al Fabulista, que huía.

Erró su objetivo.

El follaje de un árbol se encendió como una fogata. Entonces, mientras recuperaba el resuello, Pietro miró a su alrededor.

Se habría dicho las hogueras de San Juan.

Delante de la catedral, lejos allá abajo, la procesión había salido. Desde el atrio todos observaron aquellos extraños fuegos que surgían de las colinas cercanas y las columnas de humo que subían hacia el cielo. Una chiquilla había sido la primera en apuntar el índice en dirección a las llamas y sus destellos multicolores. La pequeña soltó una alegre exclamación; miles de personas se volvieron en la dirección indicada. En medio de la multitud y de las palomas que, liberadas de su jaula, seguían escapando del santuario en raudo vuelo, hasta el propio rey se sorprendió junto a María Antonieta de lo que sus artificieros habían preparado para él. No recordaba haber previsto nada en absoluto en ese sentido; se deleitó con aquella sorpresa. Nunca había visto fuegos artificiales tan curiosos, sobre todo en pleno día.

—¡Es precioso! —murmuró—, pero ¿cómo lo hacen?

Entonces el rey aplaudió. Sus aplausos no tardaron en ser coreados por la multitud concentrada en el atrio, que miraba hacia las colinas.

Pietro soltó el cuello del último adversario al que acababa de atravesar. Lo remató y lo dejó caer, antes de secar la sangre del filo de su espada.

Resurrexit.

En el bosque de Amor

Bosque de Reims

Atrio de la catedral y posada del León de Oro

Cementerio de San Medardo

Sí, había recordado su boda, pero aquella celebración había sido mucho más bonita, o mucho peor: el banquete real, él que se moría de ganas de sentarse y de darse un atracón antes de ir a acostarse por fin. Luis no pudo probar ni una migaja. Los manjares se sucedían al son de la música de orquesta, pero el despliegue ininterrumpido de genuflexiones ante sus ojos le impidió bajar la nariz hacia su plato. Luego habría que desfilarse por la ciudad en cabalgata, presidir el capítulo de los caballeros del Espíritu Santo y tocar a más de dos mil escrofulosos. En medio de este torrente, se enteró por boca del chambelán, que lo sabía por un capitán de la guardia, quien lo sabía a su vez por uno de sus soldados y este por un gentilhomme destinado a la seguridad de la reina, que hoy mismo un gran peligro se había evitado, gracias a un antiguo agente del Secreto y a uno de los funcionarios de la Casa del Rey.

Entre el aluvión de ruidos que lo rodeaba, Luis XVI solo comprendió la mitad.

Al parecer, un peligro indefinido había sido conjurado.

Se contentó con esbozar una sonrisa evasiva y pronunciar estas palabras:

—Ah. Bien, pues tanto mejor, sí, tanto mejor. Por primera vez se sintió realmente rey.

Caía la noche en el bosque de Amor.

Luis XVI aún no se había ido a la cama, pero la jornada llegaba a su fin. Había prescindido por fin del manto de gala. Ahora paseaba del brazo de la reina por aquel bosque, que era uno de los favoritos de los habitantes de Reims.

El lugar resultaba bucólico y, mientras caminaba, evocaba con una sonrisa los grandes bosques que rodeaban Versalles, donde pronto podría recuperar el placer de la caza. Por el momento, no podía decirse que se hallara a solas con María Antonieta gozando del anonimato. La multitud que los rodeaba seguía hostigándolos. Pero al menos lo más duro de aquella jornada, tan sublime como agotadora, había quedado atrás. María sonreía, saludaba aquí y allá con un movimiento de cabeza cortés o con una mano levantada. La gente quería tocarlos, tocarla a ella sobre todo, lo cierto es que era tan hermosa..., su rostro resplandecía bajo el sombrero; no desdeñaba detenerse para decir unas palabras amables, conversaba de buen grado unos minutos con los nobles así como con los burgueses o los campesinos. Los aclamaban a cada palabra, a cada paso.

Caminaban en mutua compañía y, en el recodo de una avenida, tuvieron por fin un momento de respiro.

El rey pidió que los dejaran unos segundos, unos segundos de soledad.

Los dos se miraron. Él le dio la mano, que ella apretó con fuerza. En aquel

instante se les antojó que tal vez todo aquello tuviera sentido. Que finalmente se amaban, que tendrían hijos, como cualquier otra pareja, y que por fin el futuro les sonreía.

Avanzaron cogidos de la mano, bajo una rosaleta que la penumbra empezaba a invadir.

Caía la noche en el bosque de Amor.

Pietro se había encontrado con Charles de Broglie no lejos del atrio de la catedral, tras haber hablado con Sartine sobre las circunstancias exactas de la batalla en la colina. El ministro creyó desfallecer, pero Pietro le aseguró que la amenaza había sido conjurada, al menos por el momento. Tras arduos esfuerzos habían logrado dominar el conato de incendio provocado por el fuego. ¿Ardía este realmente en el agua e incluso con mayor violencia que en el exterior? En cualquier caso, no era en absoluto con agua como habían conseguido apagarlo, sino del mismo modo que antaño, ante las murallas de Constantinopla: utilizando arena, tierra y aislándolo del aire por medio de lienzos o mantas húmedos. Allá arriba, cerca de los viñedos, la colina seguía envuelta en bruma. Aquel año de 1775 el vino de Champaña tendría un sabor levemente ahumado; eso lo convertiría en una cosecha excepcional.

Pero el Fabulista y lord Stevens habían escapado.

Anna Santamaría y Cosimo se le acercaron. Pietro sonrió y besó a Anna, antes de estrechar a su hijo entre sus brazos.

—¡Así que finalmente no ha ocurrido nada! —exclamó Cosimo.

—Más bien creo que, una vez más, tu padre ha ido a divertirse al parque —replicó Anna examinando el mugriento atavío de Pietro.

Su frente y su mejilla conservaban restos de azufre y de ceniza. Le sangraba la sien derecha. El veneciano se volvió de nuevo hacia el conde de Broglie, que seguía llevando el resplandeciente traje de caballero de la orden del Espíritu Santo. Se llevó a un aparte al jefe del Secreto. Cosimo los observaba con aire intrigado y vagamente suspicaz.

—¿En qué punto os encontráis con Stormont?

—Vergennes y yo no cesamos de gritar ante él. En realidad, hace mucho que Stevens va por libre. Sin embargo, hasta el presente todo cuanto consigue hacer es perder a otros agentes.

—Sí, un poco como nosotros —repuso Viravolta con amarga expresión—. ¿Y el Fabulista? ¿Y pensar que todavía ignoramos su nombre exacto!

Clavó la mirada en la del conde.

—Hablemos con franqueza. Jacques de Marsille, el primer Fabulista, el hombre al que maté la noche de las nupcias de María Antonieta... Vos lo sabíais, ¿no es cierto?

—¿Qué queréis decir, Viravolta?

—Nunca trató de atentar contra la vida de nadie. Deseaba una audiencia.

Charles de Broglie se pasó la lengua por los labios. Pietro prosiguió:

—No podíais ignorarlo. Es a vos a quien el rey debió de confiar ese asunto. Ya

erais jefe del Secreto... ¿A qué otro habría podido contárselo? Marsille era un exaltado, pero no estaba loco... ¿Por qué razón iba a fomentar un atentado sin ninguna esperanza de éxito?

Brogie lo dejó continuar.

—¡Reclamaba justicia para un bastardo del rey! Aprovechó la noche de la boda para acudir a Versalles, confiando en forzar el destino, en el mismo lugar donde le habían cerrado todas las puertas..., y en encontrar un medio para defender su causa. ¡Estabais al corriente de su llegada! ¡Se disfrazó por obligación, sabedor de que se exponía a ser perseguido!

El veneciano frunció el ceño.

—Y permitisteis que lo matara.

Hizo una pausa y añadió:

—Nos pusisteis a todos en alerta... y amañasteis las pruebas de su culpabilidad. Pero por perversas razones. Cubristeis al rey, ¿me equivoco?

Brogie frunció el ceño a su vez, tenso.

—Los epigramas eran suyos. Me limité a añadir otros.

Viravolta prosiguió:

—Tras de lo cual no resultó difícil montar un expediente de investigación donde figuraba como un extremista que rechazaba la afianza con Austria, además de un satanista peligroso, o cuando menos un místico al borde de la herejía, que frecuentaba a los convulsionarios de San Medardo. Siempre he creído que había algo que no resultaba... coherente en ese retrato. El asunto podía ser despachado en tres días, qué digo, en una noche. ¡Y a pasar página!

Pietro entrecerró los ojos. El conde se defendió:

—Yo no sabía lo del niño, Viravolta. Efectivamente, el rey me había dado a entender que había una mujer... y que pretendía haber tenido relaciones con él... Decía que esa mujer utilizaba a un abate para divulgar toda clase de rumores infundados. No me lo contó todo, Viravolta, ¿lo comprendéis? No sabía lo del niño. ¡Y aunque lo hubiera sabido! ¿Qué habrías hecho en mi lugar? Era mi deber proteger a nuestro Bien Amado...

Esbozó una sonrisa cínica.

—También el rey tenía secretos que solo le pertenecían a él.

Charles guardó silencio unos segundos y añadió:

—Marsille se estaba convirtiendo en una amenaza para el Estado. Podía hacer correr otros epigramas, Viravolta. Cometió el error de decir la verdad. Nosotros mismos escribimos algunos, es cierto, para acreditar nuestra tesis. Huelga decir que todo esto es... secreto.

Se miraron en silencio.

Pietro meneó la cabeza.

—Y, por supuesto, D'Aiguillon ignoraba el fondo del asunto cuando me confió la investigación. Pero ¿y vos? ¿Qué pensasteis cuando los epigramas y su nombre

reaparecieron?

—No estaba seguro de nada. En medio de todo aquel lío, el Servicio se encontraba amenazado. Debía luchar en varios frentes a la vez. Necesité algún tiempo para comprender, y luego para encontrar la prueba en la persona de Marie Desarneaux. Su nombre figuraba en los informes..., pero daban a entender que había tenido una relación con el abate. ¡No con el rey! ¡Él no me había dicho siquiera su nombre! Era una mujer entre otras muchas, Viravolta. Una muchacha de la calle. La había olvidado. Lo que el rey quería era silenciar al abate. Marsille inventó su personaje para acercarse a nosotros. Educó al bastardo como a hijo suyo durante varios años, y protegió a su madre..., mas eso solo explicaba un aspecto de la conspiración. Los ingleses no estaban previstos. Sois vos, Viravolta, quien me hizo comprender lo que se tramaba. Hasta hace muy poco no cobró todo sentido en mi mente.

El veneciano meneó la cabeza.

—Pero ¿os dais cuenta?

El conde apoyó una mano en su hombro.

—Seguía siendo una amenaza para el Estado. Si Francia llega a conocer al bastardo el día del banquete... Luis Augusto contraía matrimonio con María Antonieta, ¡se trataba de un enlace de Francia con Austria!... ¡Estamos hablando del equilibrio del mundo, Viravolta! La razón de Estado. La política.

Pietro esbozó a su vez una sonrisa amarga.

—Conozco la historia. Sin embargo, ¿creéis de veras que un bastardo aislado podría hacer vacilar el trono de Francia?

—La sangre del rey aún corre por sus venas, amigo mío. Hay regímenes que han caído por menos de eso.

Viravolta y el jefe del Secreto guardaron silencio.

En ese momento, un oficial del rey que había hecho directamente el camino desde Versalles llegó al atrio a galope tendido.

—¡Paso! ¡Paso! ¡Mensaje de *monsieur* de Marianne, de la Casa del Rey, para la Orquídea Negra!

Pietro tomó el nuevo billete de Augustin Marianne.

Recordaréis, Viravolta, la segunda categoría de planos... El extraño trazado reticular cuyo sentido no conseguía comprender... ¡Finalmente lo he desvelado! Es aquí, en Versalles, os lo contaré a vuestro regreso. Es indispensable que guardéis al respecto el más absoluto secreto. Venid a verme tan pronto lleguéis. ¡Y daos prisa!

El Fabulista tiene un último as en la manga.

Viravolta comprendió. Miró a Charles de Broglie. Se contuvo para no gritar. Anna había avanzado hacia ellos. Volvió a sonreír.

—¿Un nuevo juego?

Pietro recordó. Si el Fabulista no renunciaba a la ejecución definitiva de su plan...

~~El perro que soltó su presa para coger una sombra~~
D'Eon, Zafiro, Beaumarchais
~~El amor y la locura~~ - Anna
~~El mono rey~~ - Luis XVI
~~La cigarra y la hormiga~~ - María Antonieta
~~La liebre y la tortuga~~ - La corte
El león en su vejez

La partida no había acabado del todo.

En Reims, Anna, Pietro y Cosimo habían permanecido no lejos de la guardia y de la pareja real. Se alojaban en habitaciones de una posada situada frente a la catedral. En el corazón de la noche, por fin, todo se calmó, reinó el silencio, para dar paso únicamente a dos respiraciones mezcladas.

La luna estaba alta en el cielo. Anna y Pietro hacían el amor. Él contemplaba los senos de su mujer. Sus mejillas arreboladas. La boca abierta, unas veces en un suspiro y otras en una sonrisa. Anna Santamaría. La Viuda Negra de Venecia. Dios, cómo la amaba. Siempre la había querido y siempre la querría. Y aunque había tenido numerosas amantes durante su agitada juventud, aquel misterio era tal vez el mayor de su vida.

Ella le sonrió.

Pocos minutos después yacían con languidez uno junto a otro. Anna se inclinó hacia él, clavó la mirada en la suya, le acarició la mejilla.

Callaban.

Por fin, el silencio.

Entonces, tras un carraspeo, con voz dulce en la que se traslucía la incredulidad, ella murmuró:

—Pietro, amor mío..., ¿qué es lo que persigues?

Él no respondió. Anna insistió:

—¿Qué es lo que persigues?

Pietro siguió sin responder.

Era una excelente pregunta.

El Fabulista juntó las manos bajo la cortina de lluvia. Las gotas chorreaban a lo largo de su capucha y su capa negra.

La luna avanzaba en el cielo.

Estaba plantado ante la tumba, contemplando aquel epitafio que había visto una y mil veces.

AQUÍ YACE
JACQUES DE MARSILLE
1715-1770
SUS FELIGRESES, AGRADECIDOS

Había ido a poner flores en la tumba. Dalias color leonado en señal de agradecimiento. Azucenas por la pureza. Lavanda por la ternura respetuosa. Brezo por el amor mezclado con soledad. Hojas de ajeno por la ausencia. También había sustituido el pájaro disecado, depositado en ofrenda junto a la estela.

Con la mente atormentada por aquelarres de animales y de demonios, rodeado de cruces y tumbas, hervía de cólera.

Desde que empezara a urdir su venganza, no había visto a Marie, su madre. Esta lo creía muerto desde hacía mucho tiempo. Mejor así. También él había tenido que desaparecer. Era una forma de protegerla; y también de protegerse a sí mismo. Lo embargaba el temor de que el nuevo abate, Jean Morois, hubiera adivinado su presencia. Morois debía de preguntarse quién llevaba flores a la tumba. Pero era un hombre bueno. Se ocupaba de su madre.

No pudo contener más su furia y lanzó un grito.

Se había esforzado por atenerse al plan previsto, mezclando los asesinatos premeditados con acciones a veces dictadas por la urgencia. En todo momento trató de canalizar su cólera, actuando de manera metódica, racional. En su interior se habían mezclado delirio y frialdad, sentido de la organización y talento camaleónico. Pero ¿adónde había ido a parar su bonito programa? Ciertamente, se enfrentaba a la élite de los agentes del rey. Ya no se trataba de confidentes de tres al cuarto. Viravolta no había muerto en la jaula del león. Una vez más, su inesperada supervivencia había puesto en jaque todo el andamiaje. También D'Eon y Beaumarchais seguían con vida. Y el veneciano había irrumpido en Herblay, y luego en Reims, como un elefante en una cacharrería. «¡Él, siempre él!».

Ahora el Fabulista estaba desesperado.

De nuevo gritó bajo la tormenta.

¿Qué intuición lo llevó a adivinar que lo observaban? Levantó el rostro de forma imperceptible bajo la capucha; sus músculos se tensaron. En el cementerio contó tres sombras que se movían lentamente en su dirección. Una debía de venir del ángulo sudeste, casi a su espalda. Las otras se le acercaban por los lados.

«Hombres de Broglie».

«Lo ha comprendido. Ha hecho que vigilaran el cementerio».

Esperó todavía unos instantes, en una postura de comulgante recogido.

Luego buscó los dos puñales en sus costados, que centellearon en la noche.

Cuando entró en su taller ya no recordaba muy bien lo que había ocurrido.

Otra vez había habido gritos y sangre.

El cementerio contaba aquella noche con tres muertos más en su haber.

Se desprendió de la capa y volvió a ponerse manos a la obra.

Los animales de las fábulas, y el recuerdo de los grabados que la nodriza, aquella bestia, leía antaño a los otros niños, volvían para acosarlo. Era la época en que fue abandonado a los cuidados de aquella mujer embrutecida y abúlica, que solo veía en él a un retoño miserable. Los otros se burlaban de él, lo arrastraban por el barro junto

a la porqueriza. Ya por entonces se sentía medio hombre, medio animal. Como Etienne el jorobado. Un bastardo. Llegada la noche, cuando ya no estaba confinado en la bodega, o arriba en el granero, cuando los demás y dejaban de hacerlo sufrir, iba en secreto a birlar el libro. Entonces podía a su vez contarse historias. Soñaba mientras contemplaba aquellos grabados. Más tarde, cuando supo leer, el abate, que lo había salvado de aquel cuchitril, le explicó también el sentido de las fábulas. Fábulas que, al igual que las del Laberinto de los jardines de Versalles, estuvieron otrora destinadas a la educación del delfín.

¡El hijo de un rey! «Dios está contigo, hijo mío».

Pero, finalmente, ¿en qué infierno había caído? ¿Qué había hecho? ¿Y el loco de Stevens? Ya no lo necesitaba para nada. Stevens el fugitivo. El inglés renegado había fracasado en su operación, «Party Time». Al Fabulista le correspondía llevar a cabo la suya, solo, puesto que así estaban las cosas.

Los gritos de Rosette volvían a sus oídos, y los de Baptiste, y la sangre que brotó de la garganta de Sapo, y la ronda de los torturados, torturados por su culpa.

El hijo de un rey.

De profanais clamavi ad te, domine.

Lágrimas de rabia fueron a morir a la comisura de sus ojos. Sin embargo, no se rendiría sin luchar. ¡No, no todo estaba perdido! ¡No se resignaría! Y si había que acabar, llegar hasta el final, jugarse, en definitiva, el todo por el todo, ¡dispararía su salva de honor y de nuevo los haría temblar a todos! ¡Un último festival! Si debía morir, al menos vengaría la memoria del abate, el único ser que había contado jamás para él. ¡Y no se iría sin arrastrar a la muerte al responsable de su asesinato!

Versalles, y Viravolta.

¡El combate desigual para salvar el honor! ¡El hijo del rey al precipicio!

Se puso de nuevo manos a la obra, pero ya no era la taxidermia lo que lo preocupaba. Ahora le tocaba a la química.

Examinó el viejo libro polvoriento que había depositado en un atril cual si se tratara de una Biblia.

Liber ignium ad comburendos hoste.

Volvió a sumirse en sus estudios.

¡Seguid la carne!

Sótanos de las alas de los Ministros, Versalles

Viravolta no había podido regresar a Versalles antes de que concluyeran las ceremonias de Reims y que la pareja real lo hiciera a su vez. Pero tan pronto como hubo vuelto a palacio y pudo delegar la vigilancia en las expertas manos de Sartine, corrió hacia las catacumbas del ala de los Ministros, donde residía Augustin Marienne. Franqueó la puerta blanca de la recámara, bajó la escalera y llamó a la puerta que llevaba a los antiguos cimientos.

Nadie respondió. El batiente estaba abierto. Lo empujó con un chirrido.

Pietro tuvo la misma impresión que durante su primera incursión en aquella insólita guarida. La estancia se hallaba sumida en la penumbra; el desorden resultaba cada vez más inverosímil. Sin embargo, esta vez lo era a tal punto que el veneciano se mantuvo en guardia.

Los esbozos, dibujos y bocetos de los planos cubrían el suelo por doquier. Los proyectos de movimiento perpetuo estaban rasgados. Ruedas dentadas yacían abandonadas aquí y allá. Las pilas de carpetas derramaban sus pliegos de vitela. Habían roto la araña y tirado las velas. El fuego podía prender de un momento a otro. Y, sobre todo, flotaba aquel olor, un olor que Pietro sabía reconocer entre mil. La sangre.

Oyó un gemido que procedía de las entrañas de la habitación.

Saltó hacia delante, enviando a hacer gárgaras un pupitre de colegial que se encontraba en su camino. Volaron pliegos en un rayo de luz. Una mano pálida parecía surgir de las profundidades de la tumba. Se erguía suplicante, con los dedos engarfiados como una garra. El pobre Augustin Marienne se hallaba sepultado bajo sus propias carpetas. De su boca brotaba un hilillo de sangre; escupía hojas garabateadas con inventos descabellados, con las que habían intentado ahogarlo. Se adivinaban aquellos croquis que prometían el oro y el moro, entre botas milagrosas y movimientos jamás consumados. Su rostro tumefacto estaba irreconocible. Lo habían molido a palos. Los quevedos rotos yacían a su lado.

—¡Augustin! —gritó Viravolta inclinándose hacia él.

Retiró un pliego de su boca mientras Augustin escupía sangre con un estertor.

*Pobre Augustin,
¡se ha hecho viejo, Viravolta!
Al igual que este reino mezquino,
morir es su sino.
Así pues, sé amable y, si estás dispuesto,
tal como te he propuesto,*

*resolvamos la fábula final
entre tú y yo, si no te parece mal.*

EL LEÓN EN SU VEJEZ
Libro III - Fábula 14

*El león, terror de la selva en el pasado,
cargado de años y llorando su antigua proeza,
por sus propios súbditos es atacado,
a los que su debilidad ha colmado de fuerza.
El caballo se acerca y una coz le propina;
una dentellada el lobo; el buey, una cornada.
El desdichado león, triste y sin ganas de nada,
apenas puede rugir, la edad a ello lo conmina.
Aguarda su destino, no se abandona a las quejas,
pero, al ver que el asno acude a su guarida:
«¡Es el colmo! —le dice—; ni un digno final me dejas,
sufrir tus ataques es como una muerte, repetida».*

F.

—Augustin... ¿Qué ha ocurrido?

El hombre tenía la mirada vidriosa. Su mano apretó el brazo de Pietro como la de un náufrago.

—Yo... No sé su nombre... Se ha hecho pasar... por Zafiro... Quería... los planos...

—¿Los planos? ¿Qué planos?

Marienne volvió a escupir sangre. Su mirada se extraviaba. En su rostro se leía un sufrimiento agudo, mientras intentaba hacer acopio de sus postreras fuerzas.

—La fórmula del fuego griego... El Fabulista la obtuvo a través de Zafiro... La copió... Es culpa mía, Viravolta... Oh, perdonadme... ¡Yo se la di! La fórmula de Dupré... Quisieron hacerme hablar... La he destruido, pero él... ¡aún la tiene! ¡Tiene el último pliego, Viravolta!

—¿Y los otros planos? —preguntó Pietro—. ¿Qué significan?

Augustin alargó un índice tembloroso y señaló un rollo que yacía no lejos de él.

—Allí... Están allí... Viravolta... Seguid... la carne... Calixte...

—¿Cómo? ¿Seguid la carne? ¿Calixte?

—El fuego se propaga incluso gracias al agua... Ha fabricado un arma con él... ¡Esta noche!

—¿Qué decís? Augustin, ¡no entiendo nada!

La mano del funcionario de la Casa del Rey se cerró con más fuerza sobre el

hombro de Viravolta. Augustin movió la cabeza a pequeñas sacudidas regulares, ya no apartaba la vista del veneciano, como si quisiera incorporarse. Luego soltó una prolongada espiración... y sus miembros se hicieron pesados en los brazos de Pietro. El veneciano se puso en pie y le pasó una mano por la frente. Miró el rollo que había señalado Augustin, donde se veía aquel entramado de horizontales y verticales, sembradas de líneas discontinuas, cifras y formas geométricas diseminadas según una red incierta.

La Orquídea Negra hizo una mueca.

«¿Seguid la carne?».

Relación de la fiesta de Versalles

Cocinas del rey

Laberinto, Gran Canal y bosquecillo de las Rocallas

Cenador del estanque de Apolo

Esa tarde, cuando el día aún no había declinado, todos los oficios estaban en la brecha: trescientas personas diseminadas en el Gran Común, todas destinadas a la comida del monarca, como en tiempos del Rey Sol. En el Servicio de la Boca se afanaban los paneteros, para la preparación de los cubiertos, el pan y las mantelerías; los coperos o «cubiletos», para el agua y el vino; los cocineros, para los platos; los fruteros, para la fruta, velas, candelabros y guirnaldas; los horneros, para la leña y el carbón. Se llevaban las fuentes a las mesas preparadas. Pietro se cruzó con el primer jefe de comedor, que daba instrucciones con aspecto animado a su adjunto habitual, el cual daba palmadas para meter en cintura a sus jefes de comedor de zona, mientras que más allá el controlador general de la Boca garantizaba el recuento de las últimas provisiones. La organización era castrense. No sabiendo por dónde atacaría el Fabulista, Viravolta se había remitido a las últimas palabras de Augustin Marienne: hacía vigilar la «carne del rey»; se trataba en realidad del conjunto de los manjares que debía comportar el menú de la cena. Cuando Pietro llegó, estos salieron primero en forma de un sinfín de preparaciones en salsa, procedentes de la planta baja del Gran Común. Bajo la batuta del primer jefe de comedor, eran solemnemente acarreados por treinta y seis gentileshombres sirvientes, precedidos por doce jefes de comedor provistos de bastones de plata.

Por lo general, la carne abandonaba las cocinas, atravesaba la calle, entraba en el palacio por la puerta situada exactamente frente al Gran Común, subía la escalera y se hundía en los pasillos de Versalles, hasta llegar a la mesa del rey. Aquel día la solemne procesión se dirigía a los jardines, largo desfile extraordinario, para finalmente desembocar en el lugar donde se servía la cena. Otra diferencia notable respecto de las costumbres habituales: a la salida misma del Gran Común, Pietro había hecho disponer a una serie de catadores. Este segundo pequeño ejército se alineaba como para una revisión de tropas, vistiendo traje azul y rojo, cruzado por un cinturón blanco. Cada uno de ellos mojaba el dedo, el pan y la cuchara en los diversos manjares que desfilaban ante sus ojos, con el fin de garantizar que ninguna pérfida mano hubiera vertido en las fuentes unas gotas de algún poderoso veneno. Viravolta había invitado a Sartine y al conjunto de la guardia de palacio a redoblar la vigilancia mientras el Fabulista siguiera en libertad.

El veneciano avanzó hacia el primer jefe de comedor.

—¿Nada que señalar?

El otro, azorado y con el cabello en desorden, se quitó el mandil donde acababa de secarse las manos y dirigió a Pietro una mirada irritada.

—Sí, amigo mío. He de señalar la preparación de unos cuarenta y tres platos que todavía debo hacer llegar al bufé improvisado de su majestad. ¿Os basta con eso?

Viravolta no insistió.

Al presente avanzaba al compás el batallón de fuentes, calderos y soperas, platos llanos u hondos, llevados por el ejército de sirvientes y jefes de comedor destinados al menú del rey. Iban en cabeza las opulentas sopas, compuestas de capones viejos y cuatro perdices con col; luego venían las sopas ligeras, entre ellas seis pichones de palomar en crema, una de cresta y menudillos, y dos sopas de entremés. A continuación las sopas cedían el sitio a los grandes entrantes, un cuarto de ternera y doce pichones como pastel de carne, y a los pequeños entrantes, seis pollos guisados y dos perdices en picadillo. Los entremeses no iban en zaga, y comprendían tres perdices en su jugo, dos pavos asados, seis pasteles de carne a la parrilla y tres pollos grasos con trufas. La procesión proseguía con los asados, dos capones, nueve pollos y dos estorninos, seis perdices y cuatro pasteles de carne. La fruta y los postres, las compotas y confituras líquidas, en sus compoteras y salseras de porcelana, aún tendrían que esperar un poco. Y, naturalmente, aquel menú pantagruélico estaba destinado únicamente al rey y a la reina. Los platos cocinados para los cortesanos ya se encontraban en su sitio. La corte acababa de acomodarse para la cena muy cerca del estanque de Apolo, después de una representación improvisada que María Antonieta había hecho dar al aire libre, en el bosquecillo de las Rocallas. ¡Qué curioso desfile aquel! Los portadores de platos caminaban como soldaditos por las terrazas, bajaban hacia los espejos y el estanque de Latona y acto seguido subían por la Avenida Real en dirección al estanque.

Pietro les pisaba los talones, y los manjares parecían bailar ante sus ojos en las bandejas.

«Seguid la carne».

Antes de la representación, hacia las cuatro de la tarde, habían tomado una colación en el corazón del Laberinto, en el bosquecillo Sin Nombre, la glorieta donde, recuerdo secreto y ya fantasmagórico, Landretto había sido ahorcado cuando la corte abandonó Versalles. Del estanque acondicionado en el centro de la glorieta parecían surgir varios veladores, cubiertos con tapetes color pastel. Sobre ellos alternaban melones y licores presentados en garrafitas de cristal tallado. Un palacio de mazapán encerraba cofrecillos de pan de jengibre, de los que los comensales podían servirse repostería, fruta confitada o caramelos. Para el placer de la mirada, naranjos de Portugal, así como guindos, cerezos y dos groselleros de Holanda, decoraban también la verde estancia. Más tarde, Luis XVI y María Antonieta se acomodaron, él en una calesa y ella en su silla de manos, y toda la corte, a paso vivo entre las hileras de tilos, se dirigió en procesión al otro lado del Gran Canal.

Allí, los invitados subieron a chalupas y góndolas, para dejarse deslizar por el

tranquilo espejo. Las sombrillas se agitaban con la brisa. Aquel día las orillas del canal estaban esmaltadas de soberbias figuras «en transparente», que los paseantes admiraban al pasar frente a ellas. Se veían asimismo encantadores quioscos de porcelana, provistos de velos blancos que se agitaban con la brisa. Bajaron de las embarcaciones y, detrás del estanque de Apolo, asistieron a una pequeña reconstrucción. Galeras a escala reducida se disparaban cañonazos con gran derroche de pólvora. Allí, huelga decirlo, la flota francesa derrotaba a la flota inglesa, lo cual, a decir verdad, resultaba bastante quimérico; pero en Versalles no era en absoluto de buen tono pensar de otro modo. Así pues, las velas de la galera inglesa se incendiaron y, al menos en el canal, la flor de lis venció a la rosa.

Acto seguido la corte llegó al Encelado y las Cúpulas, antes de volver hacia la Columnata y el salón de baile, o bosquecillo de las Rocallas, donde habían montado el teatro. Una parte del bosquecillo estaba ocupada por gradas chorreantes de agua, piedras moleñas, vegetales, plomos dorados y conchas traídas de las costas africanas. El escenario estaba construido en medio del anfiteatro, sobre una isla a la que se accedía a través de pequeños puentes. Una orquesta aguardaba la llegada de los invitados. Empezó su ritornelo tan pronto como la pareja real estuvo a la vista. La corte tomó asiento a uno y otro lado de la cascada de gradas, en los peldaños de césped. El rey y la reina se acomodaron bajo el dosel que les estaba reservado. Se distribuyeron impresos, precisando que se trataba de una improvisación y que, montada de prisa y corriendo, no había sido posible dar los últimos toques a la obra. No tardó en levantarse el telón al son de los tres golpes. Aparecieron dos columnas salomónicas, dominadas por una estatua de Afrodita con traje de pastora. Una pareja efectuó su entrada. El pastor Cloris perseguía a la pastora Clímene con sus cortesías, y apelaba a la diosa. Clímene corría de un extremo a otro del suelo para escapar de Cloris, profiriendo gritos y tocando la lira. En la sombra, otro actor disfrazado de fauno tramaba su rapto. El sainete, delicado y amanerado, alternaba las secuencias en verso y en prosa, los pasajes cantados y los declamados. El rey y la reina se deleitaron con ella; todo el mundo aplaudió a rabiar. Mientras Pietro se encontraba en las cocinas, el resto de la guardia cercana a la pareja real circulaba discretamente entre las gradas, sin perderse nada de lo que ocurría.

Finalmente se encaminaron al estanque de Apolo para la cena, en medio de la inaudita perspectiva que se ofrecía a la vista, desde las terrazas del palacio hasta los bosques lejanos y la Gran Estrella, detrás de la cruz del canal.

Era allí adonde llegaba la carne del rey, surgida de las fauces oscuras del Gran Común. Y aquella carne era lo que seguía Viravolta, acompañado de los camareros y los jefes de comedor.

Allá vamos, se dijo el veneciano mientras caminaba hacia el soberbio cenador real dispuesto para la ocasión. Estaba cubierto de follaje y adornado con luces. Jarrones dispuestos todo en derredor dejaban escapar agua, que lo rodeaba a la manera de una campana de cristal. Detrás de aquella cortina líquida, solo

interrumpida por una pequeña entrada cubierta, mil luciérnagas parecían aguardar a los comensales. La campana centelleaba desde el interior. Junto a la entrada, dos estatuas de faunos tocaban el pífano sobre pedestales de verdor. La cúpula estaba decorada con bajorrelieves que evocaban las estaciones y las cuatro partes del día, cerca de un pórtico de tela blanca. Pietro se adentró por él en pos de los oficiantes del Servicio de la Boca. El interior de la cúpula era todavía más cautivador. Se hallaba sumido en una semipenumbra, apenas irisada por las llamas de los candelabros. El techo estaba abierto al cielo. Los mejores ebanistas de Francia habían creado en su perímetro un follaje de madera que alternaba con echarpes de gasa con flores anudadas. Al fondo de todo, un Pan reidor escupía agua. Los chorros de espuma se dividían en arroyos que borboteaban entre los guijarros de un peñasco ficticio. Poblado en sus invisibles intersticios por infinidad de velas, el peñasco parecía el refugio de algún fauno élfico. Las pavesas jugaban con las gotas a merced de las cabriolas del agua, proyectando reflejos en las paredes y el techo. Aquel calidoscopio se veía reforzado por el efecto de numerosas bolas de cristal dispuestas sobre pies de plata y que fragmentaban la luz, a tal punto que el espacio entero parecía inmerso en un arco iris.

Una vez más, los Pequeños Placeres se habían superado a sí mismos. Setenta cubiertos se hallaban dispuestos ante el peñasco de aguas argénteas. Las mesas se repartían entre cuatro emplazamientos, bajo tiendas magníficas. Todas estaban encaradas a la mesa real, situada en el centro, de tal suerte que cada comensal tenía la impresión de comulgar con el soberano y al mismo tiempo conservar consigo a su pequeño círculo de íntimos. Las sillas labradas representaban o bien las estaciones, o bien a las musas y las artes. Colgaduras diáfanas, que pendían de la parte superior de la campana, bailaban a merced de las corrientes de aire. Guirnaldas de cristal completaban el cuadro. Además de los manjares preparados para el rey y la reina, platos descabellados se hallaban dispuestos sobre un aparador para los demás comensales. De ese modo gozaban del mismo menú, preparado en abundancia. Se subía a aquel bufé mediante tres escalones, para llegar a la tarima donde los sirvientes hacían su cometido. Dieciocho barreños, pebeteros y tarros envueltos en follaje que imitaba el acebo rodeaban las fuentes. También habían llevado el viejo «candado del rey», un cofrecillo de plata donde, por seguridad, estaban encerrados los cuchillos, cucharas y especias destinados a su uso personal. La parte oeste quedaba reservada al servicio de las damas; la este, al de los caballeros.

Toda la corte aplaudió al entrar en el recinto. El rey felicitó a María Antonieta, que había elaborado minuciosamente aquella obra maestra junto con los Pequeños Placeres. Todos se tomaron su tiempo para contemplar los menores detalles que los rodeaban y deleitarse con ellos. Finalmente tomaron asiento. La reina se había complacido en mezclar a los invitados y los rangos haciendo caso omiso del protocolo, o casi. Los nombres de cada cual figuraban en pequeñas cartulinas blancas sujetas a servilletas artísticamente presentadas. En una de ellas se leía:

Las damas fueron las primeras en sentarse.

En el momento en que Pietro llegaba al lugar, el banquete comenzaba. En cuanto lo vio aparecer, el primer jefe de comedor, presente en el cenador, le hizo una seña. Pietro se reunió con él discretamente entre las risas y el ruido de la conversación. Su presencia no pasó inadvertida a la reina. María Antonieta le obsequió una sonrisa delicada. A su lado, Luis XVI atacaba una pularda con apetito. Más allá, bajo una de las tiendas, Anna platicaba con *madame* de Guéméné y la condesa de Polignac. No reparó en la presencia de su marido.

El jefe de comedor dirigió al veneciano una mirada irritada.

—¿Se trata de una broma? Mirad lo que la princesa de Lamballe ha encontrado en lugar de su tarjeta de invitación. Alguien lo ha colocado a nuestras espaldas. La reina lo ha visto y me ha avisado de que os lo entregara. ¿Sabéis por ventura de qué se trata?

La cartulina blanca solo llevaba una simple F. Eso bastó para que Viravolta comprendiera que el Fabulista pretendía Usa y llanamente haberse invitado a la mesa real. El veneciano levantó la vista y sus vivos ojos corrieron entre los comensales. ¿Se encontraba realmente allí, entre ellos, o solo seguía jugando con sus nervios?

—¿Conocéis a alguien llamado... Calixte? —preguntó al jefe de comedor.

Este hizo una mueca. Su ceja se enarcó por encima del antojo que le adornaba la mejilla.

—¿Perdón?

—Calixte...

El jefe de comedor suspiró e hizo una seña con la cabeza en dirección a un adolescente de unos quince años. El llamado Calixte no era sino uno de los ayudantes anónimos que prestaban servicio en el bufé. Pietro le dio las gracias y caminó a paso vivo hacia el muchacho vestido con librea. Con una servilleta blanca doblada en el antebrazo, este removía con un cucharón el contenido de una sopera. Tan pronto como Pietro le habló, el chico abandonó su puesto. Hizo que lo sustituyeran un momento e invitó a Viravolta a retroceder unos cuantos pasos. Cuchicheó:

—No soy únicamente quien vos creéis... Veréis, de vez en cuando presto servicio al conde de Broglie y a *monsieur* Sartine...

Le hizo un guiño y luego prosiguió con aire conspirador:

—*Monsieur* Marianne me había avisado de que tal vez vendrías a verme. Pero también me dijo que en ese caso la situación sería muy grave... ¿Estaba en lo cierto?

El veneciano asintió con la cabeza.

—No podría serlo más. Augustin ha muerto.

El muchacho palideció. Se echó a temblar, abandonando de repente su actitud de

gran espía del rey.

—¿C... cómo?

—Su cuerpo descansa en su gabinete. He cerrado su despacho con doble vuelta de llave.

—¡Oh, Dios mío! Solía llevarle comida... Rara vez salía de su oficina... Y... charlábamos, ya me entendéis... Señor... ¡Es abominable!

—Serenaos, querido muchacho. Podría muy bien haber otros. Antes de morir, Augustin me susurró vuestro nombre. ¿Sabéis por qué?

El espía miró a Viravolta con intensidad.

—Todo cuanto me dijo fue que lo había descubierto; y que si vos veníais a verme y a hacerme preguntas, sería porque él ya no podría responder. ¡Por todos los dioses, ahora entiendo mejor a qué se refería! En ese caso yo debía dirigiros al hombre que encontraréis junto a la gruta de las sorpresas, cerca de la Columnata.

—¿Un hombre? ¿Qué hombre?

—El maestro fontanero del rey. Me dijo que también vos comprenderíais.

Pietro pestañeó. Después asintió con la cabeza y, mientras se alejaba a pasos precipitados, le soltó:

—¡Gracias!

Abandonó el cenador para dirigirse a la gruta de las sorpresas.

Allí estaba el maestro fontanero, heredero de Denis-Jolly, a quien, junto con sus compañeros de oficio, sus ocho hijos y un fundidor, correspondía antaño la tarea de controlar el movimiento de las aguas con el fin de dar al monarca la ilusión de que sus fuentes funcionaban de continuo. Al igual que los Francine, los Denis-Jolly eran a las fuentes lo que los Le Normand a las flores y la jardinería. Utilizaban un protocolo muy preciso, desarrollado otrora para los paseos del rey. Tan pronto como su majestad aparecía a la vista, se activaban con las palancas, haciendo brotar los chorros cristalinos de la garganta de las ranas de Latona o de un Baco embriagado, para interrumpirlos en cuanto el soberano hubiera pasado. Sin embargo, mientras transcurría la cena, los herederos de Denis-Jolly estaban mano sobre mano. Pietro se presentó rápidamente al maestro fontanero, que bromeaba con su equipo. Desenrolló ante él los planos del Fabulista, que había recuperado de casa de Augustin Marienne.

—¿Esto os resulta familiar?

El otro lo miró sin decir palabra. Luego hizo seña a uno de sus muchachos de que se acercase.

El compañero trajo otro rollo, de una vitela tan delgada que a la luz parecía casi transparente. El maestro fontanero desplegó el rollo de Pietro a sus pies. Depositó encima sus propios documentos, a pleno sol, que se hallaba casi en el plano de la eclíptica.

Coincidían a la perfección.

El inextricable entramado de horizontales y verticales, la red de ramificaciones múltiples, las cifras y formas geométricas, los cálculos de distancia con ecos del número *pi* y del número áureo..., todo era exactamente similar.

Las mil canalizaciones de Versalles se extendían a sus pies como una red gigantesca.

Water Music & Royal Fireworks

Gruta de las sorpresas

Depósitos y fuentes del rey, Versalles

Pietro, pasmado, se llevó una mano a la cabeza.

Solían decir que por debajo del palacio que todos conocían corría un Versalles invisible: el de las tuberías, las canalizaciones, extraordinaria confluencia de ciencias y técnicas, excavación, fontanería, hidráulica, física, geometría, geología. De pronto se encontraba ante los planos de ese otro palacio, subterráneo y secreto. En él los depósitos eran amplios como catedrales; las primeras canalizaciones de plomo habían sido sustituidas en tiempos de Luis XIV por tubos de hierro colado listos para empernar. Eran de tal resistencia que se prolongaban a lo largo de decenas de leguas, adornados en cada empalme con la flor de lis real en relieve, sello acuñado en las aleaciones de metal. Luis XIV no se había contentado con chorros rectos, borboteantes o con surtidores lanzados hacia el cielo. Había querido esculpir el agua: debía ser modelada, trabajada, ofrecer efectos variados. Por medio de boquillas de formas diversas, en lámina, borbollón, lengua, ranura, sus fontaneros habían creado una acugrafía sin precedentes. El agua era modelada a placer por la presión, la altura, la forma y el derramamiento del chorro, que concebía mil figuras según el flujo exacto de los tubos y el diseño de las boquillas: chorro en abanico, cóncavo en pirámide, convexo en forma de flor de lis, recto y plano, breve y corto, enhiesto y alto, en olas y en borbollones...

Oh, no... Temo que empiezo a comprender..., se dijo Pietro.

Las tuberías se ramificaban hacia caracolas formidables, rollizos querubines, tritones y dragones que escupían por las fauces, irrigando lagos y estanques con mil venas y capilares, como una sangre de cristal que dotara de vida al palacio entero, ofreciéndole palpitar con aquel flujo vital... Versalles soplaba, respiraba, se irrigaba a través de aquellas arterias a la manera de un inmenso organismo.

¡El palacio era la sangre, el cuerpo del rey!

Todos aquellos cálculos... Cálculos de boquillas, de flujo, de regulación de la presión... Todo eso... ¡estaba en los planos!

Pietro dio unos pasos, alejándose del maestro fontanero. Tenía delante la reconstrucción de una de esas «grutas de las sorpresas» que recuerdan la de Orfeo en Saint-Germain y la antigua gruta de Tetis. Se componía por entero de conchas; en el centro se encontraba el dios de la Música, que, cuando pulsaba las cuerdas de su lira, veía animarse las virtudes morales que lo rodeaban; se abrían cavidades de las que salían leones, tigres, lobos y animales fabulosos. Los árboles se agitaban como mecidos por la brisa. Rebosaban de pájaros, cuyos trinos surgían gracias al agua que silbaba en los tubos, creando un efecto casi mágico: cerrando los ojos, uno podía creerse realmente en medio de un bosque.

De pronto, los ojos de Viravolta se abrieron desmesuradamente. Ante él, una de las grutas acababa de abrirse. En su interior habían introducido un pequeño maniquí de madera y tela. Su aspecto no llamaba a engaño: era exactamente a imagen y semejanza del Fabulista encapuchado. Un simple trazo bajo una capucha de estopa representaba su sonrisa. Dos piedras rojas figuraban los ojos. El muñeco sardónico parecía burlarse de él. Llevaba un hacha apoyada en el hombro. De pronto, a guisa de saludo, un chorro de agua brotó de la gruta de las sorpresas, preciso y vigoroso. Aquella fantasía acostumbraba divertir a los paseantes; Pietro no rio. El chorro lo salpicó copiosamente, mientras el pequeño Fabulista seguía mofándose de él. El veneciano permaneció allí plantado unos momentos, empapado. Soltó un juramento.

Acto seguido corrió hacia el maestro fontanero y sus compañeros.

—Hay que cortar las aguas, ¿me oís? ¡Todas las aguas! Las manivelas, las palancas, las bombas..., ¡cortadlo todo!

Giró sobre sus talones.

La multitud no dejaba de afluir bajo el sol declinante.

Pietro se abrió camino entre los curiosos. Algunos de ellos, extasiados, señalaban con el dedo un extraño montículo situado cerca del Encelado, sobre el que había una pequeña máquina pintada y dorada. Uno podía sentarse en la plataforma rodante y deslizarse a toda velocidad por una pendiente muy empinada, para precipitarse hasta el pie de la misma, sin otro peligro que el de prorrumpir en carcajadas crueles para los tímpanos.

De nuevo las palabras de Augustin Marienne resonaron en su cabeza.

En su interior crecía sin cesar una sorda inquietud. «El fuego... El fuego...».

Viravolta guiñó los ojos y siguió abriéndose camino a codazos.

Aceleró el paso...

«Los depósitos... ¡Los depósitos del norte!».

Esta vez echó a correr, empujando a los paseantes a su paso.

Agua. Agua por todas partes.

«El fuego... se propaga incluso gracias al agua... Ha fabricado un arma con él... ¡Esta noche!».

Pietro corría por las terrazas atestadas de gente, pasaba volando ante las centenarias plantaciones al tresbolillo y los frondosos castaños, y al presente tenía una furiosa impresión de *déjà vu*. Recordaba la noche de las nupcias de María Antonieta, cuando se lanzó en persecución del primer Fabulista. Por doquier brotaban los chorros líquidos, detrás de las flores, los mármoles y los tejos tallados. Cerca del estanque de los Suizos, del Trianón y de la Orangerie se adivinaba el atuendo blanco de los jugadores de mallo, que lanzaban la bola de madera por el recorrido cubierto de césped. En los distantes extremos de las avenidas, alrededor del parque, los ciervos asomaban el hocico fuera del bosque, como para ver qué suscitaba aquella bulla. Pájaros inquietos escapaban de las copas de los árboles. Desde allí se podía ver el palacio entero y los mil espectáculos de aquel crepúsculo: los tejados dorados y los

parterres, los bosques profundos y las estatuas, mezclados con la confusión de la tarde.

Pietro llegó a los depósitos.

¡El Fabulista! ¡Por fin!

Bajo sus pies corrían las canalizaciones y rugían las máquinas antiguas. Las cisternas que formaban estanques y dominaban Versalles parecían contener ríos enteros. Bordeadas de balaustradas, iban de una a otra para desembocar finalmente en un palacete en el que estaba instalada la maquinaria sublime. Antaño, durante dos generaciones, cerca de cuarenta mil obreros habían layado, excavado, levantado toneladas de tierra y de roca para forzar a la naturaleza a doblegarse a la voluntad del Rey Sol; sin embargo, el agua había permanecido indomable. Pese al espectacular mecanismo, hubo que renunciar a utilizar la «máquina del río Sena» instalada en Marly para alimentar las fiestas de Versalles. Luis XIV había ordenado la construcción de nuevos depósitos y molinos. Se excavaron tres estanques; se intentó captar las aguas del Bièvre; se construyó un acueducto que horadaba la montaña; se creó un lago artificial; todo aquello no fue suficiente. Vauban y La Hire se aplicaron a la construcción de un canal derivado del Eure. Los costes de la operación, los muertos y la guerra habían obligado al rey a renunciar a aquella nueva obra titánica. Solo se conservaron los depósitos del ala Norte, que se vaciaban con ocasión de las grandes aguas.

Como en la actualidad.

A Pietro no le sorprendió descubrir a dos jóvenes fontaneros degollados muy cerca de él.

Yacían en un charco de sangre.

—Os esperaba, Viravolta.

De pie en la balaustrada, envuelto en su capa negra con capucha, la rosa sobre el corazón, el Fabulista llevaba en las manos una antorcha encendida.

Pietro se detuvo, sin resuello.

—Nos habéis hecho fracasar —dijo el Fabulista con su singular voz—. Ahora ya lo sé. Stevens jamás logrará sus fines. Estaba loco, y también lo estaba yo por seguirlo. Pero tenía que enfrentarme a vos. Tanto peor para el rey, para la reina y para Francia. Pero vos..., vos lo sabéis, ¿no es cierto? Sabéis la verdad... ¿A qué amo habéis servido, Viravolta? ¿Cuál fue vuestra justicia? Siempre he sentido admiración por vos. No obstante, matasteis al único hombre que me salvó y que creyó en mí. ¡El abate! ¡También él había comprendido! Su única equivocación fue querer que lo escucharan ¡y obtener justicia para mí! Y vos... ¡vos habéis trabajado para un reino corrompido! ¿Cómo pudisteis?

Rio despacio, y aquella risa, atravesada por una locura alarmante, heló la sangre en las venas a Pietro.

—Lo creáis o no, comprendo por lo que habéis pasado —aseveró el veneciano con la boca seca—. También a mí me ha perseguido el poder. Pero hay otros medios

para hacerse oír... ¡Actuando así solo hallaréis la muerte!

—¡Vos no erais el bastardo de un rey! —gritó el Fabulista con voz que no admitía réplica.

De nuevo se echó a reír.

—No lo mezcléis todo, Viravolta. En una época más justa habríais estado a mi servicio. Mi vasallo. Pero me hace dichoso que asistáis a mi espectáculo final. ¡La obra maestra del Fabulista!

—¡Renunciad, renunciad mientras aún estéis a tiempo! ¡Os prometo tratar de interceder por vos!

—Ya es demasiado tarde, Viravolta. ¿Augustin os previno? ¡También él os traicionó! Nos entregó la fórmula de Dupré. ¡El fuego que arde incluso sobre el agua! La hemos mejorado... Ahora se propaga gracias al agua... Imaginad por qué alquimia secreta hemos llegado a lo impensable.

Con un juego de la muñeca, utilizó la mano libre para desenrollar el documento.

—¡El fuego y el agua! ¡Suficiente para marchitar una orquídea!

Rio de nuevo y, lentamente, dejó que las llamas de la antorcha lamieran el rollo. Este se consumió bajo su mano enguantada, que acabó por dejarlo caer.

—Pero tranquilizaos... Este es el último ejemplar de la fórmula de Dupré. Un secreto absoluto, ¡surgido directamente de los arcanos de la historia! Me habría reprochado dejar a la posteridad semejante abominación. De ese modo también yo puedo contribuir a nuestra gran misión civilizadora. A menos que...

Esta vez su risa se asemejó a una suerte de alarido. Se señaló la cabeza con el índice.

—A menos que yo sea el único que recuerda exactamente esta preparación, grabada aquí, en mi cabeza, y que decida venderla al mejor postor, por ejemplo...

Pietro avanzó.

—No os mováis, Viravolta. Me he pasado la noche derramando esta mezcla en varios lugares. Un paso más y veréis iluminarse por fin las fuentes del rey.

—Es... ¡es imposible!

El Fabulista hizo una pausa y luego bajó la antorcha.

—¿Gracias a cuántas grandes mentes vio la luz del día este palacio, Viravolta? Conocemos a los Le Nôtre y los Mansart, pero ¿qué combinaciones de pensamientos fueron asimismo solicitadas? Tuvo que requerirse la filosofía y la matemática de Descartes y D'Alembert, Bernouilli, los trabajos de Boyle, Hooke, Pascal, Newton, Huygens, que descubrió Titán, los anillos de Saturno y los casquetes polares de Marte... ¡Titanes, sí, todos ellos! ¡Titanes que gobernaban el movimiento de los planetas! ¡Tantos grandes hombres para este palacio construir!...

Su voz temblaba de cólera.

—... Y uno solo para destruirlo.

Hundió la antorcha en el primer depósito... y después la lanzó al segundo.

De nuevo se echó a reír.

—¡Reencontrémonos en el juego, amigo mío, para concluirlo!

Con un roce de capa, el Fabulista se dio la vuelta y saltó detrás de la balaustrada. Y Pietro, mudo y desamparado, asistió a lo impensable.

Por un momento el tiempo pareció detenerse. Después subieron burbujas a la superficie del depósito...

Se produjo una reacción en cadena, que se adentró en las tuberías, al reencuentro con la mezcla pacientemente destilada por el Fabulista.

Entonces las fuentes del Rey, las de Latona, la Pirámide, la avenida de Agua y el Obelisco, pero también los rectángulos de los Espejos y el estanque de Apolo, las rotondas de la Columnata y del Laberinto, hasta el Gran Canal, todas las aguas de Versalles, en definitiva, se inflamaron al mismo tiempo. En un primer momento a algunos se les antojó un gran juego, la ocasión para un nuevo espectáculo, o para unos fuegos artificiales de nueva factura, como los que habían divisado en las colinas de Reims. En efecto, los soles del estanque de Apolo se incendiaron como en el ocaso. Por toda la superficie del Gran Canal comenzó a correr una estela de fuego que pareció formar un solo cuerpo con las aguas; acto seguido el estanque del canal se transformó en brasero, arrojando reflejos infernales a los ojos de marfil de las figuras en transparente. Un extraño estupor se leyó en el rostro de aquellos muñecos convertidos en estatuas, al tiempo que fulgores ardientes corrían por los quioscos de porcelana. Las galeras y los barcos de la flotilla que no habían sido guardados se convirtieron en verdaderas antorchas; restos de pólvora crepitaron en fuegos artificiales, enviando hacia el cielo haces de chispas. El gigante dorado del Encelado, ya fulminado por Júpiter, vio cómo rodeaban su roca lenguas crepitantes, y el mismo chorro que salía de su boca al asalto del Olimpo cayó en forma de lluvia a su alrededor. Entre las piedras moleñas y los plomos, las gradas del bosquecillo de las Rocallas chorrearon gotas incandescentes: en el centro de la isla, el teatro ardió. Desde el canal hasta la estrella, la hoguera ascendía en la noche declinante. El dragón del estanque epónimo vomitó, por primera vez, llamas de verdad.

También bajo el cenador real el agua se mezcló con el fuego. Las luces del peñasco quedaron aniquiladas por las cascadas que caían de concha en concha. Los ramales de agua de la campana líquida se encendieron uno tras otro. Los pórticos de emparado y de tela empezaron a arder; en su roca, Pan hizo una mueca escupiendo borbollones de fuego; y cundió el pánico. Todos corrieron abandonando platos, cubiertos, copas y soperas. La guardia se puso en movimiento para proteger al rey y a la reina. Los batracios de Latona de boca desmesuradamente abierta se rociaron unos a otros. En la gruta de las sorpresas, los acordes del dios del Amor, en su lira, se volvieron estrangulados. Las virtudes morales se consumieron por encima del símbolo del rey. Junto al muñeco del Fabulista, el chorro se volvió haz. Las aguas que imitaban el roce de las hojas y el canto de los pájaros viraron al incendio entre los animales de las fábulas. Los de la Casa de fieras, muy reales, se agitaron en todos los sentidos. Las pintadas echaron a correr con aire desconcertado. El serval maulló

como un vulgar gatito, la jirafa irguió el cuello, el viejo paquidermo de Chandernagor barritó. Las aves se golpearon contra las rejas.

El cielo crepuscular, la tierra y el agua parecían formar un único incendio. Prendidas por error, las mechas de los cohetes voladores crepitaron en haces de chispas antes de partir silbando hacia el firmamento y estallar en el espacio, mientras que otros, mal ajustados, rodaban por las orillas y pasaban volando de un lado a otro por entre la multitud. Como ocurría en los días sin viento, esculturas líquidas parecían brotar por doquier, con la diferencia de que ya no estaban hechas de agua sino de fuego. Las olas del estanque de Apolo se elevaron en una apoteosis jamás vista, dibujando una gigantesca flor de lis en llamas, que se recortó contra el cielo.

«Party Time».

El Fabulista había prendido fuego a Versalles.

Fábula sorpresa

Fuentes del rey

Gran apartamento del rey

Salón de Diana y Galería de los Espejos

La hora que siguió estuvo marcada por la mayor confusión. La intervención de Pietro había contrariado los planes del Fabulista, que contaba con diferir su golpe de efecto hasta el momento en que se hubiera iniciado el baile. Aquella maniobra postrera constituía claramente un gesto desesperado. Denis-Jolly y sus hombres pudieron actuar con presteza. De todos modos, hubo numerosos quemados. Mosqueteros y soldados de la caballería ligera se apresuraron a llamar a los médicos y a evacuar a los altos personajes y a los heridos. Pietro corrió en busca del maestro fontanero, sus ayudantes y el fundidor, que ya habían salido disparados en todas las direcciones. Tan pronto como cortaron las entradas de agua y esta ya no pudo circular, el fuego empezó a ser controlado. Detuvieron las máquinas, se precipitaron hacia las palancas y las manivelas. A instancias del veneciano, utilizando arena y mantas húmedas lograron sofocar la mayor parte de los brulotes en las fuentes. En las canalizaciones, pasada la reacción en cadena, el magma se sofocó por sí solo. En el Gran Canal, la extensión del agua era tal que los efectos de la mezcla dispersada por el Fabulista no se prolongaron durante mucho rato. Tras los primeros momentos de terror, algunos llegaron a preguntarse si aquel nuevo artificio no habría sido previsto por los Pequeños Placeres como prolongación de las festividades del día; aunque en esta ocasión el espectáculo hubiera derivado en tragedia. En cuanto hubo terminado de dirigir las operaciones, Pietro regresó al palacio.

«¡Reencontrémonos en el juego, amigo mío, para concluirlo!».

Remontó el ala Norte por el gran apartamento del rey. Durante las «veladas de recepción», los lunes, miércoles y jueves, los salones en hilera servían de marco a las diversiones reservadas para la flor y nata de la corte. En cada sala habían montado mesas de juego cubiertas de dados, cubiletes y naipes. Viravolta franqueó el Salón de Hércules, y luego el de la Abundancia, convertido en sala de juegos de Luis XVI. Allí, los cortesanos solían jugar partidas de lansquenete, charlaban, hacían una breve pausa para escuchar a una marquesa que interpretaba una cancioncilla al clavicordio y se las daba de artista lírica; apostaban cuantiosas fichas, a tal punto que la sala adquiría en ocasiones apariencia de garito. Aquella noche los criados ofrecían numerosos refrigerios, de modo que parte de la corte se acercaba al bufé de vez en cuando para reponer fuerzas.

Salón de Venus. Pietro avivó el paso. Así pues, el Fabulista había acabado por recurrir a la complicidad forzada y trágica de Augustin Marianne. Este había intentado avisarle..., demasiado tarde. Augustin, el león en su vejez, mediante el cual el Fabulista había previsto rematar su obra, suponiendo que se hubiera desarrollado

enteramente según sus planes. Augustin Marienne, el último testigo que había que suprimir, para la última fábula... A menos que... El Fabulista había tratado de identificar a los principales miembros del Secreto para eliminar los obstáculos, y más tarde intentó impedir la coronación de Luis XVI aprovechando la debilidad del reino en aquel período turbulento... Había faltado poco para que su intervención cambiara el curso de la historia. Mientras aquel hombre siguiera con vida, el país estaba amenazado. Con todo, el veneciano no podía por menos que comprender, al menos en parte, el sufrimiento de aquella alma torturada. La patética cuestión que planteaba iba, de hecho, mucho más allá de su persona. Y hete aquí que, por un curioso giro de la situación, le correspondía a él, Pietro Viravolta, convertirse a su vez en instrumento de la razón de Estado.

~~El perro que soltó su presa para coger una sombra~~

D'Eon, Zafiro, Beaumarchais

~~El amor y la locura~~ Anna

~~El mono rey~~ Luis XVI

~~La cigarra y la hormiga~~ María Antonieta

~~La liebre y la tortuga~~ La corte

~~El león en su vejez~~ Augustin Marienne

Salón de Diana. Como en la época de Luis XIV, habían instalado en el centro un billar, juego en el que el Rey Sol había llegado a ser un experto. Normalmente, la mesa estaba cubierta por un tapete de terciopelo carmesí adornado con un fleco dorado. Las damas seguían la partida sentadas en banquetas colocadas sobre tarimas, lo que les permitía dominar el espectáculo y aplaudir los éxitos de los participantes. Pietro reconoció de inmediato la capa negra, abandonada bajo el techo de Blanchard y delante de *El sacrificio de Ifigenia* que colgaba en la chimenea...

Se quedó paralizado.

Muy cerca había un hombre que llevaba una flor en el ojal. Ya no se trataba de una rosa inglesa, sino de una siempreviva..., para el sacrificio y los remordimientos eternos.

El Fabulista jugaba tranquilamente al billar.

Esta vez llevaba el rostro descubierto.

Debía de frisar los cuarenta. Algunas arrugas traicionaban su madurez, las pruebas que había soportado... y las que había infligido. Al mirarlo con atención, se percibía en el fondo de sus ojos el brillo de locura que daba testimonio de su lucha jamás concluida con sus propios demonios. De ello resultaba asimismo aquel pliegue de cólera en los labios, que acababa de sembrar la duda sobre la naturaleza angélica de su ascendencia. Estaba a caballo entre dos mundos, entre infierno y paraíso. No obstante, Viravolta captó también en su actitud una especie de majestad terrible.

«De manera que eres tú».

El Fabulista lo miraba sonriente.

—¿Una partida, Orquídea?

Pietro avanzó.

—Por qué no, Fabulista... Nunca he sabido vuestro verdadero nombre...

Dio vueltas al taco entre sus manos un instante, con un silbido del aire.

El Fabulista volvió a sonreír.

—Y jamás lo sabréis. Llamadme Juan de Francia, delfín de ninguna parte, si os apetece. Juan era el nombre que había elegido mi madre. Yo añadí el resto.

Pietro se acercó a la mesa. Fue el Fabulista quien hizo la primera jugada, golpeando con su bola roja las dos negras.

—Me habéis impresionado, Viravolta. ¡Sobre todo desde que lograsteis escapar de la guarida del león! Sigo sin saber cómo lo hicisteis.

—Digamos que... también yo oculto más de un as en la manga.

El Fabulista volvió a jugar antes de proseguir:

—Estuvisteis sorprendente. No esperábamos veros aparecer por el Procope. ¡Ah, pero es verdad, lo ignoráis! Al hablar en plural, pienso en Zafiro. ¿Sabéis...?, era de los nuestros.

—¿Zafiro? Y... ¿qué ha sido de ella?

—Oh... —repuso, concentrado en la partida—. Si yo fuera vos... dejaría de buscarla...

Pietro se mordió el labio. El Fabulista hizo una mueca; acababa de fallar el golpe.

—Ya veo —dijo el veneciano, tomando el relevo—. Fue gracias a ella, y a vuestro jorobado, como obtuvisteis toda la información necesaria... ¡Incluida la mayoría de nuestras identidades!

Golpe seco y preciso; la bola salió disparada por el tapete.

—En efecto, amigo mío... Zafiro, ¡antigua agente en Venecia y en Londres! Me divertí mucho.

Achicando los ojos, Pietro contempló el busto del Rey Sol obra de Bernini, mientras el Fabulista recuperaba el turno. Se oía el entrechocar de las bolas sobre el fieltro del tapete.

—Pero ¿por qué? —quiso saber el veneciano—. ¿Por qué os obcecasteis? Sabíais que era un suicidio. No esperaríais realmente derrocar la monarquía vos solo...

—Con los ingleses todo habría podido ser posible... ¿Acaso tenía elección, Viravolta? No soy sino el fruto de este reino corrompido, una excrecencia de la gangrena que seguís ocultando detrás del polvo y los artesonados de Versalles... ¡Vos mismo pertenecéis ya a otra época, Viravolta! La Orquídea Negra... Una leyenda, un aventurero humanista, un idealista contrariado, ¡el emblema de una época que se marchita y se muere!

El Fabulista se inclinó, la mirada viva, la mano segura, y dio una certera tacada.

—Esta situación no podrá durar. El mundo cambia, amigo mío. Ya no nos

necesita... Nos hemos convertido en reliquias...

—¿Por qué no acudisteis a Charles de Broglie?

El Fabulista se incorporó y enarcó una ceja.

—Cuando el abate lo intentó, el resultado no fue nada concluyente, si mal no recuerdo... ¡Mil veces solicitó ser recibido por el rey! ¡Y no para derrocarlo, Viravolta! Ni siquiera para hacer valer mis pretensiones..., sino por justicia, ¡por simple justicia! ¡Que al menos su majestad no abandonara de ese modo al fruto de sus entrañas! ¡Que me reconociera! De manera que ¿de quién os burláis? ¿Qué podía esperar yo, solo con mi verdad frente al reino entero? ¿Un reino que en otros tiempos, bajo otros cielos, habría podido corresponderme? Me habríais matado, al igual que matasteis a mi padre adoptivo. La única persona que, junto con mi madre, y mi verdadero padre, por supuesto, supo toda la verdad. El abate me quería. Me lo enseñó todo. Y me mostró la luz, Viravolta. La de la justicia. Y luché contra los astros. Contra mi estrella, que vos volvisteis maldita.

—¿La justicia? —ironizó Pietro—. ¿La justicia que valió a Rosette las trampas para lobos?

La mandíbula del Fabulista se tensó.

—¡Dadme lecciones de moral! Creéis conocer el Mal..., pero ¿sabéis lo que es, Viravolta, pasarse la infancia estrechando contra el pecho un libro de poemas y rezando al fondo de una bodega para escapar del infierno? ¿Sabéis lo que supone convertirse en la víctima diaria de la crueldad de niños imbéciles y brutales? ¡No, no lo sabéis!

Sus labios temblaban.

—¿Sabéis lo que puede significar, apenas salido de la infancia, el descubrimiento de la verdad sobre uno mismo, sobre sus orígenes? ¿Conocéis el goce de la liberación, el apaciguamiento de la comprensión y del amor, el hálito ardiente de la venganza, Viravolta, y cómo se lo lleva todo a su paso? ¡No! ¡No lo sabéis!

—Eso no justifica nada. Os habéis convertido en un monstruo.

—¿Un monstruo? Sí, Viravolta, soy un poeta negro, un monstruo, pero ¡no me he convertido en eso! Siempre lo he sido, ¡porque desde mi nacimiento mi destino estaba sellado! Desde mi nacimiento, ¡todo eran alaridos y frustración! ¡Todos vosotros me habéis robado mi vida! ¡Sois vosotros quienes me designasteis como el monstruo, una imagen de vuestra corrupción y vuestra vergüenza! ¡Una criatura a la que desterrasteis, a la que expulsasteis y a la que queríais hacer callar! Pero el monstruo ha vuelto, Viravolta, ¡para reclamar lo que se le debe! ¡Sí, soy vuestra vergüenza! ¡La vergüenza de este régimen inicuo!

—¡Podíais elegir otro destino!

El Fabulista lo miró a un tiempo estremecido y fatalista.

—No. Viravolta, ese es precisamente el problema. No podía...

Sus pupilas centelleaban, el pecho se le levantaba, como si se ahogase..., y de repente se calmó. Recuperó el control de sí mismo. Con los rasgos de nuevo

relajados, sonrió.

—Desde el mismo día en que el abate murió, todo estaba claro. Gracias a Zafiro, a la sazón destinada en Londres, pude conocer a Stevens. A los agentes del Secreto que habían conspirado contra mí les reservaba un tratamiento especial. Empezando por vos, desde luego, el maestro entre los maestros... A vos os entregué mi libro de fábulas, *A Pietro Viravolta de Lansalt*. ¡El hombre que había franqueado los nueve círculos del infierno! La clave, entregada a un adversario digno de mí... Las diez últimas. *Last but no least*... ¿Os agradaron esas fábulas?

Dejó escapar una risita.

—Vamos, ¿qué es este reino sino un simulacro, una comedia para animales vanidosos?

—Una comedia en cien actos diversos...

—¿Una parte de amor y otra de odio?

—¡Una rosa contra una orquídea!

El Fabulista sonrió. La bola de billar impactó con un chasquido.

—¿Y ahora? Se incorporó.

Ambos se hallaban frente a frente, a uno y otro lado de la mesa.

—Sabéis que todo está perdido.

Pietro tuvo la impresión de que los labios del Fabulista temblaban aún cuando dijo:

—Hace mucho tiempo que para mí todo está perdido.

—¿Y si arregláramos esto los dos de una vez para siempre?

—¿Sin trampa?

—Sin trampa.

Cruzaron sobre el tapete los tacos de billar.

Pietro invitó al Fabulista a salir.

Cruzaron el Salón de Marte, luego el de Mercurio. Allí, bajo el techo de Apolo surgiendo en su carro de la espuma del cielo, se encontraba el trono de gala instalado para Luis XV como en otro tiempo lo fuera el trono de plata de Luis XIV. El Fabulista, con la boca seca, lo miró de hito en hito un breve instante, y luego entró en el Salón de la Guerra. El veneciano se cruzó con los guardias allí apostados y los conminó a dejarlo actuar pasara lo que pasase.

Finalmente llegaron a la Galería de los Espejos.

Viravolta caminó hasta el centro. El Fabulista se detuvo en su lado.

Pietro vaciló y después se dio la vuelta.

Se inclinaron.

A lo lejos, la velada recuperaba su curso normal, y el baile de Versalles comenzaba.

Baile de máscaras.

En el corazón de aquellas proporciones perfectas, se miraron de frente. El veneciano se descubrió. Las arañas estaban encendidas desde el Salón de la Guerra

hasta el de la Paz. La galería entera centelleaba ante la vista. En el lugar donde ambas fuerzas estaban preparadas para medirse, los naranjos aportaban un toque de dulzura engañosa. Pietro y el Fabulista se acercaron cada cual por su lado al centro del pasillo, ante los cortinajes de damasco. El momento era único, único como el gesto del veneciano, cuya mano hábil se inclinaba hacia el entarimado con un saludo que equivalía a una declaración de guerra; como el movimiento del adversario, que enderezaba la mano detrás del hombro; como la genuflexión iniciada por uno y por otro, cuyo silencio significaba: «Estoy dispuesto a acabar de una vez». «Pero... ¿qué está ocurriendo aquí?». Ahora la gente se apretujaba detrás de ellos, en la linde de los salones. Una pléyade de cortesanos asombrados se reunían a uno y otro lado de los duelistas. No tardó en rodearlos una multitud. Aquella noche todos lucían máscaras de animales. Toros, cuervos, zorros, leones, asnos, bueyes, guepardos y otras criaturas componían un coro alucinado. Les llegaban las notas lejanas de las orquestas, melopea cautivadora que acentuaba el lado irreal de la escena. La gente parecía responder a aquella melodía. Oscilaban suavemente, como una ola ínfima, o como el ramaje de árboles seculares al paso de la brisa. Se habría dicho una reunión de profetas, los miembros de una cofradía reunida para algún rito sacrificial. Anna Santamaría, con máscara de loba sobre el rostro, se abrió camino. Cosimo, de guepardo moteado, se reunió con ella y echó mano a la espada, dispuesto a intervenir. Su madre lo retuvo.

Engastados en sus marcos con pureza de agua, los espejos formaban un extraordinario calidoscopio, que reproducía hasta el infinito las posturas de aquellos bailarines en armas. ¡Cuánta violencia y esplendor habían pasado ya por delante de ellos! Cuarenta y cinco años con el ruido de los obreros al levantar andamios o apoyar escaleras de mano en las paredes, con los escombros costosamente retirados, los silbidos de los pintores, las piedras izadas, los volquetes móviles y el polvo de yeso, todo ello para hacer surgir la joya límpida de su ganga mineral. Y los espejos, en sus iris de cristal, habían conservado parte de aquella memoria. Habían captado la imagen de un Rey Sol todavía joven y enamorado, más tarde lastrado con su aureola insensata, salpicando al mundo con una gloria que a él mismo lo superaba infinitamente, mientras la vejez le curvaba la espina dorsal y los hombros; habían vibrado en respuesta al paso acompasado de Racine, que, con el manuscrito de Esther bajo el brazo, se dirigía hacia los apartamentos de *madame* de Maintenon; habían cuchicheado al reflejar el aura frágil y amanerada de la Pompadour, antes de cubrirse de vaho, la noche de la presentación de la temblorosa Du Barry; habían cantado el rubio cabello y la rosada tez de los dieciséis años de María Antonieta, que buscaba allí su camino, un camino imposible en los pétalos ya marchitos de aquella juventud que le robaban.

Los esgrimistas danzaban ante ellos y saludaban al carnaval de la historia.

¡Versalles!

Entablaron el combate.

Prima. Pietro partió con la mano por encima del hombro, pulgar hacia abajo y brazo extendido, gavilanes en vertical. *Seconda*, el Fabulista alargó el brazo a la altura del hombro, con la palma hacia el suelo. Un, dos, tres, la sombra de Calvacabo, de Giganti y de Dancie, grandes tratados de esgrima tanto como de danza, planeaba sobre aquel combate. Se batían al compás. El veneciano se apostó en *Terza*, brazo flexionado, la mano a la altura de la cadera derecha, nudillos hacia abajo. *Quarta*, el Fabulista, mano a la izquierda, palma hacia arriba, gavilanes horizontales. Pietro batía antes de romper para ponerse fuera de alcance; su adversario respondía, retrocedía, acosaba de nuevo. Luego el tempo se aceleró. Uno desplazaba el pie; el otro, la mano; uno alargaba el brazo cuando el otro daba con la punta. Hacían fondo, paraban, se cubrían, atacaban con angulación y pasaban, ejecutaban un corte con un giro de muñeca, engañaban la espada contraria, ¡terciado, travesón, punta mandiestra! Una vez más. Viravolta pasó a la ofensiva. Su hoja silbó contra la de su adversario, la fuerza de su arma dominaba la debilidad de la espada del Fabulista. El tiempo pareció suspendido, después se destrabaron. Pietro giraba sobre sí mismo para evitar el golpe siguiente; el Fabulista retrocedía a su vez dos pasos; la multitud acompañaba cada movimiento con sus exclamaciones. El tintineo de las armas resonaba en cascada; cada gesto tenía algo de arabesco; la vivacidad técnica y el virtuosismo de aquellos dos expertos daban una lección a los espectadores; el roce de las camisas punteaba el duelo tanto como los breves gritos de los esgrimistas; algunos imitaban sus gestos, con la garganta seca y el corazón desbocado. «¡Agáchate! ¡Incorpórate!».

Viravolta cometió entonces un error garrafal. Dio una estocada, pero el Fabulista, echando atrás el hombro a la manera del *scanso* italiano, la esquivó con brío. Contraatacó y su hoja desgarró el hombro del veneciano, que retrocedió con un grito de dolor.

Sus respiraciones se mezclaron. Los animales de las fábulas se apretujaron más a su alrededor.

«Una comedia en cien actos diversos...».

«Servirse de animales para instruir a los hombres...».

«Trasladar los caprichos y los defectos de la sociedad humana...».

«Y nosotros, ¿qué animales somos?».

La sangre había manado. Pietro fintó para engañar la parada contraria. A su vez, el Fabulista cometió un error al lanzarse con la punta hacia delante, rodilla flexionada. Pietro se adentró en la brecha; la respuesta había sido inmediata. Su adversario perdió la espada y Viravolta se creyó victorioso. Nada menos cierto. Cuando el veneciano se arrojaba sobre el enemigo, este atrapó los dos puñales ocultos en sus costados.

Por un momento las hojas dieron vueltas en sus manos. Como en un relámpago, Viravolta se vio con el rostro ya lacerado y la garganta rebanada. Volteó el cuerpo, esquivando el golpe y pivotando hacia atrás. Perdió el equilibrio, cayó y resbaló por el impecable entarimado de la galería, dejando una estela de sangre.

El Fabulista rio, soltó los puñales y recogió la espada.

Pietro acababa de perder la suya.

Un dolor fulgurante le atravesaba el hombro.

—¡Se acabó, Viravolta!

El Fabulista se arrojó sobre él.

—¡Pietro!

La voz de Anna Santamaría surgió clara y fuerte. Pese a su vestido con tontillo, acababa de arrodillarse. Agarró su propia daga, que llevaba oculta en el muslo.

Con un gesto seco de la muñeca, la hizo resbalar por el suelo.

Todo ocurrió muy deprisa.

Pietro pegó la daga al entarimado. En el momento en que el Fabulista se lanzaba sobre él, giró en el suelo sobre sí mismo con un nuevo grito de dolor. La hoja enemiga se clavó en el entablado despidiendo astillas de madera. El veneciano hizo acopio de fuerzas y su brazo describió un arco de círculo para herir la pierna de su adversario. Este gritó e hincó una rodilla en el suelo, perdiendo el equilibrio. Soltó la espada a su vez. Con la mano libre, Pietro asió el arma del Fabulista y, antes de que este hubiera podido esbozar el menor gesto, lo ensartó. Quedó atravesado de parte a parte.

La punta ensangrentada apareció en su espalda.

El Fabulista escupió.

A su alrededor, los toros, ranas, grullas, cuervos, zorros, leones, asnos, bueyes, guepardos y animales fantásticos, todo el gentío enmascarado, por fin, aplaudió. Así tuvo lugar y concluyó el más hermoso y más secreto de los duelos de Versalles, y así se jugó el destino del reino de Francia: entre un concierto de risas grotescas. Reían porque aún creían que se trataba de una comedia, hasta que la guardia de palacio se decidió a intervenir.

—Pero... Pero... ¡Está prohibido! —exclamó un guardia suizo que acababa de llegar.

Pietro se acercó al Fabulista, a punto de entregar el alma, como antaño se había acercado a su padre adoptivo en los tejados.

Le sostuvo la cabeza y susurró:

—Henos aquí, creo yo, al final de nuestro recorrido de sabiduría... ¿Qué moraleja tendrá esta fábula? Te propongo la siguiente: «El pececillo y el pescador». ¿Recuerdas el remate? Más vale un toma que dos te daré...

El Fabulista encontró fuerzas para sonreír.

—Uno es seguro, el otro no lo es —acabó, al tiempo que escupía sangre.

Su mano tembló en la de Viravolta.

Era allí mismo donde, en una noche de tormenta, el Fabulista había abandonado el cuerpo desarticulado de Rosette y su precioso libro de fábulas. En el secreto de la madera, su sangre se mezclaría con la de su víctima.

Pietro se incorporó, Anna salió de la hilera. Los animales seguían aplaudiendo.

Entonces uno de los invitados con cara de gato tuvo un gesto desatinado: le lanzó una pequeña moneda.

—Por el espectáculo.

Anna Santamaría lo miró desde detrás de su máscara de loba. Hizo chasquear el abanico.

Viravolta recuperaba la respiración.

Había salido victorioso del Laberinto.

LAST BUT NOT LEAST

-octubre de 1775-

*Todo pasó; ya no albergas la grandeza;
por el contrario, el sueño, la soledad,
y las artes, y el estudio, dioses de otra edad,
componen hoy tu realeza.*

ANDRÉ CHÉNIER, *Versalles*

Dos mil personas se habían reunido en la Capilla Real. Pietro estaba arrodillado ante Luis XVI. Por encima de ellos, Coypel anunciaba la venida del Mesías, La Fosse celebraba a Cristo resucitado, mientras que el Espíritu Santo del fresco de Jouvenet descendía sobre la Virgen y los Apóstoles, y muy oportunamente, dando el sentido conferido a la presente ceremonia.

Creada el 31 de diciembre de 1578 por Enrique III, en una Francia inmersa en las guerras de religión, la orden del Espíritu Santo seguía siendo la orden de caballería más prestigiosa de la monarquía francesa, y una de las más brillantes de Europa. Tenía como objetivo proteger al rey de Francia en cuanto persona sagrada. Por lo general dicha consagración estaba reservada a los más altos dignatarios del reino. Habitualmente, los caballeros, cien en total, se elegían entre la más alta aristocracia, siempre y cuando pudieran probar tres grados de nobleza, si bien, en la práctica, las familias ducales eran las más ampliamente representadas. Puesto que también eran caballeros de San Miguel, con frecuencia los llamaban «caballeros de las órdenes del Rey».

Viravolta se levantó. El soberano hizo que le pusieran su insignia en forma de echarpe. Colgada de una ancha cinta de un azul intenso y tornasolado, semejava una cruz de Malta, provista de ocho puntas y cuatro brazos. En los ángulos entre cada dos brazos figuraba una flor de lis; en el centro, una paloma desplegab sus alas. Luis XVI sonrió. Pietro observó aquellos ojos profundos, la nariz aguileña, la boca bezuda. Su corpulencia le confería un carisma paradójico. Emanaba de él una confianza y una autoridad nuevas; sin duda porque, desde su coronación en Reims, empezaba a acostumbrarse a su atavío.

El rey se inclinó hacia la Orquídea Negra.

—El conde de Broglie me ha contado vuestras hazañas. Ha insistido en que obtuvierais esta distinción, de la que él mismo es titular. Sé que os debemos mucho... Y al decir «debemos» me refiero a mí mismo, a mi esposa... Y a Francia, por

supuesto.

Volvió a sonreír y luego añadió con malicia:

—Pero todo ello viene a ser la misma cosa, ¿no os parece? Pietro no habría osado hacer a su majestad la observación de que este sabía mucho menos de lo que creía; el monarca no había sospechado ni por un solo instante que en la persona del Fabulista pudiera tener un tío —puesto que era el bastardo de su abuelo— pretendiente al trono. En realidad, el rey condecoraba a Pietro sin saber exactamente por qué, aparte del hecho de que en efecto había protegido el reino y rendido grandes servicios. Broglie se lo había guardado todo para él; solo a Maurepas, por mediación de Vergennes, se le habían comunicado los detalles del asunto.

Luis XVI bajó la voz un tono más.

—¿Estáis seguro de que no preferiríais ser mosquetero?

Ahora le tocó a Pietro sonreír.

—No, majestad. Los mejores puestos ya están cogidos. Luis XVI asintió con la cabeza.

—Por otro lado, tanto mejor. Lo cierto es que nos salen muy caros, figuraos. Sueño con suprimirlos. Que quede entre nosotros... aunque ya sé que sabéis guardar un secreto...

Cambiaron una mirada cómplice, y luego el rey abrió los brazos en un amplio ademán y dijo:

—Amigos míos..., ¡contáis con un nuevo caballero!

La Orquídea Negra se volvió; un trueno de aplausos resonó bajo las bóvedas de la capilla. Anna Santamaría y Cosimo, en las primeras galerías, palmotearon a más no poder. No lejos, tieso como un palo, Charles de Broglie inclinó la cabeza.

Muy pronto, cuando la ceremonia ya concluía, Anna se acercó a Viravolta.

Pietro le susurró, una pizca irónico:

—Ya ves, ángel mío, me han dado una medalla...

Ella lo besó. Sonriendo con disimulo, Cosimo encareció:

—Una flor habría bastado, como en otros tiempos.

De pronto todos se apartaron para formar una hilera de honor a la reina.

Radiante con un vestido de plata anudado con adelfas, María Antonieta se acercó con su gracia habitual.

Las viejas promesas de su infancia vienesa parecían haberse cumplido; se hallaba en el apogeo de su belleza, o al menos de la apariencia que ella sabía darle. Su silueta seguía siendo esbelta, pero, como buen conocedor, Pietro observó que había ganado formas. Sus ojos, de un azul grisáceo y muy separados, siempre tenían un aspecto tremendamente expresivo. Aunque iba muy empolvada, se adivinaba que su cabello había perdido el color de la infancia para adquirir una tonalidad castaña. Aunque, para ocultar su despejada frente, elegía peinados cada vez más sofisticados, como el de hoy, adornado con un airón de diamantes y con perlas y cintas enredados en los bucles. Al igual que tampoco podía disimular la nariz aquilina y la carnosa boca de

los Habsburgo. Acababa de sustituir el chal por una capa de terciopelo guarnecida con flores de lis y armiño, sujeta bajo el pecho con una cinta color melocotón. Siempre exhibía una especie de gracia de conjunto, a falta de tenerla en el detalle, que llevaba a compararla con todas las náyades de la mitología antigua. Pietro sonrió al pensar en la bonita expresión que Horace Walpole había encontrado para ella: eclipsaba hasta a las estrellas, y cuando aparecía en el baile, daba la impresión de que, si no bailaba al compás, era el compás el que estaba equivocado.

—¡Nuestro gentilhomme de Venecia! —exclamó María Antonieta—. Y aquí os tenemos convertido hoy igualmente en francés... ¿Recordáis el día en que me fuisteis presentado y lo que entonces os dije? Pues bien, estaba en lo cierto. Orquídea. Sabía que me protegeríais de todo...

—Sois más soberana que nunca —repuso Pietro, pensativo.

Se inclinó y le besó la mano, como antaño.

A la reina le divirtió el cumplido y, rodeada de caballeros, se volvió hacia Anna.

—Velad bien por vuestra Orquídea, marquesa de Lansalt —dijo con una sonrisita al tiempo que se ponía el guante—. Aunque me consta que sus pétalos siguen estando... igual de vivos.

Se despidieron y Pietro y Anna la miraron alejarse.

—Confío en que sigas teniendo una única reina... —cuchicheó ella.

Pietro le respondió con una sonrisa y le ciñó el talle.

Al presente, del brazo del rey, María Antonieta abandonaba la capilla, seguida de los caballeros y los cortesanos. Después de la coronación, su regreso a Versalles se había desarrollado en un clima eufórico. La pareja real creía de nuevo en el futuro. Aureolado con su nueva unción, Luis parecía casi donoso; la reina, aturdida tras tantas ovaciones, había reemprendido la organización desenfrenada de sus bailes, pese al gran espanto suscitado por el último combate del Fabulista. Ambos tenían veinte años y Francia a sus pies. Si bien el heredero aún se hacía esperar, parecían tiernos el uno con el otro. La corte recuperaba su esplendor. Ciertamente, la pequeña artimaña de la reina para favorecer el regreso de Choiseul había terminado en fracaso. Pero qué importaba. María Antonieta pensaba sinceramente dar al pueblo los milagros que aguardaba.

En la Galería de los Espejos, Viravolta no tardó en encontrar a Charles de Broglie. El jefe del Secreto se le acercó. No lejos de allí, vestido de negro de pies a cabeza, Gluck, el célebre compositor, de espléndido porte con su sobretodo de terciopelo con chorrera de encaje, se inclinaba a su vez ante María Antonieta. Más allá, *madame* Vigée-Lebrun presentaba asimismo sus respetos; pronto sería llamada para pintar los más famosos retratos de la reina. Pietro se disponía a entablar conversación con su viejo mentor del Secreto cuando, como una estrella fugaz o una muñeca montada sobre un resorte, Rose Bertin pasó por delante de él.

Tras estudiarlo un instante, se detuvo y le hizo un guiño.

—¡Ah, *monsieur* de Lansalt! Vuestras aventuras me han dado la idea para un

tocado... un tanto especial. Se compondrá, entre otras cosas, de una espada y una flor...

Soltó una risa clara y breve y luego trotó pisando los talones a la reina, que por lo demás los llevaba harto encaramados ese día.

—Lo llamaré... ¡el pouf de la orquídea! Pietro sonrió y se inclinó.

—Me halaga en mayor medida de lo que podáis imaginar. —Dicen que tengo una imaginación sin límite, *monsieur* de Lansalt..., así que ¡cuidado con lo que decís! Se echó a reír y desapareció.

Pietro meneó la cabeza y volvió junto a Charles. Broglie apoyó una mano en su hombro.

—Viravolta, hablemos un momento de lo que se cuece. Hemos remontado la pista de las disecciones gracias al pájaro encontrado en la tumba. Otros tres de mis hombres murieron allí. Por no hablar... de una mujer, ¡la pobre Zafiro! Y según parece nos traicionó. Señor, habrá que estar aún más alerta en el futuro.

Charles meneó la cabeza y añadió:

—Hemos encontrado el taller del Fabulista no lejos de aquí, en el camino de Saint-Cyr. Si supierais lo que hemos descubierto allí... Una profusión de animales disecados, otros eviscerados... Y libros de química. Aún siguen evaluando todo ello. Ahora bien, en cuanto a la famosa fórmula del fuego griego, me dijisteis, amigo mío, que de nuevo quedó sepultada en el olvido, ¿no es así?

—Creo que ha desaparecido de una vez para siempre con el Fabulista. Lo vi quemar lo que, según su propia confesión, parecía ser el último documento que hacía referencia a ella. Al parecer lo había aprendido todo de memoria. E igualmente había roto, si puedo decirlo así, con lord Stevens...

—Eso espero. Imaginad que una potencia enemiga consiguiera realmente apropiársela... En cuanto a ese pobre muchacho... Por fortuna, nadie sabrá el riesgo que hemos corrido. Y las locuras del rey en el Parc-aux-Cerfs han quedado atrás.

—¡Eso sin duda! —exclamó Viravolta enarcando las cejas y mirando a Luis XVI desde lejos—. Pero ¿qué ha sido de Stevens?

—Stormont está a punto de alcanzar el objetivo. Los apoyos de Stevens en Francia y en Inglaterra han sido desmantelados... El asunto ha llegado hasta el rey Jorge. Solo falta el punto final. Pero confiemos en nuestros ingleses: saben mostrarse muy fuertes. Tienen cierta práctica con los servicios secretos.

—Oh, no cabe duda de que aún tendrán más en el futuro —repuso el veneciano.

Saludaron unos instantes a quienes los rodeaban y luego el rostro de Pietro se ensombreció.

—Charles... Tanto vos como yo sabemos todo lo que ha ocurrido. Habremos ahorrado a la nueva pareja real lo relativo a este asunto, pero estoy harto de esconder debajo de la alfombra los errores de nuestros antepasados, si entendéis lo que quiero decir. Nuestras pretendidas hazañas no merecían estas condecoraciones ridículas. De no ser por vuestra insistencia, me habría eximido de ello.

Broglie lo miró con intensidad.

—Lo sé mejor que nadie, creedme. Sin embargo, son necesarias para el poder. Proteger a la Corona, Viravolta. Esa es mi misión. Y la vuestra. Seudodelfín o no, y cualesquiera que fueran los errores del rey, el Fabulista era un loco peligroso y un asesino maníaco. Es necesario que alguien se ensucie las manos. La política, amigo mío. Por lo demás, la historia continuará, con nosotros o sin nosotros.

Le palmeó el hombro.

—Ahora lo habéis captado todo en relación con nuestro oficio.

Callaron largo rato, y finalmente Charles añadió:

—Pero ahora hemos de ocuparnos de otros asuntos.

Una vez más, el jefe del Secreto buscaba una salida para una situación personal difícil. Devuelto a Metz y a la carrera militar de sus comienzos, había superado su amargura. El fin del Secreto era ciertamente efectivo... en apariencia. No obstante, los agentes y las redes seguían ahí. Nada acababa nunca del todo. Apenas concluido el asunto del Fabulista, otro, y no de los menores, acuciaba su mente. Ahora ocupaba todo el espacio. Hizo una seña a un joven que, en medio de los artesanos de la galería, parecía un tanto perdido y miraba a todas partes con aire curioso. Broglie se inclinó hacia Viravolta mientras el muchacho se les acercaba.

—Bien, a vos puedo confiároslo. Metz resulta mortalmente aburrido. Las maniobras carecen de interés, nos agitamos por nada, no ha habido guerra abierta desde hace quince años, es lamentable. Al menos estoy al aire libre. Y de vez en cuando tengo encuentros interesantes... Como el de este joven.

Presentó al veneciano a un adolescente que debía de tener diecisiete años. Sin embargo, a primera vista no parecía muy espabilado. Ocultaba como podía bajo la peluca una abundante cabellera pelirroja. Con la mano en el pomo de la espada, saludó a Viravolta. Sin duda formaba parte de los jóvenes a los que Charles de Broglie, para matar el tiempo, ponía a prueba con la idea de un futuro reclutamiento. Llevaba galones de comandante y Pietro no tardó en enterarse de que, en efecto, estaba a la cabeza de una compañía de Noailles-Dragones, a las órdenes del príncipe de Poix. Broglie apoyó en el hombro del candidato una mano protectora.

—Gilbert de La Fayette —dijo este con una sonrisa un tanto forzada.

Pietro se presentó a su vez, y Broglie prosiguió:

—Nuestro amigo participó en una cena que di hace poco. Figuraos, Viravolta, que a ella estaban igualmente invitados su alteza real el duque de Gloucester y su esposa. En realidad, el duque se halla en un exilio más o menos voluntario. Su hermano, el rey Jorge III, no soporta que haya transgredido la ley al casarse con su bonita princesa. Esta nació de los amores culpables de Edward Walpole con una costurera... Tuvieron una hija y estalló el escándalo. Con todo, la entrevista resultó muy instructiva. Gloucester critica claramente la política de su hermano en América. No

vacila en decir la verdad, a saber, que está pisoteando las libertades de los colonos. Execra la Stamp Act y las decisiones recientes. Para él, el rey olvida los principios mismos que labraron el poderío de la monarquía inglesa. ¿De qué habla? ¿De la lucha de los Insurgentes! ¡La lucha por la libertad, Viravolta! El duque afirma que la guerra está a nuestras puertas. Gracias, Gilbert.

El muchacho se apartó con presteza y Broglie se inclinó de nuevo hacia Pietro.

—Sí, ya sé lo que pensáis, aún está un poco verde. Pero se curtirá, creedme. Al presente sueña con unir las banderas y apoyar a los Insurgentes. ¡Esa es sin duda nuestra nueva frontera! Pero vos... ¿qué vais a hacer?

Pietro sonrió.

—Todavía no lo sé. Regresar a Venecia me tienta. O bien continuar con mi oficio aquí en Versalles, al lado de la reina.

—O uniros a nuestras filas —dijo Charles sonriendo a su vez.

Puso la mano en el hombro de Viravolta. Esta vez su gesto no tenía nada de paternalista.

—¿O debería decir... seguir en ellas?

Se observaron en silencio. Finalmente Charles prosiguió, en un susurro:

—Sabéis que siempre necesitaré a una Orquídea para resolver graves preocupaciones. Así que pensad en América... ¡El combate por la libertad!

—¡Pensaré en ello! —repuso Pietro entre risas—. Pero, a propósito, decidme... ¿Cómo siguen nuestros amigos..., el caballero D'Eon y *monsieur* de Beaumarchais?

—Oh, esos dos... No me habléis de ellos. Beaumarchais ha regresado a Inglaterra para impedir la salida de un libelo injurioso contra el rey y la reina... Lo ha encontrado y, tras mil aventuras, la mitad inventadas, ha ido a depositar el infame opúsculo en ofrenda a los pies de María Teresa. Esta lo ha tomado por loco. Ya no sabe qué hacer para volver a caer en gracia. Pero ¿habéis visto su *Barbero de Sevilla*? Es un inmenso éxito. Una vez más, ¡el viento de los grilletes no ha soplado lejos! Ese hombre tiene el don de librarse siempre con una pirueta. No hay que quitarle la vista de encima ni un momento... Su última idea consiste en mezclarse en los asuntos americanos. Arde de impaciencia por conocer al diputado secreto de los Insurgentes, Arthur Lee... En cuanto a D'Eon, ay, Señor...

El conde suspiró y se masajeó los párpados.

—También él ha vuelto a Londres, pero le pareció ridícula la cuantía de la pensión que se le concedió tras la disolución del Servicio... Se desgañita, exige una rehabilitación oficial. Retiene documentos de carácter reservado ¡y amenaza con divulgarlos! Hemos intentado hacerlo entrar en razón, tal vez todavía resulte útil. He tratado de enviarle a Beaumarchais... ¡D'Eon le ha dado la vuelta como a una tortilla! Figuraos que Beaumarchais sigue tomándolo realmente por una mujer. En Londres, ¡D'Eon lo invitó a comprobarlo con la mano! Una simple triquiñuela basta, pero nuestro buen amigo no se ha dado por enterado. Ya conocéis a D'Eon. Ha añadido leña al fuego, simuló estar seducido a su vez, se dejó llamar «mi pequeña

dragona»... Beaumarchais ha regresado convencido de que le había hecho perder la cabeza. En París incluso hablaron de matrimonio. ¡Ah, vaya bodas!, ¿os lo imagináis? ¡Y de menudo Fígaro! Seguimos negociando. D'Eon se ha atrincherado en Brewer Street como en una fortaleza, pero confío en encontrar una salida a este asunto dentro de poco. Entretanto, Londres seguirá apostando sobre su sexo, y Beaumarchais recogiendo las apuestas. Si supierais lo hartos que me tienen... Creedme, amigo mío: todavía tenemos para rato.

Charles estaba en lo cierto: nuevos retos se dibujaban en el horizonte. Los asuntos del Servicio no se acabarían so pretexto de la disolución, cabía esperar nuevos enemigos, otros libelos calumniosos, planes insensatos, maniobras gubernamentales y misiones alucinantes que implicarían a tunantes y travestidos. La política de despacho. Las razones de Estado. Pietro meneó la cabeza, con una sonrisa carente de ilusión en los labios; luego alejó aquellos pensamientos para aprovechar tan hermoso día. Pocos momentos más tarde abandonaba la Galería de los Espejos para dirigirse a las terrazas.

Contempló los jardines. El Jarrón de la Guerra y el de la Paz. El Parterre de Latona. El estanque de Apolo, al extremo de la Vía Recta; y a la izquierda, cerca de la Orangerie..., el Laberinto. El bosquecillo ya no era sino un fantasma. Por orden del rey, estaban procediendo a la replantación completa del parque. María Antonieta transformaba el viejo sueño de Perrault y Le Nôtre en un jardín más a su gusto. Pronto el Laberinto se habría convertido en un jardín a la inglesa, poblado de árboles de las islas y denominado «bosquecillo de la Reina». Sus animales caerían en el olvido. De las fábulas no quedaría nada. Ahora soñaban con otras escapadas visuales, a partir de dibujos y de enfoques inéditos, al tiempo que se restauraban los bosquecillos con su trazado original. Acondicionarían nuevos viveros, recuperarían vallas y enrejados, limpiarían todas las estatuas. Hubert Robert preparaba bosquejos de baños, lagos y arroyos artificiales; se haría cargo del parque antes y después de los trabajos.

Versalles cambiaría en su eternidad; *tempus fugit* y, sin embargo, la mezcla de brevedad y permanencia resultaba profundamente conmovedora.

Pietro seguía plantado en las terrazas a la caída de la tarde; una emoción inexplicable le oprimía el corazón. Contempló las rotondas, las fuentes.

Las fuentes del rey... Un recorrido de sabiduría...

Se dijo que la vida que corría por sus venas era a imagen y semejanza de aquellas rotondas, de aquellos surtidores cristalinos. Perdón, se dijo a sí mismo, no consigo controlarme. ¡Sé que estoy exagerando! Pero es más fuerte que yo... El hálito vital. El flujo. La fuente. La vida. La carrera hacia la Creación. El gran «contra la muerte». Pensó de nuevo en La Fontaine y en sus *Amores de Psique*.

*Mi Musa se ve impotente para pintar este diluvio;
cuando con voz de hierro a los cielos vaya a llamar,*

los encantos de este lugar no podré nombrar.

Después de todo, se decía, también yo soy un Fabulista. ¿Qué necesidad hay de todo esto? ¿Qué necesidad de contarse todas esas fábulas, esos cuentos, esas historias para conciliar el sueño? ¿Por qué el fantasma de la omnipotencia, de ser Dios, el fantasma de dar, de amar y, sobre todo, de ser amado? ¿Por qué esta urgencia vital? Por el placer de sentir, de hacer sentir, de soñar, de hacer soñar, de creer en ello, de hacer creer, de traicionar, de mentir, de amar, de ser uno mismo, de ser el otro, para que el otro llegue a ser él mismo, por el placer de ser, en definitiva. ¡Todos nosotros!

De nuevo rememoró el billete del Fabulista que lo había conducido al corazón de los jardines.

Del teatro de verdor.

Tengo todo el poder sobre ti, sin límites es mi imaginación,
fabulo y fantaseo, invento, coso y descoso,
manejando los lizos en la sombra,
tejo mi tela y urdo mi trama,
¡soy el Autor, Viravolta!
Voy a perderte, a enredarte, a encontrarte, a confundirte,
te envolveré en cendal de bruma y te recobraré
con el fin de pasearte mejor.
Soy el Fabulista y el guardián,
y tú me perteneces.

Y yo ¿quién soy?, se dijo Pietro.

A su espalda, Anna Santamaría salió a su vez de la sombra del palacio, radiante. Llevaba en la mano una sombrilla, con la que jugaba entre los dedos enguantados. Un tocado ocultaba parte de su cabellera, peinada a la veneciana. Sonrió al acercarse a su marido. Tenía un estilo delicioso, muy Pompadour; su rostro parecía iluminado por un reflejo de elegancia, de galantería, de gracia, de cortesía anticuada que por sí solo contenía toda la seducción de la época. Estaba radiante y triunfal. Le habló de futilidades con su voz alegre. Permanecieron así, contemplando los jardines. Fluyendo como en un sueño, grupos de cortesanos diseminados delante de ellos murmuraban al unísono con las fuentes; una sombrilla aquí, un pañuelo de encaje allá, un bastón o una peluca acullá... En un rayo de sol declinante, pasó de pronto la silueta de Cosimo. Vestido de blanco y con una casaca color castaño, reía y hacía reír a una joven damisela con hermoso atuendo, de mejillas lozanas y fino talle. Se desplazaban en el rayo dorado.

Pietro enarcó una ceja. Debajo del sombrero, Anna levantó la vista y le dirigió una sonrisa cómplice. Viravolta degustó aquella emoción extraña, la de ver realizado su destino al tiempo que la juventud seguía escapándosele y la esperanza aún residía en él, la vida, la savia, y el amor, desde luego, lo único que valía la pena, ¡siempre el

amor!

«¡Vamos! Yo sé quién soy».

Volvió a calarse el sombrero.

«Una leyenda. Una sombra. Un mito. Una fábula».

Frotó con una mano el pomo de la espada de Venecia y sonrió.

«Soy la Orquídea Negra».

Por detrás del palacio, en plena campiña, descendía el astro de oro, no tardarían en asomar las estrellas; abajo, más allá del estanque de Apolo, el fuego empezaba a abrasar el cielo, con el recuerdo lejano de Versalles, a la sombra de su antiguo maestro, el rey de otro tiempo, el Rey Sol.

Pietro se inclinó con reverencia ante las fuentes.

Meciéndose en la proa de un navío que hendía las tinieblas, lord Stevens rumiaba su derrota con los puños apretados y el cabello ondeando al viento, similar a las serpientes de una antigua Gorgona. Se había escondido varias semanas en Normandía, lo justo para que se olvidaran de él. Acababa de subirse secretamente al barco en el puerto de Granville. Partía. Después de lo que había ocurrido, le era imposible regresar a Inglaterra por el momento. Así pues, huía hacia el único puerto todavía factible: América. La nave, que surcaba veloz un mar tumultuoso, acababa de dejar atrás las islas Chausey con el fin de evitar las rutas comerciales y torcía hacia el sudoeste para llegar al Atlántico. La travesía se anunciaba de lo más ardua; Stevens estaba mareado. La rosa de su pecho se había marchitado. Negros nubarrones se amontonaban sin cesar en el cielo. Los relámpagos rayaban el firmamento de parte a parte, pero como contenidos por la oscura bóveda, a tal punto que las mismas nubes, atravesadas por quimeras eléctricas, parecían hacer implosión. Una lluvia torrencial azotaba la borda. Sin embargo, Stevens, desgreñado en la proa, se negaba a ponerse a cubierto. Había alejado de una patada a uno de los marineros de la tripulación, un normando que, tras echarse al colete un vasito de calvados, le había dicho, guasón: «En Normandía siempre hace buen tiempo». Las velas danzaban y, por efecto de la luz intermitente, semejaban las de un barco fantasma, un bajel habitado por corsarios o piratas cadavéricos, tal vez los ocupantes del mítico navío del holandés errante. La terrible embarcación subía y bajaba por el negro canal de la Mancha, azotado por ráfagas de lluvia; pero Stevens, si bien acababa de echar hasta la primera papilla en la proa, aguantaba firme, con los guantes de hierro aferrados a la borda.

Así pues, él y el Fabulista habían fracasado.

Había querido asestar un golpe fatal a la monarquía francesa el día de la coronación y, como último recurso, prender fuego al palacio del Rey Sol utilizando hasta el extremo los servicios de aquel loco que se hacía llamar Juan de Francia, delfín de ninguna parte. Nunca entendió la verdadera razón de ese apodo, ni de su odio. ¿Por qué? En el nombre de Dios, ¿por qué? A Stevens le entraron ganas de reír,

o de llorar, al pensar en el sueño insensato que había albergado, él, jefe renegado del contraespionaje inglés: invertir definitivamente el equilibrio continental, eliminar por siempre jamás al enemigo plurisecular, enfrentarse a Austria, España y Prusia, ¡unir las dos Coronas, la rosa y la azucena! Y, al mismo tiempo, ¡ganar América! No obstante, ahora que se veía obligado a exiliarse, proscrito en lo sucesivo, él, el desterrado que sin embargo no había cejado en su empeño de servir a su patria, se sabía amenazado. Lo habían destituido de sus funciones titulares; lord Stormont lo hacía buscar activamente. Había actuado sin el aval de su propio gobierno. Sin duda, de haber tenido éxito, habría podido regresar como triunfador y, tal como había previsto, poner a los pies de

Jorge III el cadáver de Francia. Habría hecho partícipe al rey de los preparativos del Secreto de Charles de Broglie para invadir Inglaterra; habría argumentado sobre la situación americana, la debilidad del reino, la traición del duque de Gloucester, para arrancar a Jorge el derecho de reclutar un ejército y llevar a término su propio plan: ¡desembarcar en Francia!

En lugar de eso, su mundo se derrumbaba. Y el Fabulista, emblema de una época que Stevens temía ver ya superada... Quimera, invención, excrecencia de otra era. ¿Cómo había podido confiar en semejante individuo? ¿Cómo había podido...? ¿Tal vez el fracaso del Fabulista, y el suyo propio, tal vez la sublevación americana y el debilitamiento de Francia e Inglaterra constituían sendos signos, presagios que anunciaban el final? ¿Un final más amplio? Rememoró lo que decía el Fabulista sobre la corrupción del reino. Y de pronto tuvo una visión, la de un mundo a punto de desaparecer en una conflagración sin retorno, un mundo donde los pueblos ya no respetarían las Coronas, ni a los soberanos, ni el justo orden de las cosas. Dejarían de creer en la nobleza, la raza y la sangre. Con frecuencia, el Fabulista afirmaba aguardar el momento en que el reino de Francia caería como un cascarón vacío, una manzana podrida, bajo el ataque brusco y violento del pueblo y de todos aquellos filósofos. Stevens rugió pero la tempestad cubrió su voz, y solo una nueva ráfaga de lluvia respondió a su cólera.

Permaneció allí con los puños apretados y el rostro sombrío y chorreante.

Antes del fin de esta época, se repitió. Antes de que corra para siempre la sangre de los reyes...

Se quedó allí una eternidad y, finalmente, al alborear el día, el mar se calmó. El barco fue inspeccionado por una simple fragata de la Marina Real Británica. Dos hombres subieron al puente. Con el sable al cinto y charreteras doradas, vestían uniforme real y tricornio. Cambiaron unas palabras con el capitán y acto seguido se dirigieron hacia él sin vacilar.

—¿Lord Stevens? —dijo uno de ellos exhibiendo ante los ojos de este su orden de misión.

Stevens palideció mientras el otro proseguía:

—*Ian Mc Pherson, British government. Would you please follow us?*

Cuando Marie Desarneaux recuperó el cuerpo de su hijo, gritó como en la época de las torturas.

Jamás habría sabido nada si el abate Morois, tras su entrevista con el conde de Broglie y habiéndose informado del modo en que había muerto el Fabulista, no hubiera decidido contárselo todo. La decisión le resultó difícil, resucitar así en el corazón de la anciana el recuerdo del hijo abandonado. Sin embargo, consideró que el cruel relato constituía su deber. Marie podía enterarse de la verdad de todas formas, y de otra manera. Así, durante su conversación con el abate, lo descubrió todo con espanto: cómo su hijo seguía vivo a lo largo de aquellos años; cómo había querido vengarse, sin atreverse jamás a manifestarse ante ella. Su dolor, inaudito, no hizo sino acrecentarse con aquella revelación. En el mismo momento en que el destino le devolvía a su hijo, ¡se lo arrebató con una segunda muerte, auténtica esta vez! Era demasiado para la pobre Marie. Se volvió completamente loca. Por un momento la invadió el rencor contra el propio abate, mas su furor no tardó en dirigirse contra los verdaderos culpables de su sufrimiento. Habían arrojado los restos mortales de su hijo a la fosa común, donde habría podido permanecer y sumarse a la podredumbre de los de su padre putativo, Jacques de Marsille, a su vez olvidado de todos. El abate Morois hizo que los recuperaran. Marie cubrió al joven con una mortaja; durante un tiempo pensó en enterrarlo en el cementerio de San Medardo junto a los antiguos convulsionarios y al difunto diácono Francois de Pâris. No obstante, considerando que el alma de su pobre hijo ya había sido presa de excesivos tormentos en el curso de su vida, la ciega Marie, devorada por el dolor, se negó a castigarlo también en el más allá.

Optó por quemarlo.

No vio las llamas lamer la mortaja, pero aquella hoguera consumió igualmente, en el mismo instante, su corazón endurecido. Esta vez de su garganta no salió un solo sollozo. Rezó por que algo lo sobreviviese y que un día el fénix renaciera de sus cenizas.

Esa misma noche, en la sacristía, a la sombra de una vela y en un delirio que centuplicaba su ferocidad y su inteligencia, dictó una carta al abate Morois.

Y repetía con voz aguda, deformada por el odio:

—Y quiero que muera. ¡Quiero que Viravolta muera!

En el Salón de 1783 presentaron un retrato de María Antonieta pintado por *madame* Élisabeth Louise Vigée-Lebrun. La reina aparece muy hermosa, aunque se trate de una belleza de otro tiempo; resplandece en toda su lozanía y juventud. Lo llaman el retrato «de la rosa», pues, en efecto, sujeta entre los dedos una flor a la que su gracia y su tez parecen responder. Pero tal vez, si fuera posible revelar el trazo primigenio del pintor, oculto bajo la capa de pintura, tal vez cabría ver que la rosa es en realidad una orquídea.

El centelleo de los espejos y de los tederos dorados, el charco luminoso del rubio entarimado, las altas ventanas abiertas al jardín, cuyas fuentes conservaban aún los estigmas de su reciente y sublime incandescencia, reforzaban la magia de la magistral hilera de la Galería de los Espejos. Al presente, en el corazón de la noche, se hallaba sumida en la oscuridad. Aquí o allá, alguna puerta de los salones debía de haberse quedado abierta, pues corrientes de aire frío circulaban por ellos como en un sepulcro fantasmagórico. Dios sabe por qué, la reina no conseguía dormir; y Dios sabe cómo, cuando la guardia nocturna roncaba a las puertas de su apartamento, se había aventurado allí, sola y descalza sobre el entablado de la galería donde ya había celebrado mil recepciones. La hilera chapada de mármoles y recorrida por diecisiete ventanas se abría ante ella, larga boca de sombra. Ni un gato; ni un ruido. Solo el silencio, un silencio profundo, dejando aparte quizá el tictac de un viejo reloj de péndulo que desgranaba las horas; y en aquella penumbra, como una amenaza todavía remota, un sordo gruñido que se acercaba lentamente.

Esa mañana la reina había recibido una cómoda muy especial, entregada por Rose Berrín. Abandonado en un cajón, sin explicación alguna, había tenido la sorpresa de descubrir un sobre blanco.

En el sobre figuraba un sello, con una simple F como único motivo.

En el interior había un billete.

LA ZORRA Y EL BUSTO

Libro IV - Fábula 14

*Máscaras de teatro son en su mayoría
los personajes encumbrados,
solo a quienes les profesan idolatría
su presencia deja impresionados.
El asno siempre juzga por aquello que ve.
La zorra, en cambio, afondo los examina,
por más vueltas que les dé,
siempre se da cuenta la muy ladina
de que sus hechos no son sino apariencia.
A ellos aplica con gran sapiencia
las palabras que un busto de héroe que encontró
muy a propósito le arrancó.
Era un busto hueco, según parece,
de tamaño mayor que el natural,
dijo la zorra, alabando el esfuerzo escultural:
«Hermosa cabeza, pero de sesos carece».
¡Cuántos grandes señores son bustos en este punto!*

La reina no lo había entendido muy bien, pero le producía una impresión amarga.

Resultaba violento. Era injusto. Le entraron ganas de llorar.

La gran fábula, la gran comedia continuaba.

María Antonieta sonrió, luego su sonrisa se hizo más seria, más grave, para finalmente morir. La sombra invadió su rostro, al tiempo que una vaga inquietud. Pestañeó. Sus hombros, su cuello, su pecho temblaron. Se frotó los brazos. Las cortinas blancas y los faldones de su camisa se agitaron levemente con el frío.

La reina de Francia se estremeció, en su palidez de azucena.

Sí, se dijo. Como una amenaza. Una sombra...

De pronto tuvo la visión fugaz de miles de antorchas al pie de un balcón.

Tenía veinte años.

Se había levantado viento.

Fuentes y agradecimientos

Gracias a todos aquellos que se citan a continuación, gracias a los seres anónimos movidos por la mera voluntad de compartir su curiosidad y su pasión al azar de un artículo, de una palabra, de un comentario, y a los que he podido conocer en el curso de mis investigaciones y de mis desplazamientos por Francia o el extranjero.

Mi más profundo agradecimiento a Gilíes Perrault, a quien debo rendir homenaje por su formidable documento, *Le Secret du Roí* (Fayard, 1992), en especial el principio del tomo 3, *La Revanche américaine*. El lector puede remitirse a él para todo lo concerniente a las extravagancias de los agentes del Secreto, desde la creación del servicio hasta la guerra americana, D'Eon, Beaumarchais, Broglie o Vergennes, ¡con frecuencia la realidad supera a la ficción! He tomado de allí numerosas informaciones indispensables para las aventuras de Viravolta.

La secuencia en la perfumería de Fargeon está inspirada en el brillante libro de Elisabeth de Feydeau *Jean-Louis Fargeon, parfumeur de Marie-Antoinette*, Perrin-Château de Versailles, col. Les Métiers de Versailles, 2004, Premio Guerlain. También he sentido un gran júbilo al leer su obra.

Me he sumergido asimismo en tres biografías ineludibles de María Antonieta: la famosa *Marie-Antoinette* de Antonia Frazer (Flammarion, 2006), que inspiró la película de Sofía Coppola, y los dos libros de referencia de Evelyne Lever, *C'était Marie-Antoinette* (Fayard, 2006) y *Les dernières Noces de la Monarchie* (Fayard, col. Les indispensables de l'Histoire, 2005). Sin olvidar la *Marie-Antoinette* de Stefan Zweig.

No he podido por menos que evocar en varias ocasiones el libro publicado por Grasset en la colección Les Cahiers Rouges: *Versailles au temps des Rois*, de Gosselin Lenotre, que rebosa anécdotas extraordinarias y ha servido de «disparador» para la presente novela. A este respecto, nunca podré mostrar la suficiente gratitud a mi amigo y editor Christophe Bataille, que me hizo conocer a Lenotre y siguió mis peregrinaciones por el largo sendero que tomamos juntos desde hace quince años.

He consultado, además:

La muy completa obra de Michel Antoine **Louis XV** (Fayard, 1989), así como el **Louis XV de** Francois Bluche (Perrin, reed. 2003, col. Tempus, en especial para la secuencia de la muerte del rey).

El Découvertes Gallimard de Claire Constans, *Versailles, Château de la France et orgueil des Rois*, 1989.

En lo referente al simbolismo de las flores y de los jardines de Versalles, los apasionantes *Symbolique de Versailles á la lumière des jardins*, de Vincent Beurtheret, con fotografías de Alexis Riboud, ed. du Huitième Jour, 2002, y *Les Plantes et leur symboles*, de Anne Dumas, Le Chéne, 2004.

Sobre el propio palacio y sus paseos:

Manière de montrer les jardins de Versailles, Luis XIV, Mercure de France, 1999.

La Promenade de Versailles, Madeleine de Scudéry, Mercure de France, 1999.

Relation de la Fête de Versailles, André Félibien, Mercure de France, 1999.

Le Château de Versailles, notable obra de Pierre Verlet, Fayard, reed. 1985.

Versailles, le Château, Le Figaro, col. L'esprit des lieux, del cual el artículo de Martin Aston, «Les chantiers du couchant», y las guías de visita: la guía Gallimard *Versailles*, Encyclopédies du Voyage; *Versailles*, de Béatrix Saule, conservadora jefe, y Daniel Meyer, Art Lys, 2006; *Votre visite á Versailles*, de Simone Hoog, conservadora general honoraria del Patrimonio, y Béatrix Saule, Art Lys, 2006.

El videojuego en CD-Rom *Versailles, Complot a la cour du Roi-Soleil*, Cryo Interactive, Reunión des Musées Nationaux et Canal + Multimedia.

Le Tableau de Paris, de Sébastien Mercier.

El sitio web municipal de la ciudad de Herblay.

Extractos de la obra de Gilbert Forget «Herblay» (1974), publicado por el autor, Bibliothèque municipale.

El sitio web de la DGSE para la crónica de la inteligencia francesa.

Numerosos artículos de Wikipedia.

Finalmente, un guiño a la magnífica *Conversation de Bolzano*, de Sándor Márai, Albín Michel - Le Livre de Poche Biblio, ed. 1991.

Por último, o más bien debería decir ante todo, gracias a Philoméne, que ya sabe por qué.



ARNAUD DELALANDE, nacido en Lusaka, Zambia, en 1972, es un escritor francés.

Su primera novela, *Nuestra Señora bajo la tierra*, ha vendido cerca de 10 000 copias y fue traducido en varios países. Arnaud Delalande publicó su segunda novela, *La Iglesia de Satanás*, en mayo de 2002.

Fue galardonado con el Relais H Evasión en la primavera de 1998 y el Premio Charles Oulmont de la Fundación de Francia. Es miembro de la Sociedad de Autores en Normandía y patrocinador de las Bibliotecas ONG Sin Fronteras, que trabaja para el acceso al conocimiento y el apoyo a las bibliotecas en Francia y en todo el mundo.

Notas

[1] Peinado que recibe su nombre de la duquesa de Fontanges, amante de Luis XIV. Durante una cacería, tras engancharse el cabello en unas ramas, se recogió los rizos hacia arriba con una cinta. El rey lo encontró encantador y poco después todas las damas de la corte adoptaban este peinado. La moda pasó a España en versión más reducida, donde se denominó «almirante». (*N. de la T.*). <<